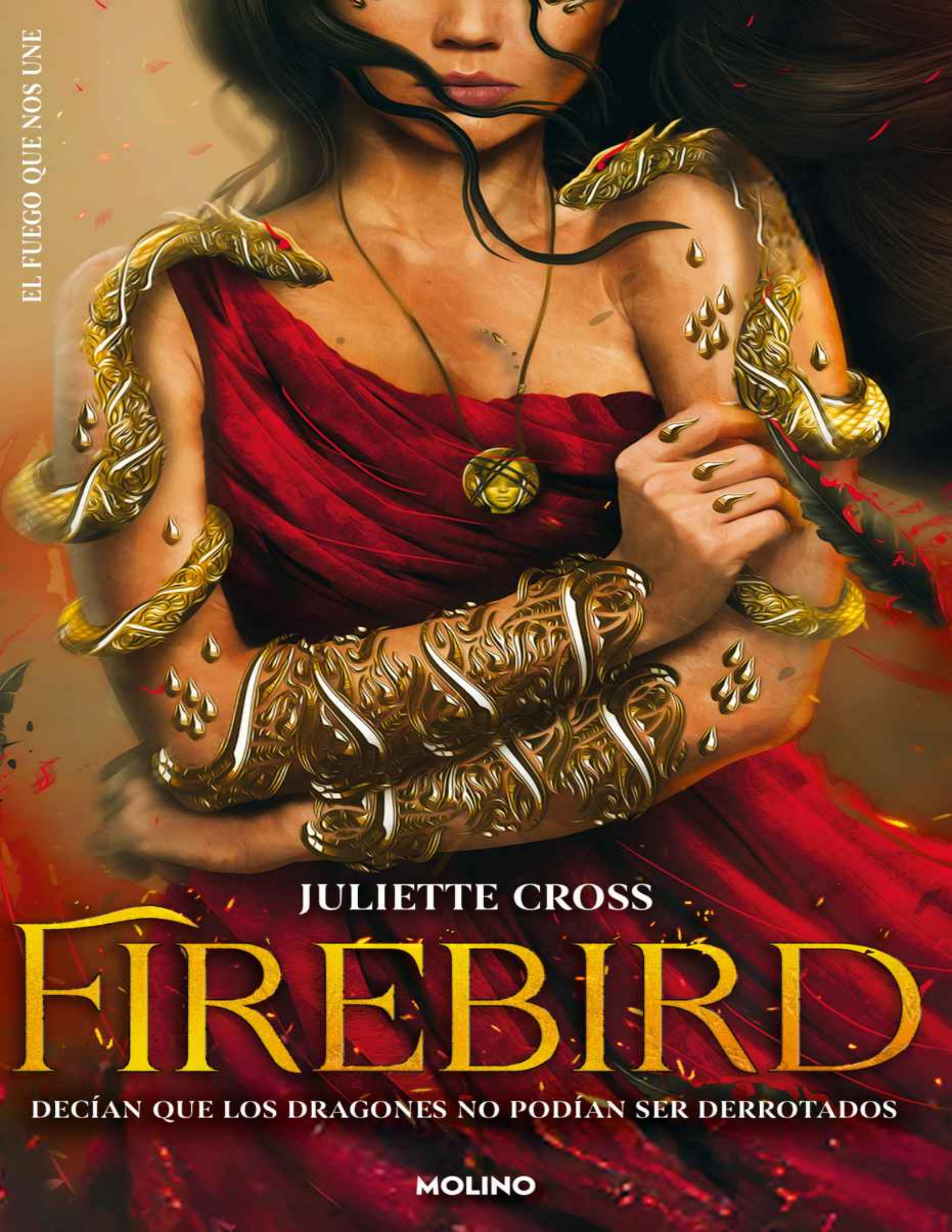

EL FUEGO QUE NOS UNE
JULIETTE CROSS
FIREBIRD
DECÍAN QUE LOS DRAGONES NO PODÍAN SER DERROTADOS
MOLINO

JULIETTE CROSS

FIREBIRD

Traducción de

Pilar López Riquelme

Scheherezade Surià López

MOLINO

Para mi querido esposo

NOTA DE LA AUTORA



La culta pero violenta civilización de la antigua Roma me ha servido de inspiración para este mundo de fantasía. Sin embargo, pretende ser una reinterpretación del Imperio romano, no una representación exacta. Con frecuencia he empleado licencias creativas para ponerlas al servicio de la historia.

Un ejemplo es que Malina Bihari y su familia proceden del antiguo territorio de Dacia, la actual Rumanía. No obstante, en el libro hablan rumano, no dacio. Esto se debe a que esta última es una lengua muerta de la que no hay documentos escritos. Así pues, he decidido utilizar el idioma de las personas que viven allí en la actualidad.

También he reinventado algunos de los dioses, diosas y mitología de Roma. En este mundo, los romanos de sangre pura comparten ascendencia con los antiguos titanes —dragones— y los propios dioses. Tienen un poder divino. Al igual que en la Roma histórica, utilizan su poder y su fuerza para conquistar, quemar y esclavizar. Y como demuestra la historia, siempre habrá rebelión y revolución frente a la opresión y la tiranía.

LAS CASAS DE LOS DRAGONES



Se enumeran según jerarquía, prestigio y poder en Roma.

* **Ignis.** Linaje rojo fuego.
  Descendiente de Rómulo, uno de los dos hermanos amamantados por una dragona y dotado del poder de la transformación. Rómulo mató a su hermano Remo y fundó Roma como su primer emperador. El linaje Ignis siempre ha ostentado más dominio y poder a la hora de gobernar Roma.
* **Media Nocte.** Linaje negro medianoche.
  Descendiente de Remo, uno de los dos primeros hermanos dragón. A ambos se les confirió el poder de la transformación a través de su madre dragón, una poderosa titana del mundo antiguo cubierta de escamas rojas y negras.
* **Sapphirus.** Linaje azul zafiro.
  El primer linaje de dragones que nació después de los Ignis y los Media Nocte. Este linaje surgió del apareamiento entre el dios Neptuno y la hija mayor de Rómulo.
* **Amethystus.** Linaje púrpura amatista.
  Descendiente de una hija de Plutón y Proserpina. Cuando la niña suplicó volar libre por los cielos abiertos en lugar de vivir solo en

las profundidades del inframundo, sus padres la enviaron al reino de los mortales para que viviera entre ellos.

* **Chrysocolla.** Linaje verde malaquita.
  Creado por la diosa Diana, cuya flecha hirió el corazón de un dragón Sapphirus mientras se apareaba con su ninfa Egeria. Al recibir el impacto, mudó al instante su tono azul por el verde de la pradera donde hicieron el amor y así dio ese matiz a su descendencia.
* **Griseo.** Linaje gris.
  La casta más baja de los dragones, sin ascendencia conocida. Debido a su falta de jerarquía, suelen utilizarse en las luchas de gladiadores.
* **Vicus.** Dragón blanco.
  Una especie anómala de dragones solo hembras que pueden nacer en cualquier casa. Se las considera elegidas por los dioses para servir como sacerdotisas en los templos. Nacer Vicus es un honor de gran prestigio.
* **Chrysos.** Dragón dorado.
  Un linaje legendario con un extraordinario poder de fuego, ahora extinto. No se conoce su origen, aunque se cree que surgió del mismísimo dios Júpiter.

EL MITO DE MEDUSA



Medusa nació en forma de dragón blanco. Era una criatura encantadora que creció, se convirtió en una niña bonita y llegó a ser una mujer hermosa. Tenía un sueño en la vida, solo uno: adorar y servir a los dioses.

Se alegró mucho cuando la eligieron sacerdotisa del Templo de Minerva. La diosa de la guerra y la sabiduría era el colmo de la fuerza y la inteligencia femeninas.

La muchacha alabó a los dioses por concederle una vida apacible de servicio, pues era lo único que había deseado siempre. Se deleitaba ayudando a los demás y se dedicaba en cuerpo y alma a mantener el templo y el altar como un lugar sagrado para que los romanos adoraran y pidieran favores a la diosa.

Tenía una buena vida. Era feliz. Era dichosa.

Hasta que, un día, el dios Neptuno la vio paseando por la orilla del mar, donde iba a meditar una tarde a la semana.

Neptuno quedó prendado enseguida de su brillante cabello rubio pálido y de su cuerpo voluptuoso. Cuando ella se alejó de la playa, él la imitó. Siguió sus pasos hasta el templo, donde ella empezó a limpiar el altar.

Presa de la lujuria, el dios violó a Medusa sobre el altar, le robó la

virginidad con un gemido y un orgasmo satisfactorio. Se alejó sin mirarla siquiera y ella quedó sumida en desesperación, sangre y lágrimas.

Sus dos hermanas la encontraron y lloraron con ella por todo lo que había perdido, por todo lo que le habían robado. Sin su pureza, la expulsarían del templo y la despojarían de su condición de sacerdotisa. Para Medusa, ese destino era peor que la muerte.

La diosa Minerva las oyó lamentarse a sus hermanas y a ella, que susurraban plegarias pidiendo ayuda. Descendió sobre una nube de plata y desplegó las alas de dragón.

—No llores, hija mía —le dijo a Medusa.

—Pero estoy sucia y mancillada. Ya no puedo serviros.

—Sí que puedes, querida. Y lo harás. Y también lo harán tus hermanas.

La diosa se irguió en toda su magnitud, desplegó todavía más los cuernos de dragón que le sobresalían del cráneo y, con la cola blanca, azotó el aire.

Medusa y sus hermanas contemplaron asombradas a la poderosa diosa de fulgurantes ojos púrpura.

—¿Cómo? —preguntó Medusa, las lágrimas le empapaban el hermoso rostro.

Minerva le puso la palma de la mano en la cabeza.

—Neptuno te vio y se abandonó a su propio deseo. Te daré poder sobre los hombres para que no puedan volver a hacerlo. Y te daré más que eso. —Allí donde sujetaba el cráneo de Medusa, sus dedos se tornaron blancos—. Te concedo el don de la hechicera. Como una serpiente a su presa, te aferrarás a cualquier hombre que elijas y derramarás malicia en su corazón. Podrás obligar a tus enemigos a sentir desesperación, dolor y perdición. Los controlarás con la magia que albergas.

Medusa soltó un grito ahogado al notar que el poder se le introducía y extendía por las venas.

Minerva colocó entonces la mano sobre la hermana que tenía a su derecha.

—A ti te concedo el don de la sirena. Cualquier hombre cuya sangre pruebes caerá a tus pies y hará tu voluntad. Si le ordenas que muera, eso hará.

La muchacha se desplomó cuando el poder de la diosa inundó su cuerpo y su sangre.

Minerva agarró la cabeza de la tercera hermana, los ojos blancos de la diosa despedían una magia etérea.

—A ti te confiero el poder del beso de Caronte. Tus labios insuflarán la muerte en la boca de los hombres corruptos. Sus espíritus sufrirán por todas las transgresiones cometidas.

La tercera hermana gritó cuando el sortilegio penetró en su alma.

La diosa se alzó y extendió las alas.

—Neptuno ha obrado mal contigo, hija mía. Por su crimen, los hombres sufrirán. Pero ninguno que no lo merezca. Tus hermanas y tú saldréis adelante y me serviréis. Castigaréis a los hombres malvados y los condenaréis.

Medusa, que ya no estaba inmersa en la oscura desesperación, levantó la cabeza hacia la diosa.

—¿Cuándo habremos terminado? ¿Cuándo acabará nuestro cometido?

Minerva sonrió y enseñó unos dientes afilados como cuchillas.

—Cuando los hombres malvados ya no vaguen por este reino.

Así pues, las tres hermanas salieron al mundo a cumplir su sagrado deber. Sin embargo, cuando fueron ancianas y llegaron a las puertas de Plutón, este se llevó sus dulces almas, pero no los dones de Minerva. Aquellos poderes no tenían cabida en el inframundo. Los

envió de vuelta al reino de los mortales, donde se han transmitido a las mujeres merecedoras de ellos una y otra vez, siglo tras siglo.

Algunos dicen que los dones místicos de Minerva han estado buscando a las hermanas adecuadas, aquellas que repararán todos los males de la humanidad de una vez por todas.



Dacia, 53 a. C.

MALINA

—Malina —siseó mi hermana—. *Vino aici.*

Volví a hacer caso omiso de su llamada y seguí mirando por la puerta de la tienda.

La multitud se agolpaba cerca del escenario, donde Hanzi inclinaba la cabeza hacia atrás y se introducía una espada por la garganta. La oleada de asombro arrancó los aplausos de los allí presentes.

—*Malina*.

Al final, cerré la solapa de la tienda. Lela se quitó el pañuelo de la cabeza y los mechones negros y ondulados le cayeron sobre los hombros. Me senté en el taburete de madera y la observé con una envidia nada disimulada. Nuestra bunica, nuestra abuela, le había regalado la colorida basma el día de sus esponsales, el mes pasado. La envidia todavía me oprimía el corazón.

—¿Y esa mirada, *bebelus*,? —me preguntó.

—Me gustaría que dejaras de llamarme bebé.

Lela ladeó la cabeza y sonrió con su aire maternal, luego cogió el bastoncillo de kohl.

—Cierra los ojos.

Obedecí y suspiré cuando Lela empezó a delinearme el párpado izquierdo.

—¿Me vas a decir a qué vienen esos suspiros? Con lo mucho que te gusta bailar para el público… —Oí la sonrisa en su voz—. Y el público te adora.

—No es eso. Es que… echo de menos a mamá y a papá. Echo de menos nuestro hogar. —Y no quería que nada cambiara, pero todo cambiaría cuando se casara con Jardani.

En cualquier otra ocasión, nuestros padres habrían venido con nosotros. La mayoría del clan acompañaba nuestra caravana. Pero se acercaba el invierno y había mucho que hacer y preparar antes de que las nieves comenzaran a caer. Nuestros padres y algunos ancianos elegidos de cada *familie* del clan se quedaron atrás. La caravana había dado una pequeña vuelta por el valle bajo la cordillera sur de los Cárpatos. Estas últimas monedas nos vendrían bien durante los meses de invierno.

Como había hecho muchas veces antes, Lela difuminó el kohl para espesarme el sombreado a lo largo de los bordes exteriores de los ojos.

—Esta es la última aldea. Levantaremos el campamento por la mañana y emprenderemos el viaje de vuelta. —Soltó una carcajada —. Pero a mí no me engañas, vas a echar de menos todo esto.

Lela terminó de aplicarme el kohl y me peinó como hacía antes de que se enamorara y se pasara el día con Jardani.

Bajé la mirada a mi regazo, donde reseguí con los dedos el intrincado bordado de hilo dorado sobre mi fustaˇ roja. Los medallones de oro y plata de las joyas cosidas en la llamativa tela centelleaban a la luz del farolillo. Bunica había confeccionado la falda de lana, profusamente adornada, de tal forma que se abría en pequeños arcos perfectos cuando yo giraba sobre el escenario.

Me levanté y me alisé la blusa blanca; el bordado dorado en forma de estrella se extendía en suaves curvas hasta donde se unía con la fustaˇ y creaba un diseño continuo que me realzaba la figura.

—¿Qué quieres decir?

—Eres aventurera, Mina. Y demasiado curiosa.

Me encogí de hombros.

—El mundo es un lugar interesante.

—Y peligroso. Sobre todo para una chica atrevida de diecisiete años. —Me miró con esos ojos oscuros y frunció el ceño—. Y que encima parece mucho mayor.

Era cierto que había heredado más curvas de nuestra madre que Lela. Éramos polos opuestos. Mi hermana era todo dulzura y amabilidad, como nuestro padre. Yo tenía la osadía y el mal genio de nuestra madre.

—Tengo casi dieciocho años —le contesté.

—Y estás soltera y desprotegida.

Me molestaba que me lo recordara. Ella se iba a casar pronto y mamá ya estaba insinuando que luego me tocaba a mí. Yo solo quería que todo siguiera igual, pero eso parecía imposible.

La puerta de la tienda se abrió de golpe. Jardani irrumpió en la entrada, con el ceño fruncido y los anchos hombros muy tensos.

Lela se enderezó.

—¿Qué pasa?

—Romanos.

Se me secó la garganta y el miedo me aceleró el pulso.

—¿Alguno es…?

Tragué saliva, incapaz de terminar la pregunta, pero Jardani la adivinó.

—Sí —gruñó—. Uno es un centurión.

La puerta de la tienda volvió a abrirse. Kizzy y Kostanya aparecieron por detrás de la imponente figura de Jardani.

—Han venido romanos —susurró Kizzy.

—A ver el espectáculo —terminó Kostanya.

Eran nuestras hermanas gemelas, un año menores que yo.

—¿De dónde han salido? —Lela tenía los ojos muy abiertos y le brillaban—. No hay noticias de ningún levantamiento.

No. En esta región éramos súbditos fieles al césar. Honrábamos al emperador Igniculus con tributos y los romanos nos dejaban en paz. No éramos necios.

Jardani negó con la cabeza.

—Hay una provincia romana al otro lado del Danubio, a treinta leguas de aquí. Podría ser una partida de exploración que venga de allí.

—¿Cuántos son? —pregunté.

—Solo cuatro —respondió Jardani—. Pero ese centurión… —Sacudió la cabeza y bajó la voz a un ronco susurro—: Podría matarnos a todos si quisiera.

Pasé junto a Jardani y las gemelas y me asomé por la rendija de la carpa. Vi a los tres soldados paseando entre la multitud hacia el

frente. Se reían, en apariencia entretenidos con los malabares de Hanzi, pero el centurión que los seguía con paso lento era otro cantar. La capa roja indicaba el alto rango al que pertenecía. Era más alto que Jardani. En el bálteo que le cruzaba el pecho, portaba su gladius, con la empuñadura reluciente de exquisita artesanía.

Se movía con fluidez y agilidad, como un cazador que avanza con paso firme hacia su presa. Su cara estaba sumida en las sombras hasta que pasaron junto a una antorcha. Inspiré de repente.

Su rostro era demasiado duro, demasiado afilado, demasiado imponente. Su creador lo había esculpido con una hoja implacable, lo había moldeado hasta convertirlo en una bestia de incuestionable dominio y terrible belleza. Se plantó a un lado de la primera fila y observó al público con su mirada oscura. El fuego de la antorcha le lamía los rasgos, acariciándole las sombras como una amante. Y entonces ocurrió. La llama parpadeante atrapó el dorado del iris y alcanzó las puertas sobrenaturales de su alma. Si la tenía.

Solté el aliento que había estado conteniendo, consciente de que contemplaba a una bestia legendaria. La que llenó a nuestro pueblo de pesadillas feroces, la que arrasó el mundo y se apoderó de todo lo que quiso y de quien quiso.

—Dragón —susurré.

Kizzy chilló detrás de mí.

—¿Qué hacemos? —gimoteó Kostanya.

Jardani señaló hacia el norte.

—Huid a donde acampamos anoche. Esperadme allí.

—No. —Le hice caso a mi instinto y evalué la situación en un abrir y cerrar de ojos—. Se sabe y se espera que las hermanas Bihari cierren el espectáculo. Siempre. Esa multitud de ahí fuera nos está esperando. Si huimos y nos escondemos, solo conseguiremos enfurecer a la gente y alertar a los romanos de que pasa algo.

—Pero, Malina… —A Kizzy le temblaba, nerviosa, la barbilla—. Es un-un…

—Sí. Ya lo sé. Pero ¿hasta dónde crees que llegaríamos si echáramos a correr y nos escondiéramos en el bosque como vulgares ladrones? Si cerramos el espectáculo sin el último número, esos aldeanos querrán recuperar sus monedas y habrá un motín.

Dirigí la vista hacia Jardani, que me devolvió la mirada reflexionando en silencio. Al final, maldijo en voz baja y agachó la cabeza, con las manos en las caderas.

Entonces intervino Lela con una expresión tensa:

—¿Qué sientes? —Aparte de Bunica, era la única que hablaba de mi don sin tapujos, pero nunca lo mencionaban fuera de la familia. Ser una hiperempática como yo conllevaba peligros.

Me giré hacia la abertura de la tienda y cerré los ojos. Busqué la calma en mi interior y me acerqué con la mente a la bulliciosa multitud para tocar la luz vital de cada espectador. Mi don me permitía leer la esencia única que emanaba del interior de cada persona.

Cuando encontré al centurión, y supe que era él por la potencia de su fuerza vital, mi sentido hiperempático se estremeció. Indagué más hondo y un sudor febril me recorrió la piel: un cordón vibrante de poder latía a través del vínculo. Ni la ira ni la animosidad ni la violencia vibraban a lo largo del hilo invisible que me unía a él. Era difícil de calibrar desde esta distancia, pero las probabilidades estaban a nuestro favor.

Abrí los ojos, me volví hacia ellos y negué con la cabeza.

—No percibo agresión.

Jardani asintió con la cabeza y se acercó a Lela.

—Que el baile sea corto y mantened las distancias. —Acarició suavemente el rostro de Lela con sus toscas manos y le inclinó la

cara para que lo mirara—. Ten cuidado, *iubirea mea*.

Me di la vuelta ante aquel gesto tan íntimo. Jardani era un buen hombre y adoraba a mi hermana. Con el tiempo, le perdonaría que me la hubiera arrebatado. De momento, sin embargo, mi atención se centraba en la multitud que aplaudía al otro lado de la carpa. Al asomarme, vi que Hanzi terminaba los malabares con las antorchas encendidas.

—Es la hora —dije por encima del hombro.

Las gemelas asintieron, cogieron unos cuantos crótalos metálicos de una cesta de la estantería y se los colocaron entre los dedos pulgar y corazón. Yo no, pues necesitaba tener las manos libres para mi parte de la actuación.

—Muy bien —dijo Lela con tono maternal—. Vamos, chicas.

Al momento, empezaron a sonar en el escenario los primeros acordes del laúd de Yoska. Luego, el suave ritmo de Rukeli, cuyas manos se movían sobre el tímpano, silenció a la multitud. El ritmo hipnótico del timbal y el magnético sube y baja del laúd atrajeron la atención de todos hacia el escenario. Las cuatro nos fundimos con la sombra que había detrás del escenario.

Hanzi estaba allí, empapado en sudor tras su actuación, pero mostrándonos su siempre radiante sonrisa. Una todavía más luminosa para mí.

Las gemelas saltaron al escenario antes que Lela y yo, haciendo sonar los platillos de dedos al ritmo de la melodía de Yoska y Rukeli.

—*Bafta˘!* —exclamó Hanzi con un guiño. Me puso una mano firme en el hombro y me dio un apretón.

—No necesito suerte —respondí con una sonrisa antes de pasar por su lado y subir los escalones.

Con la barbilla levantada, el cuerpo bien erguido, la espalda recta y un hombro inclinado hacia abajo, salí al escenario con los pies

descalzos, a pesar del frío que hacía. Lela giraba en un círculo rítmico por el centro del tablado; su falda azul adornada de joyas se curvaba en arcos como una resplandeciente ola oceánica. Su belleza arrebatadora atraía todas las miradas, mientras Kizzy y Kostanya seguían sus movimientos. Era una escena hipnótica.

Sonreí y me mantuve al fondo, meciéndome con suavidad y dando palmas al compás del ritmo. Trataba de permanecer invisible mientras Lela bailaba su pieza, cautivando al público con cada movimiento del pelo y cada giro de la falda.

Entonces… lo sentí. Me miraba con fijeza. Sentí un cosquilleo en la piel. Era imposible de soportar, de ignorar. Desvié la mirada hacia la izquierda, vacilé y di una única palmada.

Observarlo desde lejos era muy distinto a verlo desde tan cerca. Estaba apoyado contra un poste de madera, con los brazos cruzados en una postura despreocupada y la expresión neutra. Sin embargo, los ojos dorados como el fuego me contaban otra historia. Hablaban de calor, misterio e interés inconfundible. Atrapada en su mirada, como una liebre en las garras de un lobo, casi no me di cuenta del cambio en la música que me indicaba que era mi momento.

Rukeli golpeó más fuerte el tímpano con un golpe de la mano y luego se hizo el silencio. Rompí el contacto visual con el centurión con un giro brusco de cabeza y di el primer paso hacia delante.

El espíritu desafiante que me había estimulado tantas veces antes repelía cualquier temor que pudiera sentir hacia este dragón que se encontraba entre nosotros. El lazo que aún me unía a él no desprendía miedo alguno. Más bien, su esencia era seductora. Excitante. Era un fuego interior que me ardía en las extremidades y guiaba mi danza como nunca.

Con pasos lentos y precisos, avancé hasta el centro del escenario, contoneé las caderas y levanté los brazos hacia el cielo. Rukeli volvió

a golpear el tambor al unísono con el taconeo de los pies. Despacio, mis hermanas tocaron los crótalos mientras yo deslizaba un pie hacia delante y giraba el cuerpo.

Me volví para mirar al fondo del escenario y a mis hermanas, e ignoré el meneo de cabeza de Lela que me advertía que no lo hiciera. Había un movimiento atrevido que reservaba para ciertos públicos. Y, desde luego, era mejor no hacerlo con un dragón romano vigilando.

Era mejor no brillar demasiado en presencia de uno. Les gustaban los tesoros. Sin embargo, la bruja que llevaba dentro desafió al intruso que había entre nosotros. Hice caso omiso de las silenciosas protestas de mi hermana mientras la música se elevaba de forma seductora.

Volví a balancear el cuerpo desde el suelo hacia arriba en repeticiones lentas. Con cada oleada, arqueaba la espalda cada vez más, doblaba la columna con los brazos extendidos y saludaba provocativa a la multitud que se me aparecía boca abajo.

Mi larga cabellera rozaba el escenario mientras me inclinaba, con la blusa ceñida sobre los pechos turgentes y una manga que me descubría un hombro. Y seguí contorsionando el cuerpo en un arco imposible.

Cuando estuve a punto de rozar el suelo con la cabeza, me enderecé con un movimiento rápido al ritmo del tambor. En lugar de girar sin más, cogí impulso y extendí los brazos, di una voltereta hacia atrás y me planté en el mismo sitio. El público ahogó un grito y luego estalló en aplausos.

El ribete de las enaguas y la fustaˇ se me enganchó en la cadera y dejó al descubierto la pierna de bronce. El centurión bajó la mirada y su roce fantasma me aceleró el pulso. Me agarré las faldas con una mano y empecé a girar con rapidez, pisando fuerte, antes de dar un

salto audaz hacia el inestable extremo del escenario donde se encontraba él. La música era ya un frenesí enloquecedor y el público aplaudía al ritmo del tambor.

Inclinando la barbilla hacia abajo sobre el hombro descubierto, fijé la mirada en el centurión; las ondas negras de mi melena se mecían con la melodía. Sus ojos de dragón desprendían unos destellos dorados sobrenaturales que reflejaban el fuego interior. Cuando esbozó una media sonrisa ardiente, miré hacia delante y me lancé en una serie de volteretas frontales; giraba tan rápido que las faldas me daban vueltas a la vez.

Yoska y Rukeli tocaban una melodía salvaje y rápida, nos hacían girar a mis hermanas y a mí en un torbellino de faldas y movimientos efusivos. La música se aceleró cada vez más hasta llegar a una pausa repentina y dramática en la que cada una se quedó inmóvil adoptando la pose de diosa, con las piernas y los brazos entrelazados, el cuerpo curvado, el cuello arqueado y los ojos brillantes.

Los aldeanos saltaron de los asientos y empezaron a ovacionarnos. Las monedas tintinearon y rodaron por el escenario: como era tradición, nuestra danza final recibió una lluvia de denarios. Hanzi se apresuró a subir al escenario para recogerlas mientras nosotras nos inclinábamos y sonreíamos para saludar a la multitud.

Intenté no mirar, pero se me fueron los ojos al centurión de todos modos. Sonreía. Durante un momento, me sorprendió su expresión acogedora y atractiva. Se metió la mano en el bolsillo del cinturón y me tendió una moneda. Parecía más grande que las que arrojaban al escenario. Extendí las manos y él me la lanzó. La cogí riéndome y entonces Lela me empujó hacia los escalones de manera brusca.

—Malina —siseó, mientras nos metíamos detrás del escenario a

trompicones—. ¿Qué has hecho?

—Darles a los espectadores lo que han venido a ver.

—Ya sabes a qué me refiero. Eso ha sido demasiado… demasiado…

—No ha sido nada.

—Ha sido una imprudencia. Muy en tu línea.

—No te preocupes, Lela. Ve a hacer las maletas. Jardani querrá partir esta noche.

Temblando por la actuación, salí corriendo antes de que Lela pudiera seguir reprendiéndome. La multitud seguía alborotada. Yoska y Rukeli continuaron tocando. Jardani les sirvió cerveza y vino aguado. Unas monedas más antes de que los aldeanos se marcharan a casa.

Lela tenía razón. Nunca me había exhibido de un modo tan provocativo. ¿Por qué iba a hacerlo por él? Detestaba a los romanos. Aborrecía su superioridad. Su conquista y destrucción del mundo entero, solo porque podían. Porque nadie podía vencer a los dragones.

Tal vez fuera por eso. Quería hacer alarde de mi valentía ante él. Demostrarle que no tenía miedo, fuera cual fuera la bestia que me devolviera la mirada, pero mi bruja interior me susurró que no, que ese no era el motivo.

Pasé entre dos carromatos y por detrás del establo de caballos —el caballo capón de mal genio resopló y relinchó—, rodeé otro carromato y me asomé por detrás. La improvisada taberna de Jardani, que no era más que una cubierta de lona desgastada y dos barriles apoyados en taburetes, era un buen reclamo para el público. Yoska y Rukeli tocaban una animada melodía, mientras Hanzi servía bebidas y recogía más monedas.

Escabulléndome por un lateral y aferrando la moneda del

centurión en la palma de la mano, cogí una antorcha y corrí por el sendero que se adentraba en el bosque hacia el campamento. Pero en lugar de ir directamente a nuestra tienda, atajé por el pequeño prado donde dejábamos pastar a los caballos durante el día, para poder observar mi botín sin que mis hermanas armaran alboroto o hicieran preguntas.

Salí al campo abierto bajo la intensa luz de la luna y levanté la palma de la mano y la antorcha para ver mejor.

—Bendis que estás en los cielos… —susurré.

Era de oro. O al menos lo parecía. Nunca había tenido el metal precioso en las manos. Una de las caras representaba un templo, con los bordes suaves y desgastados. La otra cara mostraba a una mujer, una diosa sentada en un trono, con una media luna invertida sobre la cabeza y una cornucopia que sujetaba con ambas manos.

—Es la dama Fortuna.

Me quedé paralizada. Esa voz era de un rumor profundo y melodioso, como un trueno por encima de las montañas. Como el peligro en la distancia, cada vez más cerca.

Que me salvaran las estrellas. Solo podía ser un hombre.

Me giré y, a pocos metros de distancia, vi los rasgos marmóreos recortados en franjas de sombra por la luz de la luna. El centurión. Y también dragón.

Miré a la derecha y me preparé para huir, preguntándome si de verdad podría correr más rápido que él. El pánico se apoderó de mí. Desde luego, en ese momento no era nada valiente.

—No, espera. —Levantó las palmas de las manos en un gesto conciliador y dio un paso atrás—. No te haré daño.

No obstante, era imposible que un hombre de su estatura, constitución y cuna pareciera inofensivo. Era un romano de origen noble y una magia ancestral, además un monstruo, le corría por las

venas.

Se me aceleró el pulso y comprendí que estábamos a solas. Si quería hacerme daño, podría hacerlo sin problema antes de que nadie viniera a ayudarme. Si acaso podían socorrerme.

Con las palmas de las manos aún extendidas en actitud apaciguadora, me señaló la mano en la que aún sostenía la moneda.

—Ese áureo es especial.

Sí, era de oro. Me tembló el brazo con el que sujetaba la antorcha, la llama se agitaba mientras yo exhalaba una respiración temblorosa.

Estaba aterrorizada, pero levanté la barbilla con toda la confianza de la que era capaz, pues comprendía que debía de haberme dado el dinero por motivos perversos.

—¿Por qué me dais una moneda de oro? —le solté, aunque me temblaba la voz.

Todo en él me instaba a huir. Salvo mi sentido empático, que seguía calmo como un mar en paz, lo cual me irritaba. Mi bruja me decía que me quedara quieta. Y eso hice.

—Eres una bailarina de gran talento —afirmó con serenidad y aplomo. Bajó los brazos para juntar las manos a la espalda, en un intento de parecer inofensivo. Eso me tranquilizó un poco, aunque seguía preparada para huir.

—Soy la mejor de mis hermanas —respondí al final, recurriendo a la bravuconería para disimular el miedo.

Él sonrió. Sin pensar, le miré la boca. Ahí me di cuenta de lo que le daba cierta apariencia de delicadeza. Mientras que la mandíbula, la barbilla, la nariz y la frente eran ángulos agudos, la boca ancha parecía suave.

—Lo eres —convino él—. Acabo de verlo con mis propios ojos.

—¿Por qué me habéis dado una moneda de oro por un baile? —volví a preguntar y mi miedo se transformó en rabia—. No

obtendréis nada más.

Todavía impasible, incluso ante mi suposición, quizá insultante, de que había querido conseguir algo más de mí de lo que yo no estaba dispuesta a desprenderme, replicó con firmeza:

—No quiero nada más.

Frente a la luna pasó una nube, que se cernió sobre nosotros y sumió el rostro del centurión en las sombras. Aun así, los ojos de dragón brillaban en la oscuridad. Me recordaba a los lobos de mi tierra, en los Cárpatos, cuando el invierno se tornaba cruel y acudían en busca de presas fáciles. Por curioso que pareciera, el romano no me infundía miedo con esos resplandecientes ojos de dragón.

Di un paso adelante y levanté la antorcha para poder verle mejor la cara. Permaneció igual de quieto. Sabía que intentaba aplacar mi miedo. Ambos sabíamos que, si quería hacerme daño, podía hacerlo. Solo los romanos nobles con sangre de dragón en las venas podían ser centuriones.

Sus ojos. Me observaba con esas pupilas brillantes como un lucero ardiente.

—Esta moneda es especial —me dijo—. Vale más que el oro con el que se forjó.

—¿Por qué?

—Fortuna es la diosa que guía nuestro camino por la vida. Concede buena suerte a quienes le rinden pleitesía, a quienes rezan y la escuchan.

—No creo en vuestros dioses —le dije con valentía.

—Eso no importa. —Dio un paso corto hacia delante.

Me preparé para huir, pero él se quedó ahí y no avanzó más, como si quisiera verme mejor.

—Todos tenemos nuestros propios dioses —añadió, juntando las manos por delante; eran muy grandes, a juego con el resto de su

imponente físico. Era mucho más alto que cualquier otro hombre que hubiera visto. Ya me habían contado eso de los dragones, que eran más grandes que los humanos. Aun así, era sobrecogedor contemplarlo con mis propios ojos—. Pero Fortuna ama a todos los pueblos de todas las provincias y todas las regiones.

Sus palabras me confundieron. Nosotros teníamos nuestros propios dioses a los que rezábamos y a quienes dábamos ofrendas. ¿Por qué iba a preocuparse por mí una deidad a la que no veneraba?

—Fortuna no solo es una diosa especial para mí —continuó—, sino que este áureo me lo regaló mi madre; el oro lo acuñó mi propio padre cuando se casaron. Fue un regalo de bodas. Llevo este áureo encima desde hace muchos años.

—Lo que, de nuevo, hace que me pregunte por qué regalaríais algo tan preciado a una desconocida.

El miedo volvía a hundir sus garras en mí, pero entonces él dijo:

—Fortuna me habla de vez en cuando. —Hizo una pausa—. ¿Lo crees?

Por supuesto que creía que los dioses y las fuerzas desconocidas nos hablaban. Yo procedía de una larga estirpe de mujeres místicas que poseían dones que no eran de este mundo. Mi espíritu interior me hablaba con frecuencia. Me limité a asentir.

Me dedicó otra sonrisa.

—Me ha hablado esta noche. Sabía que algún día necesitarías la moneda para tener buena ventura.

Miré la imagen de Fortuna que tenía en la palma de la mano; la luz de la antorcha resplandecía sobre la pieza de oro. Luego miré al centurión.

—A todos nos vendría bien el favor de los dioses. No rechazaré tal regalo si Fortuna me ha elegido para gozar de su favor.

—Así es. —Inclinó la barbilla—. Eres tan sabia como hermosa,

pequeño pájaro de fuego.

Fruncí el ceño ante aquella actitud de confianza y aquel apodo. No sabía lo que era un pájaro de fuego, pero antes de que pudiera preguntar, dio un paso atrás y tuvo un comportamiento bastante extraño. Me hizo una reverencia, un gesto reservado solo para la nobleza.

—Adiós —dijo en voz baja—. Que Fortuna guíe tu camino.

Luego se alejó y, con la capa roja ondeando a la espalda, se adentró en las sombras y desapareció.

Apretando el áureo contra el pecho, volví corriendo a la tienda familiar, decidida a mantener mi pequeño tesoro en secreto. Al fin y al cabo, Fortuna me había elegido por su bondad. Atesoraría la moneda del centurión, a pesar de que me la entregara el enemigo, un dragón.



Cuatro años después – Frontera oriental de la Galia

JULIAN

Desde lo alto de la colina, contemplé el campo manchado de sangre y los cuerpos carbonizados que seguían humeando tras la batalla. Poco quedaba de la horda celta, algo que no era de extrañar contra una legión romana. Aunque este clan en particular ya se había resistido a la derrota bastantes veces. Me alegré de que el rey hubiera muerto en el campo de batalla y no verme obligado a llevármelo para apaciguar a mi tío. El hombre disfrutaba de las ejecuciones públicas sangrientas. A mí, la sola idea me revolvía las

entrañas.

La tropa de mortájaros volaba en círculos; las gigantescas sombras aladas surcaban el cielo nocturno iluminado por la luna y los fuegos seguían quemando las inmediaciones para que los celtas no tuvieran escapatoria. Las columnas de humo se elevaban en el aire y el viento las arrastraba. Los mortájaros permanecerían en alerta y en guardia hasta que yo enviara a un mensajero a los cielos para hacerles saber que podían regresar al campamento base.

Se oyeron gritos en el asentamiento celta del bosque, donde mis hombres estaban reuniendo a los supervivientes para venderlos en el mercado de esclavos.

Mi tribuno de mayor confianza, Trajan, subía la colina en forma híbrida; llevaba solo un bálteo sobre el pecho para el gladius, como era tradición en el caso de los oficiales de noble cuna cuando entraban en batalla.

Su tamaño era el triple que en su forma humana, la piel azul oscuro parecía negra al amparo de la noche. Tenía los brazos muy musculosos y las manos terminadas en unas garras negras. De su espalda sobresalían unas alas coriáceas de color medianoche. Me miró con esos ojos azules pálidos de reptil, tenía el hocico demasiado largo para un humano, se le veían los dientes irregulares a lo largo de la boca de dragón y movía con fuerza la gruesa cola.

—Todo en orden, legado.

Su forma de hablar era más comprensible que la de la mayoría de los híbridos, solo los más poderosos hablaban con claridad en esta forma, aunque su voz sonara áspera y gutural. Algunos hombres ni siquiera eran capaces de vocalizar, pues la parte dragón era demasiado obstinada y dominante.

Se puso a mi lado y miró hacia abajo.

Como yo era comandante de esta invasión, había permanecido en

forma humana, ataviado con los ropajes propios de mi cargo. A los generales ya no les hacía falta adoptar la forma híbrida y mancharse de sangre en el campo de batalla. Nos habíamos ganado el derecho a mantener las manos y los uniformes limpios. Dar órdenes para la batalla sin liberar a tu dragón interior era un símbolo de poder.

Pero todos los soldados sabían que podía transformarme en un abrir y cerrar de ojos y arrancarles la cabeza como se salieran del camino. Nuestras bestias nos daban el dominio sobre todos los campos de batalla, pero cuando las soltábamos, también eran monstruos depredadores con un único objetivo. Si los oficiales no supieran sin lugar a dudas que su general era la bestia más dominante entre ellos, los dragones nunca se someterían a sus órdenes.

Me había ganado a pulso el derecho a estar en esta colina y mandar desde lejos, fuera quien fuera mi tío. Y todos los soldados de mis legiones lo sabían.

—¿No hay bandas celtas más allá de la línea de fuego? —pregunté.

—Ninguna.

Aquel era un pueblo despiadado y muy astuto. A menudo reservaban un grupo de guerreros para sorprender a los romanos: arqueros y lanceros con flechas envenenadas. Esta región en particular había derrotado tres veces a mi predecesor, el legado Bastius. Supuestamente, tenían una especie de hechicera que los ayudaba de alguna manera, pero eso todavía era un misterio.

Mi tío, el emperador, por fin invitó a Bastius a cenar en su palacio de Roma tras la tercera derrota. Se habían criado juntos. Sin embargo, el legado estaba nervioso. Mis sentidos de dragón agudizados detectaron un sudor que apestaba y el aumento de su ritmo cardiaco cuando tomó asiento en una *lectus* acolchada frente a

mí para el banquete.

Le habían dicho que el emperador abordaría la estrategia para su próxima invasión. En lugar de eso, mi tío le ofreció un gran festín, le dejó follarse a una de sus esclavas durante la cena y se rio de sus viejas conquistas en Germania. Justo cuando Bastius nos contaba la historia de una de sus matanzas más sangrientas, mi tío lo clavó contra la pared con su propio gladius y le atravesó la garganta. Luego lo destripó y decapitó.

Cuando terminó y el cadáver quedó sangrando sobre el suelo de mármol, el tío Igniculus cruzó la sala en un silencio sepulcral, aún llena de los invitados a la fiesta. Se detuvo y se paró frente a mí en forma híbrida, salpicado con la sangre de su antiguo amigo.

—Enhorabuena, sobrino. —Me apoyó la palma de la mano ensangrentada en el pecho, los ojos amarillos de su dragón centelleaban—. O debería decir legado Julianus *Ignis Dakkia*. —Siempre gustaba de enfatizar los nombres que teníamos en común.

Así es como me ascendieron. Por eso estaba en esa colina, asegurándome de que esta tribu celta no volviera a escapar.

—Procura conseguir la cabeza del rey. El tío la querrá para su Muro de la Victoria.

—Así se hará —respondió Trajan.

Un grito de mujer resonó desde el lejano campamento del bosque, seguido de unos gruñidos y risas que atrajeron mi atención.

Aunque no podía reconocerlo ante nadie más que ante Trajan, no quería que se cometieran asesinatos sin sentido bajo mi mando. Bastius había sido un general descuidado y había permitido que sus soldados se volvieran indisciplinados ante su falta de liderazgo. Yo no quería que mis hombres matasen a mujeres y a niños por pura diversión cuando terminase la batalla. Había oído hablar de que habían violado, saqueado y arrasado a una aldea entera en Tracia

antes de reducirla a cenizas.

Desde que heredara esta chusma díscola, me había visto obligado a disciplinar con dureza a varios soldados. Algunos habían estado a punto de perecer a causa de mis castigos. Sin embargo, la fuerza era poder y la única forma de controlarlos era por medio de la fuerza bruta.

Volvió a oírse el grito de una mujer.

—No estarán matando a los prisioneros, ¿verdad? Quiero un buen cargamento para el mercado.

—No, legado —repuso Trajan—. Han encontrado a la bruja celta y se están divirtiendo un poco con ella.

Le lancé una mirada severa. Se dio cuenta de que quería una explicación completa sin que se la pidiera. Habíamos sido amigos antes de convertirme en su superior y me conocía mejor que nadie.

—Es la hechicera que tantas veces los ha ayudado a vencernos. La han acorralado y se la turnarán antes de entregarla al *mango*.

—¿En forma híbrida?

—Solo Silvanus la ha adoptado.

Se me encendió la sangre al pensar en el salvajismo que estos hombres ya habían cometido contra demasiadas personas. No pensaba permitir que eso ocurriera bajo mi mando.

—No quedará nada para darle al esclavista cuando termine. — Avanzando a paso firme, ordené—: Sígueme.

Mi dragón palpitaba con fuerza bajo mi pecho, deseoso de soltarse y demostrarles a Silvanus y a sus esbirros lo que era el terror de verdad, el mismo que le imponían a la bruja. Poco me importaba si ayudaba a los celtas con magia. Solo querían desquitarse porque una mujer les había herido el ego.

Sabía lo brutal que podía ser Silvanus sin motivo alguno. Acabaría matándola si la violaba en su forma híbrida. Y, por encima de todo,

estaba desobedeciendo mis órdenes. Eso sí que no lo podía tolerar.

Los oficiales, que eran mucho más altos que yo en su forma híbrida, junto con los soldados humanos —romanos de nacimiento —, se giraron cuando empecé a cruzar el campo de batalla. Retrocedieron, cerraron el puño derecho y se golpearon el corazón en señal de saludo y sumisión, con la mirada fija mientras yo pasaba por delante. El hedor de los cuerpos quemados impregnaba el aire: era el olor de la victoria.

Trajan iba un paso por detrás de mí, a mi izquierda, como correspondía al segundo de un general. Las estridentes carcajadas se volvieron más fuertes cuando me adentré en la línea forestal. El *mango* estaba cargando su recién adquirida mercancía en redes de transporte: mujeres, niños y los pocos hombres que habían sobrevivido a la batalla. Aunque también había mujeres guerreras entre los hombres celtas. Eran las más cotizadas en el mercado de esclavos.

Un grito de mujer me llegó a través de la arboleda.

—¡Serás puta! —gruñó Silvanus en su casi ininteligible forma de hablar como híbrido.

Más risas.

—Esa vez te ha dado bien —dijo uno de sus camaradas. Parecía Zenón.

Salí a un pequeño claro donde había tres tiendas ardiendo a la izquierda e iluminaban la escena. Silvanus era el más alto de todos y las escamas grises ondulaban sobre su voluminosa figura.

Tal vez lo que impulsaba su crueldad fuera su destino como perteneciente al linaje de Griseo y, por tanto, su insatisfacción como la casta más baja de dragones. Como si quisiera ascender por la escala de la nobleza a golpes. Ver semejante alarde no hizo más que confirmar que los hados tenían razón: su lugar estaba por debajo del

resto de nosotros. No por su cuna, sino por su propia brutalidad.

Se agarró la polla y se la acarició mientras se acercaba a la mujer desgreñada que empuñaba una daga. Estaba agachada frente a un gran árbol cuyo tronco le cubría las espaldas.

Zenón y otros dos la observaban con un júbilo febril, en forma humana, desnudos y aguerridos; la adrenalina de la batalla infundía frenesí en sus cuerpos. Violar a una mujer indefensa con su grande y fornido cuerpo de hombre no le haría tanto daño como Silvanus planeaba. Podría sobrevivir a los hombres, pero no a un dragón en forma híbrida.

Silvanus se le acercó.

—Nunca has catado a alguien como yo, bruja.

La mujer se tensó, preparada para defenderse. El corte que ya le había hecho en el muslo con el cuchillo demostraba que era una guerrera. O, por lo menos, que estaba dispuesta a morir luchando antes que someterse al monstruo que iba a por ella.

Podía oler la sangre de él. O tal vez fuera la de ella. La bruja llevaba el pelo alborotado y enmarañado, y le tapaba la mayor parte de la cara. Su túnica tejida a mano estaba sucia y rasgada en el cuello. No me había visto, porque había girado la cabeza hacia el depredador que se le acercaba.

Ninguno de ellos había reparado en mí, puesto que yo seguía entre las sombras. No fue hasta que Trajan avanzó ligeramente hacia la luz y se colocó a mi lado que Zenón nos vio. Entonces, los otros dos me miraron.

Toda mi atención se centraba en Silvanus, que estaba acosando a la bruja celta. Cualesquiera que fuesen las ofensas cometidas por la mujer, me correspondía a mí juzgarlas y castigarlas, no a él.

—Te voy a follar hasta que sangres —gruñó Silvanus.

—No. No harás tal cosa.

Se hizo un silencio absoluto tras mi cortante respuesta. Quienes estaban fuera de nuestro círculo se quedaron inmóviles y observaron la escena. Bien. Que lo vieran todos.

Silvanus no se movió de allí y se le tensaron los músculos. Los otros tres se pusieron firmes y me saludaron con el puño sobre el corazón, que se me aceleró cuando di tres zancadas largas hacia la luz del fuego. Silvanus se giró, con la verga agarrada en una exhibición vulgar.

—Legado —dijo en voz baja, pero sin hacerme ningún saludo. Tenía los ojos enloquecidos y llenos de la bestia, no había rastro del hombre.

Durante un buen rato, solo oí el fuego crepitante de las tiendas y el pulso trémulo de la mujer que se escondía detrás de Silvanus. Luego dije:

—¿Qué he ordenado con respecto a los prisioneros?

Me sostuvo la mirada desafiante. Parecía estar calculando si podría atacarme y matarme antes de que yo me moviera. Entorné los ojos, deseaba que lo intentara.

Gruñó y se soltó la polla, que se le bamboleó entre las piernas con un movimiento perverso.

—No es una cautiva normal, legado —repuso él fingiendo obediencia—. Es la maldita bruja que ha ayudado a los celtas.

Esperé un momento y no dije nada; el chasquido de los fuegos y la quietud dilataban la tensión.

—¿Qué he ordenado con respecto a los prisioneros? —repetí, dejando que el dragón se asomara a mi voz.

Silvanus resopló y desplegó las alas en un gesto de autoridad antes de responder:

—Que todos se entreguen al traficante de esclavos.

—¿Y qué más? —inquirí en tono gélido.

—Sin mancillar —añadió a regañadientes.

—Eso es. —Alcé la voz para que me oyeran los allí presentes—. Como ya os informé a todos en su día, ya os divertisteis suficiente con Bastius. No es culpa vuestra que vuestro anterior general faltase a la disciplina y os llevara por el camino equivocado. Era débil. Por culpa de sus fracasos, su cabeza se pudre ahora en el Muro de los Traidores.

El número de cráneos clavados en picas a lo largo del Muro de los Traidores duplicaba al del Muro de la Victoria. Todos los soldados lo sabían.

—Si creéis que voy a dejar que os convirtáis en los innobles degenerados que erais bajo el mando de mi predecesor, estáis muy equivocados.

Hice una pausa, dejando que les calaran las palabras, y volví a mirar a Silvanus.

—No somos bárbaros. No mancillamos ni desvirtuamos la propiedad del emperador Igniculus. Cada prisionero al que apaleáis, cada mujer a la que violáis y maltratáis, implica menos monedas en el mercado de esclavos. Menos monedas en las arcas del emperador. Y menos monedas en la recompensa que recibiréis como vencedores del campo de batalla.

Silvanus flexionó los músculos y estiró las alas para prepararse para su castigo. Había pensado en matarlo delante de sus esbirros y de mis hombres, pero decidí en ese momento que bastaría con una buena golpiza en su forma híbrida.

Llevarlo de vuelta a Roma encadenado en una de las redes de su hermano soldado sería la humillación perfecta antes de someterlo a juicio. La ejecución pública o los latigazos serían lo mejor para poner de manifiesto mi punto de vista y enviar el mensaje de que mis órdenes debían obedecerse al pie de la letra.

—Trajan.

—¿Sí, legado?

—Encadénalo.

La mujer, que había permanecido agazapada todo el tiempo, se levantó por fin de detrás de Silvanus y se apartó. Levantó la barbilla y se retiró un mechón de pelo sucio de la cara con la mano en la que no sostenía la daga. Entonces, me miró a los ojos.

Los suyos eran unos ojos verdes como el jade, transparentes casi como el mismo cristal. Me llegaron directos al corazón con una punzada desgarradora.

—Pájaro de fuego —susurré totalmente conmocionado al recordar a la joven con la que había hablado en un prado bajo la luz de la luna hacía mucho tiempo. La que no solo Fortuna había considerado especial, sino también mi dragón.

De repente, este la reconoció y salió a la superficie con un rugido. El dolor me atravesó la carne y me abrasó las venas al expulsarme con una fuerza salvaje. La furia que sintió la bestia al saber que podría haber sido otra víctima más de Silvanus me encendía la sangre.

—Hijo de Dis —gruñí, a sabiendas de que no podía luchar contra él.

Con una violencia que hizo temblar la tierra y una celeridad espantosa, se me rompieron y se me reajustaron los huesos, me brotaron alas bajo la piel y me ardió fuego en el vientre. La bestia surgió de mí tan deprisa que se me fragmentaron los pensamientos y…

Tesoro.

Bramo y rujo, abriéndome paso por el mundo. El medio hombre gris tiembla de miedo. Como tiene que ser. No es un dragón.

Tampoco un hombre. Es una criatura vil que ha querido profanar mi tesoro. Debe sangrar. Debe morir.

Abro las fauces y lo parto en dos allí mismo, luego lanzo el cadáver a los árboles. Su sangre me empapa la lengua. Dulce. Justa.

Mi hembra. Tiene la piel salpicada de la sangre del enemigo. El placer me trepa por la garganta cuando la contemplo. Se incorpora. Tengo un tesoro feroz. Quiere que la saque de aquí.

Abro las alas, la envuelvo con las garras, la elevo hacia el cielo y la llevo hacia mi guarida. Donde tiene que estar.



MALINA

El grito se me cortó en la garganta cuando el monstruoso dragón rojo, el general, se me llevó. Me quedé sin aliento al sentir la presión de las garras sobre el pecho y el estómago.

Había partido a mi atacante por la mitad con esas mandíbulas gigantescas.

«El general».

Me quedé pasmada al reconocer al centurión de hacía tanto tiempo. Había cambiado, se había vuelto aún más grande, tenía el pelo corto, un aire combativo y los ojos dorados y fríos. Pero era él.

Entonces le salió el dragón de dentro y se transformó en la bestia en menos de tres segundos. Un hombre que se encontraba detrás de él gritó cuando la cola furibunda lo arrojó a un lado. Un dragón de escamas rojas, ojos con rebordes negros y alas de puntas azabache se alzaba imponente sobre mí, la cabeza le llegaba a la copa de los árboles. Pero su altura y corpulencia no le restaban velocidad. Con una rapidez espantosa, mató a aquel monstruo repugnante que me había atacado.

Entonces, recobré la voz y grité mientras él se cernía sobre mí. De los colmillos largos como dedos le goteaba sangre, como si estuviera orgulloso de su presa. Bajó la cabeza descomunal y entornó los ojos dorados y serpentinos. Me quedé sin aliento para chillar cuando me agarró por la cintura y me elevó hacia el cielo.

Se me revolvió el estómago y se me hizo un nudo en las tripas mientras el suelo se alejaba cada vez más y las piernas me colgaban en el aire.

«Bendis, sálvame».

Iba a morir. Iba a llevarme muy muy alto y a soltarme, me iba a dejar caer al vacío. Al fin y al cabo, yo era la bruja que les había parado los pies tres veces.

Todo había sido en vano. De todos modos, mi clan estaba ya muerto y esclavizado. Vi que arreaban a Enid hacia las redes de transporte. La anciana amable que se había convertido en mi salvadora, que había convencido a su clan para que me acogiera, que me había cuidado como lo haría una madre. Por culpa de mi fracaso, volverían a llevarla a Roma y al mercado de esclavos, con su pueblo muerto y desarraigado. Igual que el mío.

Bunica se equivocaba.

Mi don no era lo bastante fuerte. No había cambiado el curso de ninguna guerra. Solo había frenado a un general incompetente y a

sus hombres hasta que apareciera otro superior.

El centurión.

El áureo de oro que llevaba al cuello flotaba en el aire. Alargué la mano y lo agarré; no quería perder el único tesoro de mi antigua vida que todavía me quedaba.

Las lágrimas brotaron ante la triste realidad.

Desde aquella noche en que me dio la moneda, la había llevado en secreto colgada de un cordón de cuero alrededor del cuello, debajo de la blusa. Cada vez que empezaba a sumirme en la desesperación, recordaba que Fortuna me había elegido como merecedora de su favor. Nunca había rezado a la diosa romana, pero una parte de mí deseaba que me ayudara a prosperar.

La noche en que los romanos atacaron nuestra aldea tres años antes, la noche de la boda de mi hermana Lela con Jardani, esta fue la única posesión de valor con la que logré escapar. Todo lo demás había desaparecido: el pincel que papá me había tallado, la fustaˇ roja de Bunica, la colcha que había cosido mamá y la blusa bordada de Lela. Quizá ardieron en el incendio que arrasó el pueblo, pero no podía saberlo porque escapé durante el ataque. Corrí sin cesar hasta que me desplomé de puro agotamiento a varias leguas de mi casa, sola en medio del frío y la oscuridad.

«Muchacha patética…», me reprendí a mí misma.

Hui de la familia, dejé a todo el mundo atrás…

Y seguía aferrándome a ese áureo como si a Fortuna le importara de verdad. Mira adónde me ha llevado, atrapada entre las garras del enemigo. Me dieron ganas de reírme de la coincidencia de que quien al fin derrotara y destruyera a mi clan celta, a mi familia adoptiva, fuera precisamente el romano que me había dado esperanza en forma de esta moneda brillante.

Intenté arrancármela del cuello para arrojarla al olvido, pero me

tenía el codo inmovilizado con una garra. Con la otra mano, me así a la curva de una zarpa, incapaz de soltar los dedos; tenía demasiado miedo de que me soltara de repente.

Los fuegos y el humo del campamento celta y del campo de batalla en llamas eran cada vez más distantes. Nos elevamos hacia las nubes y me pregunté si sería mejor morir desde esa altura. Así, más cerca de las estrellas, deseé seguir subiendo más y desaparecer en el cielo nocturno.

—Lo siento, Bunica —susurré en la oscuridad, llorando su ausencia una vez más.

Los había perdido a todos: a mamá, a papá, a mis hermanas. Lo último que recordaba era a un soldado agarrando a Lela mientras otro golpeaba a Jardani en la cabeza y a mis hermanas Kizzy y Kostanya gritando. Mi padre me empujó detrás de él y me miró aterrorizado.

—Corre, Malina —me ordenó bruscamente.

Obedecí. El miedo me impulsó a adentrarme en la oscuridad del bosque, hasta que los gritos y los llantos se desvanecieron como un sueño. Una pesadilla.

Lo único que me había impedido quitarme la vida para reunirme con mi familia en el más allá era la predicción de Bunica: «Nos salvarás a todos».

Pero se equivocaba. Me convertiría en una esclava como todos los demás. Tal vez la muerte fuera mejor.

¿Qué haría este dragón conmigo?

Había capturado a la bruja del clan celta. Me castigaría en consecuencia, tal vez con una ejecución pública o mediante tortura. Los rumores sobre la brutalidad en la capital del imperio eran legendarios. Se decía que los romanos exhibían los cadáveres de sus enemigos en el foro, que bebían de los cráneos de los reyes caídos y

que utilizaban a los esclavos de formas abominables.

Me estremecí ante el espantoso futuro que me aguardaba, aunque fuera efímero.

Entonces empezamos a descender. La criatura agitaba las grandes alas cada vez más rápido a medida que se alejaba de las nubes. En la distancia, la luz de las antorchas de muchas casas y edificios salpicaba la ciudad de Roma.

Di un grito ahogado, pues nunca había visto tantas luces juntas. Incluso alcanzaba a ver la curva del Coliseo bajo la luz de la luna. Sin embargo, se inclinó en dirección contraria, hacia las afueras de la ciudad, a una ladera verde en la que sobresalían grandes edificios de piedra blanca.

Ralentizó el descenso, con el objetivo de llegar a una amplia terraza de una casa en particular. El general era rico.

Cómo no. Lo supe aquella noche en que nos conocimos a la luz de la luna. Apestaba a sangre noble. Me había dejado fascinada. Pero en ese momento solo estaba aterrorizada, aunque no pensaba decírselo.

Bajó despacio a la balconada, batió las alas a toda velocidad hasta que estuve a solo medio metro del suelo y, entonces, me soltó. Me quedé inmóvil y vi que aterrizaba a mi lado, al tiempo que lo atravesaba un gemido doloroso, el repugnante crujido de los huesos y la repulsiva transformación del cuerpo; se encogió hasta convertirse en un hombre. Un hombre desnudo. Me lo quedé mirando atónita, pero él ni siquiera me lanzó una mirada. Se fue derecho a la entrada arqueada de la casa sin dirigirme la palabra.

Me quedé absorta mirando al magnífico individuo en que se había convertido, al menos físicamente. Medía más de dos metros, era todo músculo y el miembro viril le colgaba entre las piernas, largo y pesado, mientras entraba en la mansión.

Yo jadeaba de miedo. Cuando por fin me di cuenta de que seguía estirada en la fría terraza, me levanté y miré a mi alrededor, preguntándome si podría salir corriendo.

—Ni lo intentes, muchacha —me dijo una voz áspera.

Giré la cabeza hacia la entrada arqueada: un hombre mayor se acercaba renqueando.

—Los centuriones de patrulla te recogerán y volverán a traerte aquí. —Tenía la tez oscura y el pelo cano—. O peor aún, te llevarán a otra parte —me advirtió—. Ven conmigo.

—¿Adónde voy a ir? —pregunté mientras se daba la vuelta y regresaba hacia el arco, esperando que lo siguiera.

—A tu nueva habitación, por supuesto. Allí te asearás. —Miró hacia atrás para echarle un vistazo a mi ropa y rio por debajo de la nariz—. Y te cambiarás de ropa.

—¿Y luego qué?

—El amo querrá verte.

El amo. *Mi* amo.

Tragué saliva con fuerza ante mi nueva realidad. Mi centurión de antaño, el hombre que me había dado una moneda de oro, además de esperanzas y sueños de un futuro mejor, era mi nueva pesadilla, mi nuevo dueño.



MALINA

Seguí al hombre renqueante hasta el interior de la villa y me fijé en que las puertas y los techos tenían una anchura y un espacio desmesurado. Me pregunté si se debía a que el general y sus compañeros romanos solían pasearse por ahí en forma híbrida.

Un escalofrío me recorrió la columna al recordar a los soldados híbridos que despellejaron, mataron y quemaron al clan celta que me había adoptado. La sofocante sensación del humo y de verme encerrada en el fuego me hizo cerrar los ojos un momento, deseé que desapareciera aquella horrible escena que había vivido solo unas

horas antes. Y los gritos.

A aquel general y a su ejército les había bastado una breve batalla para arrasar con todos. Se habían acercado con sumo sigilo. Cuando nos dimos cuenta de lo que ocurría y nos organizamos, ya era demasiado tarde para emplear mi don y ayudarlos. El pánico se había apoderado de mí y no pude salvarlos. Me preguntaba dónde estaría en esos momentos la pobre Enid, la mujer que me había acogido en su casa, que me había tratado como si fuera de su familia.

Relegué la sensación de pesar mientras el hombre rodeaba un atrio situado en el centro de la casa, donde una fuente lanzaba agua a un bonito estanque de azulejos azules. La fuente estaba flanqueada por todo tipo de plantas frondosas y enredaderas, y sobre ella se alzaba una cúpula abierta al cielo nocturno.

A punto estuve de reírme por la nariz de la gracia que me hacía aquello. A estos romanos se les salía la riqueza por las orejas y, sin embargo, nunca era suficiente. Cogían y tomaban y robaban. Y siempre querían más. Más tierras, más posesiones, más esclavos.

Pestañeando para contener las lágrimas de rabia, seguí al anciano por la casona y cruzamos un pasillo serpenteante; las múltiples antorchas de los candelabros iluminaban bien el edificio, incluso a esas horas de la noche.

—¿Eres griego? —pregunté, tras fijarme en su acento.

—Tracio —respondió sin detenerse ni mirar hacia atrás.

—¿El amo también te sacó de tu hogar? —pregunté con amargura.

No contestó, pero se detuvo ante una puerta abierta y se giró con una expresión seca e ilegible.

—Este será tu dormitorio. Hay una túnica limpia en el baúl. Límpiate y vístete. Enseguida vuelvo.

—¿Cómo te llamas?

—Ruskus.

Luego se marchó y me quedé mirando la habitación a oscuras. Tomé una antorcha del aplique de la entrada, entré y cerré la puerta sin saber muy bien qué esperar. La estancia era bastante grande y limpia, había una cama en un rincón y un baúl a los pies. A un lado había un biombo con un dragón rojo tejido que volaba erguido y escupía fuego.

Me mordí el labio al pensar en el que acababa de alzarme por los aires sujetándome entre sus garras. Me llevé la palma de la mano al estómago, donde me había hincado la punta de una uña y me había desgarrado la blusa. Aunque no me había hecho ningún corte en la piel, seguro que me saldría un moretón. Al menos estaba entera e inmaculada. Debería dar las gracias porque la criatura hubiera asesinado a mi agresor y me hubiera salvado de un destino peor, aunque el asesinato hubiera sido repentino… y sangriento.

Examiné el resto de la habitación. Había una mesa junto a la cama y, sobre ella, un estante con tres libros. ¿Libros? ¿Qué esclavo necesita o tiene tiempo para leer? Los tomos encuadernados eran caros y poco frecuentes. ¿Por qué iba a haber libros en la habitación de un prisionero?

Me acerqué, esperaba que trataran de alguna sandez de los famosos historiadores o eruditos romanos. Pero no, todos los textos eran griegos. Sabía leer un poco. Mi bunica nos había enseñado a mis hermanas y a mí, incluso nos dijo una vez: «Los griegos usan más el cerebro que la espada. Deberíais conocer sus palabras».

Cuando le pregunté por qué teníamos que aprender también latín, me respondió: «Para sobrevivir. Debes saber lo que dice tu enemigo».

Saqué uno de los libros, maravillada por la encuadernación en

cuero y la pulcra escritura manuscrita del interior. Era de uno de los famosos filósofos griegos que trataban la naturaleza humana y la moral.

—¿Qué narices hace esto aquí? —murmuré para mis adentros.

El segundo era de un tema similar. El tercero era una colección de historias de héroes aventureros. Quizá me habían alojado en una habitación de invitados. El amo me había dejado caer, literalmente, en la terraza sin avisar a nadie de la casa. Tal vez Ruskus no tuviera otro sitio donde instalarme.

Echando un vistazo a la estancia, me di cuenta de que eso tampoco podía ser. Aunque la habitación era más espaciosa y estaba mejor amueblada de lo que cabría esperar para un esclavo, no era lo bastante elegante para un huésped romano. Al menos no para un patricio. ¿A qué otro tipo de invitados recibiría en su casa un general del ejército imperial?

Al darme cuenta de que tenía poco tiempo para contemplar embobada mi nueva prisión, me dirigí enseguida hacia el baúl y saqué una túnica. No era del refinado material que llevaban los romanos, sino de un lino suave, bien confeccionado, de un bonito verde pálido. Había una tina pequeña, pero lo bastante grande para lavarse de pie, y un cubo de agua humeante al lado.

Ruskus se había puesto manos a la obra enseguida. Apenas llevaba unos minutos en el exterior cuando apareció y me acompañó a esta habitación. Y que me proporcionaran agua caliente era algo insólito.

Confundida, pero consciente de que se me acababa el tiempo, me quité con premura la ropa sucia y rasgada que Enid me había confeccionado con tanto esmero y me metí en la pila de piedra. Con un paño que también encontré allí, me limpié la suciedad y la sangre del cuerpo. La sangre de aquella criatura que me atacó. Pero

también de un amigo.

Me asaltó otro recuerdo, el de un romano híbrido que le había rebanado la garganta a Aodhan con brutalidad, un guerrero celta y amigo mío, que había intentado protegerme. Pensé que podríamos llegar a ser algo más, al menos si la lucha hubiera terminado en algún momento. Había sido amable conmigo cuando la mayoría del clan desconfiaba de mí. Aunque agradecían el modo en que había conseguido manipular a los romanos que los habían atacado dos veces antes, no comprendían mi don y no se me acercaban mucho.

Aodhan no. Él me sonreía amable y me hablaba con delicadeza. Nos traía a Enid y a mí una liebre de más cuando salían de caza o una paletilla de ciervo para la despensa. Contuve las lágrimas, pero brotaron de todos modos. Resbalaron con facilidad mientras me limpiaba las salpicaduras de sangre de la cara y el cuello, así como la suciedad del cuerpo.

Miraba una y otra vez por encima del biombo, esperando que el amo irrumpiera por la puerta para terminar lo que los soldados habían empezado allá en la Galia. Sin embargo, la puerta permaneció bien cerrada mientras terminaba de lavarme.

Había una botella de aceite perfumado junto al cubo. Aunque me era imposible lavarme bien el pelo como lo habría hecho en el arroyo cercano a la cabaña que compartía con Enid, hice lo que pude con el aceite y el agua caliente para desenredarme los nudos. Aproveché la última gota para mojarme la cabeza y el agua sucia se encharcó alrededor de los tobillos dentro de la pila.

Me sequé rápidamente con una toalla, me peiné el pelo mojado y me puse la túnica verde, que me quedaba holgada. Se había hecho para alguien más corpulento, pero estaba limpia y era suavecita. Además, por primera vez desde que habíamos oído el rugido de los mortájaros en lo alto, solté un suspiro de calma y me senté en la

cama.

Librarme de los restos de la batalla y limpiarme bien la piel me había aliviado los temblores, a pesar de que esperara encontrarme con él. Otra vez.

En esas llamaron a la puerta. Me puse en pie de un brinco. Hubo una breve pausa y luego Ruskus abrió.

—Sígueme, chica. —Salí detrás de él. Para ser cojo, se movía con bastante agilidad.

—Me llamo Malina. No «chica».

Refunfuñó como si no le importara mucho. Puede que tampoco fuera necesario que me conociera. Quizá el general se estuviera preparando para venderme en el mercado. Me invadió otra oleada de miedo que me aceleró el corazón. Tal vez me vendieran a un amo más estricto. O a un burdel.

Apretando los puños con fuerza, traté de encontrar la calma de antes utilizando mi don de hiperempática para serenar mis pensamientos. Inspiré y espiré hondo mientras Ruskus me conducía por la casa.

Cruzamos una entrada gigantesca en cuyo suelo había incrustado otro dibujo de dragón rojo, que volaba hacia lo alto y lanzaba un chorro de fuego. Supuse que debía de ser el símbolo familiar de mi amo. El mosaico era intrincado y colorido; seguro que un artesano de gran talento tardó una eternidad en crearlo. Aun así, aquello despertó mi cólera.

Dondequiera que fuera de la casa, había recordatorios constantes de que me encontraba en la guarida de un dragón. Una criatura poderosa que conseguía lo que quería y gobernaba con miedo y violencia. Sin embargo, no podía mostrar esa furia en el rostro cuando me encontrara con mi amo. Tenía que hacer el papel de esclava obediente para poder descubrir la mejor forma de escapar.

Al final de otro pasillo más, que se encontraba en el lado opuesto de aquella mansión de corredores y salas interminables, Ruskus se detuvo por fin ante un arco de entrada. Me hizo un gesto para que lo traspasara y así lo hice. Él se quedó en posición de firmes junto a las puertas dobles, con las manos entrelazadas por delante.

Entré en una amplia estancia con más arcos decorados con columnas recargadas que conducían a otra terraza, aunque estaba segura de que esta estaba en el lado opuesto de la casa de donde me había soltado el dragón. Más allá de la balconada, unas luces moteaban la ciudad de abajo. Roma.

—¿Alguna vez has estado en Roma?

Me sobresalté al oír la voz grave a mi derecha. Estaba casi en la sombra, pero la tenue luz dejaba entrever la alcoba que se encontraba a la espalda del hombre. Me asaltó entonces el instinto de fuga y se me aceleró el pulso ante lo que Fortuna me tenía preparado.

—No hay dónde huir, Malina.

Me quedé helada al oír mi nombre en sus labios y el corazón se me aceleró aún más.

—No pensaba escapar. —Todavía no.

Enarcó una ceja ante la obviedad de mi mentira.

—Puedes irte, Ruskus —dijo desde el otro lado de la sala.

Giré la cabeza y vi que el tracio fruncía el ceño. Se detuvo solo un instante antes de salir de la sala y cerrar las puertas tras de sí para dejarme a solas con el amo.

Su mirada era fría y firme cuando me volví hacia él. Era evidente que al griego le parecía inusual que lo hiciera salir, pero esa no era la pregunta que se me posaba en los labios.

—¿Cómo sabéis cómo me llamo?

—Siempre lo he sabido. —Se alejó un poco más de las sombras y

el fulgor de las lámparas de aceite colocadas en los estantes que revestían las paredes le iluminó el rostro—. Lo supe el mismo día en que te conocí. Se lo oí decir a tu hermana mayor.

Lela. El corazón me dio un vuelco. Me negaba a pensar en ella, en acordarme del último momento en que la vi. Quería estirar la mano y arrancarle mi nombre de la boca. No tenía derecho a pronunciarlo. Sin embargo, no pude decir ni una sola palabra; un nuevo escalofrío me recorrió de arriba abajo, aunque no sabía exactamente por qué.

No le tenía miedo, como quizá debería. Entonces, ¿qué era esa emoción desconocida que me calaba hasta los huesos?

—Nunca he estado en Roma —dije con sequedad para responder por fin a su pregunta. Como si alguna vez hubiera tenido motivos para ir a ese espantoso lugar.

Los ojos dorados de reptil brillaron en la oscuridad, como si no fuera solo el hombre quien me observara con tan fiero escrutinio. Su dragón también me observaba. Iba vestido, gracias a los dioses, con una túnica roja de seda que le llegaba hasta las rodillas. Aun así, me costaba mucho no recordarlo entrando cuan alto era, además de orgulloso y desnudo, en su casa hacía menos de una hora.

—Soy Julian —dijo sin más.

¿Por qué me decía su nombre? A una esclava solo se le permitía llamar a su amo *dominus*. Tal vez solo quería que lo supiera por si me perdía en la ciudad o me escapaba y, que no lo permitieran los dioses, me capturaban y necesitaba que me devolvieran a él.

—Siéntate —me ordenó con frialdad mientras señalaba un largo banco acolchado con una intrincada base de madera pintada de oro. No tenía sentido ser insolente, no en ese momento, así que obedecí.

Se sentó frente a mí en una especie de taburete refinado que parecía tener las patas de bronce. Era elegante y bonito, pero temí que no aguantara el peso del hombretón. Me equivocaba.

Nunca había visto nada parecido ni al sofá ni a la silla. Los muebles celtas, y los que había tenido de niña, estaban hechos para usarlos, no para decorar. Pero claro, los romanos se permitían el lujo de construirse un mundo de elegancia y belleza. Eso no hizo más que exasperarme más.

Sin embargo, me quedé quieta, con expresión pasiva y las manos entrelazadas con recato sobre el regazo. Incluso sentado, me sacaba una cabeza. Era demasiado alto y ancho; adoptara la postura que adoptara, le era imposible minimizar sus proporciones.

—¿Por qué vivías con los celtas?

—Porque los romanos invadieron mi aldea y mataron a todo mi clan.

Se acentuó la intensidad de su mirada. Al parecer, no esperaba aquella respuesta.

—¿Y tus hermanas?

Conteniendo la pena que siempre me embargaba cuando pensaba en ellas, me limité a decir:

—Ya no están.

Se quedó pensativo un momento, como si estuviera dándole vueltas a esta nueva información, y luego preguntó:

—¿Qué clase de brujería utilizaste para ayudar a los celtas a derrotar a mi predecesor en tres ocasiones?

Apreté los dientes; no quería decírselo. Cuando su expresión impasible se endureció y enarcó las cejas con cierto aire de superioridad, me vi empujada a ceder. A decírselo de una vez por todas.

No era ningún secreto que los celtas habían utilizado a una bruja, como me llamaban, para defenderse de los ataques de los romanos. Los propios guerreros habían corrido la voz para alentar a los demás a plantarse y luchar, no a acobardarse en las llanuras y los bosques

profundos.

—Tengo un don. —Hice una pausa y me lamí los labios, que de repente notaba secos. Él lo captó todo con la mirada—. Sé controlar las emociones de los demás.

Aquellos ojos de dragón se entornaron.

—¿Y qué les hiciste a los soldados?

Me encogí de hombros.

—Les hice sentirse indefensos, derrotados, añorantes de su hogar —reconocí.

Él maldijo en voz baja.

—Por eso hubo tantas deserciones en mitad de la noche.

Aodhan y dos de sus amigos me habían llevado cerca del campamento por la noche, donde les había enviado oscuros zarcillos de miedo y nostalgia.

No podía vincularme a demasiadas personas a la vez, pero sí podía conectarme a una buena cantidad de individuos durante la noche, en las horas en que la mente se debilitaba. Con eso bastó. El plan había funcionado. Los que no abandonaron su puesto antes de despuntar el día lucharon con la creencia de que acabarían derrotados. La profecía se autocumplió.

Me miró sin pestañear, con una franqueza desconcertante, pero no me removí ni me alteré bajo su escrutinio. Permanecí quieta y sumisa, con la barbilla en alto.

—La mayoría de las personas no comprenden que el miedo es un arma contra el enemigo en la batalla. Pero tú sí. Una bailarina dacia de los Cárpatos. ¿Cómo es posible?

Apretando los dientes mientras trataba sin mucho éxito de contener la lengua, le solté al fin:

—El simple hecho de que no sea una guerrera curtida con todas las ventajas de una educación romana no significa que no

comprenda los fundamentos de la guerra.

Esbozó una sonrisilla; un gesto que, al parecer, estaba relacionado con los latidos acelerados de mi corazón. Se quedó quieto y callado, mirándome a los ojos.

—Ilumíname —dijo al fin con aquella voz superior y oscura.

—Los mortájaros siempre aparecen primero. Es una táctica de miedo para socavar la voluntad de los enemigos de los romanos.

—Los mortájaros crean un cordón de fuego para acorralar al enemigo en un mismo lugar y que no pueda escapar.

Me reí por lo bajo.

—¿Me estáis diciendo que la intención de los romanos no es paralizar al enemigo con el rugido de los dragones y la amenaza de una muerte abrasadora sacando primero a los mortájaros?

No respondió. Se limitó a mirarme fijamente con aquella sonrisilla tan exasperante.

Sin pensar demasiado en lo que podría suponer para mi supervivencia que le hablara tan de frente a mi superior, proseguí:

—Queráis reconocerlo o no, sé bien lo mucho que puede contribuir el miedo a ayudar a un adversario y a derrotar a otro en la batalla.

Él no dijo nada, los ojos dorados le brillaban en la penumbra de la alcoba. De repente, fui consciente de la gran cama que se encontraba un poco más allá y me pregunté si tendría alguna posibilidad de escapar si intentaba arrastrarme hasta ella. Me planteé si podría ejercer mi don sobre él, tal vez para dormirlo.

—No intentes usar tu magia conmigo —me advirtió con voz grave.

Me sobresalté al ver con qué facilidad había predicho mis pensamientos. No era mi lugar ni mi derecho indagar, pero no pude contenerme.

Volví a lamerme los labios y pregunté:

—¿Por qué matasteis al soldado, a vuestro soldado, que me

estaba agrediendo? —Por mi mente pasó el destello de unas mandíbulas afiladas y salpicaduras de sangre—. ¿Por qué me habéis traído aquí?

—Silvanus desobedeció una orden directa.

—¿Y cuál era?

—Que los prisioneros de guerra no fueran mancillados.

—¿Por qué?

—Porque los esclavos son una mercancía rentable. Y los que están dañados valen menos.

Su respuesta me dejó helada, fue como una bofetada. No le preocupaba mi bienestar ni el hecho de que su soldado hubiera querido violarme, tal vez hasta quitarme la vida. Le preocupaba el dinero. La ganancia y el beneficio. Cómo no. Era romano.

—¿Qué será de mí ahora? —le pregunté tratando de contener la rabia que me bullía en el vientre.

—Eso era justo lo que quería precisar —dijo—. Tienes que desempeñar alguna función en casa.

—Sé cocinar —le dije.

—Ya tengo cocinera.

—Puedo lavar la ropa y las sábanas —propuse a continuación, con el vello de punta al notar que volvía a mirarme con intensidad.

—Mi cocinera, Kara, también es mi lavandera.

—Entonces, ¿qué?

Me recorrió el cuerpo con aquellos ojos dorados; era como una caricia fantasmal que casi podía sentir.

—Serás mi esclava personal.

—Esto… ¿qué?

Una esclava personal satisfacía las necesidades físicas de un romano, como vestirse y asearse, pero también solía acompañar al *dominus*, a su amo. Atendía cualquier necesidad que tuviera, cuando

y donde fuera.

—Necesito una, así que me servirás como tal. —Su tono de voz se volvió más grave, más profundo.

—¿No preferiríais que un varón como Ruskus atendiera vuestras… necesidades personales?

—Él se ocupa de mi casa y de mis negocios. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas de forma casual. Su voz era un susurro más bien ronco y me miraba con unos ojos dorados muy brillantes—. Te prefiero a ti.

Me quedé muy muy quieta, absorta en sus palabras y en su atención férrea. Debería haberme aterrado la perspectiva de asistir a un general romano de una forma tan íntima, pero lo que me daba miedo era que el corazón no se me desbocara por eso. No, no tenía miedo. Aquel estremecimiento delator de adrenalina que me corría por las venas era emoción.

—Te presentarás ante mí todas las mañanas al amanecer y también todas las noches. Me ayudarás a vestirme, a bañarme y en las comidas. Aunque Kara se ocupa de la mayor parte de la colada de la casa, ahora tú te encargarás de la mía. Me ordenarás la alcoba y lavarás la ropa de cama.

Dirigí la mirada hacia la monstruosa cama que había detrás de él y me noté el pulso acelerado en la garganta.

—A menos que Kara necesite tu ayuda en la cocina, estos serán tus dominios. —Señaló los aposentos con una mano.

Se calló y me observó con aquella mirada inquietante y omnisciente, como si esperara que protestara. De momento, yo no tenía nada más que decir. No me iba a vender ni a azotar por ser la bruja que había ayudado a los celtas, solo me iba a retener ahí. Muy cerca de él.

Tras lo que me pareció una eternidad, se levantó. Yo también me

puse en pie de un brinco, dispuesta a defenderme si era menester. Volvió a esbozar esa media sonrisa.

—Vete a descansar. Mis jornadas empiezan muy temprano.

Tal vez debería inclinarme o hacerle una reverencia o algo así, pero lo único que quería era irme.

—Buenas noches…, *dominus* —murmuré y luego me lancé hacia la puerta.

—Te acompañaré a tu habitación —dijo detrás de mí.

—No —respondí casi gritando. Necesitaba alejarme de él—. Estoy bien. Sabré encontrar el camino de vuelta.

Dicho eso, salí y eché a correr por el pasillo en penumbra. Ojalá no hubiera despachado a Ruskus, así el anciano podría orientarme. Giré a la izquierda, pues recordé que el hombre había torcido a la derecha en esta esquina. ¿O era la última? Llegué al final del pasillo y tuve la opción de ir a la izquierda o a la derecha, pero no me acordaba y me quedé resollando en el pasillo silencioso.

—Es a la derecha —oí que anunciaba Julian con firmeza a mi espalda.

Di un grito ahogado y miré hacia atrás. Me quedé hipnotizada al ver esos ojos que refulgían como los de un depredador en la oscuridad.

—Sígueme, Malina.

Me rodeó y se puso delante de mí, como procurando no tocarme. Solté un suspiro y me concentré en el sonido de su grave voz al pronunciar mi nombre. No debería gustarme. No debería querer oírlo otra vez. A mí me estaba pasando algo raro.

Lo seguí por el laberinto que era su casa palaciega, apreciando el gran tamaño y sabiendo que tendría que escapar de aquel lugar con sigilo y contando con una buena ventaja cuando decidiera hacerlo. Tras dar la vuelta por el atrio y la fuente y recorrer otro pasillo más,

acabamos por fin ante una puerta que me era familiar.

Una lámpara de aceite ardía en el interior de la alcoba. Suspiré aliviada y pensé que tal vez el gruñón de Ruskus no era tan malo.

Julian se volvió hacia mí cuando llegó a la entrada. Agaché la cabeza para evitar su mirada penetrante y pasé por su lado, pero me agarró del brazo y me giró con fuerza y suavidad a la vez para que lo mirara.

Me estremecí cuando me acercó la mano a la cara. Ralentizó el movimiento, pero en lugar de tocarme, tiró de la cinta de cuero que me rodeaba el cuello. Con la parte posterior de los dedos me rozó la clavícula al sacarme la moneda de debajo de la túnica.

—El áureo —susurró, casi para sí mismo.

No podía mirarlo, se me cortaba la respiración ante lo que estaba mirando, ante lo que acababa de comprender. Que hacía mucho tiempo, una muchacha insensata quedó fascinada con un centurión que le dio una moneda para la buena suerte.

—La dama Fortuna te sonríe, Malina.

Una furia repentina me prendió en el pecho cuando lo miré a los ojos.

—¿Cómo podéis decir eso? —Tuve que deshacer el nudo que se me formó en la garganta y parpadeé para contener el escozor de las lágrimas. A menudo lloraba cuando estaba enfadada… y en ese momento estaba furiosa—. Mi familia ha fallecido a manos de vuestro pueblo. Mis compañeros de clan están muertos o encadenados, y ahora yo voy a ser la esclava personal de un general del ejército romano. La dama Fortuna me odia —le solté.

Ni siquiera me importaba si decidía castigarme por mi insolencia. Incluso habría agradecido unos buenos azotes después de todo lo que había perdido aquel día. ¿Cómo podía empeorar más mi vida?

Sin embargo, no reaccionó con enojo ni con mano dura. Se quedó

mirando la moneda que sostenía con cuidado entre los dedos largos. Al final la soltó y dejó que cayera por encima de la túnica. Entonces, me miró a los ojos, completamente imperturbable ante mi rabia.

—Esta noche habrías muerto —afirmó con indiferencia— si yo no hubiera intervenido. Y ahora estás a salvo aquí, en mi casa.

Exhalando un suspiro, pregunté:

—¿Lo estoy?

Paseó sus ojos dorados por mi rostro —mejillas, cejas, labios— y luego me miró sin pestañear, con una confianza firme. Con dominación.

—Buenas noches, Malina.

Se dio la vuelta y desapareció por el pasillo oscuro. Cerré la puerta, aunque no había cerradura para echar el pestillo, apagué la lámpara de aceite y me metí en la cama. Me sorprendió mucho lo cómoda que era la almohada y lo suave que era la manta, y traté de sosegar mis pensamientos alborotados y los latidos erráticos de mi corazón.

Llevé la mano al áureo y lo agarré con fuerza como había hecho tantas noches antes, esperando y deseando. De algún modo, mi triste corazoncito nunca dejaba de hacer ambas cosas, por muchos problemas que aparecieran en mi vida. Me sorbí la nariz y me entregué al sueño.

No, más bien al recuerdo…

—¿Y si te equivocas sobre mi don y resulta que no llega nunca?

—Paciencia, pequeña Mina. Lo he visto. Eres hiperempática. El tiempo revelará la verdad.

Yo estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la cabaña, frente al fuego, y ella me acariciaba el pelo.

—Da lo mismo. ¿De qué sirve conocer las emociones de la gente? Eso puedo decírtelo sin ningún talento. Papo está de mal humor

todo el día. ¿Lo ves? Soy hiperempática.

Bunica soltó una carcajada ronca y grave, sin dejar de cepillarme el pelo con una paciencia infinita.

—Tu abuelo no está siempre de mal humor.

—Pfff. A ver, ¿cuándo no lo está?

—Cuando está en la cama conmigo.

—¡Ay, qué asco, Bunica! No digas esas cosas. —Me estremecí al pensar en mis abuelos revolcándose entre las sábanas.

Ella volvió a reírse. Cuando se hizo el silencio y las suaves caricias del cepillo empezaron a adormecerme, me dijo con suavidad pero con firmeza:

—Las emociones son poderosas, Mina. Escúchame bien: un día no solo serás capaz de leerlas, sino de controlarlas. Cambiarlas. Ese será tu auténtico poder. Podrás dar esperanza a los desesperados, alegría a los afligidos y calma a los amenazados.

Dejó de peinarme y me instó a darme la vuelta. Me giré para mirarla, todavía sentada, y contemplé los cálidos ojos marrones de mi abuela. Sabía que le gustaba verme bien la cara cuando tenía algo importante que decirme, algo que tocaba con su don de la vista.

—Un día, tu poder cambiará el curso de la guerra. Ayudará a vencer al enemigo. Infundirá miedo en el corazón de los hombres más fieros y peligrosos. —Me pasó los dedos arrugados por debajo de la barbilla y me sostuvo la mirada—. Tú, mi querida Mina, tendrás al mundo en las manos. —Me acarició la mejilla, con los ojos vidriosos a la luz del fuego y la mirada algo distante, teñida de premonición—. Tus hermanas y tú nos salvaréis a todos.

Sin embargo, Bunica se equivocaba. Yo no podía salvar a nadie. Ni siquiera a mí misma.



MALINA

Me desperté con el olor a pan recién hecho y la sensación de que alguien me observaba. Me incorporé de un salto, miré hacia el umbral y vi a un niño de pelo rizado que se escapó enseguida y dejó la puerta abierta.

—¡Está despierta, Kara! —oí gritar a un crío, debía de ser al que había sorprendido espiando.

—Deja de dar la lata y pásame la leche de cabra o te quedas sin desayuno —le soltó una mujer.

—Pero quiero conocerla —gimoteó el pequeño.

La luz de la mañana que se colaba por la ventana me dejó claro que el sol ya estaba alto. Había tenido un sueño profundo, lo cual era bastante raro teniendo en cuenta dónde me encontraba.

Me apresuré a levantarme de la cama, estirar las sábanas e ir a por los zapatos que había dejado detrás del biombo. Sin embargo, no estaban allí, ni tampoco la ropa sucia y rasgada con la que había llegado.

El lavamanos estaba vacío, pero había una jarra con agua limpia junto a él, así como un cuenco en la mesita de al lado con un palo limpiadientes y polvo dental. También había unos lazos junto al peine que había usado la noche anterior. Para atarme el pelo, supuse.

Qué raro. No era eso lo que esperaba encontrarme al despertar.

Me peiné y me recogí la melena en una trenza larga, luego me lavé los dientes con el palo y el polvo áspero y granuloso, y me enjuagué a conciencia.

—¿Vas a salir de la habitación de una vez? —Era la voz del niño de antes.

Abandoné la protección del biombo y vi a un crío larguirucho y desgarbado de unos diez años. Me dedicó una gran sonrisa que le marcó los hoyuelos en las mejillas.

—Soy Stefanos.

Era guapetón. Llevaba puesta una túnica marrón y unos pantalones de color oscuro. Frunció el entrecejo cuando se fijó en mis pies.

—Necesitas zapatos.

—Los que traje han desaparecido —le expliqué.

Se acercó al baúl que había junto a la cama y lo abrió.

—Pruébate esto. —Soltó un par de sandalias en el suelo de piedra —. O esto.

El segundo par me quedaba bastante bien. Me senté en la cama para atármelas.

—¿Almacenáis calzado sin dueño en casa?

—Espera, que te ayudo. —Se arrodilló ante mí y se puso a anudarme las tiras de cuero al tobillo—. Sí. El amo nunca sabe cuándo puede entrar un nuevo miembro a la casa.

Miembro. Intenté no reírme de su tono amable, que hablaba de miembros que llegan a la casa como si fuera decisión propia. Como si fuera nuestra voluntad formar parte de ella.

—Me llamo Malina.

—Eres muy guapa —dijo con dulzura, mientras esbozaba de nuevo esa gran sonrisa.

Bajé la vista hacia él con ternura: casi había olvidado lo directos que son los niños, que dicen lo que piensan, sin tapujos. Con todo, parecía un poco mayor ya para hablar con tanto desparpajo.

—Gracias, Stefanos.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando me di cuenta de lo que llevaba al cuello: una rudimentaria cadena de metal con una placa de acero que tenía grabado el nombre JULIANUS IGNIS DAKKIA. Era su collar de esclavo. Me vino otra náusea cuando me fijé en lo que esa gargantilla tapaba casi por completo: una profunda cicatriz que le recorría el delgado pescuezo. A ese niño había estado a punto de matarlo un arma afilada.

—Gracias por ayudarme a calzarme —le dije en tono amable, intentando disimular la angustia que sentía por él.

Me lanzó otra dulce sonrisa y terminó de atar la última tira.

—Ven conmigo —dijo entusiasmado—. Tienes que conocer a Kara.

Salimos al pasillo y en pocos pasos llegamos a una larga cocina con una hilera de ventanas abiertas que daban al patio de una caballeriza, en medio del cual había un amplio corral con gallinas.

Sin embargo, mi atención recayó en la señora bajita y rechoncha de pelo oscuro que amasaba algo en la mesa.

—Stefanos —espetó—, trae la leche o te quedas sin desayuno.

El interpelado puso cara de fastidio, pero enseguida salió corriendo por la puerta que daba al corral y desapareció por la izquierda. Cuando me volví hacia la señora, esta trabajaba la masa con las manos, pero tenía la mirada clavada en mí.

—No eres celta. —Su voz sonaba acusadora.

Negué con la cabeza.

—Dacia.

—Ruskus me ha dicho que el amo te ha traído de los campos de batalla galos.

—Eso es verdad. —Me enderecé ante su mirada escudriñadora; me estaba interrogando—. Mataron a mi gente y los celtas me acogieron.

Sin dejar de amasar con las manos, me lanzó una mirada afilada y severa.

—Soy Kara. Me encargo de la cocina.

Me quedé callada bajo su escrutinio acusador y asentí con la cabeza. Si creía que iba a intentar quitarle el trabajo, se equivocaba: lo que pretendía era hacerme notar lo menos posible, así me sería más fácil huir.

La mujer dejó la masa en la mesa con un golpe y se sacudió las manos en el delantal.

—Entiendo que estás aquí para atender al amo, pero cuando no estés con él, puedes ayudarme a mí. Aquí siempre hay trabajo que hacer.

Lo que Julian me había dicho la noche anterior había sido que tenía esclavos de sobra para todas las tareas del hogar.

—¿Cuántas personas sirven en la casa?

—Somos cuatro. Ahora cinco. —Señaló hacia la ventana—. Ivo se pasa la mayor parte del tiempo en el corral y las caballerizas. Tiene la habitación en el establo. —Me miró enarcando una ceja—. Aunque no habla, oye bien, así que no intentes escaparte por ahí: no te va a servir de nada. No llegarías muy lejos.

No sabía cómo se había dado cuenta Kara de que ya estaba planeando mi huida. Intenté que la expresión no me delatara.

—No tengo intención alguna de fugarme.

La mujer soltó un resoplido. Yo miré a través de la ventana al hombre gigantesco de pelo corto y oscuro que llamaba con cloqueos a las gallinas, las cuales desfilaban a su alrededor mientras les ponía de comer.

O sea, que éramos cinco. Parecía muy poco personal para una casa de ese tamaño.

En ese momento, entró Ruskus en la cocina. Su mirada se encontró con la de Kara y luego se me acercó, aquella mañana renqueaba bastante menos. Me recordó a otro señor de Dacia que también cojeaba: siempre le iba costando más caminar a medida que avanzaba el día.

—Tienes que ponerte esto, niña.

Me sacó una cadena como la que acababa de ver en el cuello de Stefanos. Entonces me di cuenta de que ellos dos también llevaban collar. El griego se detuvo y se giró hacia Kara, con el ceño fruncido y un ademán incómodo.

—Es mejor que la ayudes.

Me quedé mirándolos inmóvil mientras la cocinera se acercaba y le cogía el colgante de la mano.

—A ver, mujer, ven aquí. Deja de papar moscas.

Tampoco tenía otra opción. Mi destino estaba decidido, pero la parte insensata de mí quería gritar desafiante. Por supuesto, no lo

hice. Apreté los dientes, apreté los labios y me acerqué a la mujer.

—Vas a tener que quitarte eso otro que llevas al cuello.

Ahí sí que me salió la voz.

—No.

Kara frunció el ceño.

—Te van a pillar la piel del cuello entre los dos.

—Este es de cuero. No te preocupes.

No saqué el collar del interior de la túnica. Siempre lo llevaba escondido. Era un milagro que aún no me lo hubieran arrancado de tanto tiempo con él puesto.

«La dama Fortuna te sonríe, Malina».

El recuerdo de Julian plantado frente a mí la noche anterior me dio escalofríos. ¿Cómo podía decir tal cosa? Si me había abandonado. Me preguntaba si mis dioses de Dacia me estaban castigando por haber puesto mi fe en una diosa extranjera.

Sin embargo, no podía quitarme la moneda. Era un talismán del que no me podía deshacer, aun sabiendo que era probable que estuviera causando mi infortunio.

Kara me abrochó la cadena por debajo de la trenza.

—No pongas esa cara —me espetó—. Este collar te mantendrá a salvo.

Solté una carcajada.

—¿A salvo? ¿El collar de mi dueño?

—El nombre de tu amo —me corrigió con el ceño fruncido—. Nadie se atreverá a hacerte daño si llevas su nombre al cuello. Deberías estar agradecida.

Entonces sentí una punzada de tristeza. ¿Qué sería de Enid ahora?

—Basta. Ha llegado el amo —intervino Ruskus con voz ronca.

Kara asintió con la cabeza y volvió a la mesa y a la masa.

—Puedes desayunar más tarde —me dijo.

No tenía hambre, así que me dio igual. Seguí al griego e hicimos el mismo recorrido que la noche anterior, pero a la luz del día pude ver lo opulento y hermoso que era en realidad el hogar de Julian.

Todas las entradas estaban adornadas con altas columnas pintadas de rojo y dorado. Las paredes tenían elaborados mosaicos con motivos floridos y escenas pastorales. En una especie de sala para invitados que había cerca del atrio, las taraceas mostraban una imagen gigantesca de Diana, la diosa cazadora, en forma híbrida, con las alas abiertas, la cola rizada y un arco en la mano, apuntando a una presa que no aparecía en el cuadro. La estancia tenía divanes bajos y cojines de terciopelo sobre una gran alfombra afelpada: era un salón para banquetes y celebraciones.

Me preguntaba con qué frecuencia celebraba aquí fiestas Julian. Esperaba que nunca. Me daban náuseas solo con imaginarme obligada a servir a una habitación repleta de romanos que se atiborraban de comida y bebida. Además, empezaba a entrarme miedo por los rumores que había oído sobre cómo usaban a los esclavos para entretenerse en esas bacanales. Me negaba a servir de juguete a merced de esos energúmenos. Tenía que elaborar un plan de huida antes de que eso pasara.

Ruskus me llevó por el largo pasillo de vuelta a la alcoba de Julian. Se detuvo junto a la puerta abierta, esperó a que entrara y se fue. No aguardó a que lo echaran, como el día anterior.

La habitación estaba tal cual la recordaba de la noche previa. Eché la vista hacia la silla y el sofá donde Julian me había interrogado. La amplia cama daba a la terraza, cuyas puertas estaban abiertas. Estaba hecha a medida de su dueño, claro, y tenía un dosel de finas cortinas sujeto por gruesos postes de madera. Las sábanas estaban arrugadas en el lado donde había dormido. La escena íntima me puso de mal humor, sobre todo tener que ser yo quien le arreglara la

cama.

Me fijé en que a mi derecha había una estantería con rollos de papiro y tomos encuadernados. No pude evitar acercarme y pasar el dedo por los lomos desgastados. Los papiros no me interesaban, pero cogí un libro. Esperaba ver un manual militar, pero resultó ser una tragedia griega. Lo devolví a su sitio y saqué otro. Lo abrí por la mitad: este estaba en latín. Decía cosas sobre la clave de la felicidad y cómo encontrar la paz interior. Ahogué una risita.

—¿Has encontrado algo gracioso?

Cerré las páginas de golpe al oír la voz grave. Julian estaba de pie junto a un biombo, mirándome. Llevaba una túnica roja corta que dejaba al descubierto demasiada superficie de sus muslos, y se estaba colocando la toga en el hombro.

Me apresuré a devolver el tomo a la estantería y me giré hacia él, a la espera de la reprimenda por tocar sus cosas.

—Llegas tarde —fue lo único que dijo. Seguía de pie, con la toga a medio poner y expresión tranquila.

—Mis disculpas —balbuceé—. Aún no estoy acostumbrada a… — Sacudí la cabeza mientras buscaba las palabras adecuadas.

—¿A tu nuevo hogar? —preguntó con las cejas arqueadas.

Me limité a asentir con la cabeza.

—Ven aquí. —Me observaba con atención, como si esperara que lo desafiara.

Me acerqué a él.

Se quedó observándome fijamente un momento, pero yo ya no podía seguir sosteniéndole la mirada. Me hacía sentir confundida e insegura, lo cual no me gustaba nada, pues lo único que siempre había sido capaz de controlar en mi vida eran los sentimientos y, cuando hacía falta, los de los demás.

—Colócame esto en la espalda —ordenó y se dio la vuelta.

Por fin me di cuenta de que lo único que quería era que hiciera mi trabajo, es decir, ayudarlo a vestirse. Seguí sus instrucciones para hacerlo como él quería y, al terminar, di un paso atrás.

—Kara se levanta siempre al amanecer —dijo mientras se giraba hacia mí de nuevo—. Le diré que se asegure de que tú también.

Aunque no había enfado en su tono, era obvio que no estaba contento con mi impuntualidad.

—¿Y vos os levantáis siempre tan temprano? —pregunté y la aspereza de mi propio tono hizo que me estremeciera.

Bajé la mirada al suelo de inmediato, pero noté que él cruzaba los brazos y se enderezaba.

—Mírame, Malina.

Maldiciéndome para mis adentros, levanté la vista hasta encontrarme con la suya. Había un inconfundible gesto de descontento en su expresión.

—Ahora mira lo que tengo detrás. ¿Ves los arcos que dan al este? Pues claro que me despierto al amanecer.

—Podríais poner cortinas si lo deseaseis.

Las arrugas del entrecejo se le marcaron aún más y soltó un bufido.

—Para poder holgazanear en la cama todo el día —dijo con desprecio, afirmando más que preguntando—. Soy un hombre ocupado. Hay mucho trabajo que hacer. Espero que te ajustes a mi horario y que te centres en tus quehaceres mientras yo no esté en casa.

Su tono era recriminatorio y su enfado, obvio. Di un breve resoplido al darme cuenta de lo insensata que era, como siempre me había dicho Lela. Mi bocaza me metía en muchos problemas.

Él se quedó quieto, observándome con esos ojos tan poco naturales y apretando la mandíbula.

—Voy a estar fuera la mayor parte del día. Cuando acabes con la habitación, ayudarás a Kara en lo que necesite.

—¿Adónde vais?

Julian soltó un suspiro irritado.

—Eso no es asunto tuyo. No estás en posición de hacer preguntas.

—Mis disculpas… de nuevo. —Me agarré las manos—. Muchas veces pregunto demasiado.

Hubo una pausa tensa mientras me seguía observando con esos ojos dorados. Fui yo quien rompió el contacto visual y bajé la mirada con timidez; aunque no lo logré, intenté ser la esclava sumisa que él esperaba de mí.

—Puedes preguntarme lo que quieras… en privado —dijo con suavidad y luego añadió en tono frío—: Pero fuera de esta casa serás sumisa, obediente y callada.

Una vez más, estaba confundida. ¿Por qué me seguía mostrando indulgencia? En cualquier caso, sabía distinguir cuándo se me estaba otorgando un trato de favor, así que asentí con la cabeza.

Se dirigió al pasillo y, mientras me rodeaba, carraspeó y añadió, como a regañadientes:

—Si sirve para satisfacer tu inapropiada curiosidad, hoy voy al foro. Tengo asuntos que atender.

—¿Allí es donde está el mercado de esclavos?

—Sí. —Se giró, seguía con el entrecejo arrugado—. ¿Qué ocurre?

—¿Podríais…? —Me humedecí los labios con la punta de la lengua. Me había puesto nerviosa de repente y sabía que mi voz denotaba desesperación. Ya le había hecho enfadar, pero no podía evitar preguntarle—: ¿Podríais llevarme con vos para ver si hay una persona de las tribus celtas? ¿Y podríais comprarla?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Es una costurera excepcional.

—No me hace falta nadie que cosa.

Se giró para irse. Yo me hinqué de rodillas y le agarré el dobladillo de la toga.

—Por favor.

Se dio la vuelta despacio y me miró con fuego en los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó.

—Es evidente. Os estoy suplicando que salvéis a una mujer. Es muy trabajadora.

El corazón me latía a toda velocidad. Sujeta a su toga, me di cuenta de lo vulnerable que estaba siendo al arrodillarme ante él.

—No necesito otra esclava —gruñó—. Ni siquiera te necesitaba a ti —añadió, con un obvio tono de frustración.

—Por favor —le imploré con voz temblorosa—. Ella me acogió cuando nadie más me quiso. Le debo la vida.

Se agachó sin dejar de sostenerme la mirada. No me encogí ni me aparté cuando me rozó la garganta con las yemas de los dedos hasta llegar a la yugular, donde mejor se sentía mi pulso.

—Tienes miedo —dijo mientras deslizaba las falanges hacia el hueco de la garganta y de nuevo hacia la barbilla.

—Por ella, sí. Por Enid.

Me sostenía la barbilla con cuidado, apenas rozándome con los dedos, y su voz retumbaba suave y aterciopelada.

—¿Y qué me darás si te hago ese favor?

Tragué saliva, aterrada por su pregunta y por los pagos que podría exigir en el intercambio. El pecho me subía y me bajaba a toda velocidad.

—Lo que vos queráis —susurré.

Enarcó una ceja oscura y me pellizcó la barbilla con suavidad.

—¿De verdad?

No moví ni un músculo, pero le sostuve la mirada. O, mejor dicho,

me la sostuvo él a mí: en ese momento, yo estaba completamente a su merced, incapaz de apartar la vista, incapaz de moverme.

—Sabes que creen que eres una bruja, ¿verdad? —Su voz era suave y melodiosa, aunque me apretó un poco más el mentón.

—Sí.

—Quiero saber más de tus destrezas, brujilla.

—Ya os lo he contado.

Soltó una risotada, aunque en ella había poca alegría.

—Has compartido muy poca información conmigo. Lo justo para que un general romano deje de hacer preguntas. Pero quiero saber qué más sabes hacer.

—¿Para que podáis usarlo contra otros en una batalla? —le solté, aun estando de rodillas a sus pies.

Él sonrió.

—¿Acaso importa lo que haga con la información? Eres mía, Malina, y haré contigo lo que me plazca.

Fruncí el entrecejo. Sin duda malinterpretó la ira que me ardía en los ojos, pero eso solo le hizo sonreír más.

—Ahí está el pájaro de fuego. —Aflojó la presión en mi barbilla, me rozó por debajo del labio con el pulgar y lo mantuvo ahí unos instantes que hicieron que me estremeciera—. ¿Tenemos un trato, entonces? Todas las noches, cuando me sirvas la cena, contestarás a lo que te pregunte sobre tu místico don. Con sinceridad. A cambio, salvaré a tu Enid… si es que sigue viva.

Esa última parte me provocó un escalofrío, pero asentí con la cabeza.

—Di «sí, amo» para cerrar el acuerdo.

—Sí, amo —dije en un susurro tembloroso.

Hizo un gesto de aceptación y se enderezó.

—Levántate.

Eso hice, pero ahogué un grito cuando me agarró por los brazos y me atrajo hacia sí. Se le endureció el gesto, pero el tono de su voz era aún más duro cuando dijo:

—¿Sabes lo que significa lo que llevo puesto?

Negué con la cabeza.

—Es el color que distingue a mi familia. ¿Conoces el linaje de los dragones?

Tragué saliva.

—Sí —susurré—. Me lo enseñó mi abuela.

—Un mujer lista —gruñó—. Se puede distinguir a los ciudadanos romanos entre la multitud. Los patricios llevan una toga, una estola, una faja o incluso un colgante con joyas del color de su familia. —Su penetrante mirada me impedía hablar—. ¿Las conoces a todas?

Asentí con la cabeza, incapaz de decir nada.

—Bien. —Entrecerró los ojos—. Tu mirada es demasiado directa. Jamás mires a un dragón a los ojos, ¿entendido? Recuerda quién eres.

—Sé quién soy —le espeté.

El orgullo me quemaba y hablaba por mí. Por alguna razón, esto hizo que su expresión se suavizara.

—No, Malina. —Me acercó aún más hacia sí, ya sin ira. En esos ojos dorados danzaba otra emoción que, por hiperempática que fuera, no lograba identificar—. En Roma no eres una de las bellas hermanas Bihari que bailan para el público bajo la sombra de tus queridos Cárpatos.

Se me cortó la respiración al constatar que conocía mi apellido. También me dejaba sin aliento la manera tierna e íntima en que me hablaba, a pesar de que me estaba echando una reprimenda.

—Ya no eres la bruja que ayudaba a los celtas contra las legiones romanas —dijo con suavidad.

—¿Quién soy entonces? —pregunté con voz trémula.

—En Roma no eres nadie. Una esclava. Una de tantas.

Empecé a temblar con miedo y furia a la vez, una mezcolanza de sentimientos que me dejó sin habla. ¿Qué podía decir? Tenía razón. Lo había perdido todo y a todos. Estaba sola y no era nada más que lo que mi amo romano me permitiera ser.

Por fin me soltó.

—Sígueme.



JULIAN

Esto no estaba bien. Ni era sensato. Sin embargo, ahí estaba yo, bajando la pendiente que conducía hacia el foro con Malina caminando a pocos pasos por detrás de mí.

Me fastidiaba que tuviera que andar, pero llevarla a caballo llamaría aún más la atención. Ya destacaría bastante ella sola sin que un patricio de mi categoría se paseara al trote por la ciudad con su nueva esclava en la montura.

Cuando llegamos a las afueras de la ciudad, aminoré la marcha: quería tener a Malina cerca. Lo necesitaba. Por suerte, el foro no

estaba muy lejos. Había comprado esa casa en concreto porque estaba más cerca de la zona de negocios, donde me podía enterar de las noticias de las batallas y de los senadores y donde podía quedar con amigos sin llamar la atención.

Aunque confiaba plenamente en mis sirvientes, el emperador tenía espías por todas partes. Era muy posible que mis vecinos vigilaran quién entraba y salía de mi casa.

El foro era el mejor sitio para mantener reuniones discretas, que no parecieran planeadas ni levantaran ninguna sospecha. Eso era lo que pretendía hacer esa mañana: verme con un amigo e intercambiar información sin incidentes.

Pero llevaba a Malina conmigo y tenía la misión de encontrar y comprar a su benefactora del clan celta. Era posible que su amiga ni siquiera hubiera sobrevivido al viaje en las redes de los esclavistas: no solían ser muy cuidadosos cuando llevaban mercancía colgada de los talones. Además, si era una humana de edad un poco avanzada, tendría que ser dura como un hueso para sobrevivir.

Tomamos el camino largo a través de una hilera de viviendas. Esta parte de Roma no estaba tan sucia como otras, pero cogí a Malina del brazo de todos modos para tenerla cerca. Cuando giré la cabeza y la miré, estaba observando con los ojos como platos el ajetreo de la multitud, hasta que posó la vista en una pintada que había en una pared alargada.

Seguí su mirada. Todas las inscripciones eran del mismo estilo: vulgares con muchos falos grandes y exagerados. Había un dibujo del emperador en forma híbrida encima del Coliseo escupiendo fuego hacia el cielo, con un pene erecto más largo que la cola. También había otros de senadores y generales romanos haciendo guarradas diversas.

Hubo una escena que me llamó la atención. Era una caricatura

mía, con mi uniforme militar y mi túnica roja. Con un pie enfundado en una sandalia, pisaba el cadáver de un hombre que, por la pintura azul de la cara, solo podía ser celta. Detrás había una hilera de muertos que llegaba hasta donde la pared terminaba en una puerta. Se me hizo un nudo en el estómago.

La pintada era reciente, porque había llegado a casa la noche anterior. Tampoco me extrañaba mucho; las noticias seguramente habían llegado a Roma un poco antes. Al praeco le gustaba mandar lacayos a los campos de batalla para enterarse pronto de las noticias.

Malina se quedó mirando mi retrato. Yo me puse rígido, miré al frente, la acerqué a mí y me concentré en la multitud, que se volvía más ruidosa según nos acercábamos a nuestro destino.

El foro, como de costumbre, era un ataque a los sentidos. Los mercaderes anunciaban su mercancía a grito pelado, los compradores regateaban, un toro mugía, los cascos de los caballos golpeaban los adoquines y las ovejas balaban. Además, estaban los olores: una mezcolanza de almizcle, tanto humano como animal, el aroma más dulce de la fruta y el pan recién hecho y un tufillo a decadencia en el viento. Pero quizá fuera la vista lo que más hacía que Malina tuviera tan abiertos sus verdes ojos.

Una oleada de gente pasaba por el sendero improvisado de carros de comida y corrales de animales y de esclavos que llevaba hasta la Curia, el edificio del centro en el que los senadores se reunían y decidían el destino de todos los romanos. Yo sentía que el ácido me corroía el estómago.

Pero lo que llamó la atención de Malina fue lo que había a los lados de la Curia. Se inclinó hacia mí y su aroma me paralizó.

—¿Qué es eso?

Me quedé mirando a las cabezas en diferentes estados de

descomposición; algunas ya no eran más que calaveras en equilibrio sobre las picas en las que las habían clavado.

—La fila de la izquierda es el Muro de la Victoria. Al emperador Igniculus le gusta poner ahí a los reyes enemigos.

Me fijé en que la cabeza más reciente, la que estaba en el extremo, tenía la cara pintada de azul, y su pelo entre marrón y rojizo ondeaba al viento. De la boca entreabierta, le colgaba la lengua.

—Os estáis quedando sin espacio —murmuró.

Era verdad. Los residentes del muro llegaban hasta la esquina del foro y continuaban más allá. Ya quedaba poco espacio hasta el final de la pared, que terminaba en un granero.

—El emperador construirá otro y listo —le respondí en tono neutro —. No va a dejar de coleccionar cabezas.

—¿Y el otro lado?

A la derecha de la Curia había una hilera más larga de cabezas. Muchas eran de dragón y había algunas calaveras en forma híbrida, con los huesos de los cuernos al descubierto a causa del viento y los elementos. Eran traidores ejecutados en distintos momentos de la metamorfosis.

—Ese es el Muro de los Traidores. Son romanos que han traicionado al emperador.

—¿Cuánto tiempo lleva coleccionándolos?

—Desde que accedió al trono hace siete años.

¿Ya hacía tanto tiempo? Se me aceleró el pulso al darme cuenta de que llevábamos casi una década viviendo así.

Malina se detuvo en medio de la plaza y se quedó mirando la gigantesca estatua de bronce que se alzaba por encima de la muchedumbre, era un tributo a nuestros ancestros. Rómulo y Remo mamaban de la dragona que los crio, les daba tanto su leche como

su sangre, aparte de un poder tan grande como el de los dioses. La dragona los arropaba con las alas mientras ellos se alimentaban. Rómulo era el primer dragón rojo, y Remo, el primero negro: las familias más antiguas y poderosas de la nobleza romana.

—Ven —le dije de pronto y la llevé a través del gentío hacia los corrales de los esclavistas.

Todo el mundo se apartaba a mi paso, tal como esperaba. Si no me reconocían a mí, bastaba con que reconocieran el color de la toga.

La familia roja, la estirpe Ignis, y la negra, los Media Nocte, eran los linajes de dragones más antiguos y prestigiosos. Por nacimiento éramos los más dominantes, los más poderosos y los más mortíferos. No era casualidad que todos los emperadores fueran o Ictis o Media Nocte.

El esclavista Menteo, una alimaña de hombre al que le faltaban la mitad de los dientes, llevaba su habitual toga larga de color gris, distintivo de la familia Griseo. Estaba subido a su pequeño pedestal, dirigiendo a gritos a los trabajadores que le traían a la siguiente persona a la plataforma de subastas. Muchos de los presos que había en el corral tenían el atuendo de los celtas que yo había conquistado tan solo un día antes; la mayoría eran mujeres jóvenes y sanas y niños de edad suficiente para trabajar.

Rechiné los dientes cuando me entró la duda de si habían matado a los que eran demasiado jóvenes o viejos, al contrario de lo que yo había ordenado. Lo habitual era que supervisara en persona el traslado desde el campo de batalla hasta Roma, pero la noche anterior me…

¿Me qué? Fue un lapsus momentáneo. No, no había sido yo. Había sido mi dragón, que vio a la chica en peligro y ya no hubo nada que yo pudiera hacer.

Detrás de Menteo, el ajetreo en la plataforma de subastas era constante. En ese momento, sobre ella se encontraba una chica joven a la que habían desnudado; estaba temblando. El subastador listaba sus características y los romanos y romanas que se encontraban al pie de la tarima pujaban a gritos.

—¡Menteo! —bramé desde el exterior del corral. Él trabajaba dentro, dando órdenes cerca de la mercancía que tenía a la venta. Me encontró con esos ojillos malvados y me dedicó una gran sonrisa desdentada.

—¡Legado! ¡Legado! —cacareó—. Qué maravilla de cosecha me habéis traído. Habrá cuantiosos beneficios para vuestras arcas, os lo prometo. ¿Necesitáis unas monedas ahora?

Percibí esa sensación serpenteante columna vertebral abajo, pero la ignoré.

—No, Menteo. Estoy buscando a una mujer para quitártela de las manos.

Rio de nuevo.

—Ah, claro. Una bien guapita, para hacer dúo con la que tenéis ahí —señaló a Malina—. Un buen par os vendrá bien. Un legado sano necesita ejercicio del bueno para desahogarse, ¿eh?

A mi lado, noté que Malina se había puesto tensa y el pulso le palpitaba con fuerza en las venas bajo mis dedos. Condenado Menteo.

—No es para hacer ejercicio —le respondí en tono ligero—. Una mujer de más edad.

El hombre frunció el ceño, pero entonces Malina le dio un tirón a mi túnica y miré hacia donde me señalaba. No era una señora tan mayor como yo creía, el pelo cobrizo apenas empezaba a encanecer por las sienes. Tenía los atentos ojos oscuros posados en mi esclava, pero no hizo ningún gesto que revelase que la conocía.

—Esa —dije, señalando a la mujer que la muchacha había indicado. Enid. Era una mujer de piel clara y complexión delgada. Estaba sucísima, llena de sangre y mugre, como casi todos los presos. Estaba encogida, se sujetaba el vientre con ambos brazos y apoyaba el peso en una pierna.

—¿Señor? —Menteo observaba a la mujer que yo quería. No tenía por qué dar explicaciones, pero quería largarme de aquel maldito sitio antes de que me dieran más ganas de vomitar.

—Es la madre del rey de los celtas —mentí, señalando al Muro de la Victoria—. Tiene información sobre otros clanes que estoy buscando. Tráemela —ordené endureciendo la voz.

La expresión del esclavista pasó de la alegría al miedo y empezó a darle órdenes a uno de sus hombres, mientras señalaba a la mujer a la que Malina miraba con ansiedad. La trajeron entre la multitud, le quitaron los grilletes de los pies, dejándole solo los de las manos, la sacaron del corral a empujones por la puerta de hierro y ella se acercó cojeando. Mi compañera y ella se dieron la mano al momento, pero no hubo ninguna otra muestra de afecto.

Le lancé una moneda por encima del muro a Menteo, que la atrapó al vuelo. Era mucho más de lo que valía una esclava de esa edad, pero también servía como soborno: aquel hombre sabía que me gustaba mantener mi privacidad sin aguantar molestias. No les iría a otros romanos con el cuento de que yo había comprado una esclava que sabía algo de nuestros enemigos.

Todos los generales eran competitivos y la información era el tesoro más importante. Para la mayoría.

—¡Gracias, legado! —gritó mientras me guiñaba un ojo. Después, volvió a bramarles órdenes a sus trabajadores para que subieran al siguiente esclavo a la plataforma.

—Por aquí —indiqué señalando hacia atrás, ya le había soltado el

brazo a Malina.

La chica ayudaba a caminar a Enid, que era más bajita que ella, y me seguían de cerca. Íbamos por la mitad de la plaza cuando el praeco, un hombre de mandíbula ancha, se puso a pregonar las noticias desde su estrado.

—El honorable legado Julianus Ignis Dakkia ha derrotado a las hordas celtas y ha traído la cabeza de su rey a nuestro Muro de la Victoria. Ahora esperamos ansiosos saber adónde enviará el césar a su valiente sobrino, el gran estratega. ¡Salve, legado Julianus el Conquistador!

Se me heló la sangre en las venas. El gentío se deshizo en vítores. Yo me negué a girarme hacia Malina y di gracias a los dioses porque el praeco no me hubiera reconocido.

—Más buenas noticias para Roma —continuó bramando a la muchedumbre—. Con su coraje de gran romano, el prefecto Ciprian se adentró sigiloso en un campamento tracio y le cortó la cabeza al general. Los tracios han sido derrotados y le debemos la victoria al valiente prefecto Ciprian de los Media Nocte. ¡Salve, prefecto Ciprian!

Las ovaciones de la multitud fueron más atronadoras todavía, pero a mí me hervía la sangre con cada palabra. Lo más probable era que esa víbora de Ciprian hubiera desobedecido a su legado y logrado hacerse ver como el héroe conquistador de los tracios en la frontera sur, que es adonde se dirigían, según la información que manejaba mi tío.

Y me iba a tocar a mí aguantar el ego henchido de ese maldito sicofante.

Entonces vi a lo lejos a un romano alto de pelo ondulado y oscuro. A Trajan le hacía buena falta un corte de pelo, cada día lo llevaba más desgreñado. Se apoyó en un carro de fruta, con la toga azul

zafiro colgando de cualquier manera sobre el hombro, y le sonrió a la dueña.

Cuando me acerqué, se enderezó e hizo una leve inclinación de cabeza. Yo le di un toque con el codo a Malina en el brazo.

—Id a aquella fuente. —Era un pequeño surtidor de agua potable que había a un lado, las mantendría fuera de vista y de problemas durante unos minutos—. Puedes darle de beber a Enid. Y luego os quedáis allí hasta que yo os vaya a buscar.

Me clavó los ojos verdes como si fueran dos dardos, pero hizo lo que le dije, lo cual fue lo único que iba bien hasta ese momento esa mañana.

Trajan cogió una pera del carro de la fruta y me siguió hasta un rincón en el que nos solíamos encontrar. Desde ahí aún podía ver a Malina: le estaba lavando los brazos a Enid, que se sentó en el borde de piedra.

—¿Te fuiste con una y ahora tienes dos? —preguntó mi compañero y le dio un mordisco a la pera. No se parecía nada al guerrero que era el día anterior, cuando lo había dejado en la Galia. Sonrió, era consciente de que me estaba haciendo enfadar.

—Tienes que ir a cortarte esa linda cabellera.

—A las mujeres les gusta.

—Al emperador le gusta que tengamos aspecto militar.

Trajan soltó un suspiro.

—Me lo cortaré para el banquete de la victoria. —Señaló a Malina con la fruta a medio comer y le dio otro mordisco—. ¿No me vas a contar de qué va todo eso?

—No.

Se le borró entonces la sonrisa despreocupada.

—¿Me ocultas algo?

—Nada que te haga falta saber. —«Al menos, no de momento»,

pensé—. ¿Qué dijo tu abuelo sobre el Senado mientras no estábamos?

Soltó una risotada amarga.

—Han pasado unas cuantas cosas.

—Cuéntame, pues.

—Para empezar, Valerius impulsó una votación para prohibir que los esclavos puedan casarse con humanos libres o con otros esclavos. O sea que ya no se pueden casar con nadie. La votación salió a favor, por supuesto, aunque Otho puso algunas pegas que estoy seguro que no le hicieron ninguna gracia al césar.

Cavilé sobre eso durante unos instantes. Malina estaba arrodillada, lavándole los pies a Enid, que al parecer había perdido el calzado entre la noche anterior y esa mañana.

—Tiene lógica —dije por fin, mientras me giraba de nuevo hacia Trajan.

—¿Y eso?

—Si los esclavos no se pueden casar, no tendrán ningún vínculo con nadie que no sea su amo. Cualquier otra relación, incluso con otro esclavo, puede hacer que se envalentonen.

—¿Para qué? ¿Para tener una familia?

—Rebelión, Trajan. Revolución.

—Dudo mucho que los esclavos de Roma tengan la desfachatez de iniciar una revuelta.

—No lo sé. —Volví a mirar hacia Malina. El oscuro pelo brillaba al sol con matices rojizos, y la trenza le botaba en la cadera mientras le lavaba los tobillos a su amiga—. Te sorprendería lo que guardan dentro.

—De eso sabes tú bastante —replicó Trajan, al tiempo que tiraba el hueso de la pera a los arbustos—. Tu casa es distinta.

—No vuelvas a decir eso en voz alta —le advertí.

—Aquí no hay nadie, Julian —me aseguró con toda tranquilidad, a pesar de que yo había endurecido bastante la voz. El dragón siempre intentaba imponerse sobre mí.

—Además —añadí volviendo a la conversación—, estoy seguro de que el edicto no dijo nada sobre que los esclavos tengan o no familia. Igniculus ha dejado claro que no tiene nada en contra de que se reproduzcan: eso se traduce en más propiedad.

Noté un pinchazo en el esternón y me lo froté con los dedos.

—Cierto es —convino Trajan—. Siempre y cuando esos hijos no los engendre un patricio romano.

Esta vez fui yo quien suspiró.

—Claro que no. Esa ley la ha dejado bien clara.

Me froté la barbilla. Me iba tocando afeitarme.

—El césar olvida —añadió Trajan— que hay romanos que tienen lazos de familia con esclavos.

Por un instante, visualicé la cara de mi madre: su amable sonrisa, sus ojos aún más amables.

—No. No es que lo olvide, sino que le falta la parte del cuerpo que se lo recordaría.

—¿Y cuál es?

—El corazón. —Tensé la mandíbula—. Es un demonio, Trajan. Nunca lo olvides.

Me miró con una expresión sombría.

—Lo que me pregunto es si…

Lo interrumpió de pronto una voz femenina:

—¡Déjame en paz!

Ni me lo pensé. Vi a un hombre que le ponía la mano encima a Malina y enseguida me lancé al otro lado de la placita para agarrarlo por el cuello.

—Pero ¿tú has perdido la cabeza? —le pregunté al tipo al que

sujetaba en volandas.

La cara se le puso roja. Jadeaba porque no podía respirar e intentaba aflojarme las manos. Por el uniforme que llevaba, era un soldado humano. No era de los míos, pero el pavor de su rostro evidenciaba que me había reconocido.

—Perdonadme…, legado —logró farfullar con voz ronca. Ya estaba casi morado.

—¿No le has visto el collar?

Dirigió la vista hacia Malina, lo que me enfureció más aún. Los músculos se me tensaron y se me hincharon: era el dragón de mi interior que pugnaba por salir para arrancarle la cabeza a ese condenado imbécil.

Apenas era capaz de respirar, así que solo consiguió negar con la cabeza. Ya no podía hablar por mucho que lo intentara.

—O a lo mejor a ti no te parece que te afecten las leyes de propiedades y pertenencias.

Sacudió la cabeza de nuevo, con los ojos en blanco.

—Julian —dijo Trajan a mis espaldas, con su sempiterno tono tranquilo—. Suéltalo.

De nuevo, hablaba la voz de la razón. Si mataba a ese cabrón, tendría que dar explicaciones y atraería la atención sobre mi reacción exagerada y sobre mi obsesión con la esclava nueva. Además, Trajan tendría que interceder, y el emperador se enteraría de que nos reuníamos en el foro, lejos de los campos de batalla.

Dejé caer al fulano a mis pies y me quedé esperando mientras jadeaba, hasta que casi se hubo recuperado. Quería asegurarme de que le llegara oxígeno al cerebro para que se enterara bien de lo último que le quería decir sobre ese asunto.

—Recuerda esto, soldado —le advertí, con el oscuro estruendo del dragón en mi voz—: si no es tuya, no la toques. —Me agaché y

añadí en voz baja—: Y como vuelvas a tocar a la mía, te arranco la columna vertebral aquí mismo.

Me miró fijamente entre resuellos, con los ojos muy abiertos y aterrado, como debía ser.

—Sí, legado —respondió sofocado y bajó la mirada en señal de sumisión.

Los dragones éramos una especie territorial y posesiva de un modo violento. Las leyes sobre la propiedad se imponían con firmeza y casi siempre se cumplían. Si no hubiera sido así, la ciudad se habría sumido en un caos absoluto. Este soldado había tenido suerte de que no se me hubiera salido la bestia y no lo hubiera matado.

Incluso en ese momento seguía sintiendo el fuego en mi interior: mi bestia quería la sangre del soldado por su ofensa.

Cuando por fin me enderecé y me di la vuelta, vi a Malina mirándome fijamente con un brillo de terror en los ojos. Estrechaba a Enid contra sí; a todas luces la mujer no se encontraba bien y se apoyaba en la más joven.

Trajan se había escabullido con discreción por el callejón sombrío. Me hizo un leve gesto de despedida con la cabeza y desapareció.

No quería quedarme más tiempo allí, así que cogí a la débil Enid en brazos, le ordené a la otra que me siguiera y pusimos rumbo a casa.

Por suerte, la muchacha no hizo ningún comentario sobre mi exceso de celo. No era que me hubiera enfadado sin más o puesto a la defensiva al ver que otro hombre se le había acercado a molestarla: me había enfurecido tanto que había estado a punto de asesinarlo.

Tampoco tenía que darle explicaciones a la joven, pero había algo que me quemaba por dentro y que me recordaba que en algún momento se las iba a dar. Eso era un hecho que, por miedo que me

diera, sabía que era inevitable.

De todas las personas que podían haber entrado en mi vida en ese momento, cuando necesitaba la concentración más absoluta, cuando la menor distracción podría desviarme de mi objetivo y sin duda pondría mi vida en grave peligro, quien apareció fue el pájaro de fuego. Había creído que nunca volvería a verla, aun sabiendo lo que ella había sido para mí en aquel momento, hacía tantos años, cuando nos encontramos en el bosque, bajo la luz de la luna a la sombra de los Cárpatos. Entonces me fui, porque sabía que era la única opción segura, tanto para ella como para mí.

No solo me había entretenido con una danza vivaracha, sino que me había atrapado por completo. Dragón incluido. Aunque por un momento fugaz me imaginé una versión de mi vida en la que encajaba una joven dacia, enseguida desestimé la idea. A esas alturas, mi tío ya se había hecho con el poder y su ferocidad se había extendido por toda Roma. Al principio lo había visto desde mi posición de centurión estacionado lejos de la ciudad, pero ya había aprendido que era mucho peor de lo que me había temido. Así que me había quitado de la cabeza toda fantasía de volver a los Cárpatos a buscar a la muchacha que se me seguía apareciendo en sueños tras todos esos años. Y aquí la tenía, había irrumpido de nuevo en mi vida por medio de la sangre y la violencia. Mucho me temía que ese era el único futuro que podíamos tener juntos, pues mi destino, mi único propósito, solo podía terminar en sangre y violencia.

Malina no debería estar aquí ni yo debería desear que estuviera; sin embargo, me conmovía cada paso suyo que oía a dos metros por detrás de mí, cada aliento suyo, su aroma a aceite de lavanda mezclado con sudor.

No importaba lo que yo quisiera. Los dioses tenían sus propios designios y no se debe desoír a la dama Fortuna.



MALINA

Enid yacía en la cama de una habitación vacía que estaba junto a la cocina y yo le enjugaba la frente. No había dicho ni una palabra desde que la habíamos sacado de aquella subasta de esclavos.

Cuando llegamos a casa, la ayudé a cambiarse y descubrí que tenía un corte en las costillas. La herida se reabrió y empezó a sangrar. Kara llamó a un curandero que atendía a esclavos y plebeyos, un hombre de aspecto severo, pero, al parecer, competente en las artes sanitarias.

Le cosió la herida mientras yo seguía enjugándole la frente.

Examinándola y hablándole con suavidad, descubrió que tenía varias costillas rotas y una pierna fracturada.

—Tal vez sucedió en la red en la que la trajeron a Roma —nos explicó, aunque la mujer parecía perder, recobrar y volver a perder la consciencia—. Tiene suerte. La mayoría de las personas de cierta edad o débiles no sobrevive a esas redes.

Entonces, entró Kara con un tazón humeante.

—Traigo una infusión calmante que la ayudará a dormir.

—Bien —dijo el curandero. A continuación, nos explicó que debíamos vendarle el torso y hacerle guardar cama para que se le soldaran las costillas—. Volveré a examinarla la semana que viene. —Dicho esto, se fue.

Recordé que Julian me había traído sujeta con cuidado entre las garras, lo que ya me había dado bastante miedo. No me podía imaginar lo que habría sido para Enid ir aplastada en una red como un animal y sin ningún miramiento.

La ayudé a tomar el bebedizo.

—Venga, un poquito más.

Por fin me sonrió levemente y se durmió. Aunque era una mujer menuda en comparación con los demás celtas, siempre había estado llena de vida y energía. Pero ya no. Me ponía mala solo de pensar en lo que había pasado la pobre mujer.

—¿Qué puede hacer? —preguntó Kara, mientras recogía la ropa manchada y la tina llena de agua sucia—. Si es que sobrevive.

—Sabe coser. Lo hace muy bien, de hecho, y no solo prendas de uso práctico: tiene un don para bordar. También nos puede lavar la ropa. —Sonreí, las lágrimas empezaban a asomarme a los ojos—. Cocinar no se le da tan bien.

Cuando vivíamos juntas en su cabaña con los celtas, solía encargarme yo de la comida: si lo hacía ella, las cosas quedaban o

poco hechas o churruscadas por completo.

—No te hagas muchas ilusiones, niña. Parece que ya tiene un pie en el inframundo.

Aparté la vista de Enid para dirigirla hacia Kara, que tenía el ceño fruncido, como de costumbre. Sin embargo, esta vez parecía ser más de preocupación que del mal humor que me había mostrado desde que había llegado.

—No sois parientes —dijo.

Negué con la cabeza.

—Pertenece al clan celta que me acogió cuando mataron a mi familia.

Respiró hondo por la nariz, tomó la ropa y la tina y dijo:

—Voy a preparar un caldo para cuando despierte.

—Gracias, Kara.

Se detuvo un instante sin mirarme, pero luego asintió con la cabeza y se fue.

Tapé a Enid con la manta, salí del cuartito y cerré la puerta con cuidado, aunque dejé la lámpara de aceite encendida por si acaso. La voz de Stefanos captó mi atención: provenía del corral que estaba detrás de la cocina. Me dirigí hacia allí, siguiendo los ruidos de los golpes. Fuera encontré al niño y a Ivo, que jugaban a pelear con palos a modo de espadas.

—¡Ajá! —gritó el crío, tras dar un hábil giro y clavarle el palo a Ivo a un lado de la barriga. Este, con gran dramatismo, fingió que se caía al suelo y moría.

Stefanos empezó a reírse y el hombre se incorporó y empezó a carcajearse también. Se interrumpió de repente cuando descubrió que los observaba.

—Perdón. No quería interrumpir.

La sonrisa de Stefanos medía una legua.

—¿Has visto cómo lo he derrotado?

—Lo he visto, sí.

Ivo se puso de pie: tenía casi la misma estatura que Julian, bien podría ser la misma que la de otros romanos de pura sangre, aunque él no podía serlo, era obvio, dado que era un esclavo.

—Hola, Ivo —dije, adelantándome unos pasos—. Me llamo Malina.

Parecía tener unos treinta y pico años, pero se puso coloradísimo cuando me vio acercarme, agachó la cabeza y clavó la vista en el suelo.

—Vaya, lo siento. —Miré hacia Stefanos—. ¿No le gusta conocer gente?

—Qué va, es que es muy tímido —respondió con una sonrisa aún más grande, mientras le daba toquecitos a su compañero en el hombro—. Sobre todo con las chicas guapas.

El hombre le dio tal empujón al niño que casi se cae, pero el pequeño se echó a reír y volvió a ponerse derecho.

—¿No oye? —le pregunté a Stefanos.

—Sí, pero no puede hablar.

Asentí con la cabeza y pregunté alegre:

—¿O sea que te gusta pelear con espadas?

Stefanos se encogió de hombros.

—Bueno, sí, pero de mentira. Yo nunca voy a poder pelear con armas de verdad.

Tras esa constatación de la realidad, hubo un momento de silencio tenso.

—Pero entrenar no viene nada mal, ¿no? Quizá un día tengas que defender la casa del amo —dije para animarlo, ya que parecía triste de verdad por no poder formar parte de las legiones romanas.

A Stefanos se le iluminaron los ojos azules.

—¡Sí! Eso es lo que me ha dicho él también. Dice que hasta puede

que algún día luche en un ejército.

Ivo le dio en el pecho con el reverso de la mano y sacudió la cabeza por un instante.

—¿Y por qué te ha dicho eso? —pregunté sorprendida. Los romanos de baja estofa, es decir, los humanos, podían ser soldados, pero los esclavos no, ni siquiera los libertos.

—¿Sabías que Ivo sabe hacer malabares?

Rio y empezó a blandir la espada otra vez, aunque con menos entusiasmo que antes. El otro le dio una patada a una piedra del suelo evitando mirarme.

—No lo sabía, no.

—¡Stefanos! ¡Ivo! —los llamó Ruskus desde la puerta de la cocina, con los brazos en jarras—. Tenéis mucho trabajo pendiente en las caballerizas para andar jugando en el corral.

Ambos pusieron rumbo al establo, con la cabeza gacha.

—La cena del amo está lista —me dijo a mí, observándome con detenimiento—. Ahora tu trabajo es servírsela.

—Por supuesto. —Empecé a caminar hacia él, que no se movió de donde estaba—. ¿De dónde es Ivo?

—De Macedonia.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Tres años.

—¿El amo lo compró en la subasta?

Me detuve delante de Ruskus, que enarcó una ceja.

—Haces muchas preguntas —repuso este con el ceño fruncido.

—¿Y no debería?

—Depende de por qué las hagas. ¿Qué pretendes?

Se me quedó mirando con gesto acusador. Entonces lo entendí. El recelo que me mostraban Kara y él no se debía a que les cayera mal ni a que les molestara tener una boca más que alimentar: se debía a

que estaban protegiendo a su amo.

—Hago preguntas porque ahora este es mi hogar —respondí— y me gustaría conocer a las demás personas que viven aquí.

Siguió mirándome fijamente. Apretó los labios y la cicatriz que le cruzaba el labio superior se le tensó. Me quedé quieta mientras me escudriñaba y por fin respondió:

—Ivo era esclavo de otro romano, un cónsul.

—¿Un cónsul del Senado romano?

Hizo un rígido gesto de asentimiento con la cabeza.

—Se llama Valerius. —Hizo una pausa, entornó los ojos y continuó —: Ivo se entrometió entre su amo y una esclava. Intentaba… protegerla de él.

Tragué saliva con dificultad. No hacía falta explicar lo horrorosa que había tenido que ser esa escena.

—¿Y qué pasó?

—El cónsul hizo que lo azotaran hasta casi matarlo por haber interferido, pero los sirvientes hablan. —Encogió un hombro, parecía incómodo—. Llegaron noticias hasta nuestra casa de lo que había pasado. El amo decidió involucrarse y pagó una cantidad considerable por él. Le dijo a Valerius que le hacía falta un hombre corpulento para encargarse de sus caballos.

Me quedé mirándolo con los ojos como platos. Traté de asimilar lo que Ruskus acababa de contarme: que Julian había salvado de la muerte a un esclavo condenado.

—Ya está bien de charla. A trabajar, que el amo está esperando la cena.

Me apresuré a entrar a la cocina, donde Kara ya estaba poniendo la comida en una bandeja. Había raciones grandes de todo: filetes de cerdo con especias, pan recién hecho, rodajas de higo y pera con miel y medio queso cortado en lonchas. La bandeja también

contenía un decantador de vino tinto.

—Le gusta comer en la terraza de la habitación. Llévaselo pronto, antes de que se enfríe.

No me demoré más, ya me había reñido esa mañana por llegar tarde. Crucé el atrio, pasé junto a la fuente y llegué a su dormitorio, ya sin perderme.

Julian estaba de pie en la balconada, con las manos juntas detrás de la espalda, contemplando el atardecer sobre la ciudad de Roma. El cielo se teñía de rosa y dorado y los hogares empezaban a iluminarse con el fuego de las antorchas y las lámparas de aceite.

—La cena, amo —anuncié con voz neutra, aunque el título con el que estaba obligada a llamarlo me daba ganas de atragantarme.

Se dio la vuelta y se aproximó al diván, que estaba rodeado de cojines esparcidos por encima de la alfombra y cubierto por un toldo que salía hacia la terraza. Me fijé en que estaba montado sobre un estrado, de modo que podía reclinarse sin dejar de ver la ciudad. Con un movimiento elegante, hizo descender su corpachón hasta el diván y se recostó sobre él, mirando hacia fuera.

Dejé la bandeja en una mesita que se encontraba en medio de los cojines. En ella ya había un cáliz lleno de vino hasta la mitad.

—Siéntate —me ordenó cuando ya me incorporaba y me disponía a irme. Como no obedecí de inmediato, enarcó una ceja con ademán de superioridad—. ¿Tan pronto te has olvidado de nuestro trato?

—He tenido la mente ocupada todo el día —logré responder, de manera neutra y sin que se me notara el enfado.

Me senté en el suelo, cerca de la mesita que estaba delante de Julian, y me recliné de lado sobre uno de los cojines. Mientras tanto, él había metido un trozo de carne en una rebanada de pan y se lo comía a grandes bocados, pero con calma.

—¿Qué tal Enid? —preguntó con despreocupación.

—Nada bien —contesté seca.

No mostró ninguna emoción y yo tampoco me molesté en usar mi don para averiguar lo que sentía ni para descubrir que sin más no tenía sentimientos.

—¿Has comido? —preguntó, mientras se inclinaba para coger más carne.

—No. —Desde que había llegado, apenas conseguía que me entrara nada en el estómago.

—Pues come. —Señaló la fuente—. Kara siempre me prepara comida de más.

Yo no quería tomarme su cena.

—¿No sería inapropiado que yo comiera con vos?

Me sostuvo la mirada durante un momento que se me hizo incómodo y luego, más coloquial que autoritario, repuso:

—Un filósofo dijo que no siempre podemos controlar nuestras circunstancias, pero sí podemos controlar cómo reaccionamos a ellas. En estos tiempos difíciles, es mejor aprovechar hasta el más ínfimo de los regalos. Toma lo que puedas y aprecia lo que te pueda aportar paz y fuerza para el duro camino que tienes por delante.

Aquello era desconcertante. Él era mi amo, yo era su esclava, pero aun así me daba esas extrañas perlas de sabiduría. Era una tontería hacerme pasar hambre a mí misma o privarme de buena comida.

—¿Y vos habéis caminado por duros caminos, amo? —pregunté incapaz de disimular la amargura.

—Come, Malina. —Esta vez se trataba de una orden—. Además, esta es mi casa y las normas las pongo yo. Quiero que me des lo que me prometiste a cambio de la vida de tu amiga y no quiero oír los ruidos de tu estómago mientras ceno.

Arrugué la frente. Estaba dispuesta a protestar, cuando mi barriga emitió un rugido atronador. Había estado tan preocupada por Enid

que no había tomado nada en todo el día.

—Que comas —ordenó de nuevo con mayor dureza.

Tomé un higo, le di un mordisco y su sabor meloso me cubrió la lengua. Julian se me quedó mirando como si esperara a que siguiera comiendo y así lo hice: me llevé a la boca un trozo de pan con queso, luego otro higo, y después cogí un filete de carne de cerdo especiada. Aquello estaba tan delicioso que no pude evitar murmurar de gusto. Entonces rompí el silencio.

—Veo que Kara es buena cocinera —dije mientras me chupaba un dedo.

—Sí que lo es.

Estaba quieto y me miraba fijamente. Al darme cuenta, se me cortó de golpe el entusiasmo gastronómico, empecé a sentirme incómoda y me aparté de la mesa. Julian se llenó la copa de vino con el decantador que Kara había puesto en la bandeja. Me di cuenta demasiado tarde de que debería habérselo servido yo, pero no parecía que le preocuparan las formalidades.

—Cuéntame cómo te enteraste de que tenías ese místico don. —Tomó un pequeño trago de bebida y se quedó esperando mientras yo recordaba.

—La primera vez no se lo conté a nadie. Era muy pequeña, tenía seis años. —Dirigí la vista hacia la ciudad, salpicada de lucecitas procedentes de las ventanas—. Mi abuelo materno acababa de morir y mi madre se había pasado todo el día llorando. Mi padre al principio intentó consolarla, pero después se llevó a mis hermanas de casa para darle espacio.

—Sin embargo, tú te quedaste —dijo en voz baja, como si supiera que eso fue lo que yo hice.

Me giré para mirarlo y descubrí que su atención me emocionaba, y no debía ser así.

—Eso es —confirmé—. Ella estaba sentada junto a la chimenea, con la vista fija en el fuego mientras sollozaba. Yo me hice un ovillo a su lado y le apoyé la cabeza en el regazo. No sabría explicar cómo lo hice, solo sé que me moría por ayudarla, por aliviarle el dolor que sentía. Cuando tuve ese deseo, establecí con ella mi primera conexión.

—¿Conexión? —preguntó.

—Es el enlace que creo con las personas. La primera vez no era del todo consciente de lo que hacía, pero cuando empecé a sentir el dolor de mi madre a través del vínculo, solo quería ayudarla y que desapareciera. —Había puesto todo mi cariño en ese contacto, pero ese detalle se me antojó demasiado personal como para incluirlo en el relato—. Y funcionó. Pasados unos momentos, mi madre dejó de llorar. Cuando mi padre y mis hermanas volvieron, ella estaba preparando la cena. Seguía triste, por supuesto, pero ya no la abrumaba el dolor.

Recordaba exactamente que me había acariciado la cabeza y el pelo, y a continuación me había dado un beso en la sien y me había dicho: «Gracias, mi dulce Mina», pero tampoco me apetecía contarle esa parte. Tampoco compartí con él que la siguiente vez que vi a Bunica, me dio unas palmaditas en la mejilla, me miró a los ojos y me dijo: «Por fin ha llegado. Y ahora ya lo sabes».

Me quedé callada mientras él reflexionaba sobre mi relato.

—¿Y alguien más de tu familia tiene ese don?

—No —respondí y era verdad: los demás no tenían el mismo poder que yo.

Siguió tomando el vino mientras observaba las luces en la distancia. El cielo estaba cada vez más oscuro.

—Con respecto a lo de hoy… —comenzó.

Me quedé paralizada al recordar la escena del foro. En realidad,

había sucedido en una esquina bastante apartada. Había sentido curiosidad por el hombre con el que estaba y por lo que hablaban, pero todo eso se me había ido de la cabeza en el momento en que Julian estuvo a punto de adoptar la forma híbrida cuando aquel soldado me acosó.

Verlo en ese estado había sido aterrador. Era mucho más que amenazador: le ardían los ojos y tenía los músculos hinchados, como si le costara controlar a la bestia e impedir que asesinara al otro hombre. Yo nunca había conocido a ningún romano en persona, Julian era el primero con el que había hablado. Todas mis interacciones anteriores habían sido violentas y breves, desde la distancia las veces que había ayudado a los celtas, y la vez que perdí a toda mi familia. Por tanto, no sabía si una reacción como esa era normal. ¿Todos los dragones perdían la cabeza de esa manera cuando les tocaban su propiedad? Era bien sabido que se trataba de criaturas posesivas, pero él había estado terrorífico, monstruoso, como un maniaco.

—Con respecto a lo de hoy —repitió, tras dejar el cáliz en la mesita—, tenemos que asegurarnos de que no vuelva a suceder.

Parpadeé sin decir nada. Desde luego, no quería volver a presenciar una escena como aquella jamás.

—Nunca saldrás de casa si no es conmigo o con Ivo. —Como yo seguía sin decir nada, añadió—: ¿Entendido?

—Sí. —Sentí que me ardía el pecho. No se fiaba de mí, lo cual era comprensible, pero eso significaba que estaba presa en la casa, en resumidas cuentas—. ¿Kara también tiene que salir siempre acompañada?

Tensó la mandíbula antes de contestar.

—No. Pero Kara es Kara, y tú eres tú.

—Estoy segura de que hay otras esclavas jóvenes que van a la

ciudad a hacer recados para sus amos. ¿Por qué yo tengo que…?

—Porque no eres sumisa —me interrumpió de golpe. El sol poniente le ensombrecía ya la mitad del rostro—. Te lo dije antes de salir.

—¿Es porque lo miré a la cara? —pregunté con un resoplido de furia—. ¿Insinuáis que llamo la atención de otros hombres?

—Así es.

Semejante insulto me hizo estremecer. Él se incorporó en el diván y me miró de frente.

—Puede que no lo hagas a propósito, Malina, pero el fuego de tus ojos es un imán para cualquier hombre. Incluso para un romano, sobre todo para un dragón, es como una invitación, un canto de sirena. Por no hablar del resto de ti.

Me enderecé, presa de la ira y, por desgracia, también del ego. Me envalentoné bajo su mirada intensa.

—¿Qué pasa con el resto de mí?

Me arrepentí de inmediato de haber hecho la pregunta. Su mirada me recorrió la cara y bajó por la garganta, era tan intensa que sentía que me acariciaba, era una deliciosa quemazón que me hacía cosquillas. No debí hacerlo, pero salí a su encuentro con el don de la hiperempatía y descubrí que su aura ya me estaba esperando: la conexión era tenue, pero existía.

Solté un jadeo. De pronto, una oleada de lujuria embriagadora y tórrido deseo me golpeó. Era tan potente que tuve que plantar una mano en la mesita. Un hormigueo me recorrió todo el cuerpo, me llenó de calor las arterias y empezó a excitarme. ¿O era su pasión lo que entraba por el vínculo?

Lo más extraño de todo fue que, en conjunto, sus miles de emociones no eran repulsivas. Eran tan intensas que me hacían perder el equilibrio y, sin embargo, no me impelían a salir corriendo

de la habitación, que es lo que debería hacer. En lugar de eso, la bruja de mi interior se regodeaba en sus emociones y se empapaba de su brillo y poderío. Le gustaba la fuerza que tenía sobre el dragón.

«Hechicera estúpida».

Sentía el corazón en la garganta y estaba empezando a temblar.

Por fin, Julian se inclinó hacia delante, tenía un fulgor sobrenatural en los ojos.

—Tu espíritu desafiante —respondió con un susurro ronco, casi como si estuviera revelando un secreto—, junto con tu belleza. —Sacudió la cabeza—. Es un peligro. Un auténtico peligro.

—¿Para mí? —inquirí, preguntándome al mismo tiempo por qué no podía mantener la bocaza cerrada, igual que cuando añadí—: ¿O para vos?

Las comisuras de los labios se le alzaron en una sonrisa tan malévola que me quitó el aliento. Más que miedo, lo que me daba era ganas de capturarla con las manos y esconderla donde solo yo pudiera verla.

—Para ambos, pajarito de fuego. —Su voz era una oscura caricia aterciopelada—. Y puede que los dos acabemos envueltos en llamas.



MALINA

Recorrí los pasillos de la casa hacia los aposentos de Julian con la bandeja del desayuno en las manos y el corazón en la garganta. Lo que me latía en el pecho debería ser miedo, pero en su lugar era una retorcida mezcla de entusiasmo e ira.

Cuando había entrado en la habitación de Enid, antes del amanecer, me la encontré despierta. Le aseguré que estaba a salvo y que yo me encargaría de cuidarla, pero no parecía oírme: mostraba en la cara una mueca de dolor permanente y, cuando se lo repetí, lo único que hizo fue cerrar los ojos y mirar para otro lado.

Me habría gustado quedarme más tiempo, pero no pude porque me llamó Kara desde la cocina para que le llevase el desayuno al amo.

Según me acercaba al cuarto de Julian, el mismo aire pesado que envolvía al señor de la casa empezó a oprimirme el pecho y, en un momento, me había cubierto por completo. Debería haberme producido terror y un impulso de alejarme de sus garras de depredador mortífero, pero en lugar de eso, me entraron ganas de verlo de nuevo.

Era lo mismo que había sentido a la luz de la luna hacía años: una especie de asombro maravillado, un interés del que mi bruja interior no me dejaba escapar. En su casa, la sensación era más intensa; el ímpetu, más fuerte; y todo esto solo conseguía enfadarme más aún, con el destino, con Julian y conmigo misma.

Llegué a la puerta y entré en la alcoba. El señor estaba de pie bajo uno de los arcos que conducían a la terraza, mirando hacia la ciudad con las manos juntas detrás de la espalda, en la misma postura en la que me lo había encontrado la noche anterior.

Con todo, su figura era imponente. Hasta con una simple túnica blanca, sin la armadura de general ni los ropajes formales de color rojo, rebosaba un poderío intensísimo, una fuerza que intimidaba. Alcé el mentón y caminé hacia delante con toda la confianza que logré reunir.

Aunque no hice ruido, se dio cuenta de que había entrado: los hombros se le tensaron un poco y cerró un puño. Me quedé quieta y callada, esperando para servirle, que era mi cometido. De nuevo, noté en el pecho una mezcla de ira y, sí, entusiasmo. Sentir algo así era obsceno: en mi interior no debería haber nada más que asco y odio hacia ese hombre…, ese romano.

—¿Dónde deseáis desayunar, amo?

Se giró para dirigirme una mirada fugaz y señaló con un gesto

impreciso una mesa auxiliar, pero no la terraza. Dejé allí la bandeja y, sin mirarme siquiera, se comió un trozo de pan con queso a toda prisa, lo bajó con el vaso de leche y no tocó nada más. Actuaba de una manera abrupta y apresurada que no se parecía en nada a su habitual estilo relajado. Entonces, se dirigió a zancadas a una parte de la habitación que se hallaba oculta tras un biombo y me dijo:

—Sígueme.

Así lo hice. Al rodear la mampara, descubrí una sala de aseo con una gran bañera incrustada en el suelo y rodeada de azulejos decorativos. Una capa de aceites de baño emitía leves destellos sobre la superficie del agua. A través de una ventanita lateral, se veía el monte Palatino.

En lugar de desvestirse y horrorizarme más aún, tomó asiento junto a una mesa que había delante de la ventanita, en una silla de respaldo alto y mullido.

—Siéntate —dijo, dándole unos golpecitos con la mano a un taburete que había a su lado y se quedó observándome.

Confundida, obedecí su orden y me coloqué en el taburete muy tiesa.

—Me hace falta un afeitado. —Señaló un cuenco de agua humeante—. Kara acaba de traer esto y no va a durar caliente mucho rato. ¿Sabes rasurar a un hombre?

Negué con la cabeza. ¿Dónde iba a haber aprendido una cosa así?

—Es fácil: me untas aceite de oliva por toda la barba, cara y cuello, y luego me la raspas con la *novacila* —explicó y señaló un instrumento que había encima de una toalla.

Lo cogí. La parte superior tenía forma de un dragón plano de bronce con tres agujeros para meter los dedos y, en la parte inferior, las garras sujetaban una afilada hoja de cobre. Metí las falanges por los orificios y cerré la mano.

—Así es. Raspa el vello hacia arriba. Es como lo hace Ruskus, y es la manera más eficiente.

Sin soltar la cuchilla, pregunté:

—¿Y por qué no lo hace él si sabe hacerlo como es debido?

—Ahora eres mi esclava personal y es tu trabajo. Puedes aprovechar la luz del ventanuco.

Parecía casi amigable. Apoyó la cabeza en la parte superior del respaldo acolchado y me di cuenta de que quizá estaba hecho para ese mismo propósito.

—No te olvides de aplicarme primero el aceite. —Cerró los ojos y esperó.

Durante un momento, no hice nada. Luego dejé despacio la herramienta de afeitar donde la había encontrado, sobre la toalla que estaba en la mesa. Me puse de pie, me eché aceite de oliva perfumado en las manos y se lo unté con cuidado en la barbilla y la mandíbula. Su corta barba me rascaba las manos; la aspereza me producía un cosquilleo en la piel. Dejó escapar un breve gemido de placer, pero mantuvo los ojos cerrados mientras yo le extendía el aceite con las yemas de los dedos, desde las orejas hasta el cuello, por toda la quijada.

Cuando me limpié las manos en el trapo, se me aceleró el pulso. Cogí de nuevo el instrumento y, con la mano libre, le levanté la barbilla. Tenía los ojos cerrados, el cuerpo relajado y la garganta expuesta: en ese momento, era tan vulnerable como desconocedor de la idea que de repente empezó a martillearme la mente. Tenía una cuchilla afilada en la mano. Podría escaparme en ese mismo instante.

Me quedé mirándole la garganta, una fuerte columna con haces de fibra muscular y un hoyo vulnerable en la parte inferior. Entonces, le acerqué la navaja al cuello. Tenía la mano helada y me temblaba.

—¿Qué vas a hacer después? —Su voz grave y aterciopelada me hizo dar un respingo.

—¿Después de qué? —pregunté en un susurro.

—De rajarme la garganta.

Seguía con los ojos cerrados y el cuello estirado, como si me estuviera retando a hacerlo. Yo estaba paralizada y respiraba cada vez más rápido.

—Por la terraza no puedes escapar, porque la caída es muy alta. No tienes dinero, aunque supongo que podrías robar lo que hay en el cofre que tengo al lado de la cama. Luego tendrías que burlar a Ruskus e Ivo, que vigilan la verja de atrás. Además, si te atrapan, te llevarán ante los pretorianos del emperador por matar a su amo, que es su sobrino.

¿El sobrino del emperador? Empezaron a darme arcadas y la mano, cuchilla en alto, me seguía temblando. Abrió los ojos y giró la cabeza sobre el cojín, con toda la calma del mundo.

—Luego está tu amiga, a la que matarían de inmediato por estar relacionada contigo. Aparte, no llegarías lejos, ni siquiera con mi dinero. Por la noche hay soldados imperiales patrullando las calles y, en el momento en que se corra la noticia de mi muerte, saldrán mortájaros en tu busca, los cuales no mostrarían ninguna simpatía hacia una asesina.

El corazón me latía tan fuerte que casi se me salía del pecho. Me cogió la muñeca con delicadeza y detuvo el temblor.

—Es una idea muy necia, Malina. Matarme no te ayudará a escapar. Solo puede acabar acarreándote una muerte dolorosa.

Me quedé mirándolo perpleja.

—¿Sabíais que lo iba a intentar?

Tampoco lo había intentado. No estaba segura de poder hacerlo, pero desde luego, con una cuchilla afilada en la mano y su garganta

a un palmo de distancia, me lo estaba planteando.

—Sé que estás buscando la manera de escapar —dijo con esa forma de hablar firme y tranquila, mientras me acariciaba la parte inferior de la muñeca con el pulgar, lo que parecía calmarme el temblor—. Yo en tu lugar haría lo mismo.

Ahogué una risotada.

—Pero vos nunca estaréis en mi lugar.

—Nunca se sabe —respondió como si nada, con expresión pensativa. Era raro que dijera algo así. Un poderoso dragón romano como él nunca podría estar cautivo como lo estaba yo—. Lo que quiero es que te des cuenta de que no tienes ninguna manera de huir que no acabe en muerte —continuó—. Esto no es un clan de los bosques del que te puedas escapar por la noche. Estás en el corazón de Roma, rodeada de enemigos. —Aumentó la presión en mi muñeca y su voz se volvió más grave—. Debes confiar en que estás más segura conmigo que con cualquier otro.

—¿Confiar en vos? —Ahogué otra carcajada—. ¿En el amo que me tiene esclavizada?

—Sí —dijo en un tono más suave, mientras me deslizaba el pulgar con dulzura por la fina piel de mi muñeca. Al fin, me soltó—. Ahora que vuelves a tener el pulso firme, intentémoslo de nuevo.

Volvió a recostar la cabeza y a cerrar los ojos como si no acabara de sorprenderme a punto de degollarlo en su propia alcoba. La confianza que tenía en que no le iba a rajar el cuello era pasmosa. No quería creerme que me conociera tan bien, pero lo cierto era que tenía razón. Aunque pudiera ser temeraria, no era tonta.

Respiré hondo, espiré despacio, apoyé la navaja en la piel y empecé a rasparle la barba del cuello hacia arriba, hacia la mandíbula, y a limpiar la cuchilla en el trapo cada vez que llegaba al final. Seguí repitiendo el mismo movimiento hasta que tuvo lisa toda

la piel del cuello y de la cara; solo le había hecho un cortecito en un ángulo un poco sobresaliente. Se dio unos toques en la cara con el paño, se enderezó y se pasó las manos por la cara.

Se puso en pie con un gruñido.

—Esta noche no hace falta que me sirvas la cena, pero te espero aquí por la mañana, como de costumbre.

Sentí una decepción repentina que me hizo fruncir el ceño, pero seguí recogiendo el tocador sin mirar hacia Julian.

—¿Dónde vais a estar esta noche?

Pareció detenerse un instante a mi espalda, pues dejé de oír el roce de la ropa, pero enseguida volvió a moverse. Limpié el aceite que salpicaba la mesa y me giré hacia él. Se había puesto una simple faja roja por encima de la túnica, cuyos extremos le colgaban en la cadera.

—Tengo un banquete en el palacio del emperador.

—¿Para celebrar vuestra reciente victoria sobre los celtas?

Hizo un ademán de desprecio mientras volvía a ajustarse la faja, a pesar de que ya estaba perfecta. Me sorprendía que no me hubiera mandado vestirlo, aunque parecía tener prisa, y era posible que no quisiera enseñarme a hacer otra tarea y retrasarse para los asuntos que tuviera que atender en la ciudad.

—Sí, Malina. —Parecía disgustado—. Al emperador le gusta festejar los triunfos.

—Al emperador Igniculus. Vuestro tío. —No podía disimular mi desagrado.

Alzó la vista y me miró a los ojos durante unos instantes. Creí que me iba a decir algo, pero se limitó a apretar la mandíbula, pasó por mi lado y salió de la habitación. Sus pasos decididos se fueron perdiendo en la distancia.

«Temeraria», susurré para mis adentros. Si mi hermana Lela

estuviera allí, me echaría una buena bronca.

Era incapaz de morderme la lengua, ni siquiera cuando más me valdría hacerlo. ¿Qué me iba a decir Julian? ¿Que aunque fuera su sobrino no era un cruel dictatorial como él? Era una esperanza absurda. Aunque no hubiera abusado de mí, no dejaba de formar parte de la horrible y monstruosa maquinaria de Roma, que nunca cesaba de quemar, masacrar y destruir vidas por placer. Era espantoso.

—Debería haberle cortado el gaznate cuando tuve la oportunidad —murmuré mientras me disponía a hacerle la cama.

Aunque me buscara mi propia muerte, al menos habría un tirano menos en el mundo.



JULIAN

Desmonté de mi semental negro, Volkan, cerca de la entrada del establo. Me fijé en que muchos de los patricios se bajaban de sus opulentas literas en la puerta del palacio. Por las escaleras que llevaban al hogar del césar, alumbradas con antorchas, subían senadores y generales con sus esposas enfundadas en elegantes vestidos.

—Yo me encargo de él, legado. —El joven mozo de cuadra cogió las riendas de la montura. Siempre le daba una propina para que se encargara del caballo cuando visitaba el palacio.

—Gracias, Jovan.

Le puse una pequeña moneda de plata en la mano y saqué la toga roja formal que llevaba en la bolsita de la silla. El muchacho me ayudó a colocármela por encima de la corta túnica blanca, me la pasó por encima del hombro y dejó que uno de los extremos casi rozara los adoquines del suelo. Sujeté la sedosa tela para evitar que se arrastrara y se ensuciara, luego me dirigí a los escalones del palacio. Al entrar en casa de mi tío, se me encogió el estómago.

Era una auténtica guarida de dragón. Sin embargo, yo iba perfectamente vestido para agradarle: nada le enorgullecía más que ver a su sobrino, el Conquistador Desalmado, vestido con el rojo de la familia.

Delante de mí iba el senador Otho y fruncí el ceño al verlo del brazo de una joven de pelo castaño, largo y sedoso. Otho no estaba casado, o al menos no lo estaba cuando partí a mi campaña de la Galia.

En la entrada había sirvientes sujetando bandejas con cálices y nos hacían reverencias al entrar. Cogí una copa de vino justo después de que Otho cogiera otra de la misma bandeja.

—Salve, Julianus. Qué alegría veros. —Me dedicó una sonrisa cordial y señaló a la joven que estaba a su lado—. Permitidme que os presente a mi nueva esposa, Sabina Amethystus Candida. Querida, este es el famoso legado Julianus Ignis Dakkia.

—Es un placer conoceros, legado. —Hizo una ligera inclinación. Sus ojos, maquillados con kohl, pestañeaban rápido, y los pechos turgentes le sobresalían un poco de la estola morada de corte bajo que llevaba puesta—. ¿Es cierto que os llaman Conquistador Desalmado porque habéis matado a más bárbaros con vuestras manos que ningún otro general en la historia? ¿Y que os bebéis la sangre de vuestros enemigos?

«Por todos los dioses, qué rumores corren por esta ciudad».

—Sabina —la regañó Otho, con una carcajada—, no seas maleducada.

—Ay, lo siento, legado —se disculpó y me puso una mano enjoyada en la muñeca, justo cuando me disponía a tomar un trago de mi bebida—. No pretendía insultaros.

Miré hacia donde me tocaba y me zafé de ella para cambiarme la copa de mano.

—Me temo que esas historias exageran bastante.

Otho no era un invitado habitual en el palacio. De hecho, solo recordaba haberlo visto allí una vez, muchos años atrás, antes de que empezara a oponerse al césar en el Senado. Ignoraba la mala posición en la que se encontraba y lo que era peor: o no había oído las historias sobre las famosas fiestas del emperador o no les había hecho caso.

Seguimos la fila de invitados por el pasillo de mármol hacia el gran salón en el que mi tío celebraba los banquetes. Cuanto más me acercaba a su sanctasanctórum, más se me encogía el estómago.

—Bueno, pero los otros rumores no exageran nada —dijo la joven cuando su esposo se detuvo para saludar a otro senador. Paseó la mirada por mi cuerpo con obvio interés—. Sois el general más apuesto de toda Roma.

—¡Sabina! —gritó otra mujer entre la multitud. Iba vestida con una estola verde, pertenecía a la familia Chrysocolla. Se movían en los mismos círculos, por supuesto.

Había pocos dragones presentes de los linajes intermedios: Amethystus, Chrysocolla y Sapphirus. No había ninguno Griseo, pues mi tío nunca permitiría que la casta más baja asistiera a una de sus celebraciones. La mayoría de las túnicas de la sala eran negras y rojas, aunque también se veían algunas azules, moradas y verdes.

—Es una auténtica belleza, ¿eh? —dijo Otho, que se había puesto a mi lado.

—No deberíais haberla traído —le dije con sinceridad. Ojalá ese hombre, uno de los pocos dragones del Senado que aún votaban según su conciencia, fuera más listo—. Deberíais iros ahora mismo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con el ceño fruncido, al mismo tiempo que miraba a su joven esposa reírse con la muchacha de verde.

—Ya sé que no habéis venido mucho por este palacio, pero espero que estéis al corriente de lo que suele hacer mi tío en sus banquetes.

Otho giró la cabeza hacia mí, sin cambiar la expresión.

—Mi palabra tiene autoridad en el Senado —afirmó con altivez—. El césar lo sabe, no me va a denigrar de esa manera.

—Sois un necio si de verdad creéis eso —repliqué, sentía pena por él.

—El césar me ha convidado —protestó, empezaba a inquietarse—. No he podido rechazar su invitación. Sería lo mismo que traicionarlo.

—Es verdad, pero podríais haber dejado a la muchacha en casa.

—La invitación era para los dos —alegó nervioso y miró hacia su mujer—. Además, a ella le encantan las fiestas. No podía decepcionarla. No me parecía justo dejarla en casa.

—Ni siquiera para protegerla.

Otho me miró con el entrecejo fruncido.

—No estaréis insinuando lo que yo creo.

Abrí la boca para responder, pero me interrumpió una voz grave que conocía bien y que siempre me erizaba la piel, hasta tal punto que casi se me salían las escamas.

—¡Julianus!

La sangre se me heló en las venas, pero me giré hacia el césar.

Subía los escalones que conducía a su célebre salón de banquetes; o quizá debería decir tristemente célebre, dependiendo de quién fuera cada uno y de su punto de vista sobre los violentos y depravados sucesos que en él acontecían. Como cada vez que venía a su palacio, tuve que hacer un esfuerzo extraordinario para contener las náuseas y que no se me reflejara el asco en la cara, todo ello mientras fingía que este era mi lugar.

Mi tío extendió los brazos. Tenía la toga colocada a la perfección sobre el enorme cuerpo y el corto pelo negro y la cara afeitada le resaltaban los ángulos de la mandíbula, la barbilla y la frente hasta exagerarlos. Era como si no pudiera volver por completo a su forma humana. Aunque no estaba en forma híbrida, su bestia parecía estar siempre a punto de salir, acechaba bajo la superficie.

—César —saludé con una reverencia mientras se me acercaba.

Me envolvió en un abrazo, me besó en una mejilla y me agarró con fuerza por los hombros con un orgullo inmenso en su oscura mirada.

—Sabía que serías capaz —dijo en voz baja, para que lo oyera solo yo—. En quince días, has acabado con esa chusma de la Galia y me has traído la cabeza del rey, después de que ese maldito imbécil fracasara una y otra vez.

—Gracias, tío —respondí en un tono de admiración que no sentía, mientras mantenía las náuseas a raya—. Todo para vos, césar. Siempre para vos.

Me apretó los hombros con una sonrisa enorme. Ya tenía los ojos un poco vidriosos por la bebida.

—Ven, siéntate a mi lado.

Se me revolvió el estómago, pero asentí con la cabeza y caminé junto a él mientras la multitud nos iba abriendo paso. Encontré con la mirada a Trajan, que me sonrió. Tenía la cabeza rapada y la cara

lisa: al menos se había tomado en serio mi consejo.

Pasamos por delante de la fuente que había en el centro de la sala, con un conjunto escultórico de un dragón macho desnudo en forma híbrida junto al cual se arrodillaban dos hembras, también híbridas. Cada mano del macho agarraba un cuerno de una hembra, las forzaba a mirarlo desde abajo con adoración. Esa estatua había sido el primer cambio que vi en el palacio cuando mi tío subió al trono y desde entonces habían aparecido muchas otras muestras de la prepotencia y del poderío al que exigía que se rindiera todo el mundo.

Era cierto que mi tío era un dragón de una fuerza increíble. No había sido derrotado jamás ni en forma híbrida ni en forma de dragón, ni siquiera en duelos de fuerza entre guerreros. Mi padre me había contado que, ya de adolescente, mi tío había derrotado a otro dragón que le doblaba en tamaño.

Así pues, aunque detestaba la forma en que ostentaba su dominio, no podía atribuirlo a mera arrogancia: la historia había demostrado que, si alguien intentaba ir en su contra, lo más probable era que no sobreviviera. Era un recordatorio más de que nuestro plan tenía que ser muy sólido para que saliera bien.

—Ya conoces al prefecto Ciprian —dijo el césar, señalando con un gesto al hombre de toga negra que estaba sentado enfrente de mí. Él se acomodó en el asiento más elevado, una especie de trono con un alto respaldo dorado y unos brazos también dorados, entre un montón de cojines y moquetas velludas de color rojo y oro.

—Sí. —Lo saludé con un gesto de la cabeza, apretando bien la mandíbula para no decir nada fuera de tono.

Ciprian me caía mal por muchas razones. Aparte de ser un psicópata y un depravado, contaba con el favor de mi tío, cosa que no lograba entender.

Una vez, cuando era centurión, había tenido la mala suerte de que asignaran a Ciprian a mi unidad de infantería. Como no le gustaba mi manera metódica de ejercer el mando, a menudo atraía a algunos de mis hombres a su lado y tomaba decisiones temerarias e imprudentes que desobedecían las mías.

En una ocasión, durante una campaña en Tracia, efectuó una carga en contra de lo que yo había dictado y causó la muerte de tres de los hombres que lo acompañaban. Entonces decidí castigarlo de manera oficial: si bien azotarlo en público era menos de lo que se merecía por hacer que mataran a tres de sus compañeros, por lo menos constaría en su expediente. Sin embargo, cuando lo hice llamar después de terminar la batalla y atender a los heridos, me dijeron que ya no estaba: lo habían llamado para que volviera a Roma. Supuse que el emperador lo había condenado por algún delito peor, pero más tarde me enteré de que lo habían ascendido a centurión de otra unidad.

Como sabía que cuestionar las decisiones de mi tío era una insensatez, no hice preguntas, pero nunca me sentó bien que este cabrón egoísta y arrogante hubiera medrado pisoteando cadáveres. Encima, era un puñetero prefecto.

—He oído que estáis de enhorabuena —le dije apretando los dientes. Me senté mirando hacia los invitados, que ya iban tomando asiento junto a las mesas bajas que se encontraban repartidas por todo el salón sobre las alfombras mullidas.

—Así es —farfulló Ciprian, que ya llevaba unas cuantas copas—. Pronto haré el Rito de las Calaveras.

Otra maravillosa tradición instaurada por mi tío. Las tripas se me llenaron de ácido.

—Pues sí, Ciprian —dijo el emperador—. La primera cabeza de rey que me has traído y me atrevería a decir que no será la última.

—Podéis contar con ello, césar —respondió el interpelado, alzando el cáliz hacia él para darle un trago.

—Claro que —añadió mi tío con ese tono de superioridad que siempre ponía cuando iba a decir algo provocativo— vas a tener que matar a unos cuantos reyes más para ponerte a la altura de mi sobrino.

El prefecto me clavó la mirada y resopló por la nariz furioso. Le dio otro trago al vino y respondió:

—Cierto es, césar. Pero lo haré.

—¿Vos creéis? —lo desafié.

Mi tío se rio, contentísimo. Le encantaba el conflicto: quizá era lo único, además del poder y la violencia, que le hacía sonreír. Pero el otro no dejó de sostenerme la mirada.

—Habéis empezado con ventaja sobre mí, Julian. Pero os superaré. Siempre logro mis objetivos.

¿Y su objetivo era superarme a mí?

Solté un bufido burlón y ni me molesté en contestar. Paseé la vista por la estancia: unas bailarinas semidesnudas empezaban a contonearse entre las mesas. Todas ellas llevaban collares dorados con el nombre Igniculus grabado, tenían los pechos descubiertos y las faldas eran poco más que una fina gasa. Alrededor del cuerpo, en el vientre, la espalda y entre los pechos, serpenteaban culebras pintadas de rojo. Las mujeres danzaban con la melodía de flauta y tímpano que tocaban unos músicos en un rincón.

—He oído un rumor sobre ti, Julian —me dijo Ciprian. Al llamarme por mi nombre de pila, pasó al tuteo, cosa que solo se hacía con los amigos cercanos.

Siendo objetivos, era apuesto de cara: tenía unas facciones más suaves que la mayoría de los hombres, como todos los aristócratas de las familias de dragones roja y negra. Pero lo único que podía ver

era la fealdad que se escondía detrás. Ciprian era una criatura nauseabunda. No era de extrañar que a mi tío le cayera tan bien.

Una mujer con una toga verde, la misma que antes había saludado a la esposa de Otho, apareció de pronto al lado de Ciprian y emitió el ronroneo grave que usaban las dragonas para seducir a los machos. Él le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y, con las puntas de los dedos, le rozó el lateral de un pecho. Quedaba claro que había venido con él, aunque ni se molestó en presentármela.

—¿De qué rumor se trata? —pregunté cortés, mientras sujetaba el cáliz en alto para que me lo llenara una de las sirvientas.

Una esclava guapa me sirvió un poco más de vino, hizo una breve reverencia y desapareció. «Chica lista», pensé. La situación estaba a punto de tornarse vulgar.

—He oído —comenzó a decir Ciprian con una voz cantarina que hizo reír a su acompañante— que te transformaste en dragón en el campo de batalla, mataste a un hombre a causa de una fulana celta, y que luego te la llevaste volando.

Llevaba rato preguntándome quién sería el primero en sacar el tema. No me sorprendió que fuera él. Y la mujer no era celta, pero no pensaba corregirlo.

—¿Cómo? ¿Que te transformaste en el campo de batalla? —me preguntó Igniculus, incrédulo—. ¿Por una mujer?

Un general romano no se transformaba en el campo de batalla, ni en híbrido ni en dragón completo. Verse forzado a dejar la forma humana se consideraba una señal de debilidad. Ni siquiera debía manchar la espada de sangre: eso era trabajo de los soldados.

—Sí, césar —rio el prefecto—. Al menos, eso es lo que he oído.

No perdí la calma. Sabía que esto iba a salir a colación tarde o temprano.

—Está claro que vuestra fuente tiene la cabeza aturullada y, si me entero de quién es, se la voy a arrancar.

—¿Cuál es la verdad del incidente entonces? —preguntó el césar, en un tono que más que una pregunta era una orden.

Le sostuve la mirada sin vacilar.

—La verdad es que uno de mis hombres desobedeció una orden directa y, por ello, lo rebané en dos. —Me encogí de hombros—. Podría haber hecho lo mismo sin transformarme, pero mi dragón quería sangre y yo quería que todos los presentes entendieran de manera clara las consecuencias de desobedecer mis mandatos y que mi dragón no va a aceptar nada menos que obediencia absoluta. —Dirigí la vista hacia Ciprian, que ya no se reía—. La maldita chusma que me dejó Bastius no conoce la disciplina. —Volví a mirar a mi tío y dejé que mi dragón me agravara la voz para añadir una promesa —: O me obedecen o morirán.

Tal y como sospechaba, el emperador me dedicó una inmensa sonrisa, en su mirada de demente se mezclaban el orgullo y la sed de sangre. Se inclinó hacia mí, me puso la mano en el hombro y me lo apretó con afecto.

—Así es, sobrino. Has hecho lo correcto. Edúcalos a base de fuerza bruta. —Soltó una carcajada sombría—. Por Dis, está visto que mi sangre corre por tus venas.

Brindamos. Ciprian echaba humo porque le había robado su momento. Creyó que me iba a hacer parecer débil delante de mi tío, pero eso no iba a suceder. Sin embargo, siguió intentándolo.

—O sea, que no os llevasteis a la bruja, la que ayudó a los celtas a escapar de Bastius.

—Ah, sí, sí que me la llevé —confirmé y además tenía que dar un motivo—: Es una belleza. El general tiene el derecho de llevarse lo más selecto del botín de guerra, pero eso vos no tenéis por qué

saberlo…, prefecto. No sois general.

Su dragón le tiñó los ojos de negro. Le estaban entrando ganas de transformarse y clavarme las garras, pero era de mala educación hacerlo en el palacio imperial: era algo que solo el propio césar podía hacer. Su reacción me hizo sonreír y alcé la copa hacia él.

Mi tío empezó a reírse a carcajadas, incluso echó la cabeza hacia atrás. Cuando se calmó, dijo:

—No te preocupes, Ciprian. Creo que tu próximo ascenso está al caer.

—Gracias, césar —respondió el aludido, que ya le estaba acariciando un pecho a su compañera sin ningún tapujo. A ella no parecía importarle: estaba bebiendo vino y mirando hacia abajo, observando a los invitados—. Debe de ser un coñito celta delicioso —añadió en tono malévolo.

Sentí que la ira me daba vueltas en el estómago como una serpiente, pero mantuve un semblante frío e impasible.

—Hablando de coños —intervino el césar mirando hacia Otho, que estaba sentado en la mesa de enfrente. Entre la nuestra y la suya se contoneaban unas bailarinas.

¿Por qué habría venido al banquete ese idiota tras haberse opuesto de una forma tan descarada a la ley que quería aprobar el emperador? Y encima con su joven esposa.

—¡Otho! —lo llamó el emperador, elevando la voz por encima de la música—. ¿Qué dulce criatura has traído como invitada?

El interpelado se levantó con una sonrisa y ayudó a la desvergonzada muchacha vestida de violeta a ponerse de pie.

—César, esta es mi nueva esposa, Sabina Candida, de los Amethystus.

—Acércate, Sabina —la llamó el césar, haciendo un gesto con la mano.

La mujer miró a Otho insegura. Este asintió con la cabeza, aunque su cara denotaba preocupación. Si mis predicciones eran correctas, debería estar sintiendo bastante más que eso. Yo me preparé mentalmente para lo que estaba por llegar, mantuve una expresión neutra y tomé un trago de mi copa.

Sabina rodeó las mesas, pasó junto a otros generales y sus esposas, subió a la tarima enmoquetada en la que se encontraba nuestra mesa y se plantó delante del césar.

—¿Candida? —Igniculus le dedicó su sonrisa de caballero encantador—. Tu padre era un mortájaro, ¿verdad?

—Así es, césar —confirmó ella con voz alegre—. Le dio mucha pena jubilarse.

—Era muy fiel a Roma, si no recuerdo mal.

—En efecto, césar.

El emperador le volvió a hacer un gesto para que se acercara un poco más. Ella me dirigió una mirada nerviosa y, después, a Ciprian, que la observaba con una lujuria animal mientras seguía sobando a su compañera con la mano libre.

Sabina dio un paso al frente. El césar se apoyó en el alto respaldo de la silla y se abrió de piernas.

—Acércate más, bonita.

La joven le devolvió la sonrisa, similar a la que me había dedicado a mí en el corredor. Él le pasó la mano por el muslo y presionó la seda de la estola contra la piel.

—¿Qué tal es la vida de casada con un senador? —le preguntó con una voz muy cálida mientras la acariciaba.

—Me… me gusta mucho, césar.

—¿Tu esposo satisface todas tus necesidades?

Tragó saliva con dificultad y soltó una risita nerviosa.

—No sé qué decir —respondió por fin, tenía un ligero temblor en

la voz.

El emperador le introdujo la mano por un lado de la cintura, le acarició un pecho con el reverso de los dedos, y esbozó una gran sonrisa al ver el bultito que apareció en la seda de la estola púrpura que le cubría el pezón.

—¡César! —gritó Otho poniéndose en pie—. Por favor, no la…

Dos pretorianos lo devolvieron a su asiento de un empujón y se quedaron de pie junto a él. Enseguida, Sabina giró la cabeza hacia su marido con un ademán confundido y preocupado, pero entonces mi tío la cogió de la barbilla y se la volvió a girar hacia él. Yo no era capaz de mirar a Otho, sobre todo después de haberle advertido. Le ocurría lo que a muchos otros: creían que eran tan importantes que el emperador no se atrevería a convertirlos en el blanco de sus humillaciones ni usaría a sus mujeres como juguete para sus groserías y escarnio público. Pero estaba muy equivocado.

Nadie más que yo parecía darse cuenta de hasta dónde llegaba la maldad de mi tío.

—No te preocupes por él —le dijo Igniculus a la joven—. Soy el emperador. Tengo derecho a tocar cosas hermosas. —Abrió la palma y le envolvió el seno con ella—. Y tú eres una criatura preciosa, Sabina. A tu marido no le va a importar.

—Porque sois el emperador —susurró ella con la respiración acelerada. El pulso le palpitaba en la garganta y se le aceleró más aún cuando el césar le bajó el tirante de la estola y descubrió el seno que le había estado acariciando.

—Así es. —Metió la mano por debajo de la tela, le agarró el muslo y la atrajo hacia sí—. Soy el emperador. Puedo obtener lo que quiera. Abre los muslos.

La joven separó los pies. Tenía las pupilas dilatados por la excitación.

—Te deseo, Sabina. —Le coló la mano entre las piernas—. Y por lo mojado que tienes el coño, parece que tú a mí también.

Ella rio, como si se tratara de un juego. Y lo era, claro. Un pasatiempo en el que el emperador siempre ganaba. La acarició entre las piernas y ella emitió un gemido.

Pasé la vista por el salón con tranquilidad. Este entretenimiento repugnante que le gustaba a mi tío le demostraba no solo a Otho, sino a toda Roma, quién tenía más poder, qué podía hacer con él y a quién le podía hacer daño.

Algunos de los generales y de sus esposas fingían no ver lo que sucedía en la tarima. El legado Titus, el que había sido mi general durante toda mi carrera militar hasta mi reciente ascenso, ayudó a su esposa a levantarse de la mesa con discreción y se escabulló con ella por la puerta lateral. Eso era lo curioso: mi tío exigía la asistencia de todos aquellos a los que invitaba a lo que él llamaba celebraciones, pero una vez que había elegido a su víctima, no parecía importarle que algunos hicieran mutis por el foro.

Mediante este cruel comportamiento para con Otho y su mujer, el césar anunciaba a todos los senadores presentes que más les valía votar a su favor; si no, sufrirían las mismas consecuencias.

Otros se lo habían tomado como la señal de que la orgía podía empezar, y se habían puesto a manosearse o a follar en las mesas o alrededor de ellas. Volví a mirar a Otho y deseé no haberlo hecho: los pretorianos lo sujetaban al asiento, estaba colorado de vergüenza, miedo y rabia. Solo podía mirar y aún faltaba bastante para el final.

—¿Por qué no te sientas en mi regazo, dulce Sabina? —gruñó mi tío con un brillo dorado en los ojos de dragón.

—Sí, césar —lo arrulló ella.

Cuando fue a pasarle la pierna por encima, Igniculus la agarró y,

con un movimiento rápido, le dio la vuelta para ponerla de espaldas a él y le levantó la estola. La muchacha jadeaba. La atrajo hacia su pelvis, se apartó la toga y se hundió dentro de ella con un fuerte empujón.

—¡Ah! —gritó ella de placer y dejó caer la cabeza hacia un hombro.

Sin embargo, mi tío tenía los ojos puestos en Otho mientras se follaba a su mujer. Le desnudó el torso por completo y le lamió el cuello con la lengua bífida: siempre que cometía crueldades se le salía el dragón. No cambiaría a forma híbrida salvo que quisiera matar a la joven, pero su propósito no era ese: la estaba usando como herramienta para mostrarle a su opositor que, en lo sucesivo, más le valía no votar en contra del emperador.

Además de mi número de asesinatos, había otra razón por la que me llamaban Conquistador Desalmado: era un experto en no mostrar la mínima emoción, independientemente de lo que sucediera a mi alrededor, ya fuera que mis hombres decapitaran a un rey, que arrasaran a un ejército entero o que mi tío se follara a la esposa de otro delante de todos los patricios de Roma.

Por un momento, pensé en matar a mi tío ahí mismo: estaba claro que podía cogerlo por sorpresa. Pero no había duda de que entonces sus pretorianos y los otros que le eran fieles me matarían de inmediato; cual hidra, otro de su calaña asomaría la cabeza y tomaría el trono. Al final, no cambiaría nada.

Además, estaba Malina.

El estómago se me revolvió todavía más solo de pensar en ella. Mientras tanto, la esposa de Otho se revolvía encima de la polla del césar, gimiendo de placer a gritos, al tiempo que las bailarinas y los músicos seguían a lo suyo y los demás invitados reían y bebían y follaban, como si no hubiera uno de sus iguales muriéndose por

dentro en medio del salón. Otho tenía la cabeza agachada, estaba humillado.

Ciprian se había unido a la orgía. De un empujón, se metió debajo de la toga la cabeza de su acompañante, que subía y bajaba frenética. El prefecto gruñía, ebrio de lujuria, y observaba al emperador con un gozo diabólico.

Algunas parejas más recatadas se fueron yendo sin hacer mucho ruido, antes de que la depravación fuera a más. Yo me quedé en mi sitio y llamé a la sirvienta para que me echara más vino.

Por fin, la esposa de Otho chilló en un orgasmo. Entonces, el césar la puso en el suelo a cuatro patas y terminó con unos fuertes empujones más, al tiempo que le cogía el pelo con el puño y le tiraba de la cabeza hacia atrás para que Otho viera lo que le había hecho. Que se había follado a su esposa y le había dado placer, y que él no había podido hacer nada para evitarlo. Luego le dio una palmada en la nalga, la apartó de un empujón y volvió a dejarse caer en el trono, respirando con dificultad.

—¡Otho! Tu mujer y tú tenéis mi bendición.

Ciprian, que aún tenía la mano en la nuca de la chica que le estaba chupando la polla, se rio con crueldad.

—¡Hasta puede que recibáis una bendición adicional del emperador dentro de nueve meses!

El césar se rio echando la cabeza hacia atrás. Luego cogió la copa y me dirigió una mirada fría y vigilante.

—Julian, tienes que relajarte un poco, hombre. Toma a Sabina. Es un buen polvo.

Señaló con un gesto a la joven, que seguía tirada entre los cojines, con el rostro colorado de cansancio y de la vergüenza que le impedía mirar a su marido.

Otho seguía cabizbajo, con los puños cerrados. Los pretorianos ya

no lo sujetaban, aunque seguían vigilándolo por si intentaba vengar su honor. Pero no iba a hacerlo. Nadie lo hacía.

—No, gracias, césar —dije en tono neutro—. Me basta con el vino.

—Eso, que ya tiene el chochito celta en casa —dijo Ciprian, que justo entonces apretó los dientes y se corrió. La mujer que tenía entre las piernas empezó a atragantarse y toser, pero él le sujetó la cabeza unos instantes más antes de dejar que la levantara—. Bien hecho —la felicitó y le dio una copa de vino.

Era un milagro que hubiera presenciado todo eso sin ponerme a vomitar. Era un milagro que no me volviera loco. La depravación de ese cubil de hedonismo crecía año tras año. La maldad de mi tío, su sed de sangre y de carne eran el combustible de su insaciable ansia de poder. La locura iba en aumento, teníamos que poner el plan en marcha cuanto antes.

Pasado un tiempo prudencial, cuando ya era aceptable que abandonara la fiesta, me fui con discreción. Ciprian estaba entretenido con una mujer de estola azul zafiro, mientras la muchacha de verde de antes lo observaba enfurruñada a su lado. César estaba hablando con unos generales que habían venido a regalarle los oídos con sus victorias recientes.

Me escurrí entre las mesas y llegué a la salida sin que nadie se fijara en mí. Ya en el corredor, apuré el paso, dejando atrás el ruido del sexo y las risas de un reino corrupto y podrido. Una vez fuera del palacio, apuré aún más el paso, hasta casi correr. Quería alejarme de aquel maldito lugar cuanto antes.

Cuando estaba a punto de llegar a las caballerizas, vi una sombra que se movía. Me llevé la mano a la espada que llevaba bajo la toga.

Entonces me di cuenta de que era Trajan. Me relajé y fui a su encuentro, a la sombra de una hilera de cipreses.

—Otho ya debería saber esas cosas —dijo con voz queda—. Pero

seguro que ya no vuelve a votar en contra de ninguna ley en el Senado.

—El Senado no sirve para nada.

—No se lo digas a mi abuelo.

—Tenemos que mover ficha cuanto antes —solté, con la bilis aún tratando de subirme a la garganta después de lo de mi tío—. No puedo aguantar esto mucho más.

—Ya lo has visto antes. Los dos hemos presenciado cosas incluso peores. Por lo menos, la mujer de Otho estaba bien dispuesta.

Me subió otra arcada al recordar algunas demostraciones públicas anteriores de mi tío con esposas que no habían apreciado en absoluto las atenciones del emperador.

—Tenemos que reunirnos todos para preparar el plan final —dijo Trajan con un brillo de dragón en los ojos azules—. No puede quedar la menor duda de lo que tiene que hacer cada uno. Solo me tienes que decir cuándo organizar la reunión.

—Pronto —respondí asintiendo rígido con la cabeza y me fui a paso ligero.

Jovan me trajo enseguida a Volkan. Monté de un salto y partí al galope: necesitaba el viento en la cara para limpiarme el alma de la suciedad de aquel lugar infecto. Pero no fue suficiente. Nunca lo era.

Entré al patio al trote. En la ventana de Ivo ardía la mecha de una vela; su cuarto se encontraba cerca de los caballos, donde a él le gustaba estar. Salió cuando estaba desmontando y cogió la montura.

—Gracias, Ivo.

Lo normal al llegar tarde de una fiesta era que yo mismo me encargara de Volkan, pero necesitaba darme un baño de inmediato. Aunque fuera de agua fría.

Con todo, no pude evitar desviarme hacia las habitaciones de los sirvientes. Entreabrí despacio la puerta de Malina.

La luz de la luna que entraba por la ventana le iluminaba el lindo rostro y brillaba en los negros mechones de cabello. La forma de media luna de las pestañas oscuras, la boca relajada, la ligera curvatura hacia arriba de la nariz… Todo en ella era al mismo tiempo un bálsamo para mi alma y un dolor para mi corazón.

No me podía imaginar cómo me habrían mirado esos ojos verde jade si hubiera estado conmigo esa noche y viera cómo me quedaba ahí sentado, impasible.

Con cuidado de no hacer ruido, me acerqué a la ventana, cerré los postigos y los atranqué con el pasador. Sentía una necesidad imperiosa de llevármela a mi alcoba, para tenerla cerca y poder protegerla.

Lo que tenía que hacer era deshacerme de mi piel humana y llevarla al lugar más alejado posible de Roma. Quizá en algún sitio tuviera la posibilidad de estar a salvo, en una vida lejos de mí.

De pronto, empezó a arderme el pecho. La bestia acababa de levantar la cabeza. Un gruñido salvaje hizo que me vibraran las costillas. Entonces oí su voz.

Nunca.

Esa sola palabra me sacudió los huesos y me retumbó en el alma.

Salí de la habitación, cerré la puerta, solté el aire que estaba aguantando en los pulmones y me dirigí a mis aposentos.

Claro que tenía razón. Era tan incapaz de separarme de ella como de clavarme una espada en el corazón. Los dioses me la habían dado, su destino era ser mía.

Un susurro lejano emergió a la superficie y me recordó por qué nunca debía separarme de ella:

Tesoro.

Salí a la terraza y me quedé mirando el palacio, iluminado por la resplandeciente luz de las antorchas, lleno de romanos que se

regodeaban en el libertinaje y en el que mi tío, el emperador, se revolcaba en su poder corrupto.

No quedaba otra alternativa, pues, que llevar adelante nuestro plan y apañárnoslas para no morir en el proceso. Antes no me importaba perecer por la causa, pero estaba ella.

Mi lealtad había cambiado de bando en el momento en que la vi en el campo de batalla de los celtas: aterrada y ensangrentada, defendiéndose de esa escoria híbrida. Mi corazón frío y desalmado se envolvió en llamas, y ya no hubo nada que pudiera hacer para detener las ruedas que la dama Fortuna había echado a rodar para mí.

Para nosotros.

Aquella noche en Dacia, cuatro años antes, era un centurión recién nombrado por mi tío, del que sabía que no era buena persona. Había salido del campamento con tres hombres de mi confianza tan solo para escaparme de la opresiva sensación de que estaba recorriendo el camino que el emperador había elegido para mí y que no tenía escapatoria de él ni de sus atroces planes para Roma. Me sentía envuelto en un pesado manto de amargura.

Entonces, sin esperarlo, había visto a esa hermosa joven que danzaba con fuego en el corazón y una mirada desafiante en los ojos cuando los clavó en mí, un enemigo. En ese breve encuentro, me había dado esperanza.

Mientras la observaba, una voz interior, diferente a la del dragón, me había instado a darle la moneda de oro. Guiado quizá por los dioses o quizá por mi propia intuición, creía que estaba en deuda con ella por lo que me había dado esa noche: no solo un baile, sino un inesperado aliento para seguir mi propio camino. Si ella era capaz de mirar a un dragón con esa impavidez, aun sabiendo que podía matarla a ella y a todo su clan, yo también podía enfrentarme a mi

futuro bajo la potestad de mi tío.

Por eso le había pagado con una moneda tan valiosa y a la que tanto cariño le tenía sin saber que un día esa pieza de oro la traería de vuelta a mí.

Agaché la cabeza. Me puse a rezarles a los dioses que quisieran escucharme y les pedí que no estuviéramos condenados los dos.



MALINA

—¿Y por qué no usa la del molino de la ciudad? —pregunté sin dejar de girar el triturador de piedra para moler el trigo.

—¡Porque la harina que tienen no vale una mierda! —gritó Kara desde la ventana de la cocina.

Miré a Stefanos con los ojos tan abiertos que estalló en una carcajada. Este niño siempre estaba riéndose o sonriendo. Yo me reí también, aunque me dolían los brazos por el esfuerzo de la molienda para obtener el polvo fino que Kara quería.

—Trae. Me toca. —El crío me apartó la mano del mango y se sentó

en un taburete bajo enfrente de mí.

Para ser tan desgarbado, era fuerte y giraba el manubrio el doble de rápido y sin fatigarse como yo.

A esta hora del día, por lo general, debería estar limpiando el dormitorio del amo o haciéndole la colada, pero la tarde anterior había dejado lavadas todas sus togas y túnicas aprovechando que él estaba en la fiesta del emperador.

Esa mañana, cuando me presenté en su dormitorio con la bandeja del desayuno, me encontré con que ya se había marchado. Ordené lo poco que había que fuera de lugar, pasé a ver cómo estaba Enid —sin cambios— y luego vi a Stefanos triturando el grano para la harina de pan.

—¿Sabes adónde ha ido el amo tan temprano? —pregunté con indiferencia.

—No. —Y siguió moliendo en círculos con ritmo rápido y uniforme —. Pero es un hombre importante. Mucha gente quiere verlo. Es el sobrino del emperador, ¿sabes?

Se me encogió el estómago.

—Sí, eso tengo entendido.

—Será su sucesor. —Negó con la cabeza—. Aunque me da que el césar no tiene intención de dejar el cargo pronto.

Las tinieblas me oscurecieron el alma al pensar en Julian ascendiendo al trono y tomando el timón despiadado de esta ciudad. No sé por qué me perturbó tanto. Sabía que él era el conquistador que todos proclamaban. Dioses, si hasta la pintada aquella lo presentaba como un monstruo despiadado cuya única ambición era matar más, esclavizar más.

Crac. Crac. Crac. La rueda seguía girando.

Sin embargo, daba muestras de no ser un hombre cruel, sino compasivo. Rescató a Ivo y lo trajo a su casa antes de que acabara

asesinado a manos de su antiguo dueño. Acogió a Ruskus, un hombre con una marcada cojera, y a un niño que —se me fue la vista a la espantosa cicatriz de la garganta que le asomaba por debajo del collar— debía de haber tenido un pasado violento. La intuición me decía que también había liberado al anciano y al niño de algún destino trágico.

—Stefanos, ¿el amo te salvó de algo… o de alguien?

Llevaba toda la semana dándole vueltas, observando que Julian tenía pocos esclavos, pero todos parecían tener algo en común: algún tipo de tara, un motivo por el que la mayoría de los nobles no los querrían.

Él tragó saliva y volvió a coger velocidad. Crac. Crac. Crac.

—Sí. Y lo sigue haciendo.

—¿A qué te refieres? —pregunté curiosa.

—No… No puedo hablar. Kara me ha dicho que no lo diga.

Era la primera vez que lo veía nervioso o asustado.

—No pasa nada —lo tranquilicé y cambié de tema—: ¿Y sabes cómo llegó Kara a la casa?

—Era la esclava de su madre. Cuando mataron a sus padres, él la heredó.

Se me aceleró el pulso.

—¿Mataron a sus padres? ¿Quién lo hizo? ¿Y por qué?

—Unos plebeyos que entraron a robarles. Los hombres de su tío los pillaron y los ejecutaron. Al fin y al cabo, habían matado a su hermano. —Abrió los ojos como platos y bajó la voz—: Kara dijo que fue espantoso. Asesinados en su lecho. También mataron a los esclavos de la casa. Kara estaba atendiendo el parto de una vecina. Los encontró al día siguiente.

—¿Dónde estaba Julian?

—En un adiestramiento militar. En alguna parte de Dacia. Entonces

era centurión.

Se me contrajo el alma.

—¿Eso fue hace unos cuatro años?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No se me da bien calcular el tiempo.

Pero yo estaba casi segura. Debió de suceder cuando nos conocimos. Puede que incluso esa misma noche masacraran a sus padres al otro lado del mundo. Lo que sí tenía claro era que cuando lo conocí tenía un aire más despreocupado, no era tan serio como al reencontrarnos. No era tan frío. Algo lo había endurecido. Además, sabía por experiencia propia que la muerte de los progenitores puede cambiar completamente a una persona.

Qué extrañas esas conexiones que nos unían. Me pregunté dónde estaría él cuando los romanos atacaron y exterminaron a mi familia. Habían pasado tres años y tenía la certeza de que él no estaba entre los soldados aquella noche. Lo habría sabido. Como lo supe en el campo de batalla celta. Allí sentí su presencia.

Durante el ataque, un presentimiento cobraba fuerza en mi interior y mi poder me daba tironcitos del cordón. Pensaba que era una sobrecarga emocional tras la matanza de mi clan adoptivo y el intento de agresión por parte de ese monstruo de Silvanus.

Pero, cuando apareció Julian, cuando oí su voz, mi cordón se amarró a él. Me negué a abrir el vínculo empático, pero aun así mi magia se aferró con fuerza. No lograba entenderlo.

Bunica siempre decía que mis hermanas y yo habíamos recibido nuestros dones para derrotar a nuestros enemigos. Sin embargo, mis hermanas estaban muertas y yo seguía conservando mi habilidad. Entonces, ¿por qué me había traído hasta este dragón romano? No era para controlarlo ni para vencerlo, sino para tenerlo cerca. La bruja que llevaba dentro anhelaba al dragón, a Julianus,

cosa que tampoco lograba entender.

El clipclop sostenido de unos cascos hizo que levantáramos la mirada a la entrada de la caballeriza. Julian llegaba a lomos de su semental negro y la imagen me calentó el cuerpo. No era por su aspecto fuerte, imponente y majestuoso —que también—, sino por el simple hecho de tenerlo delante.

Tiró de las riendas y me miró fijamente con esa expresión impasible. Nos quedamos así, cautivos el uno del otro, hasta que Ivo se adelantó y se hizo cargo del animal.

Julian desmontó, caminó hacia nosotros mientras Stefanos seguía moliendo y se detuvo frente a mí.

—Cenaré en una hora. No te retrases.

Luego, se marchó.

Me estremecí ante la oleada de placer que me inundó todo el cuerpo. Me abochornaba sentirme tan atraída, fascinada sin remedio por un romano, un enemigo declarado, como los que asesinaron a todo mi clan y a mi familia.

El niño dejó de moler y levantó tanto las cejas que le desaparecieron detrás del flequillo.

—¿Tú cenas con él?

Me encogí de hombros, como había hecho él mismo un momento antes.

—Soy su esclava personal. Le sirvo la comida.

El pequeño sonrió de oreja a oreja.

—Él no quiere que le sirvas. Quiere que lo acompañes.

Entonces, justo cuando devolvía la mirada al molinillo, lo vi: un destello de fuego dorado le brilló en los ojos. Era el resplandor sobrenatural de un dragón.

Contuve la respiración y me levanté de un brinco. Stefanos continuó con la tarea sin percatarse de mi reacción. Por eso Julian

«seguía salvándolo». Todos los dragones bastardos debían morir, pero allí estaba él, vivito y coleando.

En un estado de conmoción total y absoluta, me apresuré a preparar la cena, intentando entender por qué motivo el Conquistador Desalmado de Roma escondía a un dragón bastardo en su casa.



MALINA

Kara había preparado faisán asado y pan recién hecho servido con queso cremoso, puerros guisados con dientes de ajo y un plato de aceitunas. Aunque la comida olía a gloria, cuando dejé la bandeja sobre la mesa del dormitorio, se me revolvió el estómago a causa de los nervios. Se oía el goteo del agua, quizá el amo estaría bañándose.

—Malina —llamó con suavidad—, pasa.

Solté un suspiro tembloroso, me armé de valor y me asomé tras el biombo. Estaba sumergido hasta la cintura en la bañera lujosa y el

vapor empañaba el ambiente. Para no mirarle el cuerpo desnudo, bajé la vista al suelo. Entonces percibí el calor que emanaba de las baldosas y que atravesaba el fino cuero de las sandalias.

—Hay una cámara subterránea. Ivo mantiene el fuego encendido para calentar el agua cuando me baño.

Fruncí el ceño. No me gustaba que me leyera la mente tan a menudo. Pero el pensamiento se me dispersó cuando subió los peldaños y el agua le resbaló por la musculosa figura.

Me quedé boquiabierta, incapaz de evitar recorrer con los ojos la robusta silueta y el cuerpo esculpido hasta la mano que tenía tendida. Cuando por fin lo miré a la cara, pasmada por la conmoción, él levantó una ceja.

—La toalla, Malina.

Al instante, reaccioné y me giré para buscarla; estaba colgada en el taburete donde me había sentado para afeitarlo. La alcancé a toda prisa y la abrí sosteniéndola con ambas manos. Él se acercó, presionó el cuerpo mojado contra la tela extendida y la cogió por los extremos que yo sujetaba. Me estremecí cuando me cayó una gota de agua en el antebrazo. Miré de reojo su rostro estoico; la única parte de él que mostraba alguna emoción eran sus ojos: ardientes como brasas de oro.

Me puse de espaldas mientras él acababa de secarse el cuerpo y agradecí que no me pidiera que lo hiciera yo. No me atreví a recurrir a mi sentido empático para averiguar lo que sentía en ese momento con aquella mirada que tenía. Era mejor que no lo supiera.

—Tráeme una túnica limpia. —Su voz sonó firme y serena, como siempre.

Contenta por ganar algo de espacio, me alejé de la sala de baño y me dirigí a los estantes donde guardaba la ropa. Saqué una de las túnicas sencillas y sueltas que había doblado y guardado la tarde

anterior y se la llevé.

Acabó de quitarse la humedad del pelo con la toalla y se secó el pecho una vez más antes de lanzarla a un lado y quedarse completamente desnudo frente a mí. Ya lo había visto sin ropa antes, la noche que me trajo aquí con forma de dragón, pero entonces estaba oscuro y yo estaba medio ida por el trauma que acababa de vivir.

Esta vez era diferente. Mientras que a él se le veía muy tranquilo esperando a que yo lo asistiera para vestirse, a mí el pulso me latía frenético por las venas. Ya lo había hecho en ocasiones anteriores, pero nunca para irse a la cama. Este momento era íntimo y me resultaba perturbador.

—¿Vas a ayudarme, Malina? ¿O vas a quedarte ahí de pie mirándome toda la noche?

Su tono no era de regañina ni burlón. En cierto modo, eso me hizo superar la ansiedad. Abrí la túnica para que pudiera introducir los brazos, luego él dejó que la tela le cayera por el cuerpo y se dirigió a la terraza sin mediar palabra.

Aliviada, pero consciente de que la imagen de él saliendo de la bañera me perseguiría más tarde, me apresuré a coger la bandeja y se la llevé. Él ya estaba acomodado, con la espalda apoyada en el muro exterior de la terraza y contemplando la puesta de sol.

Yo me senté donde siempre, sobre un cojín frente a la mesa baja, y esperé. Su silencio era tenso; era evidente que algo le preocupaba, pero me recordé que yo no era su amiga ni su confidente.

Por fin, me miró con expresión seria y me preguntó:

—¿Por qué no usaste tu don cuando atacaron tu aldea?

Sorprendida por la pregunta, me enderecé y decidí responder con franqueza.

—No pude.

—¿Por qué no?

Me aclaré la garganta y aparté el remordimiento y la pena que siempre acompañaban a aquellos recuerdos.

—Por aquel entonces no controlaba la magia lo suficiente. Y a mí…

«¿Debería contarle toda la verdad?», pensé.

Me miraba con tanta intensidad que acabé siendo más sincera de lo que era prudente.

—Siempre me ha costado centrarme cuando estoy asustada.

Asintió, como si lo entendiera.

—¿Cuándo fue la primera vez que lo usaste para defenderte?

Esto no era simple curiosidad. Era un interrogatorio en toda regla.

—¿No tenéis hambre, amo? —Señalé con un gesto la comida.

Él negó con un ademán brusco, pero sirvió dos copas de vino y me pasó una. Sin hacer ningún comentario sobre el señor que sirve a su esclava, la acepté y bebí de buena gana mientras hacía memoria.

—Después de que atacaran a mi familia, acabé en una aldea al sur de la Galia sirviendo en una taberna. El dueño me dejaba dormir en el almacén, pero yo era una mujer y estaba sola.

Cuando hice una pausa para mirarlo, advertí que su expresión había adquirido una dureza repentina.

—¿Alguien te hizo daño? —preguntó, tenía la voz impregnada de oscuridad.

—No exactamente. Un cliente de la taberna me ofreció dinero a cambio de sexo. Cuando le contesté que no era una prostituta, me di cuenta de que acababa de meterme en un lío. Sus amigos y él eran un puñado de borrachos escandalosos, así que fue fácil malear su mente y yo tenía que protegerme.

Tomé un sorbo de vino. Julian guardó silencio y esperó.

—Usé mi don para infundirles miedo y, mientras limpiaba la mesa,

les dije que habían avistado mortájaros volando hacia nosotros. —Se me escapó una sonrisa al recordar aquellos rostros aterrorizados—. Huyeron de la taberna al instante, gritando de pánico. Algunos clientes salieron al exterior para comprobar el cielo y, cuando volvieron desconcertados, me encontraron riéndome; el dueño de la taberna me preguntó qué les había hecho a aquellos hombres. Yo no respondí y seguí recogiendo los vasos, pero así empezó el rumor de que yo era bruja. Me ayudó a mantener alejados a hombres desagradables. También contribuyó a que un clan celta en particular viniera a buscarme poco después.

Julian se inclinó hacia delante, partió un trozo de pan de la hogaza y lo untó en el queso cremoso. Parecía estar reflexionando cuando dejé la copa en la bandeja.

—¿Eso es todo, amo? Me marcharé para que cenéis.

—No —espetó cuando iba a ponerme de pie—. Quédate y cena conmigo. Tengo más preguntas.

Yo estaba deseando ir a ver a Enid. Aunque entendía cuál era mi función en la casa, una llama de ira se encendió en mi interior cuando no me «permitió» marcharme.

—El trato, amo, era una pregunta cada noche. Y ya habéis hecho dos.

Él siguió comiendo y luego me preguntó como si no me hubiera oído:

—Has dicho que estaban borrachos y que sus mentes eran fáciles de malear a tu voluntad. ¿Te cuesta utilizar tu don con mentes más fuertes?

—Responderé al resto de vuestras preguntas, amo, si vos respondéis algunas de las mías después.

—De acuerdo —accedió sin resistirse.

Junté las manos en el regazo y contesté:

—Así es. Me cuesta conectar con algunas mentes.

—Te cuesta, pero ¿consigues crear un vínculo con las que son más fuertes?

Pensé en lo fácil que me había resultado conectar con él.

—Puedo hacerlo, sí.

En su rostro apareció un destello de emoción.

—¿Podrías conectar con alguien poderoso como el emperador?

No pude reprimir la sorpresa.

—¿Me estáis pidiendo que lo haga? —No contestó, juntó los labios con fuerza y apretó la mandíbula—. ¿Y por qué querríais que usara mi don con el emperador?

Se me quedó observando sin pestañear y se produjo un silencio incómodo entre nosotros. Parecía una pregunta que no estaba dispuesto a responder.

—¿Qué clase de trabajo os tiene fuera cada día? —inquirí, curiosa por saber adónde iba y qué hacía.

—Tengo reuniones con mis tribunos militares. Entre otros asuntos.

—¿Para vuestra próxima campaña militar? —continué sin disimular el desagrado.

—Soy un legado de los ejércitos del emperador. A eso me dedico.

Resoplé indignada.

—¿Y cuándo se saciará Roma? —Él apretó la mandíbula de nuevo sin contestar. En cierto modo, ese gesto me dio valentía—: ¿Es que Roma no se detendrá hasta que el mundo entero se arrodille a sus pies, esclavizado y humillado ante sus dragones todopoderosos?

Un fuego dorado le centelleó en los ojos; su dragón me observaba. Eso me recordó a Stefanos. ¿Ocultaba a un dragón bastardo porque era hijo suyo? El estómago se me revolvió al pensarlo. Si era suyo, ¿dónde estaba la madre? ¿Qué había hecho con ella? ¿Y por qué había dejado vivir al niño?

Esa ley que el césar promulgó cuando tomó posesión se extendió a todo el mundo, hasta la Galia y más allá. La que exigía que todo dragón nacido de un progenitor de baja cuna fuera ejecutado al nacer. Que los romanos fueran tan despiadados no era ninguna sorpresa. Era el modo en que el césar mantenía el control, no permitía que esclavos u hombres o mujeres libres de origen humilde tuvieran la fuerza del dragón. De esta manera afianzaba su poder.

Y no solo eso. Se decretó además que todos los dragones de baja cuna engendrados antes de la aprobación de esta ley quedaban sentenciados a luchar en los fosos de gladiadores como castigo por haber nacido. Al parecer, el emperador había sido lo bastante inteligente como para entender que la gente no aclamaría ni aplaudiría al ver morir a los suyos, a mujeres y a niños, pero sí que lo haría al verlos convertidos en guerreros en los anfiteatros.

—Tenía entendido que todos los dragones supervivientes debían ser ejecutados o enviados a los coliseos de las provincias lejanas. Incluso los niños —continué. Julian contravenía los preceptos de su propio tío—. ¿Por qué escondéis a Stefanos en vuestra casa?

Ladeó la cabeza y arqueó una ceja con un gesto arrogante. No pareció sorprenderle que hubiera averiguado el linaje del niño.

—Porque, de no hacerlo, estaría muerto.

—Podrían ejecutaros por ocultar a un dragón bastardo, ¿no es cierto?

—Así es —reconoció con serenidad y le dio un sorbo al vino como si no acabara de descubrir que uno de sus esclavos conocía un secreto letal.

Una mujer inteligente habría mantenido la boca cerrada o habría prometido no contarlo por mera supervivencia y protección. Sin embargo, como siempre me decían mi abuela, mi madre y mis hermanas, fui una imprudente. Prefería atravesar el fuego a que me

persiguiera y me quemara mientras huía. Culpé a la bruja que llevaba dentro.

—¿Por qué arriesgáis tanto por Stefanos? ¿Por qué él? —pregunté.

El hombre me miró fijamente con esa expresión fría e indescifrable que ocultaba sus emociones. Lo cierto era que podía recurrir al vínculo, pero en aquel momento prefería preguntarle, aunque él me observara intrigado. ¿Estaba considerando cómo deshacerse de mí cuando acabara esta conversación? ¿Y por qué yo no sentía miedo?

—Porque no es culpa suya haber nacido bastardo —acabó contestando sin alterarse.

Una respuesta simple y honesta, contradictoria teniendo en cuenta la ambición extrema de un verdadero romano.

—Cuando sostuve a ese pequeño entre las manos —continuó, extendiendo el brazo con la palma levantada y mirándola como si estuviera viendo al recién nacido en ella—, era tan inocente, tan puro. —Bajó la mano y me miró a los ojos otra vez—. Sé que me ves como un monstruo, Malina, pero no lo soy. —Apartó la mirada y levantó la copa—. No tanto, al menos.

En lugar de querer huir, deseaba seguir escuchando. Quería que siguiera hablando con esa voz de barítono, grave y profunda, pronunciando palabras que no deberían salir de su boca si de verdad fuera un patricio leal al emperador Igniculus.

Aún no me atrevía a preguntarle si Stefanos era hijo suyo porque me daba miedo la respuesta. No sabía cómo me tomaría saber si solo lo había salvado porque llevaba su sangre o si lo habría hecho de todos modos porque en realidad tenía un corazón piadoso.

Un temblor se enraizó en mis entrañas. No estaba segura del motivo. Si era por su sinceridad con respecto al niño o porque desobedecía las órdenes de su emperador o porque esa hebra de humanidad reforzaba el vínculo que nos unía.

—Ese hombre del foro… ¿Es uno de vuestros tribunos?

—Así es.

—¿Y por qué os reunís con él en secreto?

—No era ningún misterio, estábamos a plena luz del día en el foro.

—Estabais en el muro exterior, en un rincón desierto alejado del centro, donde nadie podía veros. Hablabais con susurros en un callejón oscuro —lo desafié—. Fue una reunión clandestina.

Levantó una ceja de nuevo cuando me miró.

—Ah, ¿sí? ¿Estás segura de eso?

—Completamente. —Una vez más, deseé ser capaz de morderme la lengua, pero no podía evitarlo. En presencia de Julian, solo me salía mostrarme como soy.

Él sonrió, pero el gesto se desvaneció rápido.

—No estaba del todo desierto.

Hablaba del tipo que me había agarrado, al que casi mata por cometer tal crimen.

—Vuestra reacción aquel día… fue bastante desproporcionada. —Como no dijo nada, solo me observaba, continué—: ¿Por qué casi matáis a aquel hombre? No me había hecho daño.

Por primera vez desde que me había sentado, cambió la expresión de fría indiferencia a un ceño fruncido. Me miró durante un momento expectante.

—Porque se tomó libertades que no le correspondían —murmuró con la voz oscura de su dragón y luego espetó—: Siguiente pregunta.

—¿Por qué me siento a la mesa con vos? —me aparté. Aunque apenas había probado bocado esa noche, tenía el estómago hecho un nudo—. No procede que lo haga… como esclava.

Dejó de comer también y se limpió las manos con una servilleta.

—¿Preferirías cenar con Kara y los demás? Puedes hacerlo si

quieres.

—Eso no es lo que he preguntado.

Tenía una mirada penetrante y escrutadora, y el brillo dorado ardía con intensidad.

—¿No lo sabes?

Su pregunta acosadora me aceleró el pulso. Negué con la cabeza.

Sonrió de nuevo, pero esta vez no fue un gesto irónico ni cínico, sino seductor, aunque no fuera su intención. La dureza del rostro se suavizó y adoptó una expresión acogedora y de esperanza. Era tan bonita que dolía. No podía apartar los ojos de ella, aunque quisiera. La bruja dentro de mí se deleitó con su mirada sensual.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —preguntó con dulzura.

—Por supuesto que sí. Me disteis la moneda de oro. El áureo. De vuestra madre.

Me atravesó una punzada de dolor al recordar la muerte de sus padres. Su expresión no cambió; seguía serena y atenta a la mía, más seductora todavía con aquella sonrisa torcida.

Dirigió la mirada a mi garganta. El cuello alto de mi túnica ocultaba el áureo, pero él sabía que lo tenía puesto.

—Lo sigues llevando después de tantos años —afirmó—. Podrías haberlo utilizado para conseguir cualquier cosa: comida, un techo, armas para tu clan celta. Sin embargo, no lo hiciste. ¿Por qué?

Sin poder evitarlo, me llevé los dedos a la moneda. Sentí el frío metal contra mi piel incluso debajo de la tela.

—No podía.

—¿Por qué no? —Se separó de la pared y se inclinó hacia delante —. Te lo dio un centurión romano. Un extraño al que no volverías a ver nunca. —Amplió la sonrisa—. O eso pensabas.

Tragué saliva con dificultad y respondí con sinceridad.

—No podía desprenderme de él.

—¿Por su valor en oro?

—No.

—Entonces, porque te conectaba con Fortuna. Pensabas que la diosa te protegería si lo conservabas.

—En parte sí. —Me tembló la voz.

—¿Y qué hay de la otra parte?

—Yo…

Su atención era intensa y feroz. No podía sostenerle la mirada ni responder. Me puse de pie, saqué el áureo de debajo de la túnica y lo mantuve en la mano mientras caminaba hacia la balaustrada de la terraza con vistas a Roma. La luz se desvanecía, los puntitos amarillos de las antorchas y de los candiles iluminaban las casas y las tabernas allá abajo.

Noté la presencia del amo detrás de mí.

—Háblame de la otra parte. —Su voz sonó sedosa y oscura, me recorrió la piel como una caricia íntima.

Como no contesté, me puso una mano en el hombro y me giró con suavidad para que lo mirara. Yo seguía sujetando firmemente la moneda en el puño, la cual tenía pulso propio. Por un momento, dudé si era del propio áureo o si era mi corazón latiendo descontrolado en la palma de mi mano. El legado me levantó la barbilla con un dedo.

Inspiré cuando el vínculo se tensó, la conexión de la magia se fortaleció con su tacto.

—Dímelo —insistió.

Negué con la cabeza.

—No puedo.

No podía admitir que me sentía muy atraída por el romano que me había hecho su esclava, que se pasaba la vida matando y

esclavizando a otros para expandir un imperio de maldad y perversidad. El pensamiento hizo que la bilis se me subiera a la garganta y, aun así, no conseguía evitar la imperiosa necesidad de estar cerca de él, de atraerlo a mí.

Supongo que por eso no me moví y apenas respiré cuando me puso su manaza en la mandíbula y me introdujo los dedos entre el cabello.

—¿Respondo yo?

Guardé silencio. En mi pecho se libraba una batalla moral.

Me acarició la mejilla con el pulgar.

—Te lo diré yo, ya que tú no tienes el valor de admitirlo. —Deslizó la mano que tenía apoyada en el hombro hasta mi cuello y fue un momento soberbio—. Conservaste la moneda porque te vinculaba a mí. Los dioses nos han unido, da igual si han sido los tuyos o los míos. —Siguió rozándome el rostro con el dedo y suavidad—. Nunca creí que volvería a verte, pero jamás te olvidé. ¿Sabes que he pasado muchas noches tumbado a solas en mi tienda de campaña en otras partes del mundo sintiéndome desconectado de todos y de todo en mi vida? Y, cuando me sentía en la más absoluta soledad, tú venías a verme.

Se rio entre dientes ante mi expresión de sorpresa sin dejar de acariciarme.

—Veía a mi pájaro de fuego bailando sobre aquel tablado. Debería haber intuido aquella noche que había magia en tu interior. Me hechizaste con la primera mirada. Me preguntaba en qué parte del mundo estarías. Para quién bailarías. Quién tendría el privilegio de contemplarte.

—Mis días de bailarina acabaron hace mucho tiempo —contesté—. Cuando los romanos invadieron mi aldea y mataron a todos mis seres queridos.

—Espero que eso no sea cierto. —Me rozó con el pulgar la comisura de la boca. Bajó la mirada hasta ella, con expresión sumisa y anhelante—. Deseo que bailes una vez más. Para mí.

A continuación, me deslizó la yema del pulgar por el labio inferior. Quería besarme. Lo notaba. Si se lo permitía, sería traicionar todo lo que soy. Sería traicionar a mi familia, enterrada desde hacía años en sus tumbas frías. Me recorrió el rostro con una mirada ardiente, luego me soltó y dio un repentino paso atrás.

Mientras yo recuperaba el aliento, Ruskus entró en la terraza con un rollo de pergamino en la mano. Al parecer, Julian lo había oído llegar. Sentido de dragón, claro.

—Disculpe, amo. —El griego se acercó cojeando; sus andares tambaleantes eran mucho más pronunciados por la tarde—. Ha llegado esto para vos.

Julian se apartó y desenrolló el mensaje. Lo leyó con avidez.

Tenía el ceño fruncido cuando se dio la vuelta.

—Eso es todo, Ruskus.

El esclavo hizo una reverencia con la cabeza y luego se marchó sin mirarme ni una sola vez. Me preguntaba qué pensaban Kara y él de mí, por compartir mesa con el amo. Tal vez creyeran que también me acostaba con él. Una punzada de culpa me oscureció el ánimo cuando Julian se volvió y me miró.

—¿Qué dice la nota? —No pude evitarlo. Él me había dado permiso para hacer preguntas y ya no podía contenerme.

—Que hay una guerra.

Se me revolvieron las tripas.

—¿Dónde?

—Los bárbaros están atacando las provincias romanas de Mesia.

—Eso no está lejos de Dacia… —Noté que se me apagaba la voz al recordar que hui al oeste hacia la Galia en lugar de al sur hacia

Mesia cuando escapé del ataque romano a nuestro pueblo.

—Está en la región sur, cerca de la frontera con Tracia. —Se acercó a mí.

Yo lo miré. Mis pensamientos deambulaban por mi mente a toda prisa.

—¿Cuándo os marcháis?

—Dentro de tres días. —Arrugó el pergamino con una mano—. He pensado que vendrás conmigo.

—¿Y por qué yo?

—Eres mi esclava personal. Los generales y los oficiales suelen llevar a los suyos. —Hizo una pausa y añadió—: Muchos siervos viajan con el campamento.

—Claro. ¿Cómo si no iban a comer o a vestirse los romanos? —respondí mordaz.

Acompañé con un respingo aquella dura acusación. Él se acercó más hasta acorralarme contra la barandilla de piedra.

Mi espalda chocó contra la balaustrada, pero seguí mirándolo con la barbilla en alto.

Él me enjauló al apoyar las manos en la baranda, pero no me rozó. Seguía olvidándome de su enorme estatura. No alcanzaba a imaginar qué aspecto tendría en forma híbrida. Y tampoco entendía por qué no me producía repulsión la idea de verlo de ese modo.

—Así es, pájaro de fuego. —Bajó la cabeza y me estudió los ojos.

—¿Por qué me llamáis así? —pregunté, molesta por que me temblara la voz.

—¿No conoces la leyenda?

—No.

Dibujó una sonrisa perversa, luego se enderezó y dio un paso atrás, llevándose consigo su calor y su presencia embriagadora.

—Buenas noches, Malina. Prepárate para partir en tres días. —Se

marchó de la terraza bajando los escalones y dobló la esquina hacia la caballeriza.

* * *

Enid estaba despierta cuando entré en su diminuto cuarto. Llevaba el pelo recogido en un moño alto bien sujeto que le despejaba el rostro, igual que siempre lo llevaba Kara. Deduje que la mujer la había ayudado a peinarse.

—Estás despierta —susurré contenta y corrí a su lado.

El único candil encendido junto a la cama le ensombrecía el delgado rostro. Había perdido peso.

Ella sonrió al verme y levantó la mano.

—Malina.

Tenía la voz ronca por la falta de uso. Me senté en el borde del lecho y la abracé con suavidad. Olía al aceite de lavanda que la cocinera me había dejado para el baño. Sin duda la estaba atendiendo muy bien.

Sonreí al pensar en esa bruta cuidando con tanto cariño a Enid.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, acomodándole la espalda en la almohada.

En lugar de responder, me hizo otra pregunta:

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Hacer que el general me salvara?

—Se lo rogué.

«Tensé el vínculo».

Me encogí de hombros.

—Ahora estás aquí. Eso es lo único que importa. Pronto estarás bien.

—No sé si me recuperaré. —Le entró un ataque de tos.

La ayudé a incorporarse un poco y le acerqué el vaso de agua de

la mesilla para que bebiera. Le dio un sorbo y volvió a tumbarse. En cada respiración, le salía un silbido húmedo de los pulmones.

—¿Por qué dices eso? Kara asegura que la herida se está curando.

Dejé la bebida en mi regazo por si quería beber más.

—Algo va mal por dentro. —Hizo una mueca de dolor cuando se movió para acomodarse—. No creo que ningún curandero pueda ayudarme.

—No digas eso, Enid.

El temor de que así fuera se apoderó de mí. Tenía la cara más pálida que el día anterior y los labios, lánguidos y grises. Se quedó con la mirada ausente y una sombra le cruzó los ojos.

—¿Te acuerdas de Brigid?

Aparté el vaso y le cogí la mano débil y huesuda entre las mías. Me tragué el nudo que se me formó en la garganta al pensar en Brigid, la mujer frágil de pelo cano que estaba un poco mal de la cabeza.

—Suplicó que la dejaran vivir —susurró mi compañera con voz ronca— mientras nos cargaban en las redes. La mataron de un zarpazo. —Resopló—. Ahora pienso que ojalá me hubieran hecho lo mismo a mí.

—Por favor, no digas eso —le rogué, apretándole la mano helada.

—Gracias por conseguir que tu amo me trajera aquí. Prefiero morir en esta cama mirando tu bello rostro que en esa fría jaula o sola en cualquier otro sitio.

—Por favor, Enid, no te rindas.

—No te preocupes por mí. —Me apretó los dedos con un gesto débil—. Aquí estás a salvo. No tienes que avergonzarte por hacer lo que sea necesario para sobrevivir, mi dulce niña.

No sé si la mujer pensaba que estaba usando mi cuerpo para amansar al general. No importaba. Yo solo quería que encontrara un

poco de paz.

Accedí a su corazón con la magia sin dificultad, pues nuestras almas se conocían bien, y le envié una oleada de consuelo a través de la conexión.

Ella miró al techo y la luz de las velas proyectó unas sombras extrañas en su rostro. Hizo otra mueca de dolor.

—Duerme, Enid —dije bajito, vertiendo calma por el vínculo para concederle a su espíritu el bálsamo de sosiego que necesitaba—. Descansa.

Me acurruqué y apoyé la cabeza junto a la suya como solíamos hacer las frías noches de invierno. Aunque esta vez me aseguré de no estorbarle, pues sentí el dolor insoportable que me devolvía la conexión. Cerré los ojos y lloré en silencio, escuchando en la oscuridad su respiración entrecortada mientras impulsaba mi magia calmante a su cuerpo dolorido.

Me acordé de la conversación reciente que había tenido con Julian y de sus obstinadas preguntas. ¿Pretendía que usara mi poder con el emperador? La idea de conectar con aquel dragón me provocó un escalofrío aterrador que me recorrió las venas. Pero el legado no me pediría hacer algo así sin más. Tenía un propósito, aunque se negara a confesármelo.

Bunica me había enseñado a tener fe en mi magia, a confiar en ella, y ese conocimiento interior buscaba a Julian con desesperación. No como un objetivo al que vencer, no como a un enemigo, sino como a un aliado.

Invoqué a la bruja que llevaba dentro mientras pensaba en el amo y en todo lo que había pasado entre nosotros. Abracé la moneda que llevaba colgada al cuello y una sensación familiar de pertenencia se me instaló en los huesos. En ese momento, decidí que debía averiguar por qué me había hecho esa pregunta sobre el césar.

¿Sería posible? ¿Quizá mi enemigo acabara convirtiéndose en mi aliado?



JULIAN

Me desperté mucho antes de que amaneciera. Algo me sacó de un sueño profundo. Descorrí el dosel de la cama, me levanté y miré alrededor mientras escuchaba con atención.

Percibí un débil gemido en el otro extremo de la casa. «Malina». Corrí a oscuras por los pasillos hacia los cuartos de los esclavos, tenía la certeza de que la muchacha estaba en apuros.

Pasé por su dormitorio antes de llegar al final del pasillo y empujé la puerta que estaba entreabierta. La joven estaba arrodillada junto a la cama y tenía tomada la mano de Enid. Me llego el primer olor a

descomposición.

Vi las lágrimas corriendo por su rostro a la luz del candil cuando levantó la cabeza.

—Ha muerto.

Me mantuve firme y contemplé su dolor. No era apropiado ni me correspondía consolarla. Al fin y al cabo, era yo quien había matado a su amiga. Era mi ejército el que había acabado con todo su clan.

Ella resolló y miró fijamente a la mujer exánime.

—Me dijo que iba a morir, pero no quise creerla.

Otra lágrima se le deslizó por el rostro y le tembló la barbilla.

—Era la última persona viva que me amaba en este mundo. Ahora no tengo a nadie.

No debía, pero nada podía impedírmelo. No estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados mientras el dolor y la pena consumían a mi chica ardiente.

Con movimientos lentos, me acerqué a ella y la levanté en brazos como a una niña.

—No, no quiero dejarla. —Forcejeó.

—Shhh. —Me senté en la silla que había junto al lecho, donde quizás había estado Kara velando a la convaleciente.

Malina se acomodó y volvió a mirar a la cama; el pecho se le agitaba con cada sollozo. Apoyé el mentón en su coronilla, la abracé con fuerza en mi regazo y mi alma entera se sumió en el pequeño placer que me produjo.

—Plutón cuidará de ella a partir de ahora —le aseguré.

—Ella no cree en vuestros dioses romanos —susurró con rotundidad y el cuerpo trémulo—. Plutón no la espera.

Ni siquiera el dolor impidió que mi pájaro de fuego hiciera oír su voz.

—Hay quien dice que no importa a qué deidades adores. Hay un

orden en el mundo que escapa a nuestra comprensión. De la vida y de la muerte. Plutón concede el pasaje al inframundo a quien lo merezca, donde su alma encontrará paz, sea creyente o no. —Miré a la mujer de la cama, que no parecía muerta, sino dormida—. A tu buena amiga la acogerá.

Malina se zafó de mis brazos y se puso de pie.

—¿Es una de vuestras creencias filosóficas? —Se pasó el dorso de la mano por las mejillas con brusquedad—. No son más que tonterías.

—¿No te consuela saber que se le ha concedido el paso al reino de la paz?

—Por supuesto que sí.

Me encogí de hombros.

—Entonces, ¿qué tiene de malo creer?

Se dio la vuelta para mirar a Enid.

—Ya da igual, de todos modos. Oí a Ruskus decir que la arrojarán a una fosa común fuera de la ciudad donde van a parar los cadáveres de los pobres y de los esclavos. —Se giró y me miró—. No puede ir a ningún otro mundo sin el rito adecuado.

—Si te parece bien, podemos incinerarla aquí en una pira —ofrecí con calma—. Con las oraciones que prefieras y encomendarla a las deidades que quieras que guíen su camino.

—¿Y por qué haríais algo así? —preguntó con la voz teñida de incredulidad.

—¿Tú quieres hacerlo? Porque, si dices que sí, tenemos que proceder de inmediato y en silencio antes de que el mundo despierte y se pregunte por qué sale una columna de humo de mi terraza trasera.

—Sí —se apresuró a decir con entusiasmo—, claro que quiero, pero me gustaría pasar un rato más con ella —rogó.

—No puede ser. Aunque puedo proporcionarle a tu amiga una pira funeraria. Tenemos que hacerlo antes del amanecer.

Ella asintió, mi niña valiente. Envolvimos entre los dos a Enid a toda prisa con la manta de la cama. Malina cogió el candil para alumbrarnos por el pasillo, pero yo negué con la cabeza.

—No nos hace falta. Sígueme.

Yo podía ver sin problema en la oscuridad y no quería despertar a nadie. Ruskus y Kara harían preguntas, sin duda, cuando vieran que la mujer no estaba, pero quería que Malina tuviera tiempo a solas para despedirse.

—Pero lo necesitamos para prender la pira —protestó.

—No. Déjalo.

Con el ceño fruncido, obedeció y me siguió. Cruzamos a paso rápido el atrio para llegar a la terraza trasera más grande, donde agasajaba a los políticos y a los soldados cuando la ocasión lo requería y donde se ubicaba la plataforma que utilizaba para ir y venir con forma de dragón. Malina me seguía en silencio. La media luna brillaba tenue sobre la superficie de mármol blanco.

—No tengo una tarima para ponerla en alto. Las cenizas saldrán volando directamente —le dije mientras colocaba el cuerpo envuelto de Enid junto a las esbeltas columnas de piedra de la barandilla.

—No importa. Los celtas solían enterrar las cenizas de la pira en su tierra natal, pero ella no habría querido que la enterraran aquí.

—Hazte a un lado —le dije, indicándole con la mano que se apartara.

Esperé hasta que la distancia fue segura y luego invoqué el fuego y dejé que el dragón se apoderara de mí. Apreté los dientes mientras el crujido de los huesos estirándose y fragmentándose llenaba el aire. En lugar de cederle el control total al dragón, frené la transformación; dejé que brotaran las alas, los cuernos y la cola y mi

cuerpo adquirió el aspecto de la bestia en forma híbrida. La mutación ocurría en cuestión de segundos, pero el poder que me corría las venas me convertía en un hombre muy distinto. Lo era, en realidad, aunque mis facultades mentales seguían intactas.

Siempre me preguntaba por qué yo era capaz de conservar mi naturaleza humana cuando adoptaba esta imagen y, sin embargo, tantos otros no lo lograban. La mayoría de mis iguales ni siquiera podían hablar en forma híbrida, pues la criatura con la que compartían cuerpo y mente los absorbía por completo. Pero yo sí. Incluso siendo un niño desgarbado, cuando muté por primera vez en esta bestia a medio formar, logré conservar el juicio.

Azotando la cola, me quité la túnica desgarrada que me colgaba todavía de la cintura y la tiré a un lado. Al fin, me atreví a mirar a Malina.

En lugar de encogerse de miedo en una esquina, se había quedado quieta y su expresión no denotaba temor. Era más bien de asombro y curiosidad. De hecho, avanzó hacia mí, como si quisiera mirarme más de cerca.

Me puse de frente y la miré, consciente de que las escamas rojas me brillaban bajo la suave luz de la luna y que mi cuerpo impactaba con esta forma. Ella me repasó con ojos ávidos, así que me enderecé y extendí las alas.

—¿Podéis hablar?

—Claro —respondí. Noté que el timbre de mi voz era más profundo, aunque pronunciaba con claridad.

—¿Por qué os habéis transformado?

—Para ayudar a Enid a iniciar su viaje. —Malina parecía confundida, así que me expliqué—: Con esta forma puedo hacer fuego. Y el mío es más potente que el de un candil. Tenemos que darnos prisa.

Ella asintió, mientras seguía devorando mi aspecto con los ojos. Resultaba evidente que su expresión era de admiración.

—Da un paso atrás, Malina. —Lo hizo—. Empieza con las oraciones.

Miró el cadáver amortajado de su amiga y empezó a susurrar en dacio unas palabras que yo no entendía.

Me acerqué al pequeño bulto, inspiré hondo y escupí una bocanada de fuego. El impacto levantó uno de los pliegues de la manta, pero no me detuve y seguí expulsando un chorro continuo hasta que todo el cadáver quedó envuelto en llamas. Como suponía, las lenguas de fuego alcanzaron una altura considerable y consumieron con voracidad el cuerpo de la fallecida.

En cuanto la lumbre prendió, las llamas hicieron arder la manta, la ropa y la carne; su esqueleto menudo quedó abrasado y humeante. Lancé una llamarada más suave a lo largo del cuerpo. Esperé mientras Malina y yo veíamos arder los huesos hasta acabar convertidos en cenizas, en rescoldos anaranjados que iban llevándosela a pedacitos hacia la oscuridad de la noche.

Malina seguía rezando en voz baja, ya con las mejillas secas, aunque parecía rogar con todo su corazón, con las palmas abiertas al frente y levantadas hacia al cielo. Cuando no quedó más que un montón alargado de polvo humeante, inspiré de nuevo, esta vez para expulsar solo aire, que se llevó lo que quedaba de Enid por el balcón.

Parte de las cenizas cayeron sobre la tierra mientras que el resto se quedaron flotando en la atmósfera y la corriente las elevó. Cuando soplé para borrar los restos y no quedó más que una mancha en el suelo, me volví hacia ella y le ordené:

—Vete a dormir, Malina. Desayunaré en la ciudad. No tendrás que atenderme hoy.

No tenía planeado salir hasta mediodía para acudir a mi cita en el foro, pero ella necesitaba descansar. Y yo no quería verla entrar a mi habitación con gesto cansado, cargada con la bandeja, con ojeras y el rostro descompuesto por el dolor.

La muchacha dejó caer las manos a los lados; todavía seguía con la mirada fija en algún punto que se encontraba más allá del balcón.

—Malina —dije con un susurro más grave. Giró la cabeza y me miró—. Vete a la cama. Descansa.

Ella tragó saliva, todavía con expresión rota, y al final asintió. Mientras se alejaba, escuché su débil suspiro:

—Gracias.

Su reconocimiento solo consiguió hundir más el dedo en la llaga. Yo era el culpable del fallecimiento de su amiga. Y de la pérdida de otras muchas vidas inocentes. No merecía gratitud alguna.

Me vino a la mente el hermoso rostro de mi madre. Luego el de mi padre. No soportaba pensar cómo me mirarían si hubieran visto toda la muerte y destrucción que había causado. El hijo al que habían querido inculcar mejores costumbres que las romanas.

Me quedé contemplando la ciudad, donde solo brillaban algunas luces en las ventanas; Roma aún dormía.

—Esto tiene que acabar —murmuré en plena noche—. Esto se va a acabar —juré—. Pronto.



JULIAN

—Valerius es igual de tirano que el césar —dijo Gaius, el abuelo de Trajan.

Caía la tarde y la mayoría de los comerciantes empezaban a cerrar los negocios. No era día de subasta y el praeco ya había hecho sus proclamas. Me gustaba ir al foro a esta hora. La mayoría de los patricios se disponían a cenar en casa o donde fuera. Por lo general, aquí no acudían personas relevantes, nadie que se extrañara si hablaba más tiempo de la cuenta con un senador como Gaius.

Lo miré con detenimiento. Era el jefe de la casa de Tiberius y

también el dragón vivo más antiguo del linaje Sapphirus. Se decía que sus antepasados se remontaban al primer dragón azul, nacido de la unión entre la hija de Rómulo y el dios Neptuno. El hijo engendrado por la doncella romana recibió el nombre de Tiber, origen de su distinguido y muy respetado apellido.

El linaje de su familia también justificaba la importancia de su alianza y la de Trajan en la conspiración. Juntos, los tres legitimábamos el plan de dar un golpe de Estado. El asesinato de Igniculus y de sus seguidores no solo liberaría al pueblo de la tiranía, sino que nuestras posiciones políticas nos concederían credibilidad y los apoyos necesarios para fundar una nueva Roma. O, al menos, eso esperábamos. Porque el camino que nos quedaba por recorrer, incluso después de decapitar a la serpiente, se presentaba largo y complicado.

—Ahora que el césar ha silenciado a Otho —añadió Gaius—, no quedará resistencia.

—Excepto por ti, abuelo. —Trajan estaba a su lado comiéndose un dátil que había cogido de un carro cercano.

—Cualquier tipo de resistencia pública en el Senado sería imprudente —le dije a Gaius—. Todos sabemos que las tácticas de control del césar son implacables, por decirlo con delicadeza.

—Mi abuela ya no vive —dijo Trajan con amargura—, así que no puede hacerle a mi abuelo lo mismo que a Otho.

—No —admitió el aludido. Tenía un aspecto regio con su túnica de lino azul medianoche, con el pelo corto todavía negro y la expresión amable del rostro que lo distinguían como romano de pura sangre, cualquiera que fuera su atuendo—. Pero tengo dos nietas. Tus hermanas.

Trajan se quedó de piedra y sus ojos oscuros brillaron al instante con el azul vivo de su dragón. El aire chisporroteó con la energía que

precedía a una mutación.

—Si las toca, lo mato.

—Trajan —dije con el tono frío que solía usar en el campo de batalla.

Me miró a los ojos. Enseguida volvió en sí, cerró los ojos y exhaló.

Gaius apoyó una mano en el hombro de su nieto.

—Tienes que controlar ese temperamento, muchacho. Debemos llevar mucho cuidado. Puede que el emperador actúe como un monstruo, pero es astuto y perspicaz. —Le dio unas palmaditas—. Nada de miradas díscolas ni ataques de ira. Y, por supuesto, jamás permitas que la rabia haga salir a tu bestia.

Una de las muchas leyes promulgadas durante el mandato de mi tío era la que prohibía adoptar la forma de dragón, híbrida o completa, en Roma. Solo el personal militar tenía el derecho legal de transformarse para abandonar la ciudad y unirse a su campaña.

—Quizá Junia y Marilla deberían marcharse de la ciudad una temporada —propuso Trajan.

—Ahora mismo están visitando a su tía abuela en Ravena —añadió Gaius.

—No está lo bastante lejos. —El humor de mi compañero se había agriado de manera radical.

—Eso no importa —dije mientras echaba un vistazo al gentío del foro—. Si el césar considera que hay un agravio, hará lo que sea necesario para que esa persona pague. Así que no le ofenderemos, así de simple.

—Hasta que le cortemos la cabeza —murmuró Trajan.

—El Senado no tiene autoridad —afirmó Gaius rotundo y con tono sombrío al final—. Me alegro de que mi padre no viva para ver en qué se ha convertido. —Suspiró mientras recorría con la mirada el foro hasta el Muro de los Traidores. Luego prosiguió—: Cuando era

niño, en tiempos de mi abuelo, éramos un estado orgulloso, complacido dentro de nuestras fronteras. No matábamos de manera indiscriminada. Hasta los esclavos tenían derecho a ganarse la libertad y conseguir una vida mejor. Pero ahora… —Negó con la cabeza—. Roma no es mejor que las cabezas putrefactas que se elevan sobre nuestra ciudad.

Señaló con la mano el cadáver en forma híbrida estacado en un muro junto al paseo de la justicia. Era un noble de la casa Amethystus, con sus escamas púrpura tan oscurecidas que parecían negras.

—Jamás se castigó a un delincuente de un modo tan macabro y humillante. Si un hombre era sentenciado a muerte, al menos se le permitía morir con dignidad o luchar por su vida en los fosos de gladiadores. Ahora, lo único que busca Igniculus es sangre y podredumbre. La ciudad apesta a eso.

No había forma de saber qué había hecho el romano para que le atravesaran las manos, los pies y el pecho con una estaca y lo dejaran expuesto a los elementos y a las burlas de los espectadores. Ya nadie lo miraba, tenía la lengua hinchada, que colgaba repulsiva de su boca entreabierta, y un charco de sangre negra se formaba en los adoquines a los pies. Un hombre pasó por allí con un cabestro y ni siquiera se molestó en mirarlo.

—Así es, Gaius —coincidí sosteniéndole la mirada seria—. De ahí la importancia de nuestro plan. Tú dices que el Senado no tiene autoridad, pero es una circunstancia temporal. No será así siempre. Necesitamos que quienes os oponéis al emperador os mantengáis en el cargo.

Él resopló por la nariz.

—Aunque tengamos que votar en contra de nuestra propia conciencia para proteger a nuestros seres queridos de la ira del

emperador.

—Aun así —convine—. Confía en mí. Llevo mucho tiempo liderando campañas, masacrando clanes que ni siquiera eran enemigos, sino que solo intentaban ganarse la vida en sus propias tierras. Le he proporcionado a Roma infinidad de esclavos para contentar a mi tío cada vez que me reta. —Escupí, se me revolvían las entrañas de pensarlo—. Cuando la situación cambie, y lo hará, necesitaremos partidarios que apoyen con el voto libre las futuras leyes. Legislaciones justas para una nueva Roma.

Trajan se cruzó de brazos y resopló.

—La situación que describes es imposible, Julian. No solo está bien protegido, sino que está rodeado de aduladores y hombres poderosos que apoyan sus preceptos. Que están a favor de ejercer el poder con espadas y garras.

—Puede que no todos estén de acuerdo con él —sugerí—. Puede que finjan, como tú y como yo.

Gaius asintió con un gruñido.

—No sabremos quién está de verdad con nosotros hasta que ataquemos.

Yo era consciente de que matar al césar sería como cortarle la cabeza a una hidra. Al instante, saldrían muchas otras para ocupar su lugar. Tendrían que caer bastantes más con él, cuando lográramos determinar quién apoyaba en realidad a Igniculus y a su tiránica Roma.

—Tendremos que esperar el momento adecuado —dije con serenidad—. El plan debe ser sólido antes de atacar. No quiero que ningún seguidor del césar huya a otra provincia y reúna allí a un ejército.

—Tal vez el emperador debería ser nuestro último objetivo en lugar del primero —dijo Gaius pensativo.

Me quedé mirándolo fijamente mientras consideraba esta estrategia.

—Es otra opción. Debilitarlo antes eliminando a sus aliados.

—No tiene ninguno. —Trajan observó a la muchedumbre que se iba disipando—. Solo tiene perros falderos que buscan su favor y hombres despiadados que disfrutan con los juegos de sangre y sexo que les proporciona.

—Tienes toda la razón —confirmé—. Su nueva mascota me irrita tanto que me exaspera.

—¿Ciprian Seneca? —preguntó Gaius.

—Sí. ¿Conoces bien a su familia?

—No tanto. —Negó con la cabeza—. Pertenece a una rama de los dragones negros con los que la mayoría no lo relaciona. No tienen la clase de la mayoría de los patricios de su linaje de dragones.

Recordé la forma repugnante en que el prefecto trató a las mujeres en el banquete del emperador y cómo habló de Malina. La mayoría de los nobles no hablaban de los demás con tanta vulgaridad, esclavos o no, mucho menos en público. Salvo mi tío.

—Eso no me sorprende —añadí.

—Entonces, ¿a quién eliminamos primero? —preguntó Trajan, dando la espalda a nuestro pequeño círculo. Estaba ansioso por actuar.

—No tengas tanta prisa. —Su abuelo se rascó la barbilla—. Hay que pensarlo bien.

—Estoy harto de hacer planes. Es hora de pasar a la acción —gruñó mi compañero con aparente frustración.

—Entiendo cómo te sientes —dije, yo notaba la misma necesidad creciente de intervenir.

Llevaba años queriendo matar a mi tío, desde el mismo día que me enteré de que había sacado a rastras a su hermana, mi tía

Camilla, del Templo de Vesta. Mi padre me contó que el único deseo de ella era consagrar su vida a la diosa, pues nació como un dragón blanco, un Vicus, nada más y nada menos, y pertenecía a la alta nobleza. Solo los dragones blancos tenían el honor de servir en los templos. Ella era sacerdotisa de Vesta desde que cumplió los quince años.

Pero el mismo mes que mi tío ascendió al trono, sacó a su hermana del templo y la llevó de nuevo a palacio. No quiero imaginar lo que le hizo una vez allí, pero fue tan horrible que ella se transformó en dragón y nunca recuperó la forma humana.

Cuando volví de la campaña con el legado Titus, me dijeron que mi tía Camilla vivía en un foso encadenada del cuello para evitar que se escapara. El césar mandó construir esta suerte de cárcel junto al palacio, donde todavía la tenía prisionera mientras nosotros confabulábamos contra él.

Habían pasado muchos años y, sin embargo, ella seguía conservando su forma de dragón. Mi único consuelo era que mi padre murió antes de que aquello ocurriera. Ver a su hermana así le habría roto el corazón. Se habría enfrentado a mi tío y habría acabado derrotado y muerto al intentar liberarla.

—Pero tu abuelo tiene razón. —Volví a la conversación—. Creo que cambiar la táctica y atacar antes a sus adeptos es una idea inteligente. No obstante, si mi tío detecta el más mínimo atisbo de rebelión, planeará un contraataque a escondidas. Y serán muchas las fuerzas que lo protegerán.

—Estoy de acuerdo. —Gaius se reajustó la toga en el hombro—. Nos reuniremos de nuevo cuando ambos regreséis de vuestra campaña. Espero que sea breve. —Agarró a Trajan por la nuca con un gesto de cariño, como si fuera un niño, aunque el nieto le sacaba una cabeza—. Ten cuidado en el campo de batalla, muchacho.

Vuelve de una pieza.

—Sí, abuelo.

Gaius se despidió de mí con una inclinación de cabeza y desapareció entre las sombras por una esquina del foro. Trajan y yo nos quedamos en silencio durante varios minutos, contemplando a los vendedores que desmontaban los puestos ambulantes y a unas cuantas mujeres que recogían agua de la fuente pública. Una niña llenó un cántaro y se lo colocó en la cabeza como hacía su madre antes de seguir su estela.

—Otho ha pedido permiso para ausentarse del Senado —le conté —. Se ha llevado a su nueva esposa de viaje a la costa sur.

—Un hombre inteligente. —Trajan resopló—. Imagino que la dejará afincada en alguna villa lejos de Roma durante una buena temporada.

—Traté de advertírselo aquella noche. La arrogancia de los senadores… ¿Acaso no han aprendido nada?

—A diferencia de ti, no leen tantos libros de filosofía.

Ya un tanto cansado del tema y pensando en la necedad de Otho, suspiré.

—Te veré mañana en Mesia. Asegúrate de que tu legión esté lista al amanecer. Ya he hablado con los otros tribunos y les he dado órdenes.

Trajan frunció el ceño mientras miraba a lo lejos a algo que se encontraba más allá.

—¿Me has oído?

—¿No es tu bruja la que está ahí?

Giré la cabeza hacia la misma dirección en que miraba él y al instante vi el cabello oscuro trenzado con el largo cordón que solía llevar. Estaba en el extremo opuesto, cerca de la plaza de los templos. Ivo la seguía a paso rápido y la perdí de vista cuando entró

en uno de los edificios de mármol blanco.

—Te veré mañana, Trajan —me despedí y me marché, culebreando por el foro para averiguar qué estaba haciendo Malina.



MALINA

—Espérame aquí —le dije a Ivo.

Él asintió y se quedó apoyado en el muro exterior de la entrada al Templo de los Muertos. Había pasado por otros santuarios, entre ellos el de Vesta, el más prominente del foro, donde las vírgenes vestales mantenían encendida la llama eterna de la diosa. Sin embargo, ya que iba a traicionar a mis propias deidades para rezarle a una romana, no quería que fuera ningún otro. Era aquí donde quería estar.

Quizá Bunica me estuviera gritando desde el más allá por entrar

en un templo enemigo. Pero yo me había pasado años rezando en los páramos a nuestros dioses Zamolxis y Bendis. Y mira dónde me habían traído. Necesitaba una ayuda más poderosa.

La que me impulsaba en ese momento era la bruja que llevaba dentro, así que la obedecí. Me cubrí la cabeza con un pañuelo y entré. Recorrí un pasillo corto flanqueado por una hilera de columnas que daban a un espacio abovedado más amplio, el interior del templo, frío y silencioso. Sorprendida, porque esperaba al dios del inframundo, Plutón, me quedé inmóvil al contemplar la figura que se alzaba imponente ante mí.

En el centro del templo estaba la majestuosa estatua tallada en mármol blanco de Proserpina, iluminada por un halo brillante que entraba por un óculo del techo. Me dejó sin aliento.

En forma híbrida, tenía las alas y los brazos extendidos a modo de bienvenida. Llevaba el pecho descubierto y un fajín alrededor de las caderas; un pie acabado en garra y una pierna esbelta se abrían paso entre los pliegues de la tela. La cola curvada indicaba que estaba en movimiento. Se dirigía a algún lugar con una expresión fiera y decidida dibujada en el hermoso rostro y los rizos de la cabellera le caían por el hombro.

Cielos, era bellísima. Si la verdadera Proserpina era la mitad de bella de como la había representado este artista, contemplarla debía ser un espectáculo grandioso.

A la derecha, una estatua de mármol blanco de Plutón se alzaba en una hornacina iluminada con candiles. Lo miré de pasada. También era hermoso, cuernos y púas le brotaban de la cabeza en forma híbrida, como las de algunos dragones. Pero él no dominaba el espacio ni presidía el templo como lo hacía su esposa.

Una sacerdotisa vestida de blanco, con la cabeza y el rostro cubiertos por una fina gasa, caminó hasta el altar del templo, se

arrodilló y susurró una plegaria breve. La observé y pensé en los dragones blancos, las mujeres que nacían siendo una anomalía entre su especie, obligadas a convertirse en sacerdotisas de los templos romanos por el simple hecho de haber nacido así.

Pero claro, ¿qué otra alternativa teníamos en realidad? Desde el momento en que nacíamos, quedábamos sujetos a unas circunstancias y a un lugar en este mundo que no decidíamos nosotros, sino los dioses.

Levanté la mirada y me fijé en la expresión férrea de Proserpina. La raptaron en su hogar y la obligaron a casarse con Plutón y a vivir en el inframundo. Sin embargo, no veía ni miedo ni dolor ni remordimiento en su expresión. Había tomado el control de su destino. Se convirtió en reina por derecho propio. Y daba un paso adelante para recibir y acoger a las almas que entraban en el reino de su esposo.

La sacerdotisa que estaba arrodillada se incorporó. Me miró y se disponía a marcharse cuando le pregunté:

—¿Por qué veneráis a Proserpina y no a Plutón?

Con un movimiento fluido, se puso a mi lado y miró la estatua conmigo:

—Porque ella gobierna el inframundo. —Su voz era suave y cálida.

—No, no es así. —No era eso lo que me habían enseñado sobre los dioses romanos.

—Creedme —dijo la esbelta sacerdotisa, que me sacaba una cabeza, como la mayoría de los patricios—. Es así.

—¿Y cómo lo ha conseguido?

La mujer me miró. Apenas podía verle los ojos de color rosa pálido tras el velo.

—Porque ella manda en el corazón de su rey. Él haría lo que fuera por ella. Por tanto, el poder supremo está siempre en sus manos. No

en las de él.

Luego se escabulló y desapareció por otro pasillo que conducía a la parte trasera del templo y yo me quedé obnubilada en el buen sentido.

Sin perder un minuto, di un paso adelante, me arrodillé ante Proserpina y me quité la bolsa de tela que llevaba. Había cogido prestada la que Stefanos utilizaba para recoger los huevos porque era la única que había encontrado.

Saqué cuatro geranios rojos. Kara cuidaba la maceta de flores que decoraba el atrio de la casa de Julian y pensé que nadie echaría de menos unos cuantos brotes.

Se habían caído un par de pétalos, pero por lo demás estaban perfectos, igual que en el claustro de la mansión. Me recordaron a mi hermana pequeña, Kizzy. Le encantaban las flores y siempre arrancaba algunas del campo para adornarse el pelo, mientras saltaba y sonreía.

Siempre digo que era la pequeña, aunque solo era unos minutos menor que su gemela, Kostanya. Pero Kizzy siempre había parecido más niña, tan inocente y dulce. Kostanya era seria y observadora, la que llevaba la voz cantante de las dos.

Me temblaron las manos cuando coloqué la primera flor ante el altar de Proserpina, donde había otras ofrendas: comida, flores, incluso denarios de plata y promesas a los dioses garabateadas en pergaminos.

—Para ti, Enid —susurré—. Espero que encuentres paz, mi querida amiga.

A continuación, dejé el segundo tallo en el suelo.

—Para ti, Kizzy. —Apoyé la frente en la fría piedra y oré en voz baja para que Proserpina cuidara también de ella en el inframundo.

Me enderecé y dije:

—Para ti, Kostanya.

Pensé en mi prudente hermana, siempre pendiente de nosotras, que nos cuidaba cuando viajábamos sin mamá. Puse la flor al lado de la primera, apoyé la frente de nuevo en la piedra y recé.

Al dejar el último tallo, se me cayó una lágrima. Estaba más unida a Lela, ya que las mellizas se tenían la una a la otra. La noche que nos atacaron, estaba preciosa con el vestido que le había hecho Bunica y los ojos le resplandecían de amor cada vez que miraba a Jardani.

Cuando los romanos en forma híbrida irrumpieron en la boda que se celebraba en la plaza del pueblo, me quedé paralizada. Un soldado le clavó a su prometido una garra en la garganta y salpicó de sangre el traje de novia; Lela no dejaba de gritar. Papá me empujó a un lado y me impulsó a adentrarme en la arboleda.

«¡Corre, Malina!».

Su voz volvió a resonar en mi mente. Le obedecí al instante. Percibí un destello de alivio en su rostro y lo sentí en el vínculo mágico que nos conectó durante el segundo que me tuvo agarrada. Corrí tan rápido como me permitieron las piernas hasta la espesura del bosque, jadeando y sudando, y noté un dolor agudo a través del enlace; un instante después, dejé de sentir. La conexión se interrumpió. Intenté llegar a ella y recuperarla con la magia, pero los hilos fantasmales se disolvían en el éter.

Empecé a llorar. El hombre que me dio la vida había muerto. Y, con él, el resto de mi familia.

Desde entonces, preguntaba a todos los viajeros que venían de Dacia si tenían noticias de mi aldea. Un hombre frunció el ceño cuando la nombré y dijo que había oído hablar de los ataques, pues vivía cerca. Dijo que parte de la legión romana estaba embriagada por la sed de sangre y que no le bastó con mi pueblo, sino que

atacaron varios más hasta saciarse. Parecían poseídos por el delirio de un dragón.

Cuando le pregunté al extraño por los supervivientes, negó con la cabeza y dijo:

—Nadie sobrevivió.

Sollocé al recordar el hermoso rostro de Lela, apoyé la frente en la piedra y dejé que las lágrimas cayeran sobre el altar de Proserpina.

—Por favor, madre del inframundo, reina del más allá, cuida de mi dulce hermana Lela.

Recogí la bolsa, me sequé las lágrimas y me dirigí a la salida del templo.

Al pasar entre las columnas, me atravesó un frío invernal, me besó la carne y los huesos y me envolvió en un aroma a flores silvestres.

Me detuve, volví la cabeza y miré alrededor.

—¿Kizzy?

Por algún motivo, sentí su olor y su tacto en aquella caricia etérea. La estela de su aroma me llenó de paz.

—Que duermas bien, querida hermana.

Me sequé el rostro y salí de templo. El traqueteo de un carro y el revuelo de gente hablando a gritos me trajo de vuelta a la realidad. Ivo se enderezó y sonrió cuando me acerqué.

—Vamos a casa —le dije, consciente de que al día siguiente partía hacia Mesia. Tampoco tenía mucho que preparar, pero quería lavar y empaquetar algunas túnicas, lo poco que tenía.

Caminamos el uno al lado del otro con paso relajado hasta salir del foro y pasamos por delante de algunas tiendas en dirección a la calle que llevaba a la casa de Julian.

La música que salía de una taberna atrajo mi atención. El sonido familiar de los instrumentos me atrajo como un canto de sirena. El suave tintineo de los crótalos metálicos, sonando al compás de un

laúd y un tímpano que marcaban un ritmo lento. Me estremecí al acordarme de Rukeli y de Yoska. Todavía podía verles la cara barbuda sonriendo cuando entrábamos en escena.

De inmediato, salí corriendo para asomarme a una de las tres puertas abiertas de la taberna que daban a la calle. Mi acompañante me siguió y se quedó detrás de mí cuando me apoyé en el marco.

La decepción me invadió al ver a los músicos. No los conocía de Dacia ni de nuestra aldea ni de ningún otro pueblo cercano. Sin embargo, me resultaban familiares, sobre todo cuando tocaron aquellos acordes. Era el sonido de mi hogar.

La mujer, una dacia de cabello oscuro vestida con una túnica sencilla, no colorida como las de nuestra tierra, con el collar de esclava alrededor del cuello, se colocó frente al escenario improvisado. Hizo sonar los crótalos y bailó despacio en círculos. El recuerdo de Lela bailando del mismo modo me partió en dos el maltrecho corazón.

Luego, cantó y el pecho se me hizo añicos. Entonaba en nuestra lengua, no en latín. Tuve que taparme la boca para ocultar un sollozo. Llevaba muchos años sin escuchar mi idioma. Había olvidado la belleza de su musicalidad, la melosidad que echaba tanto de menos.

Un soldado romano que pasaba por allí se asomó a la puerta abierta y se puso delante de mí para escuchar, pero yo había oído suficiente de la canción como para saber que él no debería oírla, aunque no entendiera el idioma.

Desenredé el vínculo y me conecté a él y al momento reconocí su presencia autoritaria. Sin ni siquiera pensarlo, derramé un miedo injustificado en él, susurrándole a través de la magia que algo iba mal en su casa, instándolo a marcharse.

El soldado romano salió de inmediato por la puerta y echó a correr

colina arriba. Recuperé la calma y me centré de nuevo en la cantante. Sus palabras me llegaron al momento directas al corazón.

—¿Qué canta?

Me giré al oír la voz de Julian y lo miré sorprendida al comprobar que no era Ivo quien estaba detrás de mí.

Julian me miraba fijamente con esos ojos dorados y apacibles; había un toque de compasión en la profundidad de su mirada.

—¿Qué dice la letra de la canción? —aclaró, al ver que yo no hacía otra cosa más que observarlo.

Volví la vista a la taberna y observé que el público era una mezcla de esclavos de diferentes países y algunos plebeyos, romanos y romanas libres. No había soldados como el que acababa de enviar a su casa. Centré la atención en la cantante, que podría tener la edad de mi madre. Tenía el mismo rostro majestuoso: una mujer que había vivido mucho y que también había amado mucho.

La cantante hacía sonar los crótalos con cada giro y empezó a cantar el estribillo de nuevo, con aquel ritmo lento y sonoro.

—Vivimos el momento, por un corazón robado y un rostro de hermosas facciones…

—Malina —me interrumpió Julian—, estás hablando en dacio. No te entiendo.

Me cayó otra lágrima cuando me di cuenta de que había cambiado a mi lengua nativa sin ser consciente y añoré mi hogar con todo el corazón, más que nunca. Sin embargo, una parte de mí quería que ese hombre supiera lo que decía la letra, el dolor que me causaba escuchar las palabras que la mujer cantaba con tanta belleza, así que se la traduje al latín.

—Vivimos el momento, por un corazón robado y un rostro de hermosas facciones… Miramos al abismo, con el alma valiente y la bendición de los dioses.

Tragué saliva cuando la mujer hizo una pausa. Cuando empezó a cantar de nuevo, seguí traduciendo para Julian, que se había acercado más, hasta apoyar el pecho en mi hombro. Al instante, recliné el cuerpo, necesitaba su fuerza, necesitaba alguien en quien confiar, que me ayudara a sobrellevar la carga desgarradora de tanta pérdida.

—No debemos imaginar un futuro que no puede ser… Nos inclinaremos ante los demonios y atesoraremos lo que no ven.

No traduje el verso siguiente. Se me aceleró el pulso cuando, inmóvil detrás de mí, me pasó la mano por la cintura e inclinó la cabeza para susurrarme:

—Sigue, Malina. —Sus palabras me vibraron en la piel—. Dime qué no ven los demonios.

Los demonios eran los romanos. Él era el demonio.

Seguí escuchando a la cantante dacia hasta que repitió la estrofa otra vez. Me recliné hasta quedarme completamente recostada sobre su pecho. Él se puso rígido, pero se quedó inmóvil. Mientras yo seguía:

—Porque desconocen la grandeza de nuestro corazón, que ningún fuego puede quemar, que la sangre derramada no puede mostrar.

La voz de la cantante se elevó con gran emoción y traduje la última frase.

—Que ni las cadenas ni el dolor nos retengan. El día que empuñemos la espada, serán ellos quienes nos teman.

La multitud estalló en un rugido de aplausos, incluso los hombres y mujeres libres. Podía servirles de advertencia, saber que no todos los romanos se sentían libres bajo el régimen de su emperador. Sin embargo, Julian no pareció ni enfadarse ni molestarse. El vínculo entre nosotros seguía estable y en calma. Me dio un apretón en la cintura y luego me sacó de la taberna.

—Vamos.

No me opuse. Caminamos juntos por la calle más solitaria que llevaba a su casa. Ivo nos esperaba un poco más adelante. Se acercó trotando y nos siguió unos pasos por detrás.

Los vítores se desvanecieron, pero los versos se me quedaron grabados en el alma y me calaron los huesos como un hechizo. De repente, me preocupé por los músicos.

—No vais a castigarlos, ¿verdad? ¿Ni a entregarlos?

Sentí su mirada penetrante mientras seguíamos andando.

—¿Por una canción? No.

—Pero trata sobre la rebelión. —Quizá la mujer hablaba en dacio porque sabía que muy pocos romanos entenderían sus palabras.

—Malina, si no cantaran sobre el día en que serán libres, no serían más que cuerpos sin alma.

—¿Vuestro emperador no se enfadaría si supiera que los esclavos cantan sobre esas cosas sin tapujos? ¿No los amenazaría con violencia?

El hombre se detuvo y me frenó a mí también, luego me cogió por los hombros. No había nadie en la calle aparte de nosotros e Ivo, que corrió a mi lado como si quisiera protegerme.

Julian suspiró y lo miró.

—No pasa nada, Ivo. Solo estamos hablando.

El aludido se apartó y fingió quedarse prendado de un arbusto en la esquina.

Apreté los dientes esperando un sermón, pero no era eso lo que el amo pretendía.

—El emperador ni siquiera se enterará —dijo bajito mientras me deslizaba las manos por la garganta y me acariciaba con el pulgar y delicadeza la base donde me latía el pulso—. ¿Sabes por qué? Porque cantan en un idioma extranjero que él no entiende ni se

preocupa por aprender. Además, nadie de esa taberna se lo contará a ninguno de sus hombres. A ellos no les preocupa ni el dinero ni la lealtad a sus amos.

Sentía que me escocían los ojos.

—Yo lo he hecho —admití, muerta de vergüenza—. Se lo he contado a mi amo. —Empecé a llorar sin contenerme—. Os lo he contado sin dudar.

—Ay, Malina. —Me sujetó la cara con ambas manos y me secó el rastro de las lágrimas—. Jamás los traicionaría. —Me pasó el pulgar por el pómulo—. Y a ti tampoco.

Quería reír por lo absurdo de aquella declaración.

—Pero sois mi dueño. El simple hecho es una traición. No somos iguales. No a los ojos de Roma. —Di un paso atrás y le aparté las manos, el calor de la rabia y la vergüenza se me subió a las mejillas, pues anhelaba su tacto. Quise volver a sentir sus caricias desde el mismo instante en que las aparté—. Os agradezco que no los traicionéis —señalé la calle por donde veníamos—, pero no hay ningún vínculo ni confianza entre vos y yo que pueda romperse.

Temblando de ira, más por mí misma que por él, corrí furiosa a casa. No, no era mi casa. Era la suya. Mi cárcel. Debía tenerlo presente y dejar de imaginar que había una conexión entre nosotros. Además, aunque la hubiera, ¿qué sentido tenía? ¿Aspiraba a vivir sumisa a sus pies, a su entera disposición, y contentarme con eso?

Las palabras de la cantante de la taberna flotaban a mi alrededor mientras yo subía la colina. Era absurdo. Era una ilusión que ella había creado para que su gente no se hundiera desesperada por las circunstancias.

Julian tenía razón, cosa que me enfureció más. Si no tenían esperanza, se marchitarían sin más y morirían como una flor.

Como los geranios. Como Kizzy.

Un sollozo me sacudió el cuerpo, era un dolor físico por todo lo que había perdido y que me atravesó con fuerza. Mi clan, mis padres, mis hermanas, Enid. Tropecé y caí de rodillas. Saboreé el escozor en la palma de la mano que aterrizó sobre una piedra de manera brusca.

Unos brazos fuertes me rodearon y me levantaron. Forcejeé al reconocer ese aroma familiar e hipnótico, que tanto deseaba. Lo deseaba.

—¡No! —dije dando patadas que no servían de nada y grité más fuerte—: No, vos no.

—Ivo —lo llamó el amo y me entregó a él.

Dejé de resistirme cuando me vi entre los brazos del esclavo y enterré la cara descompuesta por la pena y el dolor en su pecho.

—Dile a Kara que cuide de ella —ordenó el señor.

El interpelado refunfuñó y siguió andando. Sentí un chisporroteo en el aire y el inconfundible crujido de unos huesos me sacó de mi estupor. Conocía ese sonido.

—Detente, Ivo —susurré—. Date la vuelta.

Se giró justo a tiempo para que pudiera ver a un gigantesco dragón rojo elevándose en el aire. Batía las alas con los extremos negros e inclinaba la regia cabeza con cuernos hacia el atardecer. La silueta poderosa me dejó sin aliento hasta que casi lo perdí de vista.

—Dioses —susurré al verlo elevarse más y más. Toda mi alma volaba con él.

Mi acompañante se dio la vuelta y siguió caminando hacia la casa, pero yo tenía la mirada fija en el cielo, en el dragón que se hacía cada vez más pequeño en la distancia. De repente, me sentí abandonada. Me di cuenta de que tal vez él se iba a la campaña sin mí porque yo lo había rechazado.

«Puede que sea mejor así», me dije y deseé creerlo.



MALINA

Una mano en el hombro me sacudió con suavidad y me desperté en la oscuridad. Cuando abrí los ojos, esperaba ver a Kara o a Stefanos, no a Julian. Pero era él e iba sin camisa. Estaba en cuclillas junto a la cama y su cara había vuelto a ser la de pasividad fría.

—¿No os habéis ido sin mí? —le solté sin pensar, con el cerebro aletargado por el sueño que aún no me dejaba pensar con claridad ni disimular mis sentimientos.

Suavizó la expresión y arrugó el entrecejo, pero tan solo respondió:

—No.

Luego se puso de pie y vi que no llevaba más que una tela alrededor de la cintura.

—Es hora de irnos.

Salí de la cama, vestida con la túnica corta y sencilla de dormir. Se volvió hacia la ventana, la luz de la luna todavía se asomaba por las celosías y perfilaba la silueta de su cuerpo fuerte y hermoso.

Enseguida, alcancé la túnica más gruesa que colgaba del biombo y me la puse. Era ancha, como todas las demás, y me até un cordel a modo de cinturón. Luego me calcé las sandalias y me recogí el cabello con una cinta de tela.

Agarré la pequeña bolsa que había preparado el día anterior. No me paré a pensar por qué estaba tan emocionada por unirme a una campaña bélica.

—Estoy lista —susurré.

Él se dio la vuelta. Apenas lo veía bajo la tenue luz. Aun así, sentía su presencia grande, poderosa y dominante. La conexión entre nosotros tembló, pero la ignoré y lo seguí obediente mientras atravesábamos la casa a oscuras.

En lugar de dirigirse a su alcoba, como yo esperaba, siguió directo a la terraza grande, donde aterrizó la primera vez, cuando me trajo de la Galia y donde habíamos despedido a Enid.

—¿Por qué nos vamos en plena noche? —pregunté.

—Es de día, en realidad. Apenas faltan unas horas para el amanecer. —Se detuvo en medio de la estancia y me miró—. Pero hay un motivo por el que quería salir al amparo de la oscuridad.

—¿Y cuál es? —Apenas lograba articular palabra. La mirada se me iba enseguida de la amplitud de su pecho a la acumulación de músculos marcados de su abdomen.

Con su voz profunda y resonante, respondió:

—Es que… no quiero llevarte como lo hice la otra vez. —Frunció más el ceño—. Te hice daño y no puedo… —Se aclaró la garganta—. No quiero lastimarte.

Lo miré y parpadeé, se me agitó el corazón ante su confesión. No debería complacerme tanto que se preocupara por mi bienestar, pero tampoco podía evitar la abrumadora sensación de placer que me producía. Entonces, me di cuenta de lo que pretendía.

—Esperad. ¿Queréis que me suba a lomos de vuestro dragón?

Eliminó el escaso espacio que nos separaba. Sus ojos dorados brillaban en la penumbra.

—Sí, Malina. Quiero que montes a mi dragón.

Estábamos muy cerca. Yo tenía la barbilla levantada, miraba fijamente esos ojos hipnóticos, intentando no escuchar la voz en mi cabeza que repetía una y otra vez que montara a su dragón. Pero era inútil. Esa sencilla frase me evocaba una imagen repentina y estremecedora que no lograba borrar con la suficiente rapidez.

Me mordí el labio, cerré los ojos y apreté los muslos. El calor se me acumuló en el vientre.

Julian bajó la cabeza. Aunque aún no me había tocado, yo podía sentir el calor de su cuerpo y su aliento cálido en mi oído. Inhaló hondo y un gruñido le vibró en el pecho.

—Avísame cuando estés lista. ¿De acuerdo, pájaro de fuego?

Abrí los ojos de golpe. Él me sostenía la mirada sorprendida, porque era consciente de lo que estaba pensando. Claro que lo sabía. Los dragones tenían los sentidos agudizados. Podía oler mi excitación.

Sin embargo, no sentía pudor en el pecho, más bien al contrario. Él me había dado el poder de decidir cuándo le permitiría tocarme. Para un romano, era algo inaudito. Estaban acostumbrados a coger lo que querían cuando lo querían.

Levantó la vista al cielo, dio un paso atrás y rompió el hechizo.

—Tenemos que irnos.

—Nunca he oído que nadie haya montado a lomos de un dragón.

—Eso es porque ahora es ilegal. Una de las muchas leyes promulgadas por el Senado de mi tío desde que se hizo con el poder. Aunque antes de eso también era inusual.

—Pero ¿vais a desobedecer su mandato?

Bajó la cabeza y me miró de nuevo. Las sombras y la luz de la luna le besaban el rostro esculpido y aquellas dos esquirlas doradas me tenían cautiva. Parecía estar calculando la respuesta antes de contestar bastante resuelto:

—Por ti, sí. Estoy dispuesto a romper sus normas.

El vínculo se tensó de nuevo, el débil muro que yo había erigido entre nosotros se derrumbó con violencia.

—He ordenado que nuestra tienda esté montada y lista.

—Esperad. ¿Habéis ido y habéis vuelto esta misma noche?

—Vuelo rápido —me aseguró confiado y con un toque de arrogancia, lo que aumentó su atractivo. Maldito fuera—. La mayoría de las legiones llegarán a lo largo del día de hoy. Si nosotros llegamos de noche, pasaremos desapercibidos.

—¿Y si alguien se da cuenta? —repliqué—. ¿Y si alguien nos ve y amenaza con denunciaros al emperador?

Él inclinó la cabeza y la dureza volvió a su rostro.

—Pues entonces tendrá que morir.

Tragué saliva con fuerza, supe que lo decía en serio. Desconocía si haría algo así en defensa de mi seguridad o de la suya, pero era otro recordatorio más de que Julian no era como los otros romanos. Sus intenciones no estaban alineadas con las de su tío, con las del césar.

—Quédate junto a la barandilla —ordenó sacándome de mis pensamientos.

Obedecí al instante, notaba ya el chisporroteo de magia en el aire. Se estaba preparando para la transformación. La primera vez que lo vi mutar, fui testigo de la deformación atroz de las extremidades, de la bestia saliendo del cuerpo del hombre con violencia enérgica y repentina. La segunda, solo adoptó la forma híbrida, pero fue una transformación igual de rápida y sorprendente.

En esta ocasión, fue distinto. Se alejó unos pasos y se quitó la tela que llevaba a la cintura. Contuve el aliento y me reprendí a mí misma por mirar con lujuria el marcado contorno de la espalda, las nalgas redondeadas y musculosas y la potencia de las piernas.

Inclinó la cabeza entre los hombros y el sonido de los huesos rompiéndose me aceleró el corazón. Primero adoptó la forma híbrida. La cola puntiaguda se sacudía a la vez que de la espalda le brotaban unas alas rojas con rebordes negros. Le nacieron unos cuernos curvos del cráneo y, por la columna vertebral, surgieron púas. En ningún momento se dio la vuelta.

Entonces, soltó una bocanada de aire y liberó al dragón. En cuestión de segundos, el cuerpo se prolongó y cayó sobre las cuatro patas. La figura gigantesca cubierta de escamas rojas se alzó ante mí y ocupó todo el espacio de la gran terraza. Flexionó el cuello hacia mí y aquellos ojos familiares me observaron con interés. Parecían estar haciendo una pregunta.

—No —solté orgullosa—, no tengo miedo.

Por supuesto que lo tenía, pero no iba a admitirlo. La criatura emitió una especie de ronroneo, se agachó hasta que el vientre descansó sobre el suelo y luego me miró expectante.

—De acuerdo —me dije. Con cautela, di un paso adelante y me crucé la bolsa detrás de la espalda.

El dragón de Julian extendió una garra para que trepara por ella hasta el lomo. Creía que las escamas serían ásperas y duras, pero

eran más bien suaves y mullidas. Me costó llegar al hombro, pero él se inclinó lo suficiente para que pudiera encaramarme a la columna.

Tenía un rastro de pequeñas púas a lo largo del cuello y, desde los cuernos, le sobresalía pelo grueso en la parte trasera de la cabeza, justo hasta donde acababan las láminas de cuero. Allí es donde pensé que debía montar a horcajadas, en la unión perfecta que había entre el vello y la piel. Una vez acomodada, cogí los extremos del cinturón y los até con un nudo doble alrededor de una de las púas, a la que también me agarré.

Julian emitió ese ronroneo resonante y curvó el cuello para mirarme.

—Estoy lista —le aseguré.

Avanzó despacio por la terraza, que colgaba sobre una cuesta pronunciada que descendía colina abajo hasta la ciudad. Entonces saltó. Chillé, pero él batió las alas y se elevó en una leve pendiente hacia el cielo.

Después de un momento que me dejó sin respiración, se estabilizó en el aire y voló hacia el norte. Me armé de valor, bien agarrada, y me incliné hacia delante lo suficiente para ver entre el hombro y el ala.

Roma se alejaba, los puntitos de luz de las antorchas se desvanecían poco a poco a medida que nos adentrábamos en los territorios despoblados. Los árboles de un bosque se difuminaban y también el río plateado que lo atravesaba. Por todos los dioses, ¡qué bello era el mundo desde arriba! Como un espejismo etéreo que no podía ni alcanzarme ni herirme. Fue un regalo extraño y espléndido deslizarse en el cielo nocturno a lomos de un dragón.

Me reí, incapaz de controlar la alegría desenfrenada que sentía sobrevolando el mundo. No como esclava. Aquí, sentada en el dragón de Julian, me sentía libre. La conexión que nos unía no se

rompió cuando se transformó en bestia. Al contrario, se fortaleció, no era un vínculo limitante, sino firme e irrompible.

Ese fue el momento en que supe que una fuerza superior quería que me uniera a Julianus Dakkia. Aunque las pruebas dijeran lo contrario, que él era el Conquistador Desalmado de Roma, supe que no era cierto. Había sido testigo de su verdadera naturaleza de incontables maneras.

Había acogido a Ivo y seguro que también a Ruskus, con su pierna coja; dos almas repudiadas y condenadas. También estaba Stefanos, a quien al parecer había salvado de un destino trágico. Y Enid, a quien no tenía por qué haber rescatado de la subasta ni pagar a un curandero, ni siquiera proporcionarle un rito funerario decente. Y luego estaba cómo me trataba a mí, no con la crueldad que esperaba, sino con una notable amabilidad.

Pero esto, saltarse las leyes del emperador para velar por mi bienestar, para que no saliera herida en este viaje, decía mucho, mucho más de lo que creo que Julian era consciente. Porque no buscaba solo mi bienestar. Me dio mucho más.

Me maravilló ver la luz de la luna brillar en un lago allá abajo, resplandeciente como el cristal, tan hermosa de contemplar. Volamos por encima de las nubes, acercándonos al cielo, tan lejos de la tierra. Las estrellas sobre nosotros eran tan brillantes que casi podía tocarlas. Y sentía a los dioses tan cerca, su poder y su belleza tan reales como el viento en mi pelo.

Me mostró la belleza incomparable del mundo como la veían las deidades, como la veía él.

Viajamos surcando el cielo como iguales.

—Ay, dama Fortuna —susurré—. ¿Qué has hecho conmigo?



JULIAN

Mientras descendíamos, la primera luz del amanecer bordeaba las montañas en el horizonte. El cuartel empezaba a despertarse, así que aterricé en el prado al otro lado de los árboles que rodeaban el campamento. No quería arriesgarme a que alguien viera que llevaba a Malina a mi espalda y no en las garras.

Decía la verdad cuando le aseguré que mataría a quien amenazara con denunciarme si me descubría, pero en este momento no quería estar en el punto de mira.

El césar confiaba en mí de forma total y absoluta. No quería darle

a su mente paranoica motivos para dudar de mí. Había conseguido darle la vuelta a mi favor al incidente con Silvanus, le había demostrado a mi tío que mi instinto bruto de castigar al desobediente con la muerte me había llevado a transformarme en dragón y a matar a mi propio soldado. Él lo entendió. Por suerte, creyó mi versión y no el rumor que Ciprian había extendido de que una esclava me había hechizado.

No obstante, el césar no se tragaría otra excusa con la misma facilidad si llegara a sus oídos un segundo rumor de que la chica iba montada a mi espalda; un gesto que consideraba una sumisión del dragón ante el humano, algo prohibidísimo. Tenía que andarme con cuidado.

Mientras atravesábamos la arboleda camino del campamento, que ya iniciaba la actividad, Malina caminaba en silencio a mi lado. Noté que evitaba mirarme.

Por suerte, el aire fresco del vuelo me había ayudado a mantener el cuerpo bajo control. Aun así, me divertía ver cómo me observaba de reojo y luego apartaba la vista enseguida. Intentaba a toda costa no poner la vista sobre mi cuerpo desnudo.

—Puedes mirarme si quieres.

—¿Qué? No quiero —balbuceó apresurada.

—Estás intentando no ponerme los ojos encima y se te va a quedar el cuello rígido.

—¡No es verdad! —Se detuvo y me plantó cara—. ¿Veis? Os estoy mirando.

Yo me detuve también, consciente de que el sol estaba saliendo detrás de ella y la luz le procuraba una buena panorámica de mi cuerpo. Obstinada, solo se fijó en la cara y apretó la mandíbula. Al principio.

Enderecé los hombros y me quedé muy quieto.

—Observa lo que quieras, pájaro de fuego.

Y lo hizo. Se dio por vencida y acabó repasando con la mirada poco a poco mi pecho, mi abdomen, y más abajo. Lamenté mi osadía, pues la lentitud de su escrutinio hizo que mi polla volviera a cobrar vida. Ella se puso colorada y entonces se fijó en mi hombro. En el tatuaje de tinta negra.

—¿SDCR?

—*Senatus Dracones Romanus* —le dije, retomando el paseo. Quería llevarla al campamento antes de que empezaran a llegar las legiones.

—El Senado y los dragones de Roma —murmuró, caminando junto a mí—. ¿Todos lleváis esa marca que os unifica?

No pudo ocultar su desdén y no la culpé.

—Todos los militares, en realidad.

—Supongo que incrementa vuestra superioridad.

—Es un rito de todo soldado. Una insignia de orgullo, en efecto.

—De orgullo. Es una forma de verlo.

La guie hasta la tienda más grande, a la que nos acercamos por detrás. La puerta estaba montada mirando al interior del campamento.

—Los romanos no siempre hemos sido lo que somos ahora.

—Desde que tengo uso de razón, y al menos desde la época de mis padres, vuestra estirpe siempre ha sido igual.

Eso no era un cumplido. Tampoco lo esperaba.

Me adelanté para entrar primero, cuando escuché una voz y olí un aroma familiar en el interior. Era Koska, un macedonio corpulento que por lo general se ocupaba de mi carpa y de atenderme durante las campañas.

Al instante, se puso firme junto a la mesa de guerra, donde había desplegado los mapas del territorio, como le había pedido.

—Legado. —Bajó la mirada—. He dispuesto las habitaciones como ordenasteis.

Koska solo tuvo un momento de descanso, aunque breve. Luego, hizo todo lo que le pedí. Lo había traído tarde la noche anterior para emprender el viaje de regreso a Roma, pues sabía que haría el recorrido por tercera vez.

Nunca llegaba a tiempo de ocuparme de las disposiciones de mi alojamiento. No lo consideraba importante, pero esta vez era distinto. Aunque el macedonio notó que mi comportamiento era extraño, nunca dijo ni una palabra ni me miró de otra forma que no fuera complaciente y profesional.

Recordé lo que había dicho Malina, que los dragones siempre se habían comportado igual, y esa idea me dolió más de lo que ella podía imaginar. Yo quería una Roma diferente, un legado distinto para los míos. Pero ¿era seguro confiar en ella?

—Eso es todo, Koska.

El aludido mantuvo la cabeza gacha, con la mirada fija en el suelo, y salió enseguida sin ni siquiera mirar a la esclava. Ella dio un pequeño silbido.

—¿Así es como se supone que debo comportarme?

—Está acostumbrado a trabajar con militares caprichosos. Es rápido y eficiente.

Ella resopló y deambuló por la estancia como si fuera suya y me acordé de la primera vez que la pillé husmeando entre los libros de mi dormitorio. En aquel momento me tenía miedo, pero aquí vi que su naturaleza curiosa se afianzaba y eso me llenó el pecho de calidez.

—Podéis vestiros, legado —dijo, con los ojos clavados en el mapa de la mesa—. ¿Se supone que debo ayudaros? —Tragó saliva con dificultad, sin apartar la vista del mapa, o directamente evitando

mirarme.

—No será necesario. Por hoy.

Sonriendo, me oculté tras la cortina que separaba la zona del dormitorio. Koska lo había hecho bien al montar dos camas dentro de la estancia. En el escaso espacio que quedaba entre ambas, había una alfombra y una mesa baja. La estera no era de punto fino como la que tenía en mi casa de Roma, pero tampoco esperaba que lo fuera. Solo quería un espacio privado que me permitiera tener vigilada a Malina por la noche, donde pudiéramos compartir el rato de la cena cuando terminaran las reuniones sobre la contienda. Donde pudiera escuchar su voz mientras me contaba historias de su pasado.

Abrí el arcón, saqué el uniforme y empecé a vestirme. Tenía que colocarme toda la parafernalia de conquistador. Sobre todo dado que había traído a una mujer a un campamento de guerra, algo que nunca había hecho.

Sabía que traerla conllevaba riesgos, pero no soportaba la idea de dejarla en Roma, donde podría pasarle cualquier cosa. Necesitaba tenerla cerca, aunque a los demás les pareciera extraño. No era infrecuente que trajeran chicas al asentamiento para satisfacer las necesidades de los hombres. Pero era muy poco común que un legado romano, y menos yo, trajera a una a la guerra.

Aun así, no me importaba lo más mínimo. Malina era mía y debía protegerla y mantenerla a salvo. El único problema era que este hecho alteraba los otros planes que tenía con Gaius, Trajan y los demás. Se reducía el plazo, pues no sabía cuánto tiempo podría mantener en secreto mi nueva adquisición sin que mi tío se enterara. Una vez que lo supiera —y lo acabaría sabiendo—, empezaría a dudar de mí y usaría a la joven para presionarme. El pensamiento me producía escalofríos. Por no hablar de que la

posición de ventaja con la que contaba para los planes se desvanecería como el vapor.

—Las puertas son más altas y anchas de lo normal —dijo ella tras completar la segunda vuelta a la tienda. Yo estaba atento a sus movimientos en todo momento—. ¿Es porque los soldados se pasean en forma híbrida por aquí?

No me gustó el tono nervioso de su voz. Me abroché los cierres del paludamento en los hombros, la capa escarlata distintiva de mi rango de general, y salí de detrás de la cortina.

Ella estaba de pie junto a la entrada de la tienda; se giró y se quedó boquiabierta al verme. El uniforme militar romano debería infundir miedo o, al menos en su caso, rechazo. Sin embargo, vi un destello de admiración en sus ojos.

—¿Habéis oído lo que os he preguntado? —Hizo alarde de coraje para ocultar la inquietud. Y quizá la turbación por la atracción.

—No. Los hombres no se pasean por aquí en forma híbrida. Aunque los oficiales sí que volverán de la batalla así, claro está.

—¿Por qué solo ellos?

—Porque únicamente los patricios pueden ser oficiales. Solo los dragones. Y volverán fervientes de la batalla. Así que tendrás que estar siempre en la tienda a menos que yo te acompañe.

Ella asintió.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que pasar revista por el cuartel y ver a mis soldados. Estarán todos aquí en una hora.

—¿Eso es lo que suele hacer un general romano? Suena bastante aburrido.

—Es necesario que lo haga, ya que heredé mis tropas de un general indisciplinado que no controlaba a sus hombres. Y la última vez que la mayoría me vio fue cuando partí a uno de ellos por la

mitad después de una victoria. —Me acerqué a ella. Tuve que esforzarme por quedarme a un paso de distancia y cerré los puños para evitar tocarla—. No es un comportamiento habitual en alguien de mi rango.

—¿Y por qué lo hicisteis?

—No pude frenar la voluntad de mi dragón —respondí con demasiada ligereza.

Sus ojos verdes felinos no se apartaron de mí, sino que absorbieron mis palabras, aunque ella pretendiera ignorarlas.

—¿Estáis diciendo que vuestros soldados son indisciplinados y la escoria del ejército romano?

—Me he deshecho de la mayoría de la morralla. Los hombres que seguían y acompañaban a Silvanus en el campamento celta han sido degradados y transferidos al destacamento más alejado y remoto de Roma.

Abrió la boca asombrada.

—¿De verdad?

—Y los que se quedaron mirando de brazos cruzados y los que maltrataron a los prisioneros tras la victoria en la Galia también han sido reemplazados.

—¿Y eso no llamará la atención de manera innecesaria sobre aquel… incidente?

—Servirá para recordarles que yo soy el Conquistador Desalmado de Roma y que han de obedecer mis órdenes o se atendrán a las consecuencias. Exijo disciplina y orden. Eso lo entienden.

Se le aceleró la respiración y se le dilataron las pupilas. Parecía evaluarme, a mí y a mis actos. No dijo lo que pensaba. Apartó la mirada al ver que yo no lo hacía.

—¿Y qué hago yo mientras vos paseáis por el campamento?

—Lo que te apetezca. Mientras no salgas de la tienda.

Señalé el estante que había bajo la mesa de guerra. Siempre le pedía a Koska que me preparara una pequeña biblioteca para la campaña. Las noches podían hacerse largas y solitarias. Además, Malina había mostrado interés por los libros de mi casa.

—Ahí tienes bastante para leer, si te interesa. —Incliné la cabeza encandilado por el anillo del verde más pálido que le rodeaba las pupilas—. ¿Sabes leer latín, además de hablarlo?

—Por supuesto que sé —espetó con el ceño fruncido—. Mi abuela me educó muy bien. —Echó un vistazo a la biblioteca de libros y pergaminos—. Aunque no soy tan devota de la filosofía como vos.

Bajé la barbilla y añadí:

—También hay obras de teatro y libros de poesía. Koska traerá comida dos veces al día. Nos alimentamos con más moderación cuando estamos en campaña.

Ella se encogió de hombros.

—Dos comidas romanas son un banquete en comparación con lo que comía antes.

Se me encogió el estómago al recordar que lo había pasado mal con los celtas al huir de los romanos.

—Además —añadió—, alguien me dijo no hace mucho que debía apreciar lo que me aportara fuerza en tiempos difíciles.

No lo dijo con sarcasmo, sino con convicción. Deseé que así fuera.

—Volveré antes del atardecer. —Antes de salir, me detuve y añadí —: No salgas de esta tienda, Malina.

—No soy tonta, Julian —dijo, antes de darse la vuelta e ir hacia la pequeña biblioteca.

Aparté la lona de la tienda y salí. El aire era frío, pero aun así una oleada de calor se me expandió por las venas. No fui capaz de identificar el origen de esa sensación estremecedora hasta que reparé en la facilidad y naturalidad con la que me había llamado por

mi nombre. Como si fuéramos viejos conocidos, como si fuéramos íntimos.

Quizá porque lo éramos. Sabía que sentía atracción por mí, pero también rechazo. Si quería que lo entendiera, tenía que ser más valiente.

Eso significaba poner mi vida en peligro. Y estaba dispuesto a hacerlo. Por ella, era un riesgo que merecía la pena correr.



MALINA

No volvió por la tarde. Me leí un libro entero de un filósofo romano que se tenía en muy alta estima, aunque ofrecía argumentos válidos sobre la ética, la moralidad y la responsabilidad de los dragones. Debía llevar escrito siglos, porque yo no veía ética ni moralidad entre quienes gobernaban Roma en mi época.

Koska vino una primera vez con un poco de pan, higos y queso. Devoré la comida en soledad y luego me pasé el resto del día sentada en la entrada y asomándome a hurtadillas al exterior por la puerta de la carpa.

Lo que presencié me dejó asombrada. Militares trabajando codo con codo con esclavos para levantar tiendas y hacer fogatas. Incluso comían y se reían juntos al calor de la lumbre. Uno de los soldados más jóvenes le pasó su odre de agua al siervo con el que llevaba trabajando todo el día.

Para mi alivio, comprobé que Julian me había dicho la verdad: nadie se paseaba en forma híbrida. Parecían… normales. Sin embargo, en mi cabeza, los romanos siempre habían sido monstruos. Nunca me los habría imaginado trabajando amables y riendo con los demás.

Koska volvió y dejó una bandeja con cerdo asado y verduras y más pan sobre la mesa del cuarto privado de la tienda, tras la cortina. Trajo también una jarra de agua limpia y una palangana para lavarse.

No me dirigió la palabra y yo no le pregunté si podía utilizar el agua, pero empleé una poca para asearme. Estaba a punto de apagar los candiles y ponerme el camisón cuando oí voces que se acercaban. Me escondí tras la cortina y vi que el amo entraba en la tienda con otro hombre.

—Malina —requirió mi presencia.

Salí y me percaté de que el hombre que lo acompañaba era el mismo con el que se había reunido en el foro cuando llevamos a Enid a casa, uno de sus tribunos. Era el que convenció a Julian para que se calmara cuando aquel soldado me increpó.

Era casi igual de alto que él, pero eso no me sorprendía. Todos los dragones gozaban de una constitución mucho mayor que la de los humanos. Tenía la piel de color bronce intenso y los ojos azul claro le brillaban con malicia. Era muy atractivo y parecía ser consciente de ello.

—Malina, este es Trajan.

—Salve, Malina. —Asintió el interpelado a modo de saludo, sonriendo para sí mismo por alguna broma que no entendí.

—Hola.

—Si alguna vez necesitas algo y yo no estoy, puedes acudir a él. Su tienda está justo a nuestra izquierda.

Me acerqué más y fruncí el ceño ante su expresión divertida.

—¿De qué os reís?

Pareció sorprendido y se carcajeó aún más.

—Lo siento, no me burlo de ti.

Julian regruñó con desaprobación.

—Ahora que ya la conoces, puedes irte.

—Me mofo de él. —Señaló con un gesto a su amigo, ignorando la invitación a marcharse—. Se enfadó mucho cuando le sugerí que recurrieras a mí si necesitabas algo y él no estaba. —Como no respondí a su broma recurrente, prosiguió—: Las campañas se pueden hacer largas y aburridas. Como esta, en la que ni siquiera sabemos dónde está el enemigo.

—¿De verdad? —Me acerqué a ellos—. ¿Y quién es vuestro enemigo esta vez? —Era algo que el amo no se había tomado la molestia de contarme todavía.

Trajan miró a mi dueño, como pidiéndole permiso, y este asintió. Entonces, el recién llegado contestó:

—No lo sabemos. Han saqueado varias provincias, han quemado una de ellas hasta los cimientos, pero ningún superviviente ha sabido decirnos quiénes eran.

Eso era inusual. La mayoría de los clanes dejaban algún rastro o alguna señal de orgullo para que todos supieran quién había destruido una provincia romana.

—¿Qué lengua hablaban?

—No hablaron —respondió Julian—. Nadie los oyó decir ni una

palabra.

—Qué raro.

—Exacto —dijo Trajan—. Bastante misteriosos, estos saqueadores, pero daremos con ellos pronto. —Se giró hacia la puerta—. Buenas noches, legado. Malina.

Y luego se marchó, y me quedé a solas con mi señor.

—¿Qué piensas? —preguntó con ese aire melancólico que a menudo tenía cuando me miraba.

—Siento lástima por los saqueadores que matareis en breve.

—¿Y no por las familias, las mujeres y los niños que ellos han masacrado sin motivo alguno? No eran solo dragones los que vivían en estas provincias. Había hombres libres y esclavos por igual que también murieron asesinados.

—Por supuesto que no quiero que ningún inocente muera, ya sea dragón o humano, pero no cayeron «sin motivo». Es una rebelión contra el Estado romano.

Él puso esa sonrisa torcida, pasó por delante de mí para cruzar la sala principal y desapareció detrás de la cortina.

—Pero ¡eso ya lo sabéis! —grité.

Oí que empezaba a quitarse el uniforme y eso evitó que me encarara con él.

—Sí —acabó respondiendo—. Lo sé.

—Aun así —la voz me vibraba de la rabia—, una vez más, los desterraréis y los mataréis a todos, y pondréis la cabeza de su rey en una pica en vuestro Muro de la Victoria como símbolo de que los romanos son los gobernantes más todopoderosos del mundo. —Caminaba de un lado a otro de la mesa de guerra, jadeante y rabiosa. Luego murmuré para mí misma—: Siempre es lo mismo.

—Malina. —Estaba de pie, con una túnica sencilla, acababa de abrir la cortina—. Cena conmigo.

—Ya he tomado mi parte —contesté—. Lo que queda es vuestro.

—Siéntate conmigo de todos modos. Hablemos.

—No me apetece.

Hizo una pausa y luego empleó su tono de voz más duro y dominante.

—Pues ven y atiéndeme. Quiero bañarme.

Había una promesa firme en sus palabras y en sus ojos. Parecía cansado. No exhausto a nivel físico, sino agotado a nivel emocional. Se tensó la conexión que había entre nosotros y aplacó la ira que me había enardecido hacía un momento.

Se dio la vuelta, pero vi con bastante claridad cómo se quitaba la túnica por la cabeza. Aunque era su esclava personal y mi deber era ayudarlo con estas cosas, aún no me lo había pedido. No podía ir a ningún otro sitio, y aunque pudiera, no querría ir a ningún otro sitio. Ni estar en ningún otro sitio. No podía decirle que no.

Al apartar la cortina, lo encontré sentado en un taburete que Koska había colocado en la pequeña bañera, y estaba desnudo salvo por una tela de lino que le cubría las piernas. También vi que en la mesita que tenía al lado había una botella de aceite y un estrígilo, un instrumento cóncavo hecho de bronce para raspar el aceite y la suciedad del cuerpo. Había visto cómo se usaba, pero nunca lo había utilizado. Prefería limpiarme con un paño húmedo o lavarme en un arroyo, como hacían los celtas.

Él me observaba, casi como si me retara a cumplir con mi deber. Si pensaba asustarme haciendo que lo bañara, no iba a funcionar. Crucé la pequeña estancia, la salita iluminada por una única lámpara de aceite, y me quedé de pie detrás de él.

Me vertí abundante óleo en las palmas de las manos, me las froté la una con la otra y luego se las pasé por la espalda. Se puso rígido y luego se estremeció ante mi tacto. No pude evitar sonreír al ver

que se quedaba quietísimo y calmado, con las manos apoyadas en las rodillas.

Cuando tuvo la espalda entera cubierta de aceite, cogí el estrígilo y lo curvé primero sobre los hombros, apreciando la firmeza de los músculos. Raspé el aceite en silencio, sacudiendo el exceso en la bañera. Me entregué a la tarea relajada y cómoda, aunque el pulso me latía descontrolado al poder contemplar y admirar la hermosa musculatura de su cuerpo tan de cerca. Era casi místico.

Al trazarle un círculo alrededor del pecho, no pudo ocultar su respiración agitada. Le afectaba igual que a mí. Evité mirarlo a los ojos y me concentré en la tarea, aplicándole el aceite en el pecho y raspándolo de forma metódica con el raspador las líneas firmes de los pectorales. Se quedó inmóvil mientras yo hacía mi trabajo. Me llegaba el calor que irradiaba su cuerpo. Ambos respirábamos el mismo aire.

Cuando le deslicé el instrumento por un lateral del abdomen y bajé hasta tropezar con la tela que le cubría el regazo, por fin reaccionó. Me agarró la muñeca como una víbora. Me estremecí y lo miré a los ojos, que eran puro fuego y brasas que relucían como el oro pulido.

El aire se me quedó atrapado en la garganta. Me sujetaba con fuerza, pero yo no hice amago de moverme.

—Basta —dijo con voz ronca. Tenía las fosas nasales dilatadas cuando me soltó y se puso de pie para rodearme y así evitar mi tacto.

Yo estaba jadeando y giré la cabeza para tener una vista completa de su cuerpo desnudo, pues era incapaz de apartar la vista de su polla dura. Me volví enseguida y me mordí el labio para evitar que se me escapara algún gemido.

Me entretuve colocando el estrígilo y el aceite en la mesita auxiliar.

Después de un momento escuchando cómo arrastraba los pies y la ropa moviéndose sobre su piel, suspiró y dijo:

—Puedes darte la vuelta.

Se sentó en la cama junto a la mesa baja donde esperaba la bandeja. Comió en silencio, escogiendo la comida en lugar de devorarla, como acostumbraba a hacer. Me senté enfrente de él sobre la alfombra.

Temblaba de la inquietud y mis sentidos hiperempáticos trataron de captar lo que fuera que tuviera en mente. Supuse que estaba ansioso o excitado y eso lo frustraba, o ambas cosas, igual que yo. Pero, cuando por fin apartó la comida y me miró, estaba inquieto, nervioso, incluso asustado. No era eso lo que yo esperaba. No era eso lo que yo sentía.

Entonces, rompió el silencio:

—Yo no quiero matarlos.

Al principio no lo entendí. La cabeza me daba vueltas y tenía el pulso acelerado tras la experiencia sensual de rasparle el aceite del cuerpo. Entonces, recordé la discusión anterior, que tanto me había enfadado y que le llevó a emplear el tono de «amo» para que yo obedeciera.

—¿A los saqueadores? —pregunté.

—A nadie. Ni a los celtas ni a los macedonios ni a los griegos ni a los persas ni a los cartagineses. Ni a los dacios. —Me sostuvo la mirada y dijo, casi en un susurro—: A ninguno.

—Pero sois el Conquistador. Os dedicáis a eso.

—Sí. Tengo que hacerlo. Para conservar el favor de mi tío. Porque es la única forma de estar cerca de él. De seguir teniendo acceso a él.

Se me aceleró el corazón al intentar asimilar lo que me estaba diciendo. Lo que creía entender que me estaba confesando.

—¿Y por qué es tan importante estar con él? —pregunté bajito.

Estaba sentado con el peso del cuerpo apoyado en un brazo, una pierna estirada sobre la alfombra y la otra un tanto doblada. Se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja:

—Si te lo cuento, podría poner en peligro algo crucial.

El dorado de los ojos relucía con más intensidad; su dragón se despertó ante el peligro del momento.

—¿Y por qué hacerlo entonces? —pregunté.

—Porque necesito ganarme tu confianza, así que debo entregarte algo valioso.

—¿Y qué es?

—Mi vida —respondió tan tranquilo, como si nada.

Lo miré fijamente, respirando con dificultad, y no por el mismo motivo de antes. Estaba serio. Me estaba entregando el poder de decidir de manera involuntaria sobre su vida, o sobre su muerte, con lo que fuera que estaba a punto de confesar.

Le sostuve la mirada y le di confianza:

—De acuerdo, decídmelo.

Sentí en el vínculo que sus palabras alterarían sin duda el equilibrio que había entre nosotros.

—Hay muchos romanos, entre los que me incluyo, que no están conformes con el régimen que han creado mi tío y sus predecesores.

—Y… ¿qué planeáis hacer al respecto? —pregunté casi sin aliento.

La pequeña llama del candil resplandecía en sus pupilas y su expresión era más dócil de lo normal, más vulnerable. Aun así, su dragón me observaba atento. Siempre vigilante.

—Planeamos matarlo. —Ahogué un grito y me quedé inmóvil, incapaz de moverme, ni siquiera de parpadear. Él prosiguió—: Pero también sabemos que asesinar al césar no será suficiente. Durante los últimos cien años, cada emperador ha sido peor que su

antecesor. Mi tío es el más loco y cruel de todos con diferencia. Roma ha creado su propia sociedad de líderes degenerados y corruptos. Pretendemos eliminarlos a todos y establecer un nuevo orden mundial. Una nueva Roma.

Lo miré fijamente sin respirar durante una eternidad. Cuando por fin solté el aire, casi me caí hacia delante al intentar alcanzar la copa de agua de la mesa.

—Toma. —Julian llegó a tiempo de estirar el brazo y sujetarme por el hombro, luego me pasó el cáliz—. Bebe.

Le di varios tragos. La cabeza me daba vueltas mientras intentaba recomponerme poco a poco. Él se recostó sobre un lado.

—¿Estás bien?

Me reí entre dientes con el vaso sujeto con ambas manos en mi regazo.

—Ha sido bastante… impactante.

—Me imagino. —Su expresión y su voz eran graves y sombrías.

—Habláis en serio.

—Sí.

—Trajan es uno de vuestros aliados.

Hizo una pausa y dijo:

—No te diré los nombres de mis partidarios. Si pongo en peligro alguna vida, será solo la mía.

—¿Creéis que voy a denunciaros? —Solté una risa—. ¿Al emperador?

Se mostró reservado.

—Podrías hacerlo. Si quisieras vengarte de mí.

—¿Y por qué iba a hacerlo exactamente?

—Por matar a tu clan adoptivo, los celtas. Por Enid. Por raptarte para que fueras mi esclava en mi casa. O por vengar a tu familia, de cuyas muertes tal vez podrías culparme. Fue mi gente quien los

mató y no te culpo si me odias por ello.

Hablaba en serio. Él creía que lo que me contaba podría ser su perdición, que yo podría volverme en su contra y hacer que lo ejecutaran. Me imaginé sus ojos sin vida mirándome desde lo alto del Muro de los Traidores y se me heló la sangre.

—Julian —dije con voz serena y apacible—, nunca os entregaría ni al emperador ni a nadie. No podría hacerlo.

—¿No lo harías? ¿O no podrías?

Había una diferencia significativa. Era como si supiera de la existencia de la conexión, de la magia que hundía las garras en su cuerpo, se enroscaba con fuerza a su alrededor, le devanaba los huesos en busca de la esencia de su alma. Mi don nunca lo dejaría ir.

—Vuestro secreto está a salvo conmigo —le aseguré, incapaz de confesar lo enamorada que estaba de él—. Pero ¿por qué me lo contáis?

—Porque, aunque me veo obligado a mantener mi papel de legado, haría lo imposible por dimitir. No quiero matar a quienes se rebelan contra nosotros. Los entiendo y comprendo por qué pelean con tanta fiereza. Luchar contra ellos es como luchar contra mí mismo.

Se pasó una mano por el pelo corto y los mechones más largos le cayeron sobre la frente. De repente, sentí el impulso de peinarlos con las manos para saber si eran suaves o ásperos.

—Pero tengo que hacerlo. —Me miró de nuevo con una súplica en aquellas profundidades ambarinas—. Todo es un medio que persigue un fin, entiéndelo. Debo cumplir con mi papel hasta que estemos listos para atacar.

Me acerqué a él arrastrándome sobre las rodillas y extendí la mano sobre la que él tenía apoyada en la rótula.

—Yo os ayudaré.

Giró la muñeca, abrió la enorme palma y la cerró alrededor de la mía.

—Solo necesito que estés a mi lado. Y a salvo.

Tragué saliva con fuerza ante aquel compromiso. No podía oponerme, porque no podía negar lo que los dioses ya me habían dicho. La magia que me habían otorgado era mi don y me decía alto y claro que este romano, este dragón, estaba ligado a mí. Y yo a él.

Me apretó la mano y se puso de pie para alcanzar la jarra y el cuenco.

—Es tarde. Y tengo que madrugar. Vamos a dormir.

Su cansancio era evidente, pero había una liviandad entre nosotros que no existía antes. Me incorporé en silencio y me acomodé en la cama que se levantaba un palmo del suelo. La suya era un poco más larga y más ancha, al otro lado de la alfombra.

No miré si estaba desnudo cuando sopló la llama del candil antes de acostarse; el crujido de la madera reveló que se había utilizado muchas noches en muchas campañas. Resultaba curioso que me sintiera entonces más calmada y en paz que nunca desde que me apresó.

Creía que se había dormido, pero entonces habló con su voz profunda y grave:

—Mi madre montaba a mi padre en su forma de dragón.

Me volví para mirarlo. Lástima que no pudiera distinguir ni la más mínima curva de su rostro en la oscuridad.

Sorprendida, pregunté:

—¿Vuestra madre era humana?

—Sí. Era esclava en la provincia romana de Tracia, donde mi padre la conoció.

Me quedé sin aire. ¿Su madre fue una esclava? Imposible de creer.

—Trabajaba en una casa de una familia noble, de uno de los

camaradas de su legión. Mi padre… —se detuvo y sonrió— me dijo: «Con solo una mirada, me robó el corazón». Le rogó a la madre de su amigo que se la vendiera. Ella protestó, pero mi padre siempre fue bastante carismático y persuasivo.

—¿Era un seductor? —pregunté con delicadeza, aunque seguía sin aliento con esta nueva revelación.

—Lo creas o no, sí. Yo siempre he sido más estoico, como mi madre. —Se movió en la cama y, la siguiente vez que habló, me pareció que lo hacía mirando hacia mí—: Mi padre me contó que la trajo de vuelta a Roma, fueron directos a la oficina del registro público y firmó los documentos para liberarla.

—¿Así, sin más?

—Al instante. Sabía que no podía casarse con una esclava. Bajo el régimen del emperador Adolphus, también era ilegal casarse con una sierva, aunque se permitiera el matrimonio con cualquier persona libre de cualquier país.

Una vez más, mi pobre corazón galopaba a toda velocidad, pues era consciente de que estas confesiones tan íntimas nos unían aún más.

—Mi tío nunca aceptó el matrimonio. Por supuesto, mi padre y él nunca se reconciliaron. El primero se alegró de retirarse pronto de su carrera militar como prefecto, mientras que el segundo continuó ascendiendo en las filas.

—¿Qué hizo vuestro padre cuando se retiró? —le pregunté.

—Formó una familia. —Lo dijo con tono agridulce—. Solo pudieron tener un hijo.

—Apuesto a que os mimaron —bromeé, tratando de aliviar el dolor que sabía que sentía por la ausencia de su familia.

—No podrías hacerte una idea de cuánto. —Yo me reí y él se quedó callado—. Adoro ese sonido. Cuando te ríes.

—No creo que me haya reído en vuestra presencia —dije con tono burlón otra vez. —No respondió, así que le pregunté—: ¿Contáis con el favor de vuestro tío?

—Sí. Ha anunciado que seré su heredero.

—Pero vuestra madre no nació noble. Me sorprende que os valore tanto. Sin ánimo de ofender.

—No es ninguna ofensa. —Se carcajeó—. A mí también me sorprendía. No obstante, a medida que iba creciendo, solía venir a visitar a mis padres a casa y me llevaba al campo para enseñarme técnicas de entrenamiento. Siempre decía que mi sangre dakkiana era espesa. Supongo que entre todos sus pecados más graves está también la hipocresía, porque pasa por alto que tengo un linaje mancillado.

—Eso no es cierto.

—Lo sé, pero no soy diferente a Stefanos. Solo que mi padre había nacido en una familia de clase alta y pudo casarse con mi madre. Cuando se estableció el decreto de que los hijos bastardos de clases mixtas debían ser enviados a los fosos de gladiadores, tuve la suerte de que se amaran tanto que contrajeran matrimonio, lo que hizo que todo fuera bonito y legal para que yo siguiera con vida y a salvo y subiera de rango como sobrino del emperador.

Un silencio sombrío se extendió entre nosotros. Luego añadió:

—Y por eso también debo mostrar crueldad como el Conquistador. Si muestro algún signo de debilidad, algún advenedizo dirá que es por mi sangre mestiza e intentará desafiarme. —Hizo una pausa y añadió—: No he tenido un camino tan difícil como el tuyo, pero últimamente… está siendo arduo.

Nunca habría pensado que sentiría pena por la difícil situación de Julian. Sin embargo, ser un hombre de su posición, con el legado de su padre a sus espaldas y con las expectativas de su cruel tío por

delante, al que estaba claro que tanto odiaba, debía suponerle una tensión y una presión que yo era incapaz de imaginar.

No me extrañaba que fuera tan serio e imperturbable y que llevara la máscara de una estatua de cara al mundo. Así no verían cómo era en realidad, aunque yo empezaba a hacerlo y la imagen del hombre que se ocultaba tras esa máscara se me enroscó con ternura en el corazón.

—Te he oído reírte muchas veces —dijo bajito, cambiando de tema. No me importó.

—¿Cuándo?

—En el patio con Stefanos.

Recordar que el niño pudiera ser su hijo, de su propia familia, cortó en seco la dulce sensación que estaba sintiendo. Me dije a mí misma que lo dejara estar, que no importaba. Pero después de esta noche, después de su confesión y de la innegable verdad de que ya no podría separarme de él aunque lo intentara, necesitaba saberlo.

—Julian, ¿puedo preguntaros algo personal?

—Lo que quieras.

Inspiré, solté el aire, y procedí:

—¿Stefanos es hijo vuestro?

Se hizo un breve silencio y el corazón casi se me salió del pecho.

—No. No es mío.

En realidad, no habría supuesto ninguna diferencia. Yo adoraba al crío, pero por fin pude admitir que en realidad estaba celosa de que hubiera tenido un hijo con otra mujer, con otra mujer a la que amara.

—Kara fue partera un tiempo. Asistió el parto de una mujer libre, la hija de un comerciante. Un soldado romano la había seducido. La muchacha murió en el parto y el padre se llevó a Stefanos para cumplir con lo que dictaba la ley.

—Matarlo. —Me estremecí—. Por eso tiene esa cicatriz.

—Una vez que Kara aseó a la madre lo mejor que pudo y se marchó, oyó al bebé berreando en la basura. Cuando lo encontró, estaba transformado en dragón. Eso lo salvó. Las escamas impidieron que la herida se abriera, por lo que no perdió demasiada sangre. Así que se lo trajo a casa y, cuando lo vi, me vi reflejado en él.

Se hizo un silencio tan denso que pensé que no continuaría.

—¿A qué os referís? —pregunté, pues quería saber más de su lado compasivo.

—Si yo hubiera nacido en la misma época que él, a mi padre no le habrían permitido casarse con mi madre. Yo también habría sido un bastardo, tal vez me habrían separado de mi familia y me habrían asesinado en un callejón. Salvar a Stefanos fue como salvarme a mí mismo. No podía hacer otra cosa más que quedármelo. —Suspiró—. Fue entonces cuando arraigó el plan para acabar con mi tío.

De repente, me enderecé.

—Un momento. ¿Cuántos años tiene Stefanos? Aparenta unos diez u once, pero pensaba que Kara llevaba menos tiempo en vuestra casa.

—Así es. —Se rio—. Stefanos tiene seis años. Los dragones crecen y maduran más rápido. Ese es otro motivo por el que sabe que debe estar en casa el mayor tiempo posible. No quiero que los vecinos sepan de él.

—No tenéis muchos en vuestro palacio de la colina.

Se rio de nuevo y el sonido me pareció tan cálido y adorable que me derritió las entrañas con dulzura.

—¿Te gustaría vivir en un palacio de verdad, Malina?

—¿Qué queréis decir?

Se quedó callado unos instantes.

—Nada. Vamos a dormir.

Lo oí darse la vuelta y la cama volvió a crujir, el cuerpo se rozó con la aspereza de las sábanas. Yo también me di la vuelta e intenté distinguirlo en la oscuridad, pero carecía de los sentidos agudos de un dragón.

Su pregunta me tuvo despierta un rato, la que no quiso aclarar. Porque creo que se refería a que pretendía ser el nuevo césar y quería que estuviera a su lado.

La belleza de la noche se empañó al pensar en Julian gobernando Roma. Lo creí cuando admitió que tenía la intención de derrocar al actual césar y a todos los corruptos que estaban por debajo de él. Sin embargo, la historia nos había enseñado algo sobre el trono de Roma: corrompía a todos. No estaba segura de querer escoger esa senda, de unirme a él en esa empresa. No si podía elegir. La idea era difícil de imaginar en el estado en que me encontraba en ese momento.

Tampoco había garantías de que Julian sobreviviera al ataque que estaba planeando con sus aliados. Y darme cuenta de ello me dolió en el alma.

Él no podía morir. Yo no lo permitiría. Haría lo que fuera necesario para apoyar a Julian en su golpe de Estado. Simplemente no estaba segura de si sería capaz de recorrer el camino entero a su lado.



JULIAN

Estuvimos acampados dos semanas cerca de Singidium, la ciudad que había quedado reducida a cenizas. Durante el día, me unía a mis hombres para inspeccionar el entorno y rastrear a los saqueadores. Por la noche, le contaba anécdotas de mi infancia a Malina. Le confesé que me rompí un brazo la primera vez que mi padre me subió a un caballo y que mi madre me regañaba por robar dulces de la cocina. Con cada historia, ella parecía enternecerse más conmigo.

Por mi parte, había logrado mantener las manos quietas y eso era toda una hazaña. Malina me apartó el día que intenté calmarla en la

calle después de escuchar a la cantante dacia y el rechazo me hirió profundamente. No me arriesgaría otra vez. Así que pasaba los días con mis hombres y las noches tranquilo encerrado en mi tienda con ella. Fue apacible y perfecto, hasta la última semana, cuando centré la atención en aquellos bárbaros que no conseguíamos capturar.

Eran un enemigo extraño. La primera semana, pensábamos que habían huido del territorio. Que se habían marchado tras arrasar la ciudad en cuanto avistaron romanos por la zona. Fue un error. Mis hombres encontraron pruebas de que estaban acampando entre las cañadas y los bosques cercanos.

Frustrado, me uní a Trajan y a algunos de mis soldados en forma híbrida para tratar de averiguar su paradero. Si bien era inaudito que acudiera con ellos a explorar, ellos no se opusieron, pues sabían que mi desesperación ante la falta de progreso iba en aumento.

Cuando sobrevolábamos un desfiladero cercano los olí. Era un aroma extraño a sudor humano en un punto alejado de todo pueblo o ciudad. Descendimos volando por el barranco y no encontramos más que un fuego abandonado, todavía encendido, a la entrada de una cueva. Pasamos un día entero rastreándola y no encontramos nada.

Un par de mañanas antes, vimos a tres de esos bárbaros corriendo bajo nosotros cerca del lecho de un río cubierto de niebla que bajaba de las colinas. Descendimos en picado, pero solo alcanzamos a verlos desaparecer entre la bruma de las estribaciones de la montaña. Ni siquiera con mis sentidos agudizados como el dragón más fuerte de la expedición conseguimos seguir el rastro y capturar a aquellos malditos. Su continua evasión resultaba desquiciante.

Cualquiera que fuera el medio que estaban usando para eludirnos era extraordinario. Pero por fin, la noche anterior, un destacamento

de guerreros empezó a silbar y a vociferar en plena noche, con lo que despertó a todo el campamento. Conduje a una tropa por el bosque siguiendo el rastro del sonido. Solo encontramos hogueras aún encendidas en el suelo, pero a ningún guerrero enemigo.

En el pasado ya nos habíamos encontrado con enemigos que huían cuando los soldados romanos se disponían a atacar, pero esto era diferente. Había indicios de grupos grandes acampando en los alrededores. Nunca dos veces en el mismo lugar y nunca maniobrando lejos de allí. Más bien daba la impresión de que solo se desplazaban en círculo alrededor de nuestro perímetro, pero rehusaban atacarnos. Para colmo, se nos escapaban como fantasmas.

Estábamos acostumbrados a la victoria. A la victoria fácil, en la mayoría de las ocasiones. O, al menos, a enfrentarnos a adversarios a los que podíamos ver y atacar. Cuanto más nos esquivaban aquellos bárbaros, más desesperación sentíamos. Parecía que estaban jugando con nosotros.

Pero entonces, a primera hora de esa misma tarde, se dejaron ver por primera vez y no huyeron. Uno de mis mortájaros que oteaba desde el cielo divisó una horda de guerreros en las tierras que había al norte de la ciudad quemada, Singidium. Nuestro campamento estaba a escasos kilómetros al sur.

En esta ocasión, no ordené a los mortájaros que cumplieran con su cometido habitual de acorralarlos con fuego porque ni siquiera podíamos ver a nuestro enemigo al completo. No quería dividirlos. Quería asegurarme de que los teníamos cercados y de que podríamos acabar con todos de una vez. No eran numerosos. Tal vez mil. Puede que dos mil. Los rodearíamos con facilidad y sofocaríamos la pequeña rebelión con bastante rapidez.

—Esto es inusual. —Trajan se detuvo a mi lado en forma híbrida.

Azotaba la cola y miraba hacia abajo entre los densos bosques donde se había desplazado una parte de la legión para sitiar a nuestro adversario.

No habían huido. Los oíamos moverse y veíamos sombras revoloteando apenas fuera de nuestro alcance. Sin embargo, nuestros sentidos intensificados nos decían que seguían allí, entre los árboles. Solo teníamos que rodearlos y atacar.

Marché colina abajo para comprobar que mis hombres estaban entrando en el pinar sin ninguna resistencia. Ni siquiera hubo un disparo de flecha desde el manto de las sombras. Sin embargo, sabíamos que estaban ahí dentro.

La otra mitad del destacamento se había dividido y avanzaba en posición de flanco a ambos lados de la arboleda. El color gris pizarra del cielo auguraba tormenta y oscurecía el paisaje, aunque eso carecía de importancia para mis soldados en forma híbrida.

—¿Qué tipo de enemigo huye de su oponente? —La voz de Trajan sonaba densa y grave, pero se le entendía bien—. Solo los cobardes.

—La audacia con la que han atacado a los pueblos no demuestra cobardía. —Bajé a pie por la leve pendiente que conducía al bosque, con mi compañero a mi lado—. Sin embargo, ¿por qué se esconden?

—Quizá la audacia solo se debe a que no había soldados romanos que defendieran las ciudades.

—Tal vez sea eso. —Me detuve en la entrada de la arboleda. Oía a mis hombres moverse sigilosos entre los pinos, pero no había choques de espadas ni gruñidos ni gritos de batalla—. Algo no va bien aquí.

—¿Qué hacen? —La frustración de mi amigo era evidente.

—O son cobardes, como tú dices, y han huido…

—¿O?

—O esto es parte de su plan. Atraernos a la espesura.

Trajan miró en todas direcciones y luego, a nuestra espalda.

—Deberías volver a la cima de la colina, legado.

Me di la vuelta y miré al soldado en forma híbrida que enarbolaba el estandarte del dragón dorado donde yo lo había dejado. Desde ese punto, todo el bosque sabría que los soldados romanos se cernían sobre ellos.

Esa era nuestra forma de proceder habitual, anunciábamos con osadía que íbamos a atacar al enemigo. Pero, en esta ocasión, el enemigo estaba aquí, aunque no aparecía. Estaba pasando algo.

—Ordena a los hombres que se retiren —le dije a mi acompañante.

—¿General? —Frunció el ceño del rostro híbrido y soltó un gruñido por el hocico—. ¿Retirada?

—Los quemaremos con los mortájaros. —Aunque yo no tenía claro que todo el enemigo estuviera escondido en la espesura, mis instintos me decían que era mejor quedarnos en un terreno más elevado. Estaba claro que había algo fuera de lugar.

Trajan no dudó. Caminó hacia la línea de árboles y dio la orden de retirada.

De repente, la floresta estalló en gritos y llamas. Un torrente de fuego se desplegó por las ramas de los pinos encendiéndolos en una conflagración. La confusión paralizó a mis hombres. Vi a varias docenas de ellos bajo la línea de fuego, buscando en el cielo y alrededor al enemigo cuando unas redes volaron por el aire y los capturaron.

—¡Prefecto! —llamé a Salvo, uno de mis oficiales. Estaba en el límite del bosque, con las alas verdes desplegadas, iluminado por las llamas que se extendían alrededor de él y de los soldados—. ¡Retirada!

—¡Atrás, legado! —gritó Trajan antes de extender sus alas

gigantes azul medianoche y salir volando hacia el tumulto.

Eché a correr para ayudar al prefecto, que había oído mi orden de retirada, no sin antes inhalar un exceso de humo. Tosió y tropezó en el suelo, arrastrándose entre el estruendo de gritos y el fuego crepitante.

—¡Agárrate a mí!

Llegué hasta él, lo levanté y le puse un brazo por encima de mi hombro, arrastrando el peso de sus alas mientras lo ayudaba a salir enseguida hacia el prado, donde pudiera respirar al aire libre.

Miré hacia atrás y vi a un soldado de alas púrpura aún en forma híbrida alzando el vuelo para escapar del incendio, pero ardió al pasar entre los pinos y se vio obligado a regresar al suelo. Una enorme ola de fuego se extendió por las copas, formando un techo de llamas impenetrable mientras que de los árboles seguían cayendo redes. El humo negro espeso se elevaba y nublaba el interior hasta que no pude ver nada.

—¡Maldito infierno!

Mis soldados no podían salir volando sin sufrir heridas, ni siquiera los que se habían librado de las trampas, y la mayoría de mis hombres estaban en medio del bosque rodeados por un muro de llamas. Las escamas de su forma híbrida no los protegerían de la intensidad de aquel incendio.

De repente, docenas de dragones, y luego centenares, irrumpieron a través de las ramas encendidas hacia el cielo abierto, con las alas humeantes, dejando un rastro de brasas y cenizas. Los hombres habían completado su transformación en dragón, la única forma de atravesar el muro de fuego. Aun así, las alas y las colas de algunos ardían mientras trataban de escapar de una muerte segura. Pero ahí dentro seguía habiendo soldados humanos atrapados.

Todo el pinar quedó engullido en segundos. Muchos de mis

subalternos seguían en el centro de la arboleda buscando al enemigo. No podrían salir con la rapidez necesaria. Como yo había predicho, aunque demasiado tarde, era una trampa. Había dado la orden de entrar y acabar con ellos, abandonando así la posición elevada. Mi impaciencia había matado a mis propios hombres.

—¡Legado! —Una voz extraña me llamó por detrás.

Me di la vuelta y vi al abanderado en lo alto de la colina, sosteniendo el estandarte del dragón dorado, que estaba en llamas. Un hombre gigantesco plantado detrás de él le atravesó la espalda con la espada y le sacó la hoja por el estómago. Era el mismo que me había llamado y que, tras esto, volvió a hablar.

—Este es el futuro de Roma —dijo en un latín marcado. Era germánico. Levantó el pendón incendiado con la mano izquierda, el símbolo de nuestro poder y supremacía, y con la otra empujó al portador al suelo y lo hizo rodar cuesta abajo.

El bárbaro estaba desnudo salvo por el faldón de cuero y las botas, y llevaba la cara y el cuerpo cubiertos de pintura negra de guerra. El cabello oscuro le ondeaba suelto por los hombros, pero fueron sus ojos los que me dejaron de piedra… Eran brillantes, salvajes y burlones.

Sin dudarlo, eché a correr colina arriba mientras los huesos se me estiraban contra la piel, me atravesaban el uniforme a medida que adoptaba mi forma híbrida. El dolor punzante de los cuernos, de la cola y de las alas que brotaban de mi cuerpo solo duró una fracción segundo antes de lanzarme contra él.

Se rio cuando lo tumbé en el suelo y gruñó cuando lo acuchillé con las garras. Me dio tiempo a desgarrarle la cara y la garganta, pero luego escapó.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro y dando vueltas en círculos.

—Ya veo que no sois fantasmas —gruñí—. Sangráis bastante bien.

—Sí —dijo el bárbaro. Tenía una estatura imponente para ser un hombre, pues era igual de alto y de ancho que yo en mi forma humana—. Bastante sangre hemos perdido ya por culpa de gente como tú, general.

El resentimiento le goteaba de la lengua.

—¿Quiénes sois?

Dejó de dar vueltas y se quedó plantado, con los pies separados y sin mostrar miedo, aunque yo le superaba en altura en forma híbrida.

—Pronto lo sabréis. —Inclinó la cabeza y apretó con fuerza la espada ensangrentada que llevaba en la mano, con la que acababa de matar a mi portaestandarte—. Todo el mundo sabrá quienes somos cuando estemos preparados.

Se abalanzó sobre mí a una velocidad titánica. Esta vez, apunté a la garganta, pero se agachó con una rapidez inusual y me atravesó el abdomen y el costado con el borde dentado del arma. Rugiendo por la punzada de dolor, me volví para defenderme de su siguiente ataque.

Pero mi rival ya estaba en el límite del bosque, en el exterior del anillo de fuego, devolviéndome la mirada y con las columnas de humo espeso ondeando tras él. Solo en ese momento, no fue el dolor de mi abdomen, ni los gritos de mis hombres, ni el infierno rugiente que gritaba al cielo lo que me disparó el pulso y me produjo un escalofrío en la columna. Fue el destello dorado sobrenatural que le brilló en las pupilas antes de desvanecerse entre el humo.

—¡General! —Salvo llegó volando a la colina en forma híbrida, con los ojos desorbitados y recuperado del humo.

Fue entonces cuando sentí el reguero de líquido caliente que brotaba entre las garras, con las que me presionaba el abdomen.

Miré allí y vi que la espada del gigante me había hecho un corte profundo, había dejado una herida grande y abierta en el costado, sobre la cadera. La sangre me corría por la pierna y se derramaba en el suelo a mis pies. Un dolor punzante me latía en la herida, más intenso de lo normal.

—¡General! —Salvo me agarró cuando caí sobre una rodilla y la rápida pérdida de sangre me sumió en la oscuridad.



MALINA

—¡Julian! —exclamé entre jadeos mientras corría hacia Trajan y otro soldado. Ambos estaban en forma híbrida y lo llevaban ya a la tienda.

Julian adoptaba forma humana, pero estaba desnudo y apenas era consciente. Debía de haberse transformado en el campo de batalla. Una sangre de color rojo oscuro le goteaba desde la cintura hacia abajo.

—¡Ay, dioses! ¿Qué ha pasado?

—Aparta, mujer —dijo el soldado de escamas esmeralda que no

conocía mientras me empujaba a un lado.

Julian emitió un gruñido salvaje y se lanzó hacia el hombre buscando su garganta con las manos. El soldado se echó hacia atrás con un grito, volcó la mesa de guerra y los mapas acabaron desperdigados por el suelo.

—¡Julian! —Trajan lo echó hacia atrás, lo levantó en volandas y lo llevó hacia el dormitorio.

Me movilicé de inmediato y descorrí la cortina para que Trajan pudiera pasar; con las alas rozaba la parte superior de la tienda. Cuando Julian estuvo acostado en la cama y su compañero salió del pequeño habitáculo, me puse manos a la obra y busqué los trapos que usábamos para lavarnos y la poca agua que quedaba en la tinaja.

—Llamad a Koska —le pedí con premura, sentándome en el borde de la cama con el trapo mojado y empezando a lavar la herida.

—Me ha atacado —le dijo el soldado a Trajan; ambos estaban plantados cerca de la entrada del cuarto.

—Está delirando —dijo Trajan—. Habrá imaginado que eras tú quien le atacaba. Ve a buscar a Koska.

El soldado obedeció al instante y se marchó, y yo me quedé a solas con Trajan. Su aspecto semidesnudo era inquietante, sobre todo por lo grande y ancho que era, pues las escamas azul oscuro le recubrían gran parte del cuerpo y le brillaban los ojos de un increíble azul intenso. Me habría aterrorizado si no lo hubiera conocido primero en forma humana.

—¿Qué ha pasado?

Trajan negó con la cabeza.

—Uno de los bárbaros ha cortado a Julian. Luego, Salvo los ha visto forcejear, pero el enemigo ha huido hacia el bosque humeante.

—Le ha cortado… —murmuré volviendo a concentrarme en lavar

bien la herida. Hice una mueca de dolor al reparar en lo profunda que era—. Esto es más que un corte.

Koska entró corriendo en la tienda y se quedó al otro lado de la cortina de la alcoba; se le veía a través de la tela.

—Koska, necesito agua fresca, hilo y una aguja. Ah, y ungüento para la herida. Daos prisa —le pedí.

—Sí. Ahora mismo. —Y salió a toda velocidad.

—¿Sabes suturar heridas? —me preguntó Trajan con un deje gutural y espeluznante.

—No es muy distinto a coser tela. —Sumergí el trapo en el recipiente, donde el agua se tornó roja y turbia, y luego lo escurrí.

—Es distinto, pero seguro que te apañarás.

—¿Por qué lo dices? —Intenté limpiar más sangre, pero me temblaban las manos porque no parecía que la herida dejara de sangrar.

—Porque los dioses no le habrían dado a Julian una hembra débil.

Detuve las manos, pero entonces empezó a brotar más sangre y no pude pensar en lo que me estaba confesando Trajan mientras Julian se desangraba.

—La sangre debería coagular, pero no lo hace.

Oí que Trajan se acercaba por detrás.

—Ya había perdido mucha antes de que llegara hasta él y Salvo.

Julian movió la cabeza hacia un lado, con los ojos —de un oro puro y brillante— entreabiertos y las cejas sudorosas. Murmuró algo que no alcancé a oír.

—¿Qué? —Me incliné hacia él, sosteniéndole la mirada febril—. Repetidlo, Julian —le insté.

—Veneno —murmuró—. En la hoja.

Ahogué un grito y miré a Trajan, que arrugaba tanto la frente que parecía la bestia salvaje que era.

—¿Vuestros sanadores tienen algo para extraerle el veneno?

—Lo averiguaré. —Trajan atravesó la cortina y salió de la tienda.

Enseguida, busqué una túnica limpia y seca que estaba doblada sobre el arcón, en el rincón donde la había dejado. Le apreté la gruesa tela contra la herida para tratar de detener la hemorragia desmedida.

Las yemas de unos dedos ásperos me acariciaron la mandíbula. Sobresaltada, volví la mirada hacia él, que aún tenía los ojos entornados.

—Gracias —susurró.

—Ni siquiera sé si podré detener la hemorragia —admití, el pánico se apoderaba de mí con tesón—. Creo que el veneno de la herida impide que coagule la sangre.

Sacudió la cabeza hacia un lado una vez.

—Gracias por estar aquí.

—No tengo más remedio —le espeté manteniendo la presión sobre la herida—. Vos me arrastrasteis hasta aquí, ¿recordáis?

Frunció los labios, mientras el sudor le caía por la frente hasta el nacimiento del pelo.

—No aquí, en esta tienda. —Cerró los ojos—. Me refiero a estar en este mundo. En mi vida. —Se rio y por la parte inferior de la tela se filtró más sangre—. A los dioses les encanta jugar conmigo.

—Dejad de hablar. Y por Plutón, dejad de moveros y de reír. Así no hacéis más que empeorarlo.

Me temblaron las manos al notar que la túnica beis estaba casi empapada por completo de un rojo muy oscuro.

—¿Dónde diablos está Koska? —murmuré.

Como si lo hubieran invocado, entró corriendo en la tienda y en el dormitorio. Se arrodilló en el lado opuesto de la cama de Julian y dejó una bandeja en el suelo. Detrás de él venía una mujer, más

anciana y segura de sí misma, que se sentó en la cama con un cuenco en la mano.

—Quita el paño —ordenó.

No llevaba collar de esclava, pero vestía con sencillez. Era una romana libre, una curandera a la que llevaban a las campañas.

Hice lo que me ordenó y empecé a limpiar la herida y a presionar sobre ella una hierba verde oscura molida. Julian resolló de dolor, pero mantuvo los ojos cerrados.

—Disculpad, legado —susurró la anciana y luego me miró a mí—. Esto le sacará el veneno. Mira cómo lo hago yo.

Y eso hice: observé cómo cubría toda la herida con aquella hierba terrosa de olor penetrante.

—Déjale puesta esta cataplasma hasta que traspase la sangre. Entonces, límpiala y aplícale una segunda capa. Hazlo hasta que la herida deje de sangrar. Luego lávala bien, sutura la herida y cúbrela con el bálsamo que Koska tiene allí.

Terminó de taponar la herida y me tendió el cuenco. Lo cogí.

—¿No quieres hacerlo tú misma? Para estar segura de que está bien hecho.

Me miró de la cabeza a los pies, como si me estuviera analizando.

—Hay muchos soldados y oficiales moribundos que necesitan atención. —Se levantó y se encogió de hombros—. Además, es bien sabido que el general se ha traído a una esclava. Algo que no había hecho antes. Seguro que preferirá que te ocupes tú.

Y se marchó. Me la quedé mirando con la boca abierta. Durante un breve instante, me pregunté qué dirían los demás de mí, de la sierva que Julian había traído a la campaña. Lo más probable era que supusieran que me encargaba de sus apetitos sexuales. Esa parecía la única razón por la que un general llevaría al servicio a una campaña de guerra.

La idea de que chismorrearan sobre mí me escoció solo un segundo, hasta que me di cuenta de la verdad. Yo no era un objeto para Julian, sino una esclava para que me utilizara sin más.

Desde que habíamos llegado, ni siquiera me había tocado, salvo hacía unos momentos, cuando deliraba por la fiebre que lo consumía.

Había llevado mucho cuidado de no tocarme. Había sido frustrante, ya que en esos momentos yo ansiaba notar sus manos callosas en la cara, la garganta, el cuerpo.

—¿Malina? —Koska señaló la herida: la sangre empezaba a filtrarse a través de la capa de hierbas medicinales.

—Sí. Lo siento. —Me espabilé y empecé a retirar la capa de hierbas sucias y empapadas—. Id a vaciar el cuenco, por favor, Koska.

Este cogió el cuenco de agua, que era de un rojo muy oscuro por la sangre, y salió de la tienda.

Tras limpiarle bien la herida, volví a aplicarle el preparado de hierbas y me alivió ver que la hemorragia se ralentizaba. Estaba funcionando.

—Eres preciosa. —La voz de Julian volvió a sobresaltarme.

Me ruboricé y sonreí ante lo absurdo de su cumplido en un momento así.

—Callad. Debéis conservar las fuerzas.

—Tú eres mi fuerza. —Su voz era profunda y áspera, tenía el aliento entrecortado por la fiebre.

Terminé de presionar la segunda capa de hierba hasta el lateral de la cadera, luego me limpié las manos y eché un poco de agua clara en un trapo limpio de la bandeja que había traído Koska. Me acerqué más para secarle la frente sudorosa.

—Estáis diciendo disparates, Julian.

—Jamás he dicho palabras más certeras. —Cerró los ojos cuando le pasé el paño frío por la sien—. He estado perdiendo el tiempo contando cuentos.

—A mí me gustan vuestros cuentos. —Y era verdad. Me encantaba oírlo hablar de su familia, de su infancia. Sus padres habían sido unas personas encantadoras. Nunca hablábamos de sus muertes.

—Tengo que decirte lo que significas para mí —murmuró, inclinándose hacia mi mano mientras le pasaba el paño por la mejilla.

Se me aceleró el pulso.

—Shhh —me tranquilizó con voz somnolienta—. No tengas miedo.

—No lo tengo —dije con acritud.

Volvió a fruncir los labios, aunque permanecía con los ojos cerrados.

—Sí que lo tienes, pero no es necesario. —Aquellas rendijas doradas se abrieron y me cautivaron—. Eres mi tesoro, Malina.

Solté una carcajada amarga.

—Igual que una moneda.

—No —contestó deprisa—. Estamos tocados por los dioses. Con la bestia que vive dentro de nosotros.

Ya lo sabía. Lo sabía todo el mundo. Por eso muchos se doblegaban ante ellos con tanta facilidad, porque tenían un poder que les habían otorgado los mismos dioses.

Él continuó:

—Poseemos una percepción de la voluntad divina que no tiene ninguna otra criatura en la tierra.

No pensaba refutarle eso, pero estaba segura de que también yo tenía una conexión con la voluntad de los dioses. Al menos, la que me había conferido mi magia.

—Todo dragón espera durante su vida el tesoro que le ha sido

entregado por los dioses. —Tanteó la cama, buscó mi muñeca y la rodeó con los dedos largos—. Y yo he encontrado el mío.

No quería darles importancia a sus palabras, pues me parecían un disparate febril. Quería rebatir esa afirmación y gritarle que los dioses no me elegirían para él.

Sin embargo, el vínculo que nos unía se estrechó y la bruja de mi alma susurró que sí. Entonces, me invadió un consuelo que jamás había sentido y me envolvió en la calidez, la sinceridad y la satisfacción absoluta de darme cuenta de que tenía razón.

—Shhh —le susurré yo, como él había hecho un segundo antes para tranquilizarme—. Descansad un poco, Julian.

Al parecer, me hizo caso y se quedó profundamente dormido. Koska volvió poco después y yo me dediqué a limpiar la segunda capa de hierba, y a aplicarle una tercera, aunque de la herida ya apenas manaba sangre.

Aun así, quería estar segura. Quería que mi dragón sanara y se pusiera bien. No tenía la certeza de lo que le esperaba, de lo que nos esperaba a los dos, pero ambos debíamos estar fuertes para la lucha que nos aguardaba. Porque sí había algo que tenía muy claro: si él planeaba matar al césar, yo lo ayudaría en todo lo que pudiera.



MALINA

Trajan estaba de pie frente a la mesa de guerra mirando los mapas. Yo estaba doblando parte de la ropa que había lavado encima de la alfombra, en el espacio abierto de la tienda de campaña mientras Trajan se concentraba en uno y tomaba notas con un estilete.

—¿Qué ha pasado con los bárbaros? —pregunté.

—Se han esfumado —dijo, seguía inclinado encima de la mesa y negaba con la cabeza.

—Según vuestra experiencia, ¿eso es poco usual?

—Es inaudito, sí. Sobre todo si tenemos en cuenta que su ataque

hacia nosotros había sido un éxito.

—¿Os han derrotado? —No tenía pensado preguntarle sobre la batalla, pues mi única obsesión era que Julian mejorase.

El legado se había pasado los últimos tres días durmiendo y solo se había despertado unos breves instantes debido a los brotes de fiebre. La curandera, cuyo nombre era Paula, venía cada día a ver cómo estaba y me aseguró que le había cosido bien y que se estaba recuperando.

—Casi cuatrocientos muertos —dijo Trajan.

—¿A cuántos matasteis vosotros?

Me miró desde la mesa.

—A ninguno. Ni siquiera encontramos ni uno solo de sus difuntos cuando se extinguió el incendio y peinamos el bosque. Y tampoco hemos capturado a nadie herido para interrogarlo. —Frunció el ceño —. Esto es sin duda una derrota.

Koska me había dicho que un fuego embravecido había quemado todo el bosque que se encontraba al norte. No le había prestado atención en aquel momento, ya que mi única preocupación era Julian.

—Ese era el otro asunto —añadió Trajan—. El fuego.

—¿A qué os referís? Los romanos siempre lo usan en sus ataques. —Acudió a mi mente la imagen de los árboles de mi aldea en llamas.

—Cierto —dijo en un tono monótono—. Pero esta vez no lo usamos nosotros, sino ellos.

Conmocionada, me levanté con las prendas dobladas en las manos.

—¿Había ocurrido antes?

—Nunca —dijo Julian con voz ronca desde su alcoba privada.

De inmediato, corrí hacia él tras la cortina y Trajan me siguió deprisa. Dejé la ropa en la alfombra y serví un vaso de agua.

—Tomad. Levantad la cabeza. —Me dejó ayudarlo y se lo bebió entero.

Era alentador verlo sin rastro de la fiebre, aunque seguía estando pálido y débil. No era el hombre poderoso que yo conocía, pero era un comienzo que la fiebre por fin remitiese.

Trató de levantarse para quedarse sentado, pero no lo consiguió. Trajan y yo lo ayudamos. Tenía la respiración entrecortada por el esfuerzo, parecía completamente exhausto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Trajan.

—Como si me hubieran destripado y vuelto a coser.

—Bueno, pues es bastante preciso. —Trajan sonrió—. Hoy no pareces tanto la cena de Plutón.

—Está bien saberlo. —Julian suspiró y desvió la miranda hacia mí, una expresión que se le suavizó un instante.

—Sabían cómo usar el fuego a su favor. —Trajan cambió de tema rápido para abordar el asunto importante—. Utilizaron redes para atraparnos. Ya estaban todas armadas con mecanismos que se activaban cuando nuestros hombres pisaron el bosque. De alguna forma, sortearon nuestras redes y el fuego. Ahora, han desaparecido de manera definitiva. No hay rastro de ellos por ninguna parte.

Julian se quedó callado, pero su expresión era solemne y pensativa. Al fin, dijo:

—Creo que hablé con su líder.

—¿Al que te enfrentaste? —preguntó Trajan.

Julian asintió.

—No ha sido un ataque.

—Julian… —se mofó Trajan—, han matado a casi cuatrocientos de nuestros hombres. Ha sido un ataque.

—Ha sido una advertencia —contestó—. Y casi ni eso. Ha sido un preludio de lo que está por venir.

Trajan se cruzó de brazos, seguía de pie al borde de la cama mientras yo permanecía sentada al lado de Julian.

—¿Qué te dijo el líder? —exigió Trajan.

—Solo que volveríamos a encontrarnos.

—Pero no es eso lo que os tiene tan pensativo —comenté. Lo sabía gracias a mi hiperempatía—. ¿Qué es?

Giró la cabeza hacia mí, esbozando una sonrisa.

—Siempre tan perceptiva, pájaro de fuego.

Le tomé la mano entre las mías y le di un apretón, tremendamente aliviada de que estuviera despierto y espabilado.

—Vi algo antes de que el líder desapareciera —dijo él—. Creía que me lo estaba imaginando, pero ahora, teniendo en cuenta cómo usaron el fuego, sé que estoy en lo cierto.

—¿Qué viste? —preguntó Trajan.

—El destello de un dragón que vivía en su interior.

El tributo se quedó estupefacto. Después, se rio.

—¿Estás seguro?

Julian no se rio, pero le sostuvo la mirada.

—El hombre que se movía con una velocidad sobrehumana y que me cortó con una hoja envenenada era un dragón, Trajan. Lo sé.

El interpelado desvió la mirada y se mordió el labio, como si estuviera asimilando lo que acababa de decirle.

—Y no solo lo era el líder. Todos sus hombres también.

Un cosquilleo me recorrió el cuerpo y me puso la piel de gallina.

—Sí —dije yo. Gracias a mi magia, sabía que eso también era verdad—. Así es como pudieron usar fuego en vuestra contra.

—Porque podían escupirlo —dijo Julian—. Y debieron de empapar las ramas con aceite para que prendieran al instante. De este modo, las redes atraparían a mis hombres y se asfixiarían bajo una cúpula de humo y llamas.

Asintiendo, Trajan soltó un suspiro.

—Eso tendría lógica, sí, pero, Julian —sacudió la cabeza—, había cientos de ellos. ¿Eran todos dragones? ¿Y cómo han escapado?

—Había cientos sobrevolando las copas de los árboles —dijo—. Creía que eran nuestros hombres, pero ahora…

—Eran el enemigo —terminó el otro por él—. Los bárbaros que volaban hacia un lugar seguro se habían disfrazado de nuestros hombres.

—Fue un caos —continuó Julian—. Y el aire estaba impregnado de olor a humo y carne quemada. ¿Cómo podía alguien distinguir que el olor no pertenecía a los nuestros entre toda aquella confusión?

—Ingenioso. —Trajan sacudió la cabeza—. Muy ingenioso.

—Así es.

—¿Cómo era el líder? —pregunté.

—Formidable —contestó el legado—. Parecía de origen germánico. Hablaba un latín perfecto, pero con acento.

—Fascinante. ¿Cómo narices han conseguido que tantos romanos deserten y se unan a ellos? No puedo imaginar que tantos hicieran algo así.

—Puede que estuvieran descontentos con el gobernador de sus provincias. O resentidos por algún desaire bajo el gobierno de mi tío. —Julian se encogió de hombros.

—Eso es fácil de creer, sí —se corrigió Trajan—, pero no como para ir en contra de la legión romana. Uno entre cientos. No puede haber tantos.

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo. —Julian se retorció de dolor cuando cambió de postura en la cama—. Esto queda entre nosotros. Nadie puede saber quiénes o qué son esos bárbaros.

Trajan sonrió.

—Porque si podemos contactar con ellos sin que nos quemen

vivos —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, podrían ser nuestros aliados.

Julian sonrió.

—Pensamos igual.

—Como siempre. Te dejaré descansar. —Salió de su alcoba tras la cortina—. Haz que se ponga fuerte, Malina. Tenemos que regresar a Roma.

Me levanté y fui hasta donde estaba el cuenco con agua, mojé un trapo limpio y lo escurrí antes de volver al lado de Julian. Me miró y en sus labios apareció una leve sonrisa mientras le pasaba la tela por la frente.

—¿No te cansas de atenderme?

—No —le respondí con suavidad y le pasé el paño por el cuello y por la parte alta del pecho.

Las sábanas limpias le cubrían el cuerpo desnudo. Koska y yo tardamos casi una hora en sacarle la ropa de cama sucia de debajo y cambiarla por una nueva después de coserle la herida.

—Dejadme que os aplique un poco más de ungüento.

Bajé las sábanas lo suficiente para ver la larga costura que iba desde debajo del ombligo hasta la cadera izquierda. Parecía que se estaba curando bien.

—Dejará una cicatriz fea —dije mientras le ponía el ungüento con delicadeza.

Se contrajo por el contacto y después se relajó.

—¿Eso te molestaría? ¿Si tengo una cicatriz fea?

Impactada, solté:

—¿Por qué iba a importarme?

—No lo sé, pero… —nervioso, carraspeó—, no quiero estar feo… a tus ojos.

Me recliné hacia atrás y lo miré, después me reí.

—Por todos los dioses. El gran legado Julianus es una criatura vanidosa.

Trató de no sonreír mientras el rubor le asomaba a las mejillas.

—No soy vanidoso.

—Sí que lo sois.

—Solo cuando se trata de ti. Lo que tú pienses de mi apariencia es lo único que me importa —añadió con frivolidad.

No había intentado tocarme. Hubiera deseado que me alcanzara la muñeca o la mano como había hecho mientras tenía fiebre.

—Bueno —añadí con dulzura—. Creo que un hombre con marcas de guerra es bastante atractivo.

Se irguió un poco.

—¿De verdad?

—Sí —continué, no sabía por qué le estaba inflando el ego. No le hacía falta—. Las cicatrices son un símbolo de fortaleza. Señal de que podéis soportar el dolor y las heridas. Que vuestro cuerpo es fuerte y puede sobrellevar más.

—Puedo hacerle frente a cualquier cosa. Salvo que seas tú quien me hiera.

Me acerqué a la palangana y me limpié las manos del ungüento.

—No tengo ninguna razón para heriros.

—Podrías hacerlo de igual forma.

Sonriendo, me di la vuelta para burlarme de él, pero su expresión era tan dura y severa que no pude pronunciar palabra. No se refería a daños físicos y no me podía reír de él por mostrarme su vulnerabilidad. Era una conversación demasiado seria que no habíamos mantenido con suficiente franqueza.

—Ven —dijo con un ademán—. Cuéntame una historia feliz de tu vida.

Él también percibió la tensión desmedida.

—¿Más relatos de mi don?

—No —dijo con voz firme—. Cualquier momento de tu vida que haya sido dichoso.

Asintiendo, caminé hasta llegar a su lado y me transporté al pasado para encontrar algún buen recuerdo que contarle. No me costó mucho. Me acomodé en un taburete al lado de la cama.

—Para mi madre fue una verdadera odisea criar a cuatro hijas tan inquietas y testarudas. Nos enviaba una vez a la semana a un pueblo vecino, Aldava, para vender en el mercado.

Julian se acomodó más, reposó la cabeza en la almohada, mirándome y sonriendo. Podía volverme adicta a esa expresión de adoración en su rostro apuesto.

—Había un pequeño arroyo que teníamos que cruzar. El puente hacia Aldava estaba más abajo, pero podíamos llegar al mercado más rápido cruzando un árbol caído que habíamos encontrado. Bueno, pues un día decidí añadirle un poco de aventura a nuestro viaje.

—Cómo no —murmuró.

Volví a doblar el trozo de tela que tenía en el regazo para mantener las manos ocupadas, pues era incapaz de ocultar la sonrisa que se me extendía por el rostro.

—Reté a mis hermanas a bailar por el tronco. A la que lo lograra, le compraría un bollo de miel del panadero del mercado. Pero —levanté el dedo índice y enarqué una ceja— tenían que imitar un baile que yo me inventara en aquel momento.

—Enséñamelo.

Me detuve.

—¿Qué?

—Enséñame el baile —me desafió, como yo había retado a mis hermanas ese día.

Levanté la barbilla con altivez, dejé el paño en el taburete y me coloqué a los pies de la cama. Me reí, agarrando la tela de la túnica y levantándola un poco para poder mover las piernas con libertad.

—A ver si me acuerdo… —Alcé la mirada hacia el techo de la tienda, incapaz de mantener el contacto visual con él en ese momento.

Contoneé las caderas con un movimiento sinuoso de un lado a otro, luego di dos pasos hacia la derecha, giré una vez y luego estiré con fuerza la pierna derecha antes de girar para mirar hacia otro lado, donde repetí el suave contoneo de caderas, giré y estiré la pierna izquierda, y luego di un gran salto con una palmada sonora.

—Es lo más parecido que recuerdo —dije riéndome y por fin miré a Julian.

Su expresión divertida era en parte alegría y en parte deseo. Me recorrió el cuerpo con su mirada dorada y luego volvió a mirarme a los ojos.

—Precioso —fue lo único que dijo en ese tono oscuro y aterciopelado.

—Era un baile muy sencillo —añadí de manera escueta, sin prestar atención a la seducción que había en su voz y su mirada—, pero encima del tronco era más difícil.

—Entonces, ¿quién consiguió el bollito de miel? —preguntó.

—Lela se negó a hacerlo, cómo no. Siempre fue demasiado madura. Nos reñía a todas por ser tan ingenuas. Pero Kostanya era competitiva, así que hizo el baile. Kizzy… —Hice una pausa y me volví a reír—. No tuvo tanta suerte. Se cayó al arroyo en el segundo giro.

Julian se rio y el sonido suave y ronco me infundió calor por dentro.

—¿Se disgustó?

—¿Kizzy? Nunca. —Recuerdo la forma en que Kostanya y yo corrimos hacia ella para ayudarla mientras que Lela nos regañaba y repetía: «Mira que os lo he dicho…»—. Se lo tomó a risa, incluso a pesar de que se pasó el día con las medias empapadas. Era verano y hacía bastante calor. Aun así, le compré el bollito de miel. Nunca podía negarle nada a Kizzy. —Una breve sensación de añoranza se apoderó de mí.

—Me lo imagino. —Entornó los ojos—. Eras una buena hermana.

Le subí las sábanas hasta debajo de la barbilla.

—Sí. —Se me formó un nudo en la garganta—. Lo era. —Soplé para apagar la lámpara de aceite de la mesilla de noche—. Ahora, descansad.

Salí de la tienda de campaña, pues los recuerdos me habían despabilado del todo. Estaba oscuro, así que nadie me vio deslizarme entre las tiendas hasta la parte de atrás, donde pude respirar aire fresco y mirar la luna.

Me pregunté si mis oraciones a Proserpina habrían ayudado algo a mis hermanas. Me gustaba pensar que estaban todas juntas en el más allá con papá y mamá. Y Bunica. Tenía la esperanza de que los espíritus de Lela y Jardani se encontraran también y de que caminaran juntos en paz.

El recuerdo que le había contado despertaba en mi pecho tanta alegría como profunda tristeza. No había pensado en los buenos tiempos desde hacía tanto. En las muchas discusiones entre hermanas y en los insignificantes agravios que se convertían en abrazos y lágrimas más veces de las que podría contar.

Una lágrima me resbalo por la mejilla mientras contemplaba el cielo iluminado por la luna; las estrellas parecían un lienzo de brillantes cristales rotos.

Bunica había dicho que mis hermanas y yo cambiaríamos el rumbo

de las cosas, que derrotaríamos a nuestro enemigo y cambiaríamos el destino de nuestro pueblo. Nunca había hablado de romanos, pero ambas sabíamos que se refería a ellos. Bunica había tenido una visión y estaba segurísima de su premonición sobre nosotras.

Entonces mis hermanas ya no estaban.

—Pero yo sigo aquí, Bunica.

Me sequé las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

Yo seguía ahí y arriesgaría mi vida para que se cumpliera la profecía. Lo haría todo yo sola si era menester. Sin embargo, sabía que no tenía por qué. Ya no estaba sola. Tenía a Julian y a los aliados en los que él confiaba. Por primera vez en tantísimos años, la esperanza se agitó en mí como el aleteo de un pájaro que por fin intentaba alzar el vuelo.

—Lo prometo, Bunica —le juré al cielo y a cualquier deidad que pudiera estar escuchándome.



MALINA

Según Trajan, la mayoría de los soldados romanos que resultaron heridos por el humo y las llamas y que no murieron atrapados bajo las redes se habían recuperado. Julian fue el único romano al que los bárbaros atacaron cara a cara, además del portaestandarte, que no había sobrevivido a las heridas.

Trajan me informó de que sus exploradores no habían encontrado rastro alguno de que hubieran acampado cerca. Esta vez sí que habían desaparecido. Aunque el resto de los soldados se habían preparado para la retirada, seguían esperando a que su general se

recuperase. Nadie se iría sin él.

Julian se pasó durmiendo casi todo el día y recuperó el color del semblante. Era cerca del atardecer y, aun así, seguía durmiendo. Sin embargo, ya no tenía fiebre y, la última vez que le había cambiado las vendas, la herida parecía mejorar. Trajan dijo que eso se debía a su sangre de dragón y a mis buenas dotes de enfermera.

Encendí una segunda lámpara de aceite mientras la tienda se oscurecía con la puesta de sol y me senté junto a Julian en la cama. Ya no tenía fiebre, pero me gustaba pasarle un paño frío por la frente.

Durante la última semana, había tenido muchas oportunidades de observarlo de cerca. Mientras descansaba tranquilo con los ojos cerrados y sin encandilarme, podía mirarlo cuanto quisiera.

En ese momento, por ejemplo, observaba sus rasgos marcados —su mandíbula afilada, sus pómulos pronunciados y su nariz larga—, que de cerca parecían más seductores. Y su boca. Los labios suaves hacían que me imaginara y me preguntara cómo me sentiría y me invitaban a extender la mano y a tocarlos.

Le pasé la yema del dedo por el labio inferior y luego me incliné más sobre él, apoyé el peso en el otro codo y estiré las piernas sobre la cama. Me acerqué más, volví a examinarlo y tracé una línea con la punta del dedo a lo largo de la mandíbula pronunciada hasta la frente.

No daba ningún miedo. A mí no. En realidad, era muy apuesto. Estaba a punto de rozarle la mejilla con la yema del dedo cuando abrió esos ojos dorados.

Me quedé inmóvil, sin apartar la vista, mientras continuaba la exploración táctil hasta llegar de nuevo a la boca. Entreabrió los labios cuando volví a recorrerlos; la calidez de su aliento en la punta de los dedos, mi mirada fija en su boca.

No dijo ni una palabra ni yo tampoco, pues los dos temíamos romper el hechizo.

Ojalá poder decir que lo odié desde el principio, desde el momento en que me alejó del campo de batalla para separarme de mi clan celta. Debería haberlo odiado, pero no fue así.

A los romanos, a su sangre de dragones, sí. Siempre los había odiado. Pero Julian era la excepción, desde aquella noche que apareció en nuestra compañía ambulante como centurión, cuando me vio bailar y me dio una moneda para la buena fortuna.

Le pasé las yemas de los dedos por la mandíbula hasta la garganta, donde el pulso le latía con fuerza.

—¿Han dicho los dioses que soy tu tesoro? —susurré, preguntándome si lo había dicho demasiado alto, si los dioses podrían oírme y refutar mi declaración. Pero yo ya no escuchaba a los dioses.

Le deslicé los dedos con suavidad por la frente prominente y, de nuevo, por la mandíbula.

—No me importa lo que digan, porque lo que siento es completamente mío. No me lo ha impuesto el destino ni nadie. Viene de mi propia alma.

La bruja que llevaba dentro puede que se deleitara con el alocado deseo que Julian provocaba, pero este sentimiento iba más allá de mi magia. En ese instante, era mi voluntad la que me guiaba, anunciaba una verdad que ya no podía ocultar en mi interior.

—Por fin puedo confesarte —murmuré sin mover la mano que le cubría la mandíbula, con el pulgar apoyado en la comisura de su boca— que tú también eres mi tesoro.

Julian permaneció inmóvil sin decir palabra. Me miraba con una expresión que parecía de otro mundo, ardiente como el sol en verano.

Me aferré a su hombro, me estiré hacia arriba para apoyarme en su pecho y luego bajé la cabeza con cuidado. Él esperó inmóvil como una piedra, hasta que le rocé los labios con los míos.

Su enorme mano me acarició la nuca mientras gemía y me metía la lengua en la boca. El beso pasó enseguida de ser lento y titubeante a convertirse en un deseo abrasador. Me mordisqueó, me lamió y me comió la boca con avidez. Cuando solté un suave sonido de placer, me puso debajo de él y me presionó contra el colchón.

Fue algo divino. Se aseguró de no aplastarme, pero me colocó su glorioso peso entre mis piernas abiertas. Me deslizó la mano libre por debajo de la túnica, me flexionó la pierna y me agarró el muslo para hacerse sitio, con la intención de acomodarse más a su gusto.

—Malina —gimió mordisqueándome la mandíbula y bajándome por la garganta.

Le hundí las manos en el pelo corto, rascándole el cuero cabelludo con las uñas desgastadas, arqueando el cuello para que pudiera lamer y besarme a su antojo.

El deseo me recorría la sangre. Levanté las caderas y noté que la polla dura me presionaba el pubis. Solo una sábana enredada y mi fina túnica nos separaban.

Su boca estaba de nuevo encima de la mía, hurgando, chupando, mordiendo y arañándome los labios mientras yo gemía:

—Más.

Un ronroneo constante, lento y retumbante vibraba desde su pecho hasta el mío; su parte dragón quería manifestarse. Tuve el pensamiento fugaz de que tal vez debería sentir asco, pero lo descarté de inmediato. Ya no me reprendería a mí misma por lo que sentía por Julian. Confiaba en mí y toda yo lo anhelaba. Me apreté más contra él y mi sexo empapó la sábana de lino que nos separaba.

A través del vínculo que nos unía, el que no podía ni quería

romper jamás, percibí su deseo desesperado, lo que me excitó todavía más y aumentó mi placer.

—Dioses. —Me estremecí mientras me balanceaba y frotaba la entrepierna contra su miembro duro.

Me agarró el escote de la túnica, lo rasgó y dejó un pecho al aire. Al instante, bajó la cabeza y chupó el pezón erecto. Su ronroneo me excitó aún más. Me retorcí cuando la mano que tenía en el muslo se movió entre mis piernas y acarició mi lubricado sexo.

—Mmm… —gimió contra mi pezón antes de introducirme un dedo —. Malina. —Su voz ronca quería llevarme al clímax.

Sollocé y arqueé el cuello, ya me estaba corriendo cuando me metió un segundo dedo, que empezó a mover con rapidez y profundidad, sin dejar de rozarme el pecho con los dientes.

Luego se abalanzó sobre mí, sin dejar de mover la mano, me presionó el clítoris con el pulgar y me lanzó una mirada atenta que me hacía arder de deseo.

Me quedé con la boca abierta cuando me corrí y un gemido agudo se me escapó de la garganta. El placer era tan grande que no podía callarme aunque lo intentara.

—Mmm… —murmuró él de nuevo, metiendo los dedos hasta el fondo mientras yo me estremecía. Bajó la boca mientras yo jadeaba y me plantó un beso delicado en los labios, que tenía hinchados—. Te corres con una dulzura increíble, mi pájaro de fuego salvaje —dijo besándome una vez más—. No pensé que pudieras ser tan suave y perfecta.

Me sacó los dedos y eso me hizo jadear y apretar los muslos. Se incorporó, apoyando el peso en un brazo, y me miró mientras se chupaba las falanges y dejaba escapar otro gemido ronroneante.

Fue una impresión tremenda descubrir que hacía que me retorciera de deseo una vez más. Sonrió con unos caninos más

afilados de lo que deberían ser para un humano, pero no tanto para un híbrido.

—¿Has dejado salir a tu dragón interior? —pregunté mientras un rubor me enrojecía las mejillas.

—No puedo negarle lo que quiere —dijo mirándome con adoración.

Me quedé boquiabierta observando a Julian, intentando hacerme a la idea de los límites que acabábamos de cruzar y de que lo deseaba más aún, entonces hizo una mueca de dolor. Lo aparté y me dejó que lo tumbara boca arriba, donde vi que una sangre oscura se había filtrado a través de la sábana y por encima de mi túnica.

—¡Dioses! ¡Estás sangrando!

—Creo que se han roto un par de suturas mientras estábamos… ocupados.

—¡Julian! ¿Por qué no has parado?

Frunció el ceño.

—Ni en sueños. No podría detenerme ni aunque quisiera.

Bajé la sábana con delicadeza, tratando de no hacerle más daño.

—Solo un hombre preferiría desangrarse antes que interrumpir su placer.

—Era tu placer el que no estaba dispuesto a interrumpir.

Levanté la mirada hacia él mientras sacaba el trapito que guardaba doblado sobre la palangana, junto a la cama.

—Tendrías que haber parado de todos modos —dije limpiándole la sangre.

Solo se le había saltado un punto, pero otros dos estaban un poco más estirados.

—¡Por Júpiter! —exclamó cogiéndome de la barbilla para que lo mirara—. Me habría muerto desangrado solo por ver esa mirada de éxtasis en tu cara. Sabiendo que era yo quien te lo procuraba.

—Basta, Julian. —Le aparté la mano y me incliné sobre la mesa auxiliar donde había guardado los suministros medicinales, incluyendo la aguja y el hilo—. Me estás avergonzando —dije en voz baja mientras me inclinaba para volver a coser el punto que se había abierto.

Su risa era suave y profunda, su mano encontró mi rodilla y me dio un apretón. Mantuve la vista centrada en la labor.

—Malina —ronroneó cuando lo ignoré demasiado tiempo—. Gracias.

—¿Por qué? —Volví a mirarlo.

—Por ser tal y como eres y nada más. Por no fingir que esto no existe. —Señaló entre nosotros y frunció el ceño—. Temía que me negaras. Que nos negaras. Temía que ni siquiera permitieras esto.

—¿Habrá más que esto?

—Mucho más, Malina. Lo habrá siempre.

—No lo dirás en serio. —Me reí y terminé la sutura sin que él ni siquiera hiciera una mueca.

—Muy en serio.

Tragué saliva ante su certeza. Acababa de ceder a esta locura entre nosotros. Ese «siempre» me resultaba aterrador.

Dejé la aguja y el hilo a un lado y le puse una venda limpia en la herida. Cuando terminé, recogí la mesa y cambié la ropa de cama por otra. Al día siguiente tendría que lavarla. Apagué la lámpara de aceite de la mesita y me dirigí a mi zona, donde me esperaba una cama más pequeña.

—Malina —me llamó.

Yo estaba junto a la segunda lámpara de aceite que ardía sobre la mesa donde solíamos comer, a punto de apagarla. Julian alargó el brazo.

—Ven a dormir conmigo.

—Por supuesto que no. Acabo de curarte la herida.

—Solo será dormir —bromeó. Esbozó una media sonrisa muy atractiva.

—Aun así, podría hacerte daño.

—Por favor, Malina. —Suspiró—. Solo quiero estar tumbado a tu lado.

Miré a través de la cortina hacia la abertura de la tienda preguntándome si era prudente. ¿Y si alguien nos descubría? ¿Y si ya nos habían descubierto? De todos modos, todos pensaban que yo era su esclava sexual, así que ¿qué más daba?

Julian me quería a su lado para que lo reconfortara y no podía negárselo. Ya no.

Apagué la lámpara y me acosté a su lado. Al instante, mi cuerpo se relajó. Reposé la cabeza entre el pliegue de su hombro y su pecho, él me rodeó la espalda con el brazo. Cuando metí las manos entre nuestros cuerpos contra su costado, exhaló un fuerte suspiro y luego un gruñido de satisfacción.

—Ya está —susurró—. Perfecto.

Tenía una decena de protestas mordaces en la punta de la lengua sobre lo insensato que era aquello, teniendo en cuenta que acabábamos de reabrirle la herida. Pero no dije nada y me acurruqué más.

—Buenas noches, Malina —murmuró sobre mi coronilla.

—Buenas noches.

Sabía que nuestro vínculo nunca se había roto, pero a menudo mantenía cerrada la conexión, temerosa de lo que sentiría si la abría de par en par. Al enlazar nuestros cuerpos, cálidos y compenetrados, la abrí.

Aturdida, pero no sorprendida, espiré con gran alivio ante el inmenso afecto que me transmitía Julian. Dejé que sus sentimientos

me tranquilizaran y me sumergieran en el mundo de los sueños. Me relajé un poco más en su abrazo, agradecida de poder olvidar las preocupaciones aunque fuera por esa noche, y de estar rodeada por los fuertes brazos de Julian, mi dragón. Nunca me había sentido tan bien.



JULIAN

Pensé que estaba soñando. Notaba su ligero peso amoldándose en mi pecho y mi costado, y su aroma embriagador me llenaba las fosas nasales. Mientras me despertaba, me vino un pensamiento de lo más extraño: así era como quería morir. Con ella entre mis brazos, muchos años después, después de una vida larga y plena juntos.

Inmediatamente después, la realidad y un miedo auténtico se apoderaron de mí. ¿Cómo iba a mantenerla a salvo en Roma? Había habido una nube ominosa sobre mí desde que la había sacado de aquel campo de batalla en la Galia. El peligro de perderla se había

convertido en un pensamiento obsesivo constante.

Por eso mi dragón había estado tan despierto durante los últimos tiempos. No quería dormitar bajo las maquinaciones del hombre. Quería atacar y matar a cualquiera que la amenazara a ella o a nosotros. Como necesitaba seguir con la farsa de ser el conquistador sumiso para mi tío, eso se había convertido de repente en un problema. El dragón no quería seguir fingiendo. Quería llevarse a Malina de ahí y ponerla a salvo, y los demás que se pudrieran. Que se las apañaran solos.

Como si hubiera adivinado mis temores, Trajan entró en la tienda. Vi su ceño fruncido a través de la cortina transparente que separaba la zona de estar del dormitorio. Se detuvo justo al otro lado.

—Julian.

—Pasa.

Cruzó la cortina con un pergamino en la mano y no hizo aprecio alguno al ver a la chica que dormía entre mis brazos. Desde que nos conocíamos, nunca había compartido cama con una mujer.

—Viene de Roma. —Levantó el pergamino—. Del césar.

Malina se incorporó al instante. Yo quería quedarme un rato más con ella, pero parecía que Roma no quería esperar. Me senté en la cama, me fijé en el sello de mi tío, lo rompí y desenrollé el pergamino.

Se me hizo un nudo en el estómago al leer la breve misiva, que luego volví a enrollar.

—¿Qué dice? —preguntó Trajan, mientras Malina me miraba preocupada.

—Que regresemos a Roma de inmediato e informemos sobre nuestro enemigo aquí.

—Ha recibido noticias de nuestro campamento. —Trajan frunció el ceño todavía más.

—No me sorprende. Ya sabemos que tiene espías por todas partes.

—Pero seguís herido —objetó Malina—. No deberíais moveros todavía.

Mi enfado desapareció al instante. Que se preocupara de este modo bastaba para calmar la inquietud que me provocaba mi tío. De momento.

—Aun así, debemos levantar el campamento y regresar. El césar quiere que vuelva con mi ejército.

—¿Y qué pasa con los soldados quemados que siguen demasiado malheridos? —preguntó Trajan.

—Que los lleven otros.

Trajan apretó la mandíbula. Volver a Roma heridos por nuestro enemigo era una señal de derrota. Aunque no nos hubieran derrotado en esta ocasión, habíamos perdido nuestra única batalla contra los saqueadores. Habíamos sufrido un ataque mayor de lo esperado y, encima, a manos de un rival que se había esfumado sin más.

—Nos vamos esta misma tarde, Trajan.

Asintió y se fue a preparar mis órdenes, aunque también alcancé a ver un destello de preocupación en sus ojos cuando miró a Malina. No hizo falta que dijera nada en alto. Ya conocía sus inquietudes. Vivían dentro de mi carne, de mis huesos.

—No deberías volar todavía —protestó ella—. ¿Y si se te abren todas las suturas al cambiar de forma?

—Están casi todas cerradas. Salvo en ese punto sensible.

Ella sacudió la cabeza y me frunció el ceño con elegancia.

—En ese punto sensible…

Malina se levantó de la cama y se acercó rápidamente a su mesita, donde sus pocas túnicas y sábanas estaban dobladas de

manera pulcra. Luego empezó a meter las prendas en la bolsita en la que las había traído.

Me incorporé un poco más y giré las piernas para apoyar los pies en el suelo. Me dolía el costado, pero no notaba tirones en las suturas. Pero ella tenía razón, claro. Aunque mi herida fuera poco más que un rasguño en forma de dragón, si se me abrían las demás suturas, tendría que curarme otra vez cuando me transformara.

—Qué extraño. —La observé mientras iba de un lado a otro, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas.

—¿El qué? —preguntó, acercándose al otro lado de la cama para guardar el ungüento medicinal y los demás utensilios.

—Que la mujer a la que tanto… atesoro consiga guardarlo todo en una bolsa tan pequeña.

Ella resopló y me fulminó con la mirada, luego siguió recogiendo sus cosas.

No entendía la magnitud de mi afecto, cuánto tiempo había soñado con poseerla. Y, aunque la noche anterior solo nos dimos un beso y nos adentramos un poco más, bastó para mantener viva la esperanza en mi corazón.

—No te arrepientes de lo que has dicho antes.

Malina se arrodilló para doblar las mantas con las que había dormido mientras estábamos aquí.

—¿Antes de qué?

Sonreí al pensar que esa ropa de cama no se había usado anoche, y que habían sido mi cuerpo y mi lecho los que la habían abrigado.

—Antes de que me besaras y me asaltaras.

Malina detuvo sus movimientos frenéticos y me miró boquiabierta.

—Creo que fuiste tú quien me asaltó.

—Pero tú me besaste primero —dije provocándola.

Ella negó con la cabeza mientras seguía doblando la ropa, el pelo

suelto le rozaba la espalda, y se resistió a responder a mi pregunta.

Me puse de pie y estiré los músculos por primera vez en días. Volar en forma de dragón me sentaría bien, pero en ese instante tenía que aclarar las cosas con Malina.

—Ven aquí.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? Estoy recogiendo las cosas.

—Ya veo lo que estás haciendo. Ponte de pie para que no tenga que hablarle a tu nuca. Aunque son unas vistas preciosas, eso sí.

Ella resopló de la frustración y se puso de pie frente a mí, con la barbilla levantada y la mandíbula apretada. Me di cuenta de que yo mismo estaba sonriendo y eso le hizo arrugar la frente todavía más.

—¿Sabes cuántas veces he pensado en ti desde la noche en que te vi bailar?

Ella se encogió de hombros.

—Pues yo no he pensado para nada en ti. ¿Y qué?

Me acerqué a su cuello y tiré de la cadena de la que colgaba la moneda que le había regalado, la que mi padre acuñó para celebrar su boda. Agarrando la pieza de oro con suavidad, murmuré:

—¿Para nada, pájaro de fuego? ¿Ni una sola vez?

Intentó apartarse, pero la tenía inmovilizada por el collar. Aquellos ojos cautivadores se suavizaron, aunque noté que deseaba negarlo.

—No, no me arrepiento de lo que dije ni de lo que hicimos —admitió en voz baja.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadada?

—No estoy enfadada, sino preocupada.

—¿Qué te inquieta?

—Ah, pues no sé —espetó en tono sarcástico—: que intentes matar al césar, que el césar te mate a ti.

—Ganaremos —afirmé tajante y deseé que fuera verdad.

—¿Y luego qué? —preguntó—. Pasarán años, si no décadas, hasta que tu nueva Roma esté consolidada. No puedo… —Se mordió el labio y apartó la mirada.

—¿No puedes qué? Dime, Malina.

Exhaló frustrada y se volvió hacia mí.

—Julian —susurró—, eres mi dueño. Y yo soy tu esclava. Mi corazón no puede desear tener más a tu lado mientras lo sea.

Una sensación nauseabunda se apoderó de mi estómago.

—Entonces eres libre. Te llevaré adonde quieras ir.

Ella se rio.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Busquemos algún lugar lejano en lo más recóndito de la naturaleza. Lejos de cualquier provincia romana.

Se le desvaneció la sonrisa.

—¿Dejarías tu puesto como general romano, como el próximo en la línea de sucesión al trono? ¿Dejarías a tus aliados en la estacada, abandonarías tu misión de…? —Miró hacia un lado, aunque no había nadie más en la tienda, ni tampoco oía a nadie cerca afuera—. De acabar con este régimen. De crear una nueva Roma más libre.

Sentí un nudo en el estómago al pensar en dejar esa labor inconclusa, en dejar a mi tío en el poder. Y en dejar al pueblo bajo el yugo del dolor y la esclavitud.

—Si eso es lo que quieres, te llevaré a cualquier parte, donde sea. Pero no puedo dejarte allí sola y volver aquí. —Aún no podía explicarle que era mi dragón quien me prohibiría abandonarla a su suerte en algún lugar remoto, sin protección. Nunca podría hacer eso. No en ese momento. Ni aunque lo intentara.

En su rostro se reflejaban la frustración y la rabia.

—No —añadió con brusquedad—. Nunca podría pedirte eso. No lo quiero. Significaría que todos los que están a merced de tu tío y de

los que son como él seguirían sufriendo. No soy ni seré jamás tan egoísta.

Solté la moneda que colgaba de su collar y le acaricié la cara. Le di un beso en la frente.

—Entonces, quiero que sepas que eres libre. Cuando quieras, te llevaré a cualquier parte del mundo. A donde desees ir.

De improviso, me rodeó la cintura con fuerza, presionó la mejilla contra el esternón y me abrazó con fuerza. Yo la estreché contra mí. Como mujer humana, la sentía delicada y pequeña entre mis brazos, lo que me recordaba una vez más lo vulnerable que era esa muchacha entre dragones. Tensé la quijada y la apreté más fuerte.

—Ay, Julian. No quiero estar en ningún otro sitio. —Me agarró con más fuerza—. Mi lugar está aquí.

Acunándole la nuca con una mano y rodeándole la cintura con la otra, la mecí en mis brazos y la besé con suavidad en la coronilla.

—Entonces, estamos unidos, como has dicho antes.

—Supongo que así es —reconoció en un susurro, con la boca apretada contra mi pecho.

Tras deleitarme un momento más con su afecto, me aparté, le pasé la mano por debajo del pelo y le levanté la barbilla con el pulgar.

—Lo siento, Malina. Por el sufrimiento de tu pueblo, por la muerte de tu familia, por todos los que padecen bajo el yugo de Roma. —Deslicé el pulgar por la línea aterciopelada de su mandíbula—. No obstante, quiero que sepas que no todos somos iguales. Hay muchos dragones que no están de acuerdo con mi tío y con su forma de gobernar. Ni con el modo en que han gobernado otros tantos antes que él.

Me envolvió las muñecas con sus deditos.

—En ese caso, más vale que salgan de su escondite y se pongan a

tu lado.

—Lo harán. Todos se unirán a mí cuando llegue el momento de atacar. —Le recorrí la espalda con la mano libre, de arriba abajo, con suavidad, sin despegar su cuerpo del mío.

Ella sonrió.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Este Julian tan tierno. Que no lo reconozco… o no lo veo muy a menudo.

—Es peligroso ser cualquier cosa que no sea el Conquistador fuera de esta tienda. Fuera de mi casa. Solo contigo puedo ser este Julian —susurré, me incliné y acerqué la boca a la suya.

Ella levantó la barbilla, se puso de puntillas y me recibió a medio camino, nuestros labios se rozaron en una suave exploración, muy distinta al primer beso. Quería que supiera que podía ser tierno con ella… y delicado. Llevé la lengua a la suya con ligereza, la rocé con unas caricias pausadas y curiosas. Mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho, el deseo anhelaba más y no aparté las manos de ella. La besé con la veneración y el profundo afecto que sentía, pues quería que supiera que podía confiar en mí. No era el bruto que ella pensaba que eran todos los dragones. Había muchos otros como yo.

Malina tenía razón. Llegaría un momento, pronto, en el que todos tendríamos que salir de nuestro escondite.

De momento, teníamos que volver a Roma y yo debía enfrentarme a mi tío.

Al cabo de un rato, volví a abrazarla sin más. Ella apretó la mejilla contra mi esternón y jadeó con suavidad.

—Antes de que llegaras, todo esto era más fácil —admití.

—¿A qué te refieres?

—A que antes no me preocupaba perder la vida.

—Pero ¿ahora sí?

—No. —La atraje más hacia mí—. Me preocupa perder la tuya.



JULIAN

Al llegar a casa, dejé que Malina me cosiera la herida una vez más mientras me miraba enfadada y maldecía por lo bajo hablando de hombres testarudos. Al transformarme se me habían abierto las suturas. Ya lo sospechaba, claro, pero no quería que la llevara nadie, solo yo. Esperé hasta que todos menos Trajan hubieran abandonado el campamento para asegurarme de que no nos vieran.

Después de que me cosiera, me bañé y me puse una toga real de color rojo intenso, luego partí hacia el palacio imperial a lomos de Volkan. Estaba oscuro cuando el caballo recorrió al trote el sinuoso

camino bordeado de altos cipreses.

A medida que nos acercábamos a los establos, fui frenando la montura, mientras hacía de tripas corazón y encerraba mis emociones por Malina en la cámara donde dormía mi dragón. Llevaba puesta la máscara del Conquistador Desalmado cuando apareció Jovan, el mozo de cuadra. Esa era la única versión de mí que podía ver mi tío.

Cuando desmonté y le di las riendas a Jovan, me dolió la herida, pero no dejé que la incomodidad asomara a mi rostro. No podía mostrar signo alguno de debilidad.

Subí con paso enérgico los escalones de mármol, pasé por delante de los pretorianos que custodiaban la puerta y me detuve junto a otro guardia apostado frente al salón del césar, donde solía reunirse con sus generales y políticos.

El guardia me hizo el saludo y luego dijo:

—No se encuentra ahí, legado.

—¿Dónde está?

Su expresión siguió siendo estoica cuando respondió:

—En el foso.

Asentí con la cabeza y seguí caminando, maldiciendo por dentro a todos los dioses. Cada vez que veía a mi tía en su estado, se me desgarraba el corazón. Crucé el patio abierto donde el césar celebró su última fiesta y me preparé para lo que me esperaba no muy lejos de los portones exteriores. Había pensado en tratar de liberar a mi tía en varias ocasiones, pero el emperador la tenía tan bien vigilada que no podría hacerlo sin que me capturaran. Era uno de los muchos errores que pensaba enmendar cuando implementáramos nuestro plan, un proyecto que cada vez ansiaba más llevar a cabo.

Al salir por la verja trasera del jardín, tomé el sendero irregular entre la hierba alta, el cual se había desgastado de las veces que mi

tío lo había transitado para ir a ver a su hermana. Allí, sobre una plataforma que había mandado construir y que sobresalía del borde, suspendida sobre el foso, estaban mi tío, dos pretorianos y Ciprian.

Me quedé paralizado un segundo, pero por suerte este último parecía estar marchándose ya. El césar le dio una palmada en el hombro antes de que se alejara y emprendiera el camino hacia mí.

Abrió un poco más los ojos. No me esperaba. Luego se le relajó la expresión y adoptó su habitual mueca de arrogancia.

—Legado, he oído que habéis tenido problemas en Mesia.

—Nada grave, Ciprian. No he perdido tantos hombres como vos en Macedonia.

Se le borró la sonrisa.

—Al menos mis hombres y yo ganamos en el campo de batalla.

—Vuestros hombres… No eran vuestros. Aún tenéis que liderar una campaña propia. Solo sois prefecto —le recordé.

—No por mucho tiempo. —Se detuvo frente a mí cortándome el paso y se ajustó la toga negra en el hombro con la mano contraria —. Espero con ansias vuestra hospitalidad y poder echarle un vistazo a vuestra esclava muy pronto.

Me quedé paralizado y con los músculos tensos. Tuve que contenerme para no estrangularlo allí mismo y le respondí con firmeza:

—No tengo intención de invitar a nadie a corto plazo. Hay cosas más importantes que hacer, como guerras que librar. —Me consumía el pánico solo de pensar en él comiéndose a Malina con los ojos.

—Eso es lo que vos creéis. —Se rio y pasó de largo—. Id a hablar con vuestro tío.

Me costó mucha más energía de la que imaginaba no agarrarlo por la ropa y exigirle que me dijera de qué coño estaba hablando. Con una expresión impasible, seguí caminando hasta encontrarme

con el emperador, que estaba junto a la barandilla de la plataforma con un cáliz dorado en una mano. Me negué a mirar hacia abajo todavía.

—César —lo saludé.

Así le recordaba su poderosa posición siempre que podía y empleaba su título formal en lugar de tutearlo.

—Julian.

Esbozó una sonrisa al girarse de lado para saludarme, tenía los ojos vidriosos por la bebida y la mirada de dragón, con unas hendiduras serpenteantes en el centro del oro. Me agarró del antebrazo y lo sacudió con fuerza.

—Infórmame —ordenó, como siempre hacía justo después de una campaña.

—El enemigo destruyó por completo la ciudad de Singidium, según nos informaron. Ningún superviviente pudo dar fe de quién había atacado su provincia, así como las dos colindantes. Envié exploradores a buscarlos en las arboledas y colinas cercanas. Se nos escaparon y permanecieron ocultos durante más de dos semanas, hasta que por fin los acorralamos en una zona central, un denso bosque al norte de Singidium.

Mantuve una voz sosegada y segura, y la mirada fija en la suya, a pesar de su incipiente estado de embriaguez. Siempre era peligroso, fuera cual fuera su estado.

—Parecía que eran una tropa pequeña cuando mis legiones se abalanzaron sobre ellos, pero entonces iniciaron un fuego que prendió rápidamente y arrasó con todo el bosque en el que se hallaban mis soldados. Usaron redes para evitar que mis oficiales salieran corriendo, pero la mayoría pudo liberarse. Nos vimos obligados a retirarnos. Cuatrocientos ochenta y tres hombres murieron en el incendio. Doscientos treinta y seis resultaron heridos

y se recuperarán del todo. La horda bárbara huyó y desapareció de la zona.

—¿Descubriste sus orígenes o de qué tribu son?

—No, emperador.

Tenía una ligera idea, pero no pensaba comentársela.

—¿No rescatasteis a ninguno de los heridos de su bando?

—Me temo que no. Lo habían planeado todo muy bien y, al parecer, tenían una ruta de escape que no conseguimos descubrir. No pudimos perseguirlos una vez que se inició el incendio. Fue una conflagración.

Mi tío frunció el ceño.

—Fuego. Es curioso que usaran nuestra propia arma estrella contra nosotros.

—Creo que fue una declaración de intenciones, césar. Querían decirnos precisamente eso: que ellos también podían usar armas romanas. No tenían intención de luchar contra nosotros en un combate hombre a hombre. Solo querían provocarnos y huir.

Resopló y volvió a centrar su atención en el foso, donde oía a mi tía alimentándose de algo. De alguien. Era un sonido grotesco, húmedo y crujiente que me revolvió el estómago.

—Cobardes, pues —dijo—. Gentuza. No hace falta perseguirlos a menos que vuelvan a atacar.

Y lo harían. Aunque tenía la sensación de que el siguiente objetivo sería mayor.

Igniculus miró hacia abajo. Acabé girándome y obligándome a mirar hacia el foso. Mi tía, en su forma de dragón blanco, masticaba los restos de un hombre. Solo quedaban la parte inferior del torso y una pierna.

—¿Está sabroso, Camilla? —gritó el césar.

Ella giró la cabeza hacia nosotros; la cadena que llevaba alrededor

del cuello la mantenía estacada en el suelo. Le goteaba sangre del hocico con colmillos. Abrió la boca, soltó un gruñido gutural y miró a mi tío con los ojos rojos entrecerrados. En ese instante me vio.

No sabía con certeza si me reconocía o no. Sin embargo, soltó un grito desgarrador, un lamento triste y similar al de un pájaro, y luego retomó su ágape macabro.

—Que aproveche, corazón —dijo el emperador, riéndose, mientras levantaba la copa hacia ella y luego le daba un trago—. Le encantan los gordos.

No me molesté en preguntar quién tenía el lujo de ser la comida de mi tía aquella noche. Por lo general, elegía a uno de los muchos que creía que estaban en contra de su régimen o a un prisionero de guerra reciente antes de venderlos en una subasta.

Era todo un misterio por qué la tía Camilla adoptaba permanentemente la forma de dragón. Su hermano había hecho que infinidad de médicos la estudiaran y rebuscaran en los archivos en busca de casos de este tipo para encontrar una cura. La única conclusión a la que llegaron fue que había sucumbido a la locura del dragón y ya no podía volver a adoptar su forma de mujer humana.

El tío Igniculus había destripado al primer médico que le había dado ese diagnóstico. No obstante, había perdonado al segundo y al tercero, quizá al darse cuenta de que tenían razón.

Yo también había investigado un poco y había encontrado un caso en los libros de mi padre sobre las primeras familias de dragones. Los dragones eran seres protectores y había habido un caso de un niño al que habían separado de su familia mientras viajaba. Adoptó su forma de dragón y permaneció así incluso después de que familiares lejanos lo encontraran viviendo en una cueva años después. Trataron de convencerlo para que regresara a su aldea, pero empezó a escupir fuego para mantenerlos alejados y vivió toda

la vida como un dragón.

La teoría era que su dragón sabía que gozaba de mejor protección en forma de bestia y temía ser vulnerable como hombre.

Sea lo que sea lo que mi tío le hubiera hecho a su hermana, Camilla, la había aterrorizado tanto que prefería vivir como un dragón atado en ese foso antes que recuperar su forma femenina. Ojalá pudiera liberarla algún día de esta triste vida entre cadenas.

La criatura terminó de comer y levantó la vista. Volvió a emitir ese chirrido agudo, luego se hizo un ovillo mientras las cadenas tintineaban y nos dio la espalda al tiempo que se quedaba dormida.

—Tú solo tienes que regresar conmigo —le susurró mi tío con una voz tan sensual que resultaba repugnante—, y yo te quitaré las cadenas, cariño.

Ella no se movió ni hizo ruido alguno; la espalda se le alzaba con cada respiración profunda como si ya estuviera dormida.

Igniculus gruñó y se volvió hacia mí.

—Entra a tomarte una copa, hombre.

Joder. Era lo último que me apetecía.

—Por supuesto, tío. Será un placer.

Sus pretorianos nos siguieron, pero yo estaba muy pendiente de los que aguardaban apostados en las torres de vigilancia permanentes que flanqueaban el foso de mi tía: ellos eran los perros guardianes de mi tío.

Pasamos por la puerta trasera y la entrada que daba a su salón de banquetes, luego a la parte central del palacio y, por último, a su salón.

—¡Jana! —gritó mientras se sentaba en una butaca.

Una hermosa mujer con su collar de esclava entró enseguida en la estancia.

—¿Sí, *dominus*?

La reconocí: era una de las portadoras de vino en la fiesta.

—Tráeme más vino y uno para mi sobrino.

—Enseguida, *dominus*.

Mientras la sierva nos traía la bebida, me estiré y fingí estar cómodo en casa de mi tío cuando, en realidad, todo mi ser protestaba por estar allí. El palacio apestaba a podredumbre, a corrupción, a pecado.

—No dejes que esta derrota te abrume, sobrino. Son intrascendentes.

—Gracias por decirlo, pero allí estaré como vuelvan a levantar la cabeza de la arena.

—Pues claro. Eres dakkiano. Sangre de mi sangre. —Se dio unos golpes en el pecho.

Jana trajo el vino y se marchó a toda prisa.

Mi tío tenía la mirada nublada por el alcohol y estaba un tanto sentimental. Era algo muy poco común en él.

—¿Sabes, Julianus? Augustus nunca supo seguir la senda del dragón.

No me estremecí al oír el nombre de mi padre. Ya nadie hablaba de él, pues les daba demasiado miedo resucitar viejos fantasmas u ofender al Conquistador.

—Él estaba hecho de otra pasta —continuó Igniculus con un suspiro—. Tú te pareces más a mí que a mi hermano.

—Siempre lo he pensado —mentí.

Él se rio entre dientes después de darle otro tiento al vino.

—Si hubiera tomado a tu madre alguna vez, habría jurado que eras mi hijo legítimo y no el de mi hermano.

Gruñí con una sonrisa y me tragué la bebida, que sabía a bilis. En ese momento, me habría sido muy fácil matarlo. Sin embargo, una vez más, eso solo era una parte del plan. Había que cortar muchas

cabezas a la vez si queríamos que nuestro golpe de Estado tuviera éxito. Así pues, me mordí la lengua y sonreí pese al dolor que me causaba que hiciera bromas sobre mancillas a mi propia madre.

Aun así, me imaginaba perfectamente el asesinato del césar en una velada como esta, él medio borracho y soltando obscenidades como si fueran verdades. Y yo escuchándolo como si me importara, como si estuviera de acuerdo.

—Siempre he agradecido tu orientación —le dije infundiéndole emoción y sinceridad a mi voz.

Sonrió y sus ojos, aún rasgados como los de su dragón, adoptaron una expresión más amable.

—Y se te recompensará por tu gran liderazgo, hijo mío. Y por tu lealtad. —Me señaló y guiñó el ojo—. Por eso he elegido tu casa como sede para celebrar el Rito de las Calaveras de Ciprian.

«Malditos dioses del infierno».

—¿Mi casa, tío?

—Siempre es el general de más alto rango de las legiones romanas quien ejerce de anfitrión del rito. —Volvió a señalarme—. Y ese eres tú, Julian. Eres mi general de mayor rango, el conquistador más sanguinario que este mundo haya visto jamás. Con la excepción de mí. —Se rio.

—Agradezco el honor.

—Pero no te agrada la idea. Lo veo en tu rostro.

Suerte que quería parecer impasible…

—Ciprian no me cae bien —le dije—. Es arrogante y está muy pagado de sí mismo.

Mi tío echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada recostándose aún más en la butaca.

—Sois tal para cual. Sí, es arrogante. Es ambicioso. Aún no es tu igual, pero lo intenta. Podrías ser su mentor.

Resoplé.

—Dudo que me acepte como su mentor.

—Te ve como un rival. —El césar dejó la copa sobre la mesa baja que tenía a su lado—. Quiere ganarse mi afecto.

Por una vez, me atreví a mostrar mis emociones y mi desprecio por Ciprian.

—Es codicioso e indisciplinado.

—No te preocupes, Julian. Hablas por miedo a que te sustituya y eso no va a suceder. —Volvió a coger el cáliz—. Eres el hijo que nunca tuve. Mi sangre corre por tus venas. Continuarás mi legado como un verdadero dragón cuando yo ya no esté.

Con el ceño fruncido, le di un sorbo a mi vino mientras le daba vueltas a la idea de que Ciprian ocupara el trono después de Igniculus. No lo permitiría jamás. Si fracasábamos y no lográbamos destronarlo, yo mismo volvería de la tumba y le rebanaría el cuello a Ciprian. No obstante, mi tío tenía razón. Ciprian quería mi puesto y haría cualquier cosa para desbancarme, incluso poner a mi familia en mi contra si pudiera. Eso lo hacía aún más peligroso.

—Tú serás el anfitrión del rito, Julian —declaró el césar con tono autoritario.

—Por supuesto, tío. Como desees.

—Lo deseo, sí. Quiero que todos sepan que eres mi general favorito. Y no solo porque seas mi sobrino, sino porque te lo mereces.

—¿Para cuántos debo preparar el acto? —pregunté con indiferencia, me daban ganas de vomitar ante la idea de que los amigos más cercanos del prefecto estuvieran en mi casa.

—Le he dicho a Ciprian que su lista de invitados no debe superar los cincuenta. El Rito de las Calaveras es una ceremonia exclusiva. Y aunque estoy seguro de que le gustaría que todo el mundo viera la

ceremonia, acatará la tradición.

—Estoy de acuerdo. —Me alegraba saber que, por lo menos, no habría una legión de invitados en mi hogar—. ¿Cuándo será la ceremonia y la celebración?

—Dentro de cuatro días. El maestro de calaveras está preparando la del rey para la ceremonia. El proceso de purificación estará completo de aquí a tres días.

Asentí como si todo eso me pareciera aceptable, cuando en realidad quería ir a por Ciprian y asesinarlo por llevar a cabo ese dichoso rito. El dragón en mi interior olfateó el aire, consciente de que se avecinaba el peligro y de que habría hombres traicioneros cerca de nuestro tesoro.

Hice un gran esfuerzo por no gruñir en señal de descontento. Me bebí el resto del vino y me levanté.

—Parece que tengo que ocuparme de algunos preparativos, tío.

—Así es. Hasta entonces. —Empezó a aflojarse el cinturón de la túnica—. Cuando salgas, dile a Jana que entre.

Estremeciéndome del asco, le transmití la orden a uno de los pretorianos que estaba en la puerta de la sala. No quería ver la expresión en el rostro de Jana cuando la llamaran a comparecer ante mi tío.

Una vez más, salí del palacio a toda prisa, pues necesitaba purgarme de todo aquello. No sabía cuánto tiempo más podría fingir, cuánto tiempo más podría evitar matarlo. Sin embargo, tenía que estar seguro de que podría sobrevivir a su asesinato. Tenía a alguien a quien proteger.

«Malina. Mi radiante pájaro de fuego».

Mientras me subía a la silla de Volkan y echaba a trotar por el camino de entrada, caí en la cuenta de que el césar, Ciprian y más tipos de su calaña llenarían pronto mi casa, donde estaba Malina. Si

la escondía, Ciprian se encargaría de hacerle ver a mi tío mi afecto por mi esclava. Solo un dragón al que le importara demasiado su tesoro lo ocultaría a los demás. Mi tío lo sabía. Así pues, ella tendría que estar presente y servirles.

—Hijo de Dis, sálvame —murmuré, apresurándome para volver a casa.

Necesitaba su dulce compañía, su voz tranquilizadora que me calmaba el alma, para quitarme de encima el horror de ese lugar. Y el que todavía estaba por llegar.



MALINA

Julian estaba tenso desde la noche en que había vuelto del palacio del césar con la noticia de que, por orden de este, tenía que ser anfitrión de una fiesta, y la casa estaba sumida en el caos. Kara nos mandaba a Ivo, a Stefanos y a mí a la carnicería y al mercado varias veces al día para traer los melocotones, las fresas y los higos más frescos, la carne de cerdo más selecta y los faisanes más rechonchos. Cuando volvíamos con lo que nos había pedido, seguía ladrando órdenes y nos volvía a enviar a por condimentos, miel y queso.

Por orden del amo, Kara también había contratado a dos mujeres libres de una taberna del Aventino, el barrio plebeyo, para ayudar con los preparativos en la cocina. Los tres días anteriores, las muchachas habían llegado poco después del amanecer y se habían quedado todo el día lavando y picando verdura, salando carne y marinando todo lo demás. El día del banquete, a primera hora de la mañana, se pusieron a cocinar la carne y la verdura.

En cuanto a mí, cuando no estaba haciendo recados para Kara con Ivo y Stefanos, limpiaba el gran salón, donde estaban el atrio y la fuente. En los últimos días, Julian solo había estado en casa una vez. Cuando me vio limpiando las baldosas que rodeaban el claustro, se detuvo y frunció el ceño; parecía molesto. Dio unos pasos hacia mí para decirme algo, pero en ese momento entró una de las cocineras que había contratado, así que continuó su camino hacia sus aposentos sin decir ni una palabra.

Estaba nervioso. Lo notaba en el vínculo, que latía ansioso, como un corazón con miedo. El único momento en que lo podía tranquilizar era por la noche, cuando las mujeres libres se habían ido y la casa estaba tranquila y en silencio.

Julian siempre estaba distante y nervioso, sobre todo desde la visita al emperador. Todas las noches exigía que durmiera con él, en su cama. Yo le preguntaba qué le preocupaba, él me contestaba «nada» y me mantenía pegada a él hasta que nos dormíamos.

No había intentado tener intimidad conmigo ni yo había intentado besarlo. No quería volver a abrirle la herida, que por fin se le estaba curando como era debido, aunque se pasara los días enteros fuera de casa.

Cuando le mencioné que los demás sirvientes se iban a enterar de que estaba durmiendo en su lecho en lugar de en el mío, se limitó a decir:

—Deberían saberlo.

Supuse que no importaba. Yo sabía lo que había en mi corazón: el fuego del amor de un dragón rojo. Sentía cómo se encendía y ardía con dulzura cada noche que me subía a su cama y apoyaba la cabeza en su pecho. Aunque él no lo dijera en voz alta, yo lo sentía igual.

La noche anterior había pasado algo curioso. Mientras dormía, Julian emitió un gruñido ronco y grave, casi un ronroneo, que le salía del fondo del pecho. Yo sabía que ese sonido venía de su dragón.

Bunica me había dicho una vez que podía usar mi magia para la defensa y la venganza, pero también para el amor. Yo lo había entendido en el sentido de que podría calmar a mis hermanas si se enfadaban o ayudar a dormir a mamá cuando estuviera inquieta, pero últimamente, conforme el vínculo entre Julian y yo se volvía más fuerte e íntimo, se me ocurrió que quizá Bunica se refería a más que eso.

Mientras él dormía, yo me arrimé un poco más, cerré los ojos y me puse a buscar a la bestia que vivía en su interior. Extendí el vínculo que me ataba a Julian hacia el dragón dormido y me conecté también a él. Su esencia tenía un poder inmenso y una magnificencia terrible que hicieron que mi magia se encogiera un momento, pero pronto lo envolvió con ternura. Entonces, vertí todo mi cariño y mi lealtad en el vínculo.

El ronroneo de Julian se hizo más grave, vibraba de placer. Noté una caricia con el hocico en la conexión, y la sensación hizo que se me derritiera todo el cuerpo. De pronto, el vínculo envió una vibración que me hizo ahogar un grito. Sentí un tirón, seguido de una intensa energía que volvía hacia mi interior. Se me tensó el brazo con el que rodeaba la cintura de Julian y empecé a dar bocanadas: la sensación me bullía por todo el cuerpo y me aceleraba

el pulso, hasta que, pasado el sobresalto, pude volver a respirar con normalidad. El hombre no se despertó, pero el dragón seguía ronroneando igual que antes, disfrutando de nuestro contacto e inyectándome su fuerza ardiente a través de este.

Nadie me había enviado nunca su esencia a través del vínculo. No sabía ni que eso pudiera pasar, a menos que yo se lo permitiera. Pero lo que teníamos Julian y yo era especial, mucho más que una simple conexión: era una unión mucho más profunda.

Cuando me dormí, me sentía como si estuviera al mismo tiempo en los brazos de Julian y en las garras protectoras de su dragón, y no quería estar en ningún otro sitio.

No habíamos hablado de nada importante desde la vuelta: ni del extraño bárbaro con el que se había encontrado, ni de la confesión de que estaba tramando con otras personas el asesinato del emperador, ni de nuestra nueva y frágil relación. Yo tampoco le había dicho nada de que me había conectado a su dragón mientras él dormía. Nunca había tiempo y estaba muy nervioso con los preparativos del banquete, al que estaban invitados el emperador y un montón de hombres repugnantes que no quería en su casa.

—Vosotros tres, id corriendo al carnicero. Quiero los patos más grandes que tenga —nos gritó Kara, mientras las otras mujeres picaban endivias y chirivías.

—¿Cuántos hacen falta? —pregunté.

—Cinco —respondió—. Seis, si los tiene. Y tráeme por lo menos una de esas cestas repleta hasta arriba de granadas. Las otras las llenas con lo que esté más maduro.

Entonces Ivo, Stefanos y yo nos hicimos otro viaje más hasta la carnicería. En realidad, comprábamos en una tienda que había en un barrio contiguo al foro, por lo que sería más rápido comprar primero la fruta y pasar por la carnicería a la vuelta.

Ese día, las calles estaban a rebosar de gente por todas partes. El foro estaba tan lleno que era hasta incómodo caminar, sobre todo para Stefanos y para mí, que llevábamos cestas vacías para la fruta, pues Kara no quería que la transportáramos en sacos porque se magullaría demasiado. Estaba planeando un banquete monumental para esa noche y quería que todo estuviera perfecto para los aristócratas que iban a asistir.

—Ahí, Malina —dijo el niño, señalando un carro que había a la izquierda, cubierto con un toldo.

Asentí con la cabeza y nos abrimos paso entre la multitud, con Stefanos a la cabeza, yo en el medio e Ivo detrás de mí.

El pregonero se puso de nuevo a gritar las noticias al foro desde la tarima. Su voz monótona se mezclaba con los demás ruidos de la plaza, pero el nombre de Julian captó mi atención.

—Julianus Ignis Dakkia será el anfitrión del honorable Rito de las Calaveras para el recién nombrado general Ciprian Media Nocte Seneca. Es un gran honor para la familia Seneca. Asistirán el emperador y otros selectos invitados para ser testigos de la bendición que Plutón proferirá a nuestro nuevo general y, a la luz de los dioses, aumentará el poder de Roma.

Le pasó un rollo de pergamino al asistente que tenía al lado, cogió otro y se puso de nuevo a recitar otra noticia sobre el Senado, pero dejé de prestarle atención. Julian me había dicho que iba a haber una ceremonia en su casa y que iba a haber invitados, entre ellos el emperador, y sabía que no le agradaba mucho, pero no había mencionado el rito ese de las calaveras.

Llegamos a donde la frutera, hicimos un regateo rápido y llenamos una cesta de peras, higos y dátiles, y la otra de granadas, como nos había dicho Kara. A continuación, con Ivo a la cabeza, atravesamos el gentío y nos metimos por una calle menos concurrida que llevaba

a la carnicería.

—¿Qué es el Rito de las Calaveras? —le pregunté a Stefanos cuando estábamos casi solos en la calle estrecha.

Frunció el ceño, cosa rara en él, y respondió:

—Es una de las ceremonias que inició el emperador Igniculus, o eso me ha dicho Ruskus.

—¿Para qué se hace?

—Para homenajear a un romano que mata a un caudillo o a un rey enemigo.

—¿Y qué pasa en esa ceremonia? —inquirí, pues el nombre sonaba bastante siniestro.

Sin embargo, el niño se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca he visto una.

De repente, alguien me tiró de un brazo con tanta fuerza que casi me disloca el hombro y empezó a arrastrarme por un callejón. La cesta de granadas cayó al suelo, Stefanos se puso a gritar e Ivo se lanzó contra el hombre que tiraba de mí. Era un grandullón musculoso y barbudo de ojos fríos.

—¡Quítamelo de encima! —le gritó a un tercer hombre, que no era ni de lejos del mismo tamaño que Ivo.

—¡Para! —grité—. ¡Pertenezco a Julianus Dakkia!

El hombre que me tenía el brazo agarrado soltó una risotada malévola.

—Ya sabemos quién eres.

Entonces fue cuando me di cuenta de que llevaba un collar de esclavo. No logré leer el nombre completo, pero vi lo suficiente: era el mismo nombre que acababa de gritar el pregonero en el foro.

Ivo forcejeaba con uno de los individuos mientras mi captor se me llevaba a rastras. De repente sucedió algo que hizo que un escalofrío me recorriera la columna vertebral: Stefanos estalló con un inmenso

rugido inhumano. Todos los presentes en el callejón nos detuvimos en seco y giramos la cabeza hacia él. El hombre que se estaba enfrentando a él retrocedió con las palmas en alto y dijo:

—No me lo puedo creer.

Al niño se le alargaron las uñas y se le curvaron hasta convertirse en garras negras, mientras el cuerpo aumentaba de tamaño. Logré librarme de mi desconcertado secuestrador, fui corriendo junto a él, le agarré la cara con las manos e hice que me mirara. Tenía un fulgor rojizo en los ojos y las pupilas se le pusieron verticales, como las de una serpiente.

—No, Stefanos —murmuré, mientras le enviaba una descarga de tranquilidad—. No lo hagas, cariño. Cálmate.

Él temblaba de ira, pero cerró los ojos y aceptó mi bálsamo de paz; la fuerza de mi magia acalló a su bestia interior.

—Ese niño esclavo es un puto dragón —bufó el barbudo que me había atacado.

Entonces me giré hacia ellos y les lancé mi vínculo cual víbora de tres cabezas. Se enganchó a sus almas al momento y dieron un respingo.

—Escuchadme bien —ordené con una voz que resonaba con furia. Ivo vino a mi lado y le pasó un brazo por los hombros al niño, que seguía temblando—. Si cualquiera de vosotros habla de lo que cree haber visto aquí, los dioses lo maldecirán por siempre. —Mi voz era tan potente que vibraba—. Caerán sobre vuestra familia la enfermedad y la muerte, pero vosotros moriréis con una dolorosa agonía. Jamás le diréis una sola palabra a nadie o sufriréis un severo castigo.

Vertí terror en el vínculo y les inyecté una muestra de la agonía que padecerían si desobedecían mi orden.

Con pavor en los ojos, el barbudo dio un salto hacia atrás, se dio

la vuelta y echó a correr. Los otros lo siguieron sin vacilar.

Los observamos hasta que desaparecieron detrás de una esquina y entonces me giré hacia Stefanos, que ya volvía a tener los ojos y las uñas de siempre, pero seguía tiritando de miedo y a duras penas contenía las lágrimas.

—No, no —le dije, mientras lo abrazaba y le acariciaba la espalda —. No llores.

—Voy a meter al amo en un lío —sollozó en mi hombro.

—No, tranquilo. Esos hombres no van a decir ni una palabra. No se van a chivar. Te lo prometo.

—¿Qué les has hecho? —preguntó al tiempo que se apartaba de mí y se secaba las lágrimas con la manga de la túnica. Ivo me miraba con una expresión de curiosidad, también parecía querer saberlo.

—Tenéis que guardarme el secreto —les dije—, pero tengo un don místico.

—Ah, ¿sí?

Asentí con la cabeza.

—Así que no te preocupes, Stefanos. No voy a permitir que os hagan ningún daño, ni a ti ni al amo.

Los romanos tenían más miedo de las maldiciones que de ninguna otra cosa y esos hombres habían sentido mi poder y el dolor que les podía causar si me desobedecían. No me cabía duda de que estábamos a salvo, al menos de que contaran lo de Stefanos. En cuanto a que casi me secuestraran, no me sentía a salvo en absoluto.

Stefanos e Ivo se me quedaron mirando pasmados. Yo me puse a recoger la cesta y las granadas que se habían caído rodando.

—Venga, vamos a recoger esto, hacemos el recado que nos queda y a casa, que si no Kara nos va a echar un buen rapapolvo.

Después de pasar por la carnicería, cuando estábamos llegando a casa, les hice prometer que no le contarían a nadie lo que había pasado. No quería que Julian tuviera otra preocupación aquella noche. Acabaría contándoselo yo tarde o temprano, pero no podía explicarle por qué estaba tan segura de que mi magia mantendría callados a esos hombres.

Pero todos mis planes de guardar el secreto y mantener la calma se fueron al traste en el momento en que llegamos al patio de las caballerizas y Stefanos me dijo:

—Gracias de nuevo por habernos salvado.

—¿Por salvar a quién de qué? —dijo una voz grave a nuestras espaldas.

Me giré sobre los talones y me encontré a Julian, que estaba de pie y con las riendas de Volkan en las manos. Tenía una expresión fría y severa, como la del día de mi llegada. Llevaba puesta una túnica informal con los hombros rojos y un cinturón del mismo color. Era temprano para que estuviera en casa, aunque en realidad, ¿dónde iba a estar si no cuando tenía un banquete que preparar?

—Stefanos, llévale esto a Kara —le dije dándole la cesta—. Ivo, tú llévale la carne.

Cruzaron el patio a toda prisa y entraron en la cocina.

—Dime de qué estaba hablando, Malina.

—No debes preocuparte.

Me cogió un brazo y di un respingo. Entonces soltó de inmediato las riendas de Volkan, me levantó el brazo con cuidado, agachó la cabeza y lo miró más de cerca: ya se veían moretones en la parte interior.

—¿Quién? —preguntó con voz áspera y sombría.

—Unos esclavos, sin duda por orden de su amo. Nos atacaron en la calle y uno intentó llevárseme.

—¿De quién eran?

—Vi su nombre en el collar de uno de ellos —respondí, señalando el que llevaba yo sobre el cuello de la túnica—. Es el mismo nombre que oí hoy en el foro: Ciprian. —Cuando sus ojos dorados se encontraron con los míos, añadí—: ¿No es uno de los que vas a homenajear esta noche?

—Voy a matar a ese hijo de puta.

La ira retumbaba en su voz, pero la mantuvo baja y con una templanza inquietante.

—¿Quién es?

—Muy pronto, un hombre muerto.

Hizo amago de darse la vuelta, pero lo agarré por un brazo.

—No, Julian. ¿Quién es?

Tensó la mandíbula y mantuvo la mirada fija en el edificio.

—Un rival.

—¿Un rival que va a recibir un homenaje esta noche en tu casa? ¿Por qué iba a querer enfadarte atacándonos?

—Quiere que entre nosotros estalle una guerra. Es la única razón posible.

—Pero ¿por qué? —pregunté sin entender.

—Porque soy el siguiente en la línea de sucesión al trono y quiere mi puesto. —Se pasó una mano por el pelo—. Ciprian sabe que, si te aparta de mí, montaré en cólera y actuaré contra él.

—Pero ¿en qué le va a beneficiar eso a ojos del césar?

—Porque es ilegal que un oficial romano agreda a otro por… —Tragó saliva con expresión de desagrado y continuó—: por temas de propiedad. Esas disputas debe oírlas y juzgarlas el emperador en persona. Y Ciprian sabe que al emperador no le va a hacer ninguna gracia que me comporte de manera emotiva e irracional por una mujer.

—Que además es esclava —añadí—. Al césar le parecería propio de un hombre débil.

Julian hizo un rígido asentimiento de cabeza.

Nos quedamos en silencio durante unos momentos. El sol se iba escondiendo por detrás de la casa y Volkan comía el heno que había por el suelo del establo.

—Ciprian quiere que esta noche te enfades, así que tienes que esforzarte para que no se salga con la suya.

Resopló malhumorado y me cogió entre sus brazos.

—Tenerlo en mi casa me da ganas de… —Me estrujó con algo de fuerza, apretó los dientes y en su pecho retumbó un murmullo grave.

Lo abracé por la cintura, presioné mi cuerpo contra el suyo y le envié una oleada de calma. Aunque estaba cansada porque había usado mi don en la última hora, para Julian siempre iba a tener suficiente. Gruñó y bajó los labios hasta mi coronilla.

—¿No te he dicho que no uses tu don conmigo?

—Me da igual. Vas a recibirlo, lo quieras o no.

Rio y me estrechó en sus brazos.

—¿Tú estás bien? ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien.

—¿Por qué te dio Stefanos las gracias por salvarlos?

—Porque usé mi don contra ellos.

Se apartó de mí para mirarme a los ojos con el entrecejo fruncido.

—¿Cómo?

—Les hice sentir terror e hice que creyeran que los dioses los matarán a ellos y a sus seres queridos.

—¿Puedes hacer eso?

—Las emociones son poderosas.

—Así es. —Sonrió de oreja a oreja—. Y ahí está.

—¿Ahí está el qué?

—Mi pájaro de fuego peleón. La prueba de que estás destinada a ser mía. Mi dragón solo elegiría a una mujer poderosa como pareja.

El latido de mi corazón me empezó a retumbar en los oídos y se me secó la garganta. Trajan había dicho lo mismo. A Julian se le borró la sonrisa, me puso la mano en la cara con cariño y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Ay, Malina, pero eso ya lo sabías… ¿Por qué te sorprendes?

—No me sorprendo. Lo que pasa es que, cuando lo dices en voz alta, parece…

—¿Más real?

Asentí con la cabeza. Notaba una opresión en el pecho y me temblaban las piernas. Julian bajó la cabeza, me dio un suave beso en los labios y murmuró, sin apenas apartarse:

—Eres mía y eres suya, y los dos te protegeremos hasta la muerte. —Apoyó la frente en la mía—. Si algún día nos topamos con el hombre que te ha dejado esos moretones en el brazo, el dragón me va a salir del cuerpo y se lo va a comer vivo.

—Creería que exageras, pero ya lo he visto.

—Así es —murmuró—. Nadie le hace daño a mi compañera.

Un presagio me dio una punzada en el pecho.

—Ten cuidado, Julian.

—Siempre lo tengo.

—Lo digo en serio. Ese Ciprian intenta provocarte.

—Soy consciente.

—Pues no caigas en su trampa. No lo permitas. Es lo que has dicho: intenta causar problemas entre tu tío y tú.

Se enderezó por completo, sin quitarme la mano de la nuca.

—No lo haré.

—Tu misión es importante —enfaticé—. Todo saldrá bien si

mantenemos la cabeza fría.

Aumentó la presión de los dedos en mi nuca.

—No te preocupes. Lo tengo bajo control.

Sin embargo, cuando entramos en la casa, con el sol cada vez más bajo, un mal presagio se me enredó en el alma. Un susurro me advertía de que debía mantenerme alerta y preparada. No sabía para qué, pero pesaba como el aire antes de una tormenta. Lo inquietante era que, cuando miré al cielo, no había ni una sola nube.



JULIAN

Los músicos tocaban en una esquina del atrio y la melodía de las flautas revoloteaba por el gran salón contiguo. Los invitados reían y hablaban entre sí, bebían vino y picaban aperitivos de las fuentes que se les servían. La velada acababa de empezar y yo ya estaba deseando que acabara.

Para esa noche había contratado algunos sirvientes adicionales, propiedad de un vecino que tenía más esclavos de los que necesitaba. Observé cómo se hacían cargo del salón, con Malina junto a ellos, colocando una de las muchas e impresionantes fuentes

de Kara. En su caso, llevaba un surtido de higos con miel, peras y granadas. Malina mantuvo la cabeza gacha y enseguida volvió a la cocina. Suspiré aliviado y me giré para examinar la estancia.

A los músicos los había sacado de la taberna a la que había entrado siguiendo a Malina, pero les había pedido que tocasen música más ligera, más festiva, en lugar de la melodía melancólica que habían tocado en la taberna. Hasta ese momento, estaban haciendo bien su trabajo.

Además, había contratado bailarinas de uno de los lupanares de la ciudad y le había prometido denarios adicionales a la madama en caso de que alguno de los invitados quisiera algo más que verlas bailar. Ese era mi trabajo: conseguir prostitutas para los invitados de mi tío y de Ciprian.

También había varias señoras de casas nobles. Eso debería haber calmado mis temores de que mi propia fiesta se convirtiera en una orgía, pero conocía a Ciprian y a mi tío. Temía el momento en que el banquete empezara a degenerar, no solo por el asco que me daban sus prácticas hedónicas, sino también porque Malina podría presenciarlo.

—Buena lista de invitados —dijo Trajan, que acababa de aparecer a mi lado.

—¿A que sí? —contesté con sequedad.

—Ahí está ese cabrón de Valerius. Una víbora traidora donde las haya.

Me encantaba el talento de mi compañero para soltar insultos con una sonrisa alegre. Valerius, uno de los cónsules y el más fiel al césar, estaba de pie junto a este, charlando sobre algo que hacía sonreír a mi tío.

Para un dragón de su edad, era bastante esbelto y ligero. Aunque ya tenía el pelo más gris que negro y no se pasaba los días en el

campo de batalla, no sería un contrincante fácil en una pelea mano a mano. Tan solo seis meses antes, unos matones lo habían asaltado en la calle por la noche para intentar robarle la bolsa de monedas. Quizá creyeron que era humano y no dragón porque estaba oscuro y paseaba sin escolta. A uno de los asaltantes le rompió un brazo, a otro le clavó en un ojo el puñal con el que el matón pretendía atacarlo, y luego cambió a forma híbrida y mató a los otros tres.

—Vamos a tener que planear bien cómo acabar con ese —dije en voz baja.

—No te preocupes. El abuelo y yo tenemos el plan casi perfeccionado.

—Veámonos mañana para hablar de ello. —Trajan me miró sorprendido, pero yo no aparté la vista de los invitados—. Tenemos que pasar pronto a la acción.

—¿Qué ha ocurrido?

—De momento, nada. Pero Ciprian va a ser un problema. Parece que me ve como su principal competidor y quiere meter cizaña entre mi tío y yo. Tenemos que poner el plan en marcha antes de que los tejemanejes de ese se conviertan en un obstáculo.

—Mañana, pues.

Se alejó de mi lado y se fue a saludar a Fausta, de la familia Media Nocte, que acababa de quedarse viuda y podría estar buscando un nuevo marido. Su mirada azul cristalino se cruzó con la mía por encima del hombro de Trajan. Me dedicó una radiante sonrisa y ladeó el cuello en un gesto de sumisión: significaba que estaba coqueteando.

Llevaba puesta una estola de seda negra, con unos pliegues que quedaban muy favorecedores sobre su cuerpo esbelto, y sujeta en un hombro con un broche en forma de cabeza de dragón con ojos de rubí. Se descubrió un hombro. La seda del vestido era el

complemento perfecto para su blanca piel. El pelo, de color entre castaño y miel, lo llevaba recogido en elaboradas trenzas en la parte superior de la cabeza, y sobre el hombro le caían unos ligeros tirabuzones. Era el epítome de la belleza romana.

La saludé con un gesto de la cabeza, pero hice caso omiso de su invitación implícita a acercarme a hablar con ella. No había duda de que la había invitado mi tío, que ya me había dicho más de una vez que sería una excelente esposa. En lugar de entablar conversación con Fausta, me quedé quieto en mi sitio, un tanto apartado de la fiesta aprovechando la excusa de que era el anfitrión y debía quedarme al margen para asegurarme de que todo discurría de manera satisfactoria para mis invitados.

Como si alguien le hubiera dado una señal, Ruskus vino a mi lado.

—Amo, ha llegado el portador de la calavera con su séquito.

Se me hizo un nudo en el estómago solo de pensar en celebrar un ritual tan repugnante como ese en mi casa.

—Que lo preparen en la terraza. Ya se lo digo yo al emperador.

Encontré con la mirada a Malina, que se paseaba por la estancia llenando copas de vino. Había hecho vestir a todos mis sirvientes con atuendo formal, túnica blanca y faja roja, para representar a mi familia, pero esa ropa acentuaba su belleza todavía más. Su piel bronceada y sus brillantes rizos negros contrastaban con el blanco liso de la prenda ajustada. Además, le realzaba la figura, lo que me ponía aún más nervioso.

Si por mí fuera, la habría vestido con un saco de cáñamo, pero Igniculus se lo habría tomado como un insulto. Como todos los dragones, deseaba estar rodeado de cosas bonitas y resplandecientes, e intentar ocultarla pondría de manifiesto lo importante que era para mí.

—¡Julianus! —me llamó mi tío desde el otro lado de la habitación y

me hizo señas con la mano para que me acercara. Se me retorció el estómago.

Ciprian estaba a su lado, con la misma actitud engreída de siempre. Crucé la sala a paso lento, deteniéndome aquí y allá a saludar a algunos invitados. La mayoría eran de la familia Media Nocte, como cabía esperar: Ciprian se habría asegurado de que hubiera más de los suyos para presenciar su rito.

—Salve, Ciprian. No os he visto entrar.

—Salve —respondió—. Gracias por ofrecer tu casa para mi Rito de las Calaveras, Julian.

Me crispó esa forma tan gratuita de tutearme.

—No se merecen. Estoy encantado de acoger al nuevo legado en este ilustre acontecimiento.

—Eso es lo que me gusta oír —dijo Igniculus, agarrándome el hombro con afecto—, que las dos estrellas más prometedoras de Roma se lleven bien.

Ciprian me dirigió una mirada amenazadora que no me pasó desapercibida, pero enseguida ensanchó la sonrisa y dijo:

—Así es, césar.

—El portador de la calavera ha llegado —me apresuré a añadir— si deseáis comenzar.

Quería quitarme la ceremonia de encima cuanto antes.

—Sí. Empecemos —proclamó mi tío.

Hice un gesto con la mano a los músicos y dejaron de tocar de inmediato. El que tenía el tambor entre las piernas, una piel bien tensada sobre un ancho aro, se puso de pie y se dirigió en silencio a la terraza con el instrumento: iba a ser el único instrumentista durante el ritual.

—Amigos, invitados —anuncié a la estancia—, os ruego que os dirijáis a la terraza. En breves momentos daremos comienzo al

sagrado Rito de las Calaveras.

Se alzó un murmullo de entusiasmo por toda la estancia. No había sacerdotes ni sacerdotisas, ni tampoco se llevaba a cabo en un templo ni en el foro, sino en la casa de un general elegido por el emperador. Esto se debía a que el ritual no era sagrado, sino que lo había instaurado Igniculus para celebrar su poder, el de sus generales de élite y el de la mayor potencia mundial: Roma. Y todo aquel que lo presenciara se consideraba que estaba entre los más privilegiados de la raza draconiana.

—¿Estás listo para entrar en el rango más alto? —le preguntó Igniculus a Ciprian con una gran sonrisa y cogiéndolo de un hombro.

—Lo estoy, césar.

—¿Quién va a ser tu *sanguis auctor*?

La función del dador de sangre se consideraba un honor y siempre era elegido por quien recibía el rito.

—Creo que ella servirá —respondió señalando con un gesto de la cabeza hacia Trajan, a quien Malina le estaba llenando la copa.

—No —espeté de inmediato, con los músculos rígidos y fuego en las venas.

Ciprian rio.

—La elección es mía, ¿cierto?

—Pero ella es una esclava —argumenté, intentando hacer caso omiso de la atenta mirada de mi tío—. ¿No habéis traído a una mujer de alta cuna para que os sirva de *sanguis auctor*? He supuesto que Fausta estaba aquí precisamente para eso. —Al fin y al cabo, eran primos.

—Esa preferiría sacarme las tripas antes que servirme su sangre. Nuestras familias nunca se han llevado bien. —Se giró hacia mi tío—. Corregidme si me equivoco, pero el *sanguis auctor* no tiene por qué ser un dragón, ¿no es así? He oído que el general Antonios eligió a

su esclava favorita en su Rito de las Calaveras.

—Así es —corroboró Igniculus, que miraba a Malina con interés. Una sensación incómoda me invadió el cuerpo—. Pero ¿por qué ella?

—Esa esclava es la bruja que dicen que ayudó de algún modo a los celtas a derrotar a Bastius y a sus hombres. La trajo Julian del campo de batalla.

Si pudiera, lo habría matado ahí mismo por llamar la atención del emperador sobre ella. No obstante, me quedé quieto como una estatua, aunque sí miré con el ceño fruncido al muy cabrón.

—Ah, ya veo —dijo mi tío—. Tu juguetito nuevo, Julian.

—Creo que sería apropiado que una esclava conquistada que ha servido al enemigo me sirva su propia sangre —continuó Ciprian, con una sonrisa que me ponía los pelos de punta. Dirigió su atención a Malina, que se abría paso hacia la cocina con el decantador de vino—. Además, miradla. ¿Acaso no es un regalo para la vista?

—No tienes problema con eso, ¿verdad, Julian?

La pregunta no era una pregunta.

—No, claro que no —respondí entre dientes.

—Bien —dijo Ciprian y me dio una palmada en la espalda, como si fuéramos amigos—. Te veo en la terraza. Tengo que prepararme.

Los demás invitados estaban saliendo a la terraza balconada que daba a la ciudad. Sin embargo, yo no podía dejar de mirar a Malina ni de pensar en lo que estaba a punto de pedirle.

—Te comprendo, hijo —dijo mi tío en ese tono íntimo y familiar que usaba cuando me daba un consejo—. Yo también me obsesioné con una de mis esclavas hace mucho tiempo. El mejor coño que me he follado en la vida.

Fingí que su grosería no me molestaba.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté mientras Malina desaparecía por el pasillo.

—Tuve que matarla, claro —dijo con un suspiro, como si se hubiera tratado de una obligación que tan solo le había dolido un poquito—. Me desobedeció. —Entonces se giró y me miró con semblante serio—. Pueden llevarte por mal camino con ese chochito suyo. Lo mejor sería que te deshicieras de ella cuanto antes. —Se inclinó hacia mí y añadió, con su tono autoritario—: Métesela duro una semana más y, después, véndela. No te la quedes.

Era una orden. Me tragué la bilis que me subía por el esófago y asentí con la cabeza.

—Por supuesto, tío. Buen consejo.

—Fíate de mí. No puedes tener una zorra astuta en casa.

—Tenéis razón —reconocí de nuevo, forzándome a mantener una expresión pasiva mientras me moría por dentro—. Voy a explicarle lo que tiene que hacer.

Me fui de su lado y me dirigí a la cocina. Sentía temor, como si fuera un cuchillo clavado en el estómago. Ya solo tenía una semana para llevar a cabo el plan, porque mi tío no me estaba haciendo una sugerencia: me creía prendado de una esclava y no iba a aceptar una cosa así de su preciado sobrino.

Por supuesto que estaba prendado, en cuerpo y alma. Felicísimamente hechizado por mi compañera.

La encontré llenando el decantador junto a Kara, que estaba emplatando más comida para que continuara el banquete.

—Malina —la llamé.

Se me acercó y yo apenas podía contener las náuseas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó de inmediato.

—Necesito que hagas una cosa.

Me la llevé a una esquina alejada de los sirvientes que se movían de aquí para allá por la cocina y le expliqué la ceremonia que estaba a punto de celebrarse en mi casa y que Ciprian, como le

correspondía por derecho, había pedido que fuera su *sanguis auctor*. Esperaba que se negara o, al menos, que mostrara indignación, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Me puso una cálida mano en el brazo y dijo:

—Por supuesto, Julian. Haré lo que sea necesario.

Entonces sentí ese murmullo de serenidad entrando en mí, una tranquilidad embriagadora. Estaba usando su don para calmarme. En los últimos días, había estado haciéndolo cada vez con más frecuencia.

—Gracias —le dije, mientras miraba alrededor para asegurarme de que no me oyeran los sirvientes contratados: si oyeran al *dominus* darles las gracias a sus esclavos, cosa que reprobaba tanto el emperador como la mayoría de los romanos, sin duda se correría el rumor.

Malina se inclinó hacia mí y susurró:

—Lo que haga falta para que terminemos la velada sin percances.

Sus ojos verdes brillaban a la luz de la lámpara. No dijo nada más, pero sabía exactamente lo que estaba pensando: teníamos que sostener la farsa tanto tiempo como fuera necesario para que, al final de la noche, todo el mundo, sobre todo mi tío, siguiera creyendo que yo era uno de ellos.

Pero no lo era. Yo estaba hecho de otra pasta. En sueños se me aparecían los fantasmas de mis padres. Más de una vez me había despertado bañado en sudor, oyendo aún el eco del llanto de mi madre en mi pesadilla, y con la vergüenza de ella al ver en qué se había convertido su hijo clavada en el corazón.

Malina se enderezó, adoptó esa expresión valiente que tan bien conocía y dijo:

—Llévame.



MALINA

Me fascinaba que el emperador Igniculus hubiera catalogado de bárbaros a todos los que no fueran romanos cuando, en realidad, el verdadero salvaje era él. El Rito de las Calaveras no era otra cosa que una ceremonia salvaje pensada para enaltecer la crueldad y la brutalidad del reinado de los dragones, o más bien, del de este emperador. Y yo iba a ser parte de ese ritual.

Esperé de pie, como me había dicho Julian, junto al portador de la calavera. Este iba vestido con una toga negra lisa que representaba su linaje. Además, tenía la cabeza afeitada y la cara pintada como

una calavera.

Los invitados estaban de pie tras una hilera de antorchas en el lado opuesto de la terraza, junto a la balaustrada larga, de espaldas a ella y a las luces de la ciudad que brillaban bajo el monte Palatino. Todos eran de estirpe draconiana. La escena era bastante siniestra: estaban de pie en silencio, vestidos con indumentaria regia, altas figuras de ojos reptilianos que brillaban en la oscuridad. Un escalofrío me recorrió la piel.

Para la ceremonia habían extendido una larga alfombra roja que atravesaba la terraza. La flanqueaban diez de los doce generales de Roma, equidistantes unos de otros y con Julian en el extremo más alejado. Cerca de él, al final de la estera, el emperador Igniculus estaba sentado en un trono de metal dorado adornado, con brazos en forma de garras de dragón y respaldo con una cresta de púas. Lo habían colocado encima de una tarima, para que pudiera observar el ritual desde lo alto; o tal vez porque le gustaba estar por encima de sus subordinados, para recordarles su estatus. Quizá por ambas razones. El trono debía de haber llegado con el portador de la calavera y su séquito, cuyos miembros también tenían la cara pintada como una calavera y se habían situado detrás de mí, en las sombras.

En el extremo de la alfombra se encontraba Ciprian. Una vaina de cuero, en la que portaba su gladius, le atravesaba el pecho desnudo en diagonal, y alrededor de la cintura tenía atada una tela negra.

Julian ya me había explicado el procedimiento de la ceremonia, así que ya sabía lo que iba a pasar, pero una cosa era saberlo y otra muy distinta era vivirlo.

El tamborilero empezó a tocar con ritmo lento: era la señal de comienzo. Si no flotara en el aire un murmullo constante de poder draconiano, el mero brillo sobrenatural de sus ojos en la penumbra

me indicaría que me encontraba entre los depredadores más peligrosos del mundo.

Me giré hacia el portador de la calavera, que sostenía un cojín con una calavera bañada en oro: lo que quedaba del rey que Ciprian había matado. Levanté tan horrendo objeto, reluciente bajo la luz de la luna, y lo puse boca abajo para que hiciera las veces de cuenco. Habían limado el borde trasero de tal manera que quedara perfecto para beber por él.

El portador la llenó de vino hasta la mitad. Entonces me giré hacia el frente e inicié mi larga marcha por la alfombra roja.

Me detuve junto al primer general, un hombre inmenso de cara cuadrada y plana con una cicatriz espantosa en un ojo, y alcé la calavera. Entonces, desenvainó su gladius, presionó la hoja contra la palma de la mano y dejó que la sangre goteara en su interior. Unos segundos más tarde, apartó la mano y volvió a envainar la espada.

Crucé la alfombra en diagonal, como me había indicado Julian. Un viento frío me pegaba la túnica al cuerpo, pero no era la temperatura del aire lo que me ponía de punta el vello de la nuca, sino el grave murmullo de los dragones que gruñían al tiempo que el tambor seguía marcando el ritmo. No eran solo los generales, sino todos los invitados, como un coro de bestias que armonizaran el obsceno espectáculo. Mantuve la mirada baja todo el tiempo, salvo cuando tenía que presentarle la calavera al siguiente general.

Fui acercándome a todos de uno en uno, siempre con la cabeza agachada y el siniestro cáliz en alto mientras vertían la sangre en él. Cuando llegué a Julian, no alcé la vista: no quería que nadie viera la manera en que lo miraba ni que él vacilara al ver un atisbo de miedo en mis ojos. Porque tenía mucho miedo, muchísimo.

El don que me habían dado los dioses sería maravilloso, pero en ese momento deseaba poder librarme de la sed de sangre que había

en el ambiente, me presionaba la piel e intentaba atravesarla para meterse en mi psique. Las bestias que estaban en la terraza olían sangre fresca y querían probarla. A excepción, quizá, de mi dragón.

No me atreví a mirarlo a los ojos cuando se hizo el corte en la palma y vertió su sangre en el cuenco. A continuación, di unos pasos lentos y me detuve ante Ciprian.

Hasta ese momento, había sujetado la calavera con las dos manos. No sabía qué pasaría si derramara el contenido, pero lo que sí sabía era que el castigo sería severo y que Julian no tendría otra opción más que quedarse al margen y observar o, lo que era peor, se interpondría, y eso sería una sentencia de muerte para los dos.

Sujeté la calavera con fuerza con una mano, con el pulgar enganchado con firmeza en la mandíbula dorada del rey muerto, y le ofrecí mi palma izquierda a Ciprian.

«Un dragón no puede probar la sangre y quedarse en forma humana. Va a transformarse en híbrido». Las palabras que Julian me había susurrado con prisa en la cocina se repetían una y otra vez en mi cabeza, me preparaban para lo inevitable. Con todo, no podía dejar de temblar.

Ciprian me agarró la muñeca y desenvainó la espada. El pecho se le empezó a hinchar, se le ensancharon los hombros y su cuerpo entero creció en estatura, pero seguía en forma humana.

—Mírame, bruja —ordenó.

Hice caso omiso del grave rugido procedente de Julian, situado a su izquierda. Reconocía el sonido y la presencia de su dragón entre todos los demás, pero no podía permitir que nadie se enterase.

Así que obedecí la orden de Ciprian y lo miré a los ojos, los tenía rojos y con una pupila de serpiente. Al sonreír, descubrió una hilera de dientes puntiagudos y vi con estupor que le empezaban a crecer los colmillos.

Aproximó el gladius a mi mano y me hizo un corte superficial en la parte carnosa de la palma. Ni me inmuté. Mi sangre empezó a gotear en el cuenco.

—Mmm —murmuró Ciprian, todavía más humano que dragón, olisqueando el aire—, qué sacrificio tan dulce.

Llamar sacrificio a eso era una burla a los dioses. No había ni sacerdotes ni sacerdotisas en el rito, y lo presidía el autoproclamado dios Igniculus, una criatura infame.

Ciprian me apretó la muñeca con más fuerza, bajó la cabeza, sacó una lengua bífida, negra y larga, y me lamió la palma. Emití un ligero sonido de desagrado y percibí un movimiento donde estaba Julian, pero enseguida se quedó quieto. Yo no me atrevía ni a mirarlo.

Los ojos de Ciprian se clavaron en los míos. Sentía que la maldad pura me devolvía la mirada. Entonces, sonrió y me soltó. Volví a sujetar de inmediato la calavera con ambas manos y me arrodillé a sus pies con ella en alto, sosteniéndola por encima de mi cabeza, como me había dicho Julian.

«Ya casi está, ya casi está», repetía para mis adentros.

Con la mirada clavada en los pies descalzos de Ciprian, oí un crujir de huesos acompañado de un gruñido gutural: le estaban saliendo las alas y los cuernos, y estaba aumentando aún más de tamaño. Lo único que le veía eran los pies, que se empezaron a alargar, y de los dedos le salieron garras negras y afiladas. Entonces, sentí su pesada mano en la cabeza. Me estremecí de nuevo: temí que me la fuera a arrancar, pero el ronroneo que emitía era de placer y farfulló en voz baja:

—Me gusta.

No tenía ni idea de si se refería a mí o al hecho de tenerme arrodillada y sumisa ante él. Me acarició la cabeza como si fuera su

perro durante un breve instante y, a continuación, noté que me quitaba el cuenco de las manos.

Pero no era Ciprian quien lo había cogido. No me había dado cuenta de que el emperador se había bajado de su trono y estaba de pie junto a él. Yo seguía arrodillada y con la mirada clavada en el suelo cuando la potente y áspera voz del césar me hizo dar un respingo:

—¡Romanos! ¡Hijos de los dioses! Oídme —dijo y al momento se acalló el murmullo y se detuvo el tambor—. Alzo ante vosotros este cáliz dorado, hecho con nuestro poder y nuestra supremacía, que demuestra una vez más nuestro derecho a dominar el mundo.

El público estalló en aplausos y algunos vivas, como si estuvieran en el teatro, y luego se quedó en silencio. Se oía el leve silbido del viento y el rozar de unas pocas hojas contra el mármol. Yo seguía con el corazón en la garganta y las rodillas temblorosas: había una energía opresiva en el aire que amenazaba con asfixiarme. Me cogí la mano cortada con la otra y presioné, en parte para detener el sangrado, que aún goteaba sobre la piedra blanca del suelo, pero también para mantener la cordura en ese momento terrorífico y surrealista.

—Estamos aquí reunidos para rendir homenaje a Ciprian Media Nocte Seneca. Ha obtenido su primera calavera de rey y con ella se ha ganado el derecho a unirse a los generales de Roma. Aclamado sea.

Otro aplauso, esta vez acompañado de gruñidos de dragones. Alcé la vista y vi a Igniculus sujetando la calavera dorada por encima de su cabeza, un repugnante trofeo con un potingue que contenía mi sangre.

—Le damos la bienvenida. Legado Ciprian Seneca.

Ciprian fue hacia el emperador. Cuando pasó por mi lado, me rozó

los muslos con la cola y la punta se le rizó ligeramente, con un movimiento posesivo, justo antes de apartarse. El tambor empezó a sonar de nuevo y los asistentes volvieron a aplaudir. Levanté la mirada hacia Ciprian y lo vi vaciarse la mezcla de sangre y vino en la garganta, pero entonces mi vista encontró a Julian.

«Bona Dea».

Era el único que no estaba aplaudiendo, aclamando ni sonriendo a Ciprian; ni siquiera lo estaba mirando. Sus ojos dorados ardían de furia y los tenía posados en mí. Por fin le lancé mi vínculo, que se retrajo un instante por la ira que impregnaba todo su ser. Tragué saliva con esfuerzo, vencí la furia que amenazaba con consumirlo y vertí afecto y tranquilidad en su interior.

En un principio, no tuvo ningún efecto: Julian se mantuvo rígido y enfurecido mientras los demás se acercaban al homenajeado para felicitarlo. Poco a poco, este fue volviendo a la forma humana y sujetó con la mano la tela de la cintura, que se le había aflojado con la transformación.

La ceremonia era una extraña yuxtaposición de monstruosidad y civismo. Los patricios le aplaudían como si acabara de recibir una corona de laurel, cuando en realidad estaba semidesnudo y en la mano sostenía una calavera humana bañada en oro, su nuevo premio.

Trajan se deslizó para acercárseme y, al pasar por delante de Julian y le susurró algo sin detenerse ni parar de aplaudir y mirar a Ciprian, fingiendo aclamarlo. Cuando estuvo lo bastante cerca de mí como para que pudiera oírlo, me dijo en voz baja:

—Puedes levantarte y volver a la cocina. Lo mejor será que pases el resto de la noche sin que te vean.

No perdí ni un instante: me puse en pie, pasé deprisa junto al tamborilero y el portador de la calavera y me alejé de aquella

pesadilla tan rápido como me lo permitieron las piernas.



JULIAN

Ciprian nunca había estado entre aquellos a quienes pretendíamos ejecutar en nuestro golpe, pero tras esa noche subió al primer puesto de mi lista. En cuanto a los demás, la mayoría de ellos estaban presentes en ese momento, pero, por desgracia, el legado Drussus, que era casi lo mismo que mi tío en lo referente a crueldad y brutalidad, estaba comandando una campaña en Bitinia; y el abuelo de Trajan insistía en que teníamos que esperar a que estuviera en Roma para llevar a cabo el plan.

Mirando a Ciprian, que reía junto a mi tío con su trofeo dorado en

las manos, me di cuenta de que no iba a ser capaz de esperar mucho más: tenía la necesidad imperiosa de cortarle la cabeza, sobre todo desde que el césar me había dado una semana para deshacerme de Malina. No podía enviarla a otro sitio y no ir con ella. Quizá Trajan pudiera hacerme el favor de esconderla en su hogar o en algún otro lugar: tanto él como su familia tenían casas en otras provincias, cercanas y lejanas.

Ciprian echó la cabeza hacia atrás de la risa por algo que dijo Igniculus. Yo era muy consciente de que su actitud con Malina, lo de lamerle la mano y acariciarla con la cola, había sido deliberada para enfadarme. Le había salido bien la jugada, desde luego. Si no me transformé en híbrido para lazarme a su yugular fue por ella.

Una vez más, Malina me había ayudado con su don para evitar que me cegara la ira y había funcionado: ya no estaba forcejeando con mi bestia para que se quedara quieta en su cueva. En ese momento, tenía la calma suficiente para conducir a nuestros invitados de nuevo al interior del palacio, donde había un gran banquete con bailarinas para diversión de todos.

—César, invitados —llamé con fuerza desde el arco de entrada, por el que la luz del interior salía a la terraza—, entremos y prosigamos la celebración con un banquete.

Hice caso omiso de la mirada feroz y engreída de Ciprian y llevé a los demás al salón.

Kara y los sirvientes habían preparado un magnífico festín de faisán asado, venado y jabalí, junto con fuentes decorativas de pescado sazonado con dientes de ajo a la plancha. Por toda la estancia había cuencos de legumbres, espárragos, puerros y endivias con ajo; platos de queso, aceitunas y alcachofas marinadas; cestos llenos de pasteles de miel, tartaletas de frutos silvestres y pan recién horneado, y decantadores de aceite y de miel.

Algunos de los invitados dieron un grito ahogado bien audible al ver la riqueza desplegada por las mesitas y los cojines. La sala estaba iluminada con el brillo acogedor de numerosas lámparas de aceite y los músicos tocaban una melodía alegre. Sin embargo, no vi a las bailarinas.

Los invitados fueron entrando al salón y recostándose en los cojines y divanes para empezar a servirse. Yo solo quería escaparme a la cocina para ver qué tal estaba Malina. Le cogí un cáliz de vino a uno de los sirvientes contratados y pasé con calma por delante del atrio y de los músicos.

Entonces, apareció Ruskus, que venía de la zona del vestíbulo con expresión preocupada. Fui hacia él para que no tuviera que meterse entre los invitados.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Las chicas del lupanar no van a venir.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Ha habido un altercado en el burdel. Unos extranjeros empezaron a pelearse por una de las prostitutas, se desató el caos y se declaró un incendio. Algunas de las chicas han resultado heridas. La madama presenta sus disculpas y ha devuelto vuestros denarios.

—Por Dis —maldije.

En este tipo de eventos siempre se esperaba que el anfitrión proporcionase algo de divertimento y, según la costumbre, la música no era suficiente. A los romanos les encantaba el espectáculo, sobre todo si incluía mujeres hermosas. Además, había contratado prostitutas para los favores que se pudiesen requerir cuando los más brutos se cansaran de beber y de reír y les entraran ganas de follar.

—Pero no os preocupéis. Vamos a improvisar —añadió.

—¿Qué quieres decir?

En ese momento, Igniculus se puso a mi lado. Ruskus volvió a la

cocina.

—Ven, Julian. ¿Conoces a Fausta? —preguntó y me llevó junto a la dragona de la familia Media Nocte a la que ya había visto más de una vez.

—Sí, nos conocemos —respondí y la saludé con un gesto de la cabeza—. Bienvenida a mi hogar, Fausta.

—Me alegra mucho estar entre vuestros nobles invitados, Julianus. ¿Os sentaréis conmigo?

La enorme sonrisa de mi tío no podía ser más reveladora: quería que me vinculara a una familia noble y engendrara un heredero de pura sangre. Él solo había engendrado bastardos y los había matado a todos al nacer, si los rumores eran ciertos. Una vez le había preguntado si pretendía casarse y su nauseabunda respuesta fue que la única mujer que tomaría como esposa estaba en el foso que había detrás de su palacio. Creo que mi tía Camilla lo sabía y por eso se había quedado en forma de dragón.

—Nos habéis preparado un banquete delicioso —dijo Fausta, mientras se recostaba en los cojines de manera que su vestido revelara la elegante curva de su hombro, en la medida justa para no resultar demasiado descarada.

—Es un honor para mí ofrecéroslo.

Elegí un diván y, como ella, me acosté de lado sobre él intentando parecer relajado.

—Tenéis un palacio precioso. —Se quedó mirando al mosaico que había al otro lado del atrio, en el que aparecía Diana cazando, arco en mano, con las alas desplegadas, la cola rizada y el pelo flotando en el viento invisible—. ¿Tenéis predilección por la diosa cazadora? ¿O solo por las mujeres hermosas? —preguntó con picardía.

—Pensaríais que soy un necio si no disfrutase con la belleza de las mujeres hermosas, ¿no es así?

Ladeó la cabeza dejando la garganta al descubierto y adoptó de nuevo esa pose sumisa, con los tirabuzones posados sobre la sedosa piel del hombro.

Entonces, Ciprian, que volvía a estar en forma humana y vestido con una toga, se despatarró en el suelo delante de nosotros y cerró así el círculo.

—A Julian le encantan las mujeres hermosas, ¿a que sí? —Cogió una oliva de una bandeja que había en el medio y se la metió en la boca—. ¿Dónde está esa guapa esclava tuya?

—Ciprian, sois un huésped en mi casa. Aunque trato de proveer a mis invitados de todos los placeres y comodidades posibles, mis sirvientes no están en el menú.

—Te la quedas todita para ti, ¿eh? —Se metió otra aceituna en la boca y se puso a masticar de manera desagradable—. Qué pena. Con lo rica que estaba su sangre.

La expresión de Fausta estaba a medio camino entre el fastidio y el asco. Lo que sabía de ella era que era una prima lejana de Ciprian de familia más noble y que, por lo visto, no le hacía ninguna gracia su vulgaridad. Dirigió la vista hacia los músicos y fingió no oír sus obscenidades.

El nuevo legado se inclinó hacia mí y me preguntó en un susurro, aunque lo bastante alto como para que lo oyera Fausta:

—¿La has catado? —Soltó una risa malvada—. Vaya pregunta. Pues claro que la has catado, por eso no la quieres compartir. Fausta —llamó a su prima, elevando un poco la voz. La mujer miró hacia él sin disimular su desagrado—. Si atrapas a Julian en tu red y acaba siendo tu marido, asegúrate primero de que venda sus esclavos. Yo, desde luego, te quitaré a una de las manos.

Se echó a reír, aunque ni ella ni yo lo imitamos.

—Antes muerto —gruñí, incapaz de morderme la lengua.

Mi contestación hizo que Ciprian sonriera con una alegría inmensa.

—¿Tan rica está? Pues parece que voy a tener que probar su chochito mágico.

A la que quise darme cuenta, estaba arrodillado sobre la alfombra, levantando a Ciprian por el pecho de la toga.

—Sé lo que has intentado hacer hoy.

—Sí, casi me la tiro —reconoció sin tapujos, tranquilísimo—. Con esa boca que tiene, debe de chupar pollas que da gusto.

—Di una palabra más y te mato aquí mismo.

—¡Julianus!

Me quedé quieto, giré la cabeza y vi a mi tío, que se había acercado con el general Sabinus, el de la cicatriz. El murmullo de las conversaciones se acalló por completo: todas las miradas estaban fijas en nosotros.

—Suéltalo, Julian —dijo el emperador, en tono reprobatorio y con el ceño fruncido.

Hice lo que me pedía y me puse de pie.

—Mis disculpas, césar.

Su expresión no cambió, pero su voz se relajó un poco para decir:

—Me parece que vosotros dos vais a tener que derramar un poco de sangre para resolver esa rivalidad. Lo comprendo.

No tenía nada que ver con nuestra rivalidad: era porque no dejaba de insultar y amenazar a mi compañera. Pero eso, salvo Trajan, no lo sabía nadie. Tampoco podían enterarse, porque entonces me acusarían al instante de traición a Roma. Que un dragón se emparejase con un ciudadano común se consideraba una maldición de los dioses, cuánto más si su pareja era un enemigo extranjero. Mi tío no aceptaría semejante deshonra. Nos ejecutarían en público, tanto a mí como a Malina.

—No hace falta —contesté cerrando los puños.

—A mí no me importaría derramar un poco de su sangre —repuso Ciprian, mientras le arrancaba el ala a un faisán de la fuente que tenía al lado.

Igniculus rio.

—Sí que hace falta. Cuando dos dragones entran en conflicto, no puede haber paz hasta que se batan en duelo. Por tanto, mañana os enfrentaréis en forma híbrida en el Coliseo.

Se generó un murmullo de entusiasmo entre los invitados. Al público romano siempre le agradaba una pelea pública, sobre todo entre dos dragones, aunque era raro que se llevara a cabo en la arena del Coliseo.

—Acepto —dijo Ciprian con franqueza mientras masticaba su trozo de faisán y alzó la vista para mirarme con una gran sonrisa.

Yo me limité a asentir con la cabeza.

—Bien —dijo Igniculus, que dio una palmada y se frotó las manos —. Bueno, Julian, ¿dónde está nuestra diversión?

Estaba a punto de contestar con una disculpa, al tiempo que me daba vueltas en la cabeza la idea de que al día siguiente me iba a pelear con Ciprian en la arena, pero de pronto se paró la música, excepto por el tímpano, que empezó a marcar un ritmo uniforme.

—Vaya, vaya —canturreó Ciprian—, que al final nos la has traído.

Giré la cabeza de golpe hacia el atrio, adonde estaba mirando todo el mundo, y estuve a punto de gemir de dolor.

Malina acababa de aparecer por detrás de la fuente y se acercaba, dramática y grácil, al ritmo del tambor. Ya no llevaba puesta la túnica de esclava. De hecho, llevaba puesta poca cosa: un sostén, atado detrás del cuello, le tapaba los pechos; el resto del tronco lo tenía desnudo, y de las caderas le colgaba una gasa blanca hasta las rodillas, con sendos cortes a los lados para facilitar el movimiento de las piernas. Porque se disponía a bailar, claro.

Me aparté de Ciprian y me situé a un lado de la multitud, apoyado en una columna.

Malina se puso a dar palmas por encima de la cabeza y a mover las caderas al ritmo simple que marcaba el tambor. Miraba hacia abajo en diagonal y el pelo, largo hasta las caderas, le ocultaba la cara. Entonces, los flautistas se unieron con una melodía que me resultaba conocida. El corazón me dio un vuelco cuando recordé de qué me sonaba: de una noche al pie de los Cárpatos, a la luz de la luna.

Malina alzó la cabeza con brusquedad y empezó a destellar como la joya que era. Tenía los ojos maquillados con kohl negro, lo que le daba un aire misterioso y hacía que los iris verdes resplandeciesen más que las lámparas. Daba vueltas y saltos, y los vuelos de la falda le descubrían las piernas bronceadas. Y allí estaba yo, absorto de nuevo, igual que la primera vez que la había visto en aquel escenario.

La diferencia era que en ese momento era una mujer adulta y su cuerpo poseía una hermosura y una gracilidad que se veían realzadas por la manera en que daba vueltas por el atrio y por el modo en que su silueta se perfilaba contra la fuente blanca que tenía detrás. Algunos invitados ahogaban gritos de admiración al ver cómo arqueaba la espalda hasta que le arrastraba el cabello por el suelo para, a continuación, apoyar las manos en el mármol, pasar las piernas por encima del cuerpo al otro lado y luego seguir dando más vueltas.

—¡Hala, qué bonito! —exclamó admirada una mujer a mi derecha, la cual se puso a aplaudir. Otros la imitaron, todos prendados de la bailarina de mi velada, el espectáculo que yo no había preparado en absoluto.

—No está mal —gruñó el cónsul Valerius—. En casa tengo una

más guapa.

Pero apenas oí su insulto ni los aplausos. Verla presentarse así ante ellos me hacía un nudo en las tripas.

«Pero ¿en qué está pensando?».

Entonces fue cuando me di cuenta de que Ciprian no estaba intentando acercarse a ella ni gritándole guarradas, como cabría esperar, ni tampoco se estaba tocando mientras la miraba. En lugar de eso, se estaba quedando dormido: estaba tumbado sobre un costado, con la cabeza apoyada en un hombro y los ojos entrecerrados.

Miré hacia la cocina por si veía a Ruskus, porque quería saber si le habían echado algo en el vino. No se les ocurriría envenenarlo: era un invitado de honor en mi casa y, si lo hicieran, sin duda las culpas recaerían sobre mí.

Luego me di cuenta de que Igniculus también se había sentado en un diván y parpadeaba con fuerza. Me fijé en las caras de los demás y nadie más parecía somnoliento. No entendía nada.

Malina seguía bailando, con sus vueltas y sus balanceos, hipnotizando al público con su danza hechizante y sus movimientos sinuosos. La canción seguía y seguía y la muchacha no paraba de bailar, aunque una perla de sudor le bajó por la sien y cayó al mármol blanco.

Estaba a punto de ir junto a ella e interrumpir el baile —al cuerno la etiqueta— cuando la música empezó a hacer un *crescendo* y Malina se puso a girar más y más rápido, hasta que se detuvo en una pose final que me recordó a la niña del escenario de Dacia.

Todos aplaudieron, excepto Igniculus, que apenas se despertó, y Ciprian, que dormía en mi alfombra como un tronco. Mi tío hizo un esfuerzo por levantarse y vino tambaleándose hacia mí, como si estuviera borracho, aunque sabía que ni de lejos había bebido tanto.

—Gracias por la fiesta, sobrino. Será mejor que me vaya. —Bostezó y me dio una palmada en el hombro—. Ha sido un día largo.

—Sí, tío. El placer es todo mío.

Se dirigió hacia el vestíbulo y sus pretorianos surgieron de las sombras para flanquearlo. Entonces, se dio la vuelta para decirme:

—En el Coliseo, mañana al mediodía.

Se me encogió el estómago, pero también me invadió una sensación de alivio: si se iba el emperador, significaba que todos los demás también debían irse. Los invitados empezaron a agradecerme la agradable velada. Llamé a Ruskus con un dedo y, cuando llegó a mi lado, me agaché y le dije:

—Que vengan los porteadores de la litera de Ciprian y me lo saquen de la alfombra.

—Sí, amo.

Fausta se detuvo delante de mí e hizo una reverencia.

—Gracias, Julian, por invitarme a vuestro hogar.

No sonrió con afectación ni hizo ninguno de los gestos de flirteo anteriores. Supuse que, por intuición femenina, se había dado cuenta de que, para mí, Malina significaba más de lo normal para ser una esclava. Me lanzó una mirada reprobatoria, como esperaba, pero mantuvo la frente alta y la mirada fría, con el aplomo de una mujer de la aristocracia draconiana.

—Buenas noches, Fausta. Gracias por venir.

—Buenas noches —respondió y se unió a la fila que salía por el vestíbulo. Fuera les esperaban las literas y sus porteadores, que se habían pasado allí toda la noche, para llevarlos a sus casas.

Trajan se detuvo ante mí a una distancia prudencial, como siempre. Aunque era mi tribuno militar, fuera del campo de batalla fingíamos tener una relación meramente formal.

—Bueno —murmuró, con expresión sombría—, supongo que

mañana ya no tendremos la reunión con mi abuelo.

—Mierda. —Mi temperamento había hecho descarrilar todo—. Lo siento, Trajan.

—No te disculpes. Para serte sincero, lo has llevado con más calma de la que me esperaba.

—No habría podido mantenerla mucho más tiempo.

—Luego Malina ha venido al rescate. Parece que su danza ha distraído a todo el mundo. —Observó cómo cuatro corpulentos esclavos de Ciprian llevaban a su amo, sumido en un profundo sueño, hacia la salida—. Ciprian se ha pasado con la bebida, por lo que parece. ¿La sangre puede hacerle eso?

—No —respondí mientras buscaba en el atrio a Malina con la mirada, aunque no la encontré—. No es la sangre lo que lo ha dejado inconsciente.

Por un momento, pareció querer hacer otra pregunta, pero se limitó a asentir con la cabeza y a decir:

—Me pondré en contacto contigo.

A continuación, se acercó al general Sabinus y empezó a alabarlo por el botín de guerra que había traído de Macedonia en su última campaña.

Trajan siempre sabía cómo tratar con la gente y hacerse querer. Yo, sin embargo, nunca había tenido esa habilidad. Esa noche había sido lo más cordial y amigable que era capaz, pero quería que todo el mundo saliera por la puerta. No quería más compañía que la de ella.

Me dirigí con paso enérgico al lugar donde Malina había terminado su baile, inspiré hondo y seguí su aroma por el pasillo hasta mi alcoba.



MALINA

Estaba de pie en la alcoba de Julian, en la entrada de la terraza. Desde ahí veía una esquina de la calle por la que pasaban las literas de los invitados, monte Palatino abajo, de camino a sus casas. Para que nadie me viera, me había resguardado a la sombra de una columna.

Cuando hubo pasado la última litera y dejó de oírse el golpeteo de las sandalias de los porteadores contra los adoquines, suspiré al fin, aliviada.

Entonces, sentí la presencia de Julian. Cuando me di la vuelta, se

me cortó la respiración: estaba a pocos pasos de mí. Se me había acercado con el sigilo de un depredador. Los ojos le brillaban como brasas.

—Sé que estás enfadado. —Era consciente de que no habría querido que bailara ni que me pusiera a la vista de Ciprian—. Pero yo sabía que podía resolver dos problemas al mismo tiempo. Por un lado, no tenías espectáculo, y yo soy bailarina. Por otro —Julian dio un paso hacia mí y tragué saliva—, sabía que podía conectarme a Ciprian y al emperador para hacerles tener sueño y que quisieran irse.

Era curioso, pero llegué a esa conclusión en la cocina, mientras Ruskus y Kara discutían sobre qué hacer en ausencia de bailarinas.

En ese momento, sentí una ola de energía que me encendía por dentro: era la misma sensación que había tenido cuando el dragón de Julian respondió a mi vínculo y me dio parte de su fuerza. Ahí fue cuando supe que me podía conectar a un hombre poderoso y peligroso como el césar. Así que no dudé: sabía lo que tenía que hacer para poner fin a esa velada espantosa.

—Has dejado a Ciprian en coma —dijo mientras se me acercaba despacio.

—Bien —susurré desde la penumbra—. Así no podréis pelear mañana.

—¿Cómo lo has hecho? —Se detuvo a un palmo de mí y empezó a quitarse la toga. Tenía la voz ronca—. El sueño no es un sentimiento.

Me quedé mirando cómo se desenrollaba la fina tela roja. Sus ojos emitían luz.

—¿Cómo que no? Cualquiera puede sentir sueño.

—Es más que eso. —Dejó caer la toga al suelo, se quitó la fina túnica blanca por la cabeza y se quedó desnudo por completo, con los músculos tensos. La herida estaba enrojecida, pero se había

cerrado y estaba cicatrizando—. El sueño es un estado físico —dijo con calma. Yo, por mi parte, me había quedado embelesada.

Tenía un cuerpo tan bello, tan fuerte y tan poderoso… Y una erección incipiente cuando echó mano a la polla y empezó a acariciársela. Yo no era virgen, ya había explorado el sexo con Hanzi varias veces, un año antes de que atacaran nuestra aldea. Pero él era más un chico que un hombre y, desde luego, no era un dragón de las dimensiones de Julian.

—To-Todos los sentimientos son estados físicos —susurré casi sin aliento.

—Así es, Malina —dijo con voz sombría pero aterciopelada, mientras se seguía acercando a mí—. Y mis sentimientos llevan toda la noche corriéndome desbocados por la sangre.

Me metió las manos por el pelo en busca del nudo que había hecho en la tela roja y me fue desenvolviendo el sostén hasta que el pecho me quedó desnudo. Yo no me moví ni un ápice.

—Los sentimientos que me evocas me han invadido por completo. Es un doloroso estado físico que no puedo aguantar más.

—Julian…

Iba a tocarle el pecho, pero me cogió las muñecas a medio camino con una mano, me las pasó por encima de la cabeza y las presionó contra la columna que tenía a mi espalda. Entonces, bajó la cabeza hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos. Dioses, qué salvaje era su mirada.

—Voy a arder en el Tártaro por todos los males que he causado. —Me cubrió un pecho con la enorme mano y me lo apretó hasta que gemí de placer—. Pero juro por los dioses que me voy a follar a mi compañera antes de que me manden allí.

De pronto, su boca estaba sobre la mía y empezó a acariciarme la lengua con la suya, al tiempo que le surgía un grave rugido del

cuello. Cuando presionó su férreo cuerpo contra el mío para inmovilizarme contra la columna y me clavó la gruesa polla en el vientre descubierto, no pude hacer nada más que aceptarlo. Me puse de puntillas para llegarle mejor. Entre mis muslos apareció una cálida humedad que empapó la tela que había atado por debajo de la falda para ocultar mi sexo mientras bailaba.

Rompió el beso con un gemido y se arrodilló. Sacó las garras y fue a por la tela de mi falda, que rajó hasta destrozarla, con cuidado de no hacerme cortes en la piel.

—Julian…

Justo cuando le hundí los dedos en el pelo, me cogió un muslo con brusquedad para echárselo por encima de un hombro y abrió su tórrida boca sobre mi vulva.

—Que Juno me salve —murmuré y dejé caer la cabeza contra la columna que tenía detrás.

Julian me lo comió con voracidad canina y no pude hacer otra cosa que gemir y mecer la pelvis contra su boca.

—Más, Julian. Dioses.

Con las garras ya retraídas, me coló una mano entre los muslos y me introdujo dos dedos, sin dejar de lamerme el clítoris con la lengua bífida ni de mirarme con esos ojos brillantes.

Jadeé, estaba a punto de correrme. Entonces, aceleró el movimiento de los dedos y se puso a succionarme el clítoris, que palpitaba, hasta que llegué al clímax con un gemido grave, los puños apretados y los muslos temblando.

Cuando aún no había bajado, me levantó en volandas y me llevó al interior de la alcoba, de su guarida personal, para meterme entre las cortinas del dosel y dejarme en el medio de la cama. Doblé las rodillas y abrí las piernas. Julian se acomodó entre ellas, me cogió por las caderas y me subió el culo a su regazo. Se agarró la polla y

humedeció la punta entre mis pliegues.

—Te necesito, Malina —gruñó y su cara reflejaba un anhelo desesperado.

Solté un gemido cuando empezó a hundirse despacio en mi interior y ahogué un grito cuando me cogió por las caderas y empujó hasta el fondo. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo y empezó a hacer un sensual movimiento circular con las caderas para que mi cuerpo se pudiera estirar y acogerlo bien. La sensación me llenó de un placer exquisito. Julian cerró los ojos, con una mueca de sufrimiento, y murmuró:

—Que los dioses me ayuden. Qué gusto, mi amor.

Soltó un ronroneo grave desde el fondo del pecho cuando empezó a embestirme, con estocadas largas y profundas que me hicieron estremecerme y agarrar fuerte la sábana con los puños. Sus ojos dorados me recorrieron el cuerpo desde donde me empalaba, pasando por mi vientre y mis pechos, hasta llegar a mi cara.

—Es más dulce de lo que me había imaginado —añadió en ese tono suyo, tranquilo y neutro, pero no se me escapó el deje áspero ni el ansia apasionada de sus ojos.

Mi deseo igualaba al suyo, notaba una necesidad imperiosa de sentirlo en todas partes. Alcé los brazos, pero no lo alcanzaba.

—Necesito tocarte.

Despacio, se inclinó hacia delante, lo que hizo que se me abrieran más los muslos, y me cogió la cabeza con las dos manos. Yo le acaricié la parte posterior de las piernas con los talones mientras ambos gemíamos.

Se apoyó en los codos y la cara le quedó a medio palmo de la mía, pero no me besó. En su lugar, me pasó una mano por debajo de la cabeza y empezó a acunármela con ternura, mientras me miraba con fuego en esas pupilas de dragón.

—Preciosa —susurró.

Le pasé las palmas por la musculosa espalda. Entonces, se apartó un poco y me empaló bien hondo. La intensidad me hizo estremecerme y le clavé las uñas en la espalda.

—Sí, mi pájaro de fuego —murmuró, sacándola hasta la punta y volviéndomela a meter—. Márcame entero.

—Más —supliqué.

Del pecho le salía esa profunda vibración que me endurecía los pezones. Empezó a empujar más rápido y más hondo.

—Ah…, sí, Julian. Necesito más de ti.

Acercó su boca a la mía y me besó fuerte al tiempo que me penetraba, una y otra vez. Cuando le volví a arañar la espalda, la polla se le puso aún más gruesa. Me mordió el labio con los colmillos afilados, sin rasgarme la piel. No había cambiado a híbrido, pero le estaban saliendo algunas partes del dragón: necesitaba darse a conocer, ser visto.

Sin dejar de jadear, le hundí los dedos en el pelo y le tiré de la cabeza para poder susurrarle al oído:

—¿Tu dragón también me está follando? —Me dio un escalofrío: sabía muy bien que el poderío que me empapaba la piel y me presionaba el alma era el de la bestia que vivía dentro de él—. ¿Me está tomando igual que tú?

Se apartó y me la sacó tan rápido que me quitó el aliento. Me dio la vuelta para dejarme con la mejilla apoyada en el colchón y el culo en alto, me metió la polla bien hondo, me cubrió el sexo con una mano, con la otra me agarró la garganta y me cubrió la espalda con todo su tronco.

Entre su cuerpo y su polla, me tenía atrapada por completo. No me podía mover. Y estaba en la gloria.

De su pecho surgió un rugido gutural. Acercó la boca a mi oreja.

—Así es, Malina —dijo mientras me acariciaba por dentro, despacio y hondo, con precisión. Con el índice me estimulaba el clítoris, y con la otra mano me sujetaba la garganta con cuidado—. Eres mía. —Su voz era tan grave que apenas la reconocía—. Este dulce coñito, este precioso cuerpo, tu alma luminosa. —Empujó con más fuerza—. Es todo mío. —Me presionó la garganta con ternura—. Dilo.

—Sí —susurré mientras me rozaba con los labios detrás de la oreja y me daba lametones y mordisquitos en el cuello—. Soy tuya.

Volvió a aparecer el gruñido profundo. Él seguía acariciándome, frotándome, estrechándome, chupándome.

—Me estás haciendo hervir por dentro, pájaro de fuego. —Aumentó la cadencia de las embestidas—. Siempre he sabido que lo harías.

Me mantenía inmovilizada con su inmenso cuerpo mientras se hundía más y más hondo dentro de mí. Llegaba más allá de mi sexo, al interior de mi alma. Mi dragón exhalaba fuego por donde pasaba y yo era consciente de que su fiera estela me dejaría cicatriz. Él también estaba dejando su marca.

Alcancé el orgasmo con un grito y supe que nunca volvería a ser la misma, que ningún hombre reemplazaría jamás a Julian. No había duda de que era el que me habían asignado los dioses. Nuestro vínculo vibraba con emoción: una mezcolanza de necesidad, deseo y afecto desesperado, abrumador, obsesivo. Amor.

Empezó a gruñir con cada empujón hasta que por fin se me clavó dentro una última vez, sin dejar de sujetarme el sexo ni la garganta, y derramó su semilla en mi interior con movimientos espasmódicos. Su gruñido se volvió más salvaje, más ronco, y se quedó en el fondo mientras le palpitaba la polla.

Después me rozó el cuello con los labios, entre jadeos.

—Malina —dijo entonces, con la voz rota por la emoción, al tiempo que me presionaba la piel del cuello con los labios—, ¿qué me has hecho?

—No más de lo que me has hecho tú a mí —susurré.

Salió de mi interior con delicadeza y me dio la vuelta, sin sacarme de debajo de él.

Su mirada me cautivó por completo y por entero. El fuego de sus ojos había perdido intensidad, pero conservaban un brillo sobrenatural: la bestia no se había ido muy lejos. Sin embargo, lo que me dejó prendada con tanta ternura fue el profundo afecto que vi en ellos.

Durante unos momentos, no dijimos nada. Yo le pasé la yema del dedo índice por las afiladas líneas de la cara, él me miraba sin más, y fuimos recuperando el aliento poco a poco.

—No quiero que pelees con Ciprian mañana —dije por fin.

Él me recorrió la cara con la mirada.

—Tengo que hacerlo.

—¿Cuándo vais a llevar a cabo el plan Trajan y tú?

Solo había un plan, pero incluso en la tranquilidad de su alcoba me daba miedo decir revolución o rebelión. O más claro, magnicidio. Temía que, si decía palabras de ese tipo en voz alta, el emperador se enterase de algún modo.

Igniculus. Ese dragón era una bestia terrorífica. Era horripilante hasta en forma humana. La manera en la que observaba la estancia daba la impresión de que estaba siempre calculando.

—Pronto —respondió Julian con un suspiro.

Dio media vuelta rodando sin soltarme, de modo que quedó boca arriba conmigo sobre el pecho, y nos tapó a los dos con una manta. Le abracé la cintura y me acurruqué.

—Tu tío es aterrador —dije con suavidad.

Julian me acarició la espalda por encima de la tela para calmarme.

—Es un demente.

—¿Cómo salió tan distinto a tu padre? Parece que era un buen hombre. —Por lo poco que sabía de él, parecía todo lo contrario de su hermano.

—¿Sabías que mi tío nació en forma híbrida?

Me incorporé para mirarlo a la cara.

—¿Y eso no es normal?

Negó con la cabeza.

—La mayoría de los romanos nacen o como humanos o como dragones.

Me estremecí.

—¿Y cómo puede sobrevivir una mujer al parto de un dragón?

—Si el bebé está en forma de dragón o híbrida, tiene una membrana que lo recubre. Además, nace sin cuernos.

—Ah —dije con un suspiro de alivio y Julian esbozó una leve sonrisa ante mi ignorancia—. No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Me acarició una cadera—. Según la forma en que nacemos, los dioses nos dicen cuál va a ser la predominante: el hombre o la bestia.

—O la mujer. También hay dragones hembra —repuse e intenté acallar el ramalazo de celos al acordarme de la noble dama que había estado coqueteando con Julian durante la velada.

—Sí. Cuando un dragón, sea hombre o mujer, nace en forma híbrida, hay quien cree que quedará descarriado para siempre.

—¿Y eso? Un dragón en forma híbrida solo está en una de las formas de su animal.

—No, eso no es así —dijo, mientras me miraba fijamente y jugueteaba con uno de mis rizos—. Cuando estamos en forma híbrida, no somos ni hombre ni bestia, sino una criatura antinatural

por cuyo dominio luchan ambas formas. Desde niños nos enseñan a controlar la sed de sangre cuando estamos en esa forma. Al estar a medio camino, la bestia intenta tomar el control. No es bueno quedarse en forma híbrida demasiado tiempo.

Volví a apoyar la mejilla en su pecho.

—Pero en el campo de batalla hacéis eso mismo.

—Porque ahí el objetivo principal es acabar con el enemigo, así que no hay necesidad de control y podemos dejarnos llevar por los impulsos más primarios. Por eso, cuando la batalla termina y los hombres vuelven al campamento, el general les exige que regresen a la forma humana. También es la razón por la que está prohibido cambiar a híbrido dentro de la ciudad, salvo para defensa propia en caso de que te ataquen.

—No creo que a tu tío le importara.

—No le interesa que la gente se mate así porque sí. Al fin y al cabo, necesita un imperio sobre el que gobernar y dejarlo a merced de la locura draconiana sería un desastre para los ciudadanos, sobre todo para los plebeyos.

—¿Y por qué le importa la gente de a pie? Parece que solo le preocupa lo que necesitan los patricios.

—Porque, aunque los plebeyos no tengan el poder de los dragones, sí ostentan el poder del pueblo. Si empieza a haber malestar social entre ellos, se culpará y odiará al emperador. Además, como todos vivimos y trabajamos en la misma ciudad, ese odio permeará ambas clases.

—Tuvo que haber malestar social cuando empezó a arrancar bebés dragones bastardos de sus casas y a echarlos a las peleas de gladiadores.

Se quedó callado un instante, sin dejar de pasarme la mano por la columna, arriba y abajo, en una caricia reconfortante.

—Sí y no. Hubo algunas protestas, claro, pero mi tío enseguida se encargó de ellas, sin hacer ruido y al abrigo de la noche.

—¿Mató a los plebeyos que protestaron?

—Por supuesto. Y después puso al praeco a dar discursos en el foro sobre lo sagrado del matrimonio y sobre que solo los hijos nacidos dentro del seno matrimonial son verdaderos romanos.

—Eso es absurdo. ¿De verdad le importa lo más mínimo lo sagrado del matrimonio? Por lo que he oído, es un putero de cuidado.

—Y no sabes ni la mitad. Es un tremendo hipócrita, pero sabe manipular y conoce bien la tradición romana de considerar el matrimonio y la familia como lo más sagrado.

—O sea, que se aprovechó de la vergüenza y el sentimiento de culpa de las madres que tuvieron hijos fuera del matrimonio.

—Sí y les mintió diciéndoles que los dioses las iban a castigar con demencia draconiana, que los hijos bastardos eran una aberración y que se iban a volver locos y a matar a sus padres mientras dormían.

—Qué mentira más horrible.

Pensé en el buenazo de Stefanos: en mi corazón no cabía duda de que nunca le haría daño a nadie y menos a ninguno de nosotros, su familia.

—Pues sí —respondió con un suspiro—. Su último insulto fue darle veinticinco denarios a cada plebeyo y organizar un festival en el foro en el que los invitó a pan y carne para que vieran lo magnánimo que era.

Igniculus era un auténtico monstruo.

Entonces me vino a la cabeza el nítido recuerdo del hombre que me había hablado de mi aldea, mucho tiempo atrás.

—Me han dicho que lo que causó el ataque en mi aldea fue la demencia draconiana.

Julian dejó de acariciarme y abrió la mano sobre mi espalda con un gesto cálido.

—¿Los romanos atacaron en forma híbrida? —preguntó con suavidad.

—Así es. —Recordaba el destello carnívoro en sus ojos—. Nosotros no habíamos hecho nada en contra del emperador. Nuestra aldea era muy pequeña y estaba muy lejos de otras provincias romanas. Nunca le encontré ninguna lógica a que vinieran a matar a todo el mundo.

Me envolvió con ambos brazos, me estrechó contra sí y me presionó la coronilla con los labios.

—Lo siento, Malina. Suena a que se dejaron llevar por la sed de sangre. —Me estrechó de nuevo y susurró, casi para sí mismo—: Gracias a los dioses que te escapaste.

—Yo antes maldecía a los dioses por haberme dejado escapar.

Nos hizo rodar a ambos de modo que quedamos de lado, mirándonos el uno al otro. Se apoyó en un codo y me puso la otra mano en la cara.

—¿Y por qué?

Solté una risotada burlona.

—¿En serio, Julian? ¿Ser la única de mi aldea y de mi familia que sobrevive a esa pesadilla? Pensé que quizá los dioses me habían salvado por un motivo y, cuando tuve la oportunidad de ayudar a los celtas en la batalla, creí que los dioses me habían enviado allí para eso. —Al menos, eso era lo que siempre decía mi bunica: que podía salvar gente—. Pero luego los celtas fueron derrotados.

—Por mí —añadió en tono amargo.

—Por ti. Y yo acabé siendo prisionera.

—Por mí.

—Sí —contesté con cara de enfado.

—O sea, que creíste que todo había sido en vano y que los dioses te habían abandonado.

No respondí, porque eso era exactamente lo que sentía.

Me pasó las yemas de los dedos por el cuello y levantó la moneda que aún llevaba colgada. Por las noches me quitaba el collar de esclava, pero nunca me quitaba la moneda que me había dado.

—Sí que hay un motivo por el que te salvaron los dioses.

—¿Por qué? —bufé—. ¿Para ser tu amante?

—Para ser mi esposa —respondió y presionó su frente contra la mía—. Para ser mi compañera en este mundo infernal. Para que me ayudes a aplastar el Imperio romano y construir uno nuevo.

Se me desbocó el corazón y la sangre empezó a correrme a toda velocidad por las venas.

—¿De verdad quieres todo eso?

—¿Construir una nueva Roma? Pero si ya te lo había dicho.

Me aparté para verle mejor los ojos y negué con la cabeza en un gesto tímido.

—No me refiero a eso.

Se le ensanchó la sonrisa y a mí me dio un vuelco el estómago.

—¿Que seas mi esposa?

—He visto a una señorita muy guapa en tu fiesta que parecía bastante interesada en el puesto.

—¡Tienes celos! —exclamó con una risa que me puso de mal humor.

Lo empujé, me di la vuelta y me quité la manta de encima, pero, antes de que pudiera escaparme de la cama, Julian me cogió por la cintura riéndose a carcajadas.

—¡Para! —exigí—. ¡Déjame!

—No. Nunca —me dijo al oído, mientras yo seguía intentando soltarme, aunque sin esforzarme demasiado. Me inmovilizó los

brazos y me estrechó con más fuerza—. A tu lado, esa mujer es una lucecilla mortecina. Dioses, Malina, esta noche estabas tan guapa que solo de mirarte me dolía el corazón y, aun así, no podía quitarte los ojos de encima.

Me frotó el cuello con la nariz al tiempo que inspiraba. No pude evitar torcer un poco el cuello para facilitarle el acceso, pero entonces emitió un gruñido.

—¿Sabes lo que significa eso para los dragones?

—¿De qué me hablas?

—Esa manera de torcer el cuello dejando la garganta al descubierto.

—Significa que quiero que me lo beses.

Rio y me dio un besito en el cuello que me hizo estremecerme.

—Significa que te estás sometiendo, que te entregas a mí. —Me presionó en un costado con la polla, que volvía a tener dura—. ¿Te estás entregando a mí, Malina?

—Me vas a tomar de todos modos —le contesté al tiempo que arqueaba la espalda y froté el culo contra su dureza.

Inspiró con un siseo y movió la mano que tenía en mi vientre para cubrirme un pecho con ella. Me acarició y pellizcó el pezón hasta hacerme gemir.

—Dime que te estás entregando a mí —exigió, mientras me daba besos por todo el cuello.

—Siempre —susurré con suavidad y con toda sinceridad—. Siempre, Julian.

Se hundió dentro de mí con un gruñido; yo todavía estaba sensible y con la piel tierna del polvo feroz de antes. Él parecía ser consciente, porque esta vez entró en mí con embestidas más suaves. Me masajeaba el pecho, con ligeros pellizcos, y con la boca abierta me acariciaba el cuello con la suavidad de una pluma.

Entonces, empezó a murmurar tonterías cariñosas. Mi cuerpo solo quería más y más.

—Qué bonita eres, mi pájaro de fuego. —Me daba besos en la base de la garganta y me lamía donde latía el pulso—. Quiero llevarte a una cueva oscura, bien lejos. —Caricias de su polla, suaves y profundas—. Donde nadie nos pueda encontrar. Donde pueda quedarme contigo para siempre. Y follarte una y otra vez. —Me pellizcó el pezón hasta que me hizo daño y grité, entonces volvió a bajar la mano a mi barriga—. Te voy a llenar hasta dejarte encinta con mi hijo.

—Con nuestro hijo —lo corregí en un resuello.

De su pecho salió un rugido de satisfacción. Me agarró una pierna y me la levantó; yo la enrosqué en la suya, con el tobillo detrás de su muslo. Entonces, puso los dedos en la mancha que había quedado de la vez anterior.

—Quiero hacerte de todo —susurró pellizcándome ligeramente el clítoris. Di un respingo, acompañado de un gemido. Eché el brazo hacia atrás y le clavé los dedos en la cadera—. Quiero dejarte empapada de mí para que todos y cada uno de los dragones sepan que eres mía.

Arqueé la espalda para que pudiera llegar más hondo.

—Pues empápame, Julian.

Y eso hizo. Me empapó de su deseo, de su adoración, de su amor. Cuando el vínculo dio un tirón, entró en mi cuerpo y en mi alma una marea abrumadora de esa emoción incondicional. Era tan real como los botes erráticos que me daba el corazón dentro del pecho. Era una entidad viva, que respiraba. Estaba inmersa en amor, hundida en él. Fue el mejor momento de mi vida.

Recuerdo que empecé a sollozar cuando terminamos y Julian me tranquilizó hasta que me quedé dormida mientras él murmuraba:

—Shhh, estoy aquí…



JULIAN

Un rugido atronador surgió de la multitud y se coló en la cámara subterránea donde yo me encontraba a la espera, debajo de la arena. Por debajo de mí, en el pasillo del hipogeo, varios hombres tenían las manos sobre una noria gigante, listos para empezar a moverla para que se abriera una trampilla y elevarme al centro del Coliseo.

Cerré los ojos en un intento de calmarme, porque estaba temblando de miedo. Lo que me lo provocaba no era pelearme con Ciprian, sino lo que no veía: esta lucha iba a desencadenar acciones

que estaban fuera de mi control y mi contrincante se estaba convirtiendo en un problema que no podía sortear sin eliminarlo a él por completo. Sin embargo, si me atreviera a matarlo en la arena del anfiteatro, el césar no estaría nada contento, y lo que es peor: sospecharía de mí y perdería su confianza. Y, entonces, todo se iría al traste.

El suelo se abrió de repente y la luz del sol inundó la cámara de la que se elevaban los gladiadores, como si de dioses se tratara. Subí las escaleras mientras el aire vibraba con los gritos de la multitud. Ciprian salió al mismo tiempo por el lado opuesto al mío.

Aparecimos en el Coliseo justo delante de la tribuna, la parte cubierta desde donde iban a presenciar el espectáculo el emperador y sus lacayos. Ni los miré: tenía la atención centrada en mi adversario.

Este sonrió, como si supiera perfectamente las ganas que tenía de lisiarlo y mutilarlo. Ambos estábamos ya en forma híbrida, vestidos tan solo con faldas de cuero, gladius en mano. El sol del mediodía, que se encontraba sobre nosotros en su punto más alto, se reflejaba en las negras escamas de Ciprian. Incluso en forma híbrida, su tamaño era menor que el mío, y mi dragón, deseoso de violencia, estaba que echaba humo por las ganas de machacarlo.

No muy lejos de nosotros se encontraban unos asistentes, junto a un surtido de armas que había a nuestra disposición al pie del muro. Apreté la empuñadura del gladius; mi único deseo era clavárselo bien hondo en el pecho.

Ciprian era una amenaza. No solo para mí, sino también para Malina. Había llamado la atención del emperador sobre ella y me quedaba menos tiempo: tendríamos que hacerlo pronto. Antes de dirigirme al Coliseo solo había tenido tiempo de enviarle un mensaje apresurado a Trajan. Me había levantado tarde y había dejado a

Malina durmiendo, pues esperaba volver a casa antes de que se despertara. La había tenido despierta hasta muy tarde, hasta la madrugada.

«Dulce néctar de mi vida, Malina mía. Mi compañera».

—¡Hasta que uno de los dos se sobreponga o se rinda! —bramó Igniculus, devolviéndome al presente—. No hasta la muerte, generales.

—¡Por supuesto, césar! —respondió Ciprian dirigiéndose hacia la grada.

—Julianus.

Levanté la cabeza hacia él con un movimiento brusco.

—Sí, césar.

—¡Podéis empezar, pues! —dijo y dio una palmada como señal de inicio.

Romanos nobles, plebeyos, libertos, mujeres y esclavos soltaron un rugido de entusiasmo desde las graderías: estaban sedientos de sangre y violencia.

Igual que yo.

Empecé a caminar en círculo a su alrededor, con la cola dando latigazos en el aire de las ganas que le tenía. Mi bestia estaba emergiendo. Había estado conmigo toda la noche, saciando su hambre de la carne de su compañera. Era el momento de satisfacer su sed de sangre.

Ciprian atacó primero, dio una estocada que desvié con el gladius; su hoja se deslizó sobre la mía y lo obligué a retroceder un paso de un empujón. Entonces, asesté mi primer golpe, pero él se movió rápido, tal como esperaba. Quería darle unas vueltas primero, cansarlo un poco antes de ir a herirlo.

Se apartó dando un giro y, en un rápido movimiento, arrastró la cola por la arena y la volvió a levantar para darme con ella en la

cara. Me cegó por un momento y retrocedí sacudiendo las alas, lo justo para evitar que me hiciera un tajo en el pecho. Me quité la arena de los ojos mientras el público vitoreaba el golpe del que me había librado por poco. La risa de mi tío retumbó por todo el recinto.

A continuación, di un salto, ascendí en el aire con un aleteo, me lancé en picado contra Ciprian y lo tiré al suelo. La sorpresa que mostraron sus ojos, abiertos como platos, excitó a mi dragón. Entonces, le golpeé en la mandíbula con la empuñadura de la espada, una vez, dos, y a la tercera se escabulló rodando por el suelo. Se alejó aleteando y aterrizó al otro lado de la arena con un golpe y arañando el suelo con las garras.

La manchita roja que tenía en el labio hacía rugir a mi bestia: verla era un placer inmenso. Pero no era suficiente.

Embestí contra él, esquivé su estocada y conseguí darle con la espada en el hueso del ala, que emitió un sonoro y delicioso crujido.

—¡Aaah! —gritó Ciprian, cuya herida sangraba.

—¡Uuuh! —exclamó el público, encantado con el espectáculo.

Solté una risotada y me puse de nuevo a describir un círculo a su alrededor, agitando la espalda en el aire con gesto burlón.

—Ese hombro va a necesitar unos puntos cuando vuelvas a tu forma humana.

—¡El coño de Juno! —Lanzó un escupitajo rojo al suelo—. Antes de que acabemos, la arena estará empapada de tu sangre.

—Antes de que acabemos vas a ser un puto cadáver —le prometí.

Rio mientras se ponía en guardia, con los hombros hacia delante, listo para atacar.

—Bueno, bueno, Julian, que tu tío ha dicho que nada de matarse —contestó en tono provocador.

—No he dicho que lo fuera a hacer aquí y ahora.

Entonces arremetió de nuevo. Yo estaba listo, con las dos manos

en la empuñadura. En el momento en que me atacó con la espada, yo la aparté con la mía y, con un giro hábil, se la arranqué de la mano. Ciprian soltó un rugido de frustración y se dirigió a su asistente.

—¡El tridente! —bramó.

El joven se acercó corriendo y le dio la nueva arma, mientras yo me dirigía hacia el mío. Le pedí el tridente con un gesto y vino hacia mí para dármelo, pero volvió a alejarse de un salto repentino.

Con un rápido aleteo y un grito áspero, Ciprian se abalanzó sobre mí y casi me clavó el tridente en la garganta. Me libré por poco dando un salto hacia la derecha y, a continuación, le asesté un espadazo en la parte trasera del muslo con la punta de mi gladius. Las escamas no evitaron que la hoja se le clavara en la carne. Su alarido debió de oírse desde el cielo.

—¡Cabrón! —gritó con el morro negro lleno de sangre y volvió a cargar contra mí.

El sonido metálico de mi espada contra su tridente resonó por todo el anfiteatro. El público estaba extasiado: aullaba y gritaba, deseoso de más sangre.

Ver a mi oponente respirar con dificultad, debilitado, despertó a mi bestia interior. Me lancé hacia delante al tiempo que batía las alas con fuerza, le golpeé con los dos pies en el pecho y cayó hacia atrás dando tumbos.

Se puso en pie de nuevo, se tambaleó y se quedó quieto, respirando con dificultad y, en apariencia, sorprendido por el golpe.

No me hacía falta más: giré rápido, le pegué con la cola y lo tiré al suelo. El tridente salió volando fuera de su alcance.

Antes de que pudiera ir a rastras a recogerlo, le puse un pie en la garganta y le apunté con el gladius al corazón. De pronto, el estruendo de la multitud pasó de ser una maraña de gritos

indistinguibles a convertirse en un cántico común, un mantra:

—¡Conquistador! ¡Conquistador! ¡Conquistador!

Desde las gradas bajas alguien gritó:

—¡Matadlo, Conquistador!

Gritos y más gritos que pedían la muerte y el derramamiento de la sangre de ese pútrido ser. Empecé a planteármelo en serio: podía verlo, sentía el poder de la idea de quitarle la vida y librar al mundo de otro tirano en potencia.

No aparté la vista de Ciprian, ni él de mí. Todo el mundo pedía su cabeza a gritos. Estábamos inmóviles ahí mismo, esperando. Apreté la empuñadura de mi espada con más fuerza. El sol destellaba en el sudor que me bajaba por las escamas rojas del brazo. Qué fácil sería en ese momento acabar con él y con la amenaza que pendía sobre Malina.

Iba a matarlo.

No parecía importarme que el césar me pudiera ejecutar por desobedecer una orden directa. La bestia rugiente que vivía en mi interior se asomó a la superficie y me llenó de ansia de acabar con ese rival patético de una vez por todas.

Los gritos se hicieron más fuertes. Alcé la mirada hacia el pueblo romano y un escalofrío me penetró hasta los huesos. Yo podría gobernar a ese pueblo. Podría convertirme en el emperador que Roma siempre había necesitado.

Volví a bajar la mirada hacia Ciprian, al que seguía sujetando con el pie en la garganta, y me incliné sobre él. Intentó zafarse, pero no lo logró. Con una sonrisa, apreté la empuñadura del gladius y…

«No, Julian».

Un hormigueo en las venas y su voz en mi cabeza me hicieron detenerme.

«No lo hagas».

Malina.

Giré la cabeza hacia el público con un movimiento brusco. Estaba ahí, en algún sitio.

Entonces, percibí movimiento a mi derecha: el emperador Igniculus se puso de pie, avanzó hacia el borde de la tribuna cubierta y alzó una mano. El público calló al momento, como si les acabaran de apretar el cuello con un garrote.

—¡Bien hecho, Julianus! ¡Un auténtico hijo del dragón Ignis!

Hubo un clamor de aplausos y vivas que duró solo unos momentos.

—Ahora ambos habéis probado la sangre del otro. ¡Misión cumplida!

En su voz había acero y violencia. Obedecí: le quité el pie de la garganta a Ciprian y di un paso a un lado. Él se levantó enseguida del suelo, deseoso de abalanzarse de nuevo sobre mí.

—Acercaos, generales —dijo Igniculus.

Ambos nos aproximamos, nos costaba respirar y nuestros pechos subían y bajaban. Nos detuvimos al pie de la tribuna. Hacía un sol de justicia.

—Ambos habéis luchado bien. Y aunque el resultado haya sido un empate…

—Pero si le he vencido —bramé.

—Yo no me he rendido —repuso Ciprian.

—¡Porque estaba a punto de rajarte el gaznate! —repliqué lanzándole una mirada furiosa.

—¡Basta!

La orden de Igniculus retumbó por el Coliseo e hizo temblar hasta las vigas. Su ira era evidente. Se hizo el silencio: solo se oía el ligero silbido del viento sobre la arena.

—Creo que ya basta —dijo en tono más tranquilo, pero a un

volumen suficiente para que lo oyeran los patricios de las gradas inferiores—. Para apaciguaros el uno al otro, ambos haréis entrega de la posesión que yo elija y que esta enemistad termine de una vez por todas.

Hizo una pausa y mi alma dio un grito para mis adentros: me daba miedo lo que se venía.

—Ciprian entregará a Julian su preciado caballo semental bético. —Mi rival siseó, pero no dijo nada—. Y Julian entregará a Ciprian a su esclava celta.

Me estremecí, pero no me permití reaccionar. Volví a apretar la empuñadura de la espada. Para cualquier otra persona, el intercambio no sería justo, pues una esclava valía menos que un semental bético; pero para mí, esa esclava valía más que mi propia vida.

«No lo hagas», me suplicó su voz de nuevo a través del vínculo.

En ese momento, una negativa significaría mi muerte y Malina me necesitaba.

Ciprian miró al emperador con una sonrisa y respondió:

—¡Sí, emperador! Como deseéis.

Yo me quedé inmóvil, como la estatua de un híbrido entre hombre y bestia, con la vista clavada en mi tío, que, con expresión grave, esperaba mi sumisión.

—Sí, emperador —dije por fin en voz baja pero clara—. Como deseéis.

Los romanos empezaron a salir del anfiteatro entre risas: el espectáculo del día los había puesto de buen humor. Yo hice una reverencia ante mi emperador y me fui. Tenía el alma envuelta en las tinieblas más oscuras.



MALINA

—¡No! —rugió Julian—. ¡No lo voy a permitir!

Había llegado a casa justo después de él y me lo encontré sudado, ensangrentado y furioso. No me dejó que le mirara el tajo que tenía en el hombro.

—Pero ¡puedo controlar a Ciprian! —le dije por tercera vez—. Igual que hice anoche durante la fiesta.

Dejó de dar vueltas por la estancia por fin y vino directo hacia mí. Tenía ojos de demente y había perdido el control, no parecía él. Me agarró por los brazos y me dijo:

—Escúchame, Malina: sé lo que te va a hacer y no puedo permitirlo. —Me atrajo hacia sí y presionó su frente contra la mía. Le temblaba todo el cuerpo—. Dioses, me voy a volver loco.

—Tranquilo, Julian —dije cogiéndole la mandíbula con ambas manos—. Escucha, escucha, escucha. —Le acaricié el pelo—. Puedo manipular sus emociones a voluntad. No me va a hacer daño. Ya lo he hecho antes.

Julian levantó la cabeza y me miró con miedo y adoración a la vez.

—¿Cómo crees que he sobrevivido todo este tiempo? —señalé.

—Mira, mejor nos vamos —murmuró con un gruñido—. Nos vamos lo más lejos que podamos para que no nos encuentren nunca.

—¿Y qué pasa con la misión que estás planeando con Trajan? ¿Qué pasa con el pueblo de Roma?

Se quedó callado, con la mandíbula apretada.

—Tiene razón —dijo una voz a mi espalda.

Me di la vuelta y vi a Trajan junto al atrio; había entrado por el pasillo que daba al patio de caballerizas. El leve murmullo de la fuente, más que tranquilizante, sonaba siniestro. El joven salió de la penumbra y se aproximó a nosotros.

—Tienes que entregarla —continuó— o todos nuestros planes se echarán a perder.

Julian me agarró por los hombros, presionó su pecho contra mi espalda, aferrándose a mí, y replicó:

—Qué fácil es dar órdenes cuando no es a tu compañera a quien exigen.

Trajan negó con la cabeza. Sus oscuros ojos reflejaban pesar.

—No, amigo. No es fácil en absoluto. Pero piensa en lo que se va a desencadenar si te niegas a entregarla. El emperador sabe que le has cogido aprecio y es el único motivo por el que te está forzando a deshacerte de ella.

Julian resopló malhumorado.

—Porque me he enamorado de una esclava y no lo puede permitir. Por eso me la tiene que quitar.

Me di la vuelta entre sus brazos con un movimiento rápido, le puse las manos en el pecho y escudriñé su cara enfadada.

—¿Me amas?

Apartó la mirada afligida de Trajan y la bajó hacia mí. Suavizó la expresión y murmuró:

—Sabes que sí.

Le acaricié con las yemas de los dedos las arrugas de preocupación que tenía en la frente. Trajan no dijo nada, era consciente de que necesitábamos un momento de silencio. Pasado un rato, añadió con voz queda:

—Así es, Julian. Se ha dado cuenta de que tienes algo más que apego por ella.

—Todo por culpa del puto Ciprian —dijo con furia, sin dejar de mirarme. Tenía las manos en mis hombros y me acariciaba el cuello con los pulgares.

—Por su culpa, sí. Y el emperador no va a dejar que te emparejes con lo que él considera un mal partido, como hizo tu padre.

Julian me puso una mano en la mejilla.

—Pues ya es tarde para eso.

Sonreí, le puse mi mano sobre la suya y la presioné sobre mi cara.

—Ya estamos muy cerca, hermano.

Julian alzó la cabeza por fin y miró a Trajan por encima de mi hombro.

—¿Cómo de cerca?

Yo me di la vuelta para mirarlo también.

—Quieren que nos reunamos mañana por la noche y todos están de acuerdo.

—¿Dónde?

—En la casa que tiene mi abuelo en Bolsena. No podemos arriesgarnos a que alguien nos encuentre reunidos, tenemos que vernos fuera de Roma.

Volví a girarme hacia Julian.

—En ese caso, podemos esperar hasta entonces —sugerí yo.

—¿Tú te das cuenta de lo que me estás pidiendo? ¿Que te ponga tan alegremente en manos de un monstruo?

—Puedo encargarme de Ciprian. —Le puse la mano en el corazón; le latía con fuerza y a toda velocidad—. Además, piensa que a lo mejor hasta puedo ayudar.

—Es verdad —apuntó Trajan—. Si está en su casa, puede tenernos al tanto de sus idas y venidas. Así sabremos cómo matarlo.

Volví la cabeza hacia él. No sabía que Ciprian estuviera en la lista de asesinatos, aunque en realidad, lo raro sería que no estuviese. Miré de nuevo a Julian y le dije:

—Incluso puedo encargarme yo misma.

Me cogió la cara con las manos y esbozó una sonrisa triste.

—Ahí va mi pájaro de fuego otra vez, lanzándose sin miedo al peligro.

En realidad, me moría de miedo, pero no se lo iba a decir, pues solo serviría para empeorar las cosas.

Entonces, Ruskus entró en el atrio.

—Amo, han llegado los hombres de Ciprian con el caballo —dijo en tono sombrío, mirándome con solemnidad—. Para lo del intercambio.

Julian se puso tenso y apretó la mandíbula.

—Para lo del intercambio —gruñó, recubriendo de furia cada sílaba.

—Todo va a salir bien —le dije.

Me aparté de él, pero volvió a tirar de mí y me abrazó.

—Si pasa cualquier cosa, escapa y vuelve conmigo —susurró. Entonces, me levantó la cara y me besó.

Me quedé inmóvil, conmocionada: estábamos delante de Trajan y Ruskus. Sin embargo, cuando me abrió la boca, me olvidé de todo lo demás. Durante unos segundos, para mí solo existía Julian, mi querido, mi amor.

Cuando me estrechó todavía más, me di cuenta de que iba a ser yo quien tuviera que terminar con aquello, pues él era incapaz. Interrumpí el beso, me eché hacia atrás y le dije:

—No te preocupes.

Me puso una mano temblorosa en la mejilla y dijo, en un áspero susurro que me rompió el corazón:

—Por los dioses, más le vale no hacerte daño.

—Yo se lo impediré. —Le levanté la enorme mano y le di un beso en la palma—. Te lo prometo.

Me di la vuelta y seguí a Ruskus hacia la entrada que daba a la calle. Me alegró que Julian no nos siguiera, pues no podría soportar que viera cómo se me llevaban.

Cuando cruzamos el vestíbulo, vi a Kara observando desde una esquina, muy seria. Detrás de ella estaba Ivo y al lado de este estaba Stefanos, en silencio y con la cara llena de lágrimas. Me forcé a sonreír y les dije:

—No os preocupéis. Julian encontrará la manera de resolverlo.

—Cuídate, niña —dijo Kara, con su habitual ceño fruncido, que esta vez reflejaba preocupación.

—Lo haré.

Recorrí el último pasillo a toda prisa y salí a la calle, que serpenteaba entre las casas más ricas del monte Palatino. Los hombres que me estaban esperando eran los mismos a los que les

había echado la maldición, los que habían reconocido la naturaleza de Stefanos. El miedo me invadió el cuerpo, pero los hombres de Ciprian, incluido el grandullón de barba que me había agarrado, parecían igual de asustados. Le entregaron las riendas del caballo a Ruskus, que gritó:

—¡Ivo!

El macedonio salió enseguida y cogió las bridas. Me dedicó una triste sonrisa a modo de despedida y se llevó la montura por la vereda que conducía al patio de las caballerizas.

—Por aquí, muchacha —dijo el barbudo sin tocarme y echó a andar cuesta abajo.

Los demás lo seguimos de camino a mi nuevo hogar. Yo iba con la cabeza alta. Mientras nos alejábamos, de la casa salió el sonido de algo que se rompía en mil pedazos y el escalofriante rugido de un dragón furioso que retumbó hasta el cielo.



MALINA

—Vas a tener que quitarte eso —dijo la chica rubia señalando mi collar de esclava con el nombre de Julian grabado.

Se llamaba Rhea. Me contó que la vendieron a una edad muy temprana y que desconocía de dónde procedía, aunque pensaba que se parecía a muchos celtas que había conocido. Hablaba por los codos.

Me desabroché la cadena, pero cuando Rhea acercó la mano para quitármela, retrocedí con brusquedad y la apreté contra mi pecho.

—Quiero conservarlo.

Frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Como quieras, pero no dejes que el amo lo vea. Es muy posesivo con sus esclavos. —Luego añadió con sinceridad—: Te lo quitará si lo encuentra.

No me molesté en explicarle que yo no era su esclava y que jamás volvería a ser propiedad de ningún hombre. Puede que estuviera en aquella casa infernal a la fuerza, pero tenía mi propia misión. Hallar el modo más fácil de matar a Ciprian Seneca.

Mirando el nombre de Julian en la placa de hojalata del collar, dije:

—Que se atreva.

Ella soltó una risita.

—Menudo pajarito de fuego peleón.

—¿Qué?

—Perdona, no pretendía ofenderte.

—No, digo que por qué me has llamado pájaro de fuego. —Llevaba preguntándomelo mucho tiempo y Julian nunca me lo había explicado.

La muchacha se encogió de hombros.

—Solo es una expresión. De la historia de Aurelia. El dragón de oro.

—No la conozco.

—¿Cómo que no? Es muy popular.

—Soy de Dacia, no de Roma.

Rhea frunció el ceño.

—Es verdad. —Se acercó al pequeño baúl que había a los pies de mi nueva cama y lo abrió—. En realidad, es un romance trágico maravilloso.

—¿Vas a contármelo?

Rhea sonrió, lo que le embelleció aún más el rostro. Cuando se dispuso a sacar una túnica negra del baúl, me fijé en las leves

magulladuras que tenía en las muñecas. La prenda era del mismo estilo que la que llevaba ella atada con una cinta de cuero a modo de cinturón. La tela era fina y transparente, y le dejaba todo el cuerpo a la vista.

—Toma, ponte esto. El amo quiere que vistamos de su color.

Rechiné los dientes, me di la vuelta y empecé a cambiarme, estaba incómoda por tener que llevar esa cosa. No había ningún biombo que permitiera algo de privacidad. Los cuartos de los esclavos eran más reducidos, más oscuros y más fríos, no tenían ventanas, nada que ver con los de la casa de Julian.

—Cuéntame la historia —le pedí otra vez.

—Aurelia fue el último dragón dorado hembra. Vivió hace siglos. Era la única hija, y la única descendiente, de la familia más importante de Roma. Al ser un dragón de oro, y la última hembra de su especie en edad fértil, el emperador quiso desposarse con ella.

—¿Qué emperador?

—Se llamaba Crusus el Rojo. El problema era que Aurelia era una chica desafiante. Tenía fama de impulsiva e imprudente. Su padre la había criado con la voluntad independiente de un varón. Además, Aurelia estaba enamorada de otro. El hijo de un noble menor. Cuando su padre le dijo que se casaría con el emperador, ella se negó.

—Supongo que el emperador no se lo tomó a bien —dije, girándome para mirarla mientras doblaba mi antigua túnica y la colocaba en el baúl encima de mi collar de esclava.

—En absoluto. —Rhea se rio—. Le advirtió a su padre que no intentaran obligarla a casarse con el bruto del emperador. Que moriría antes de dejar que este la tomara. Cuando Crusus se enteró de la negativa, enseguida convocó a sus pretorianos y marcharon hasta su casa e intentaron llevársela al palacio por la fuerza.

Me senté en el duro colchón y Rhea se sentó a mi lado, con los ojos brillantes de emoción mientras contaba la historia.

—Entonces —dijo con tono teatral—, irrumpieron en su casa y Aurelia huyó al patio exterior, donde se transformó en dragón dorado. Rugió al cielo y levantó el vuelo. Claro que los pretorianos y el emperador también mutaron y salieron a la caza tras ella.

—¿Y la atraparon?

Rhea sonrió de oreja a oreja.

—No. No pudieron. Fue tan veloz que consiguió llegar a las tierras de Hispania antes de que ellos lograran acercarse. —La expresión de Rhea se tornó un tanto triste.

»Aurelia era consciente de que tarde o temprano acabarían alcanzándola y se negaba a casarse con otro hombre que no fuera su verdadero amor. También sabía que el emperador mataría a su amado en el momento en que la llevaran de vuelta a Roma. Así que dejó que se acercaran. Uno de los pretorianos escupió fuego como advertencia para que se detuviera. Eso era justo lo que Aurelia pretendía. Ella absorbió ese fuego con la boca y se lo tragó.

—¿Qué? —pregunté confundida—. Pero ¿por qué?

—Porque era un dragón dorado.

—¿Y eso qué significa?

—Los dragones dorados tenían la capacidad de amplificar el fuego. De absorberlo en su cuerpo y luego expulsarlo multiplicado por diez. Podían provocar una explosión gigante de fuego.

—¿Así que pudo quemarlos y escapar?

Rhea negó con la cabeza.

—Solo a ese. El emperador retrocedió y esperó. Y ella hizo lo único que podía hacer. Ralentizó el vuelo y le mostró el cuello descubierto en señal de sumisión. Cuando el emperador mordió el anzuelo, la prendió con sus garras y le apretó el cuello entre sus

fauces, ella amplificó todo el fuego que llevaba dentro e hizo que su cuerpo estallara en llamas.

Me estremecí. No estaba preparada para ese final.

—Ella murió en el aire, pero en la caída arrastró al emperador con ella, preso entre las garras. Y de ahí viene la expresión pájaro de fuego.

—Vale, pero yo no tengo la capacidad de quemar vivo a nadie. Aunque te agradezco el cumplido. —Mi mente deambuló hasta Julian por enésima vez desde que había llegado a esta nueva casa y recordé la primera vez que usó ese apodo en Dacia. Sonreí al pensar en la comparación con Aurelia, el dragón dorado.

Rhea se rio.

—Pero tienes el mismo espíritu valiente. Solo que —hizo una pausa, frunció el ceño y me puso una mano en el brazo— has de tener cuidado con el amo.

Señalé los cardenales que la joven tenía en las muñecas.

—¿Te maltrata a menudo?

—Bueno, no tanto. —Sonrió mientras se acariciaba con ternura un moratón—. Tú quédate quieta cuando se desfogue contigo. Solo se pone violento si te resistes.

—¿Tú te resistes?

—¿Yo? Dioses, nunca. —Negó rotundamente.

Aun así, tenía marcas de un trato brusco. Mi corazón se sumió en la desesperación al ver el pozo infernal al que me habían arrojado. De verdad que Ciprian era la personificación de la crueldad y de la brutalidad, lo que reforzó mi determinación de encontrar la forma de matarlo.

—Rhea —dijo un hombre grande y corpulento que también llevaba el collar de Ciprian—, el amo quiere que la chica nueva y tú le sirváis la cena esta noche.

A la esclava se le desvaneció la sonrisa y se puso seria.

—Sí, Adriano.

—La cocinera tendrá la cena lista en una hora.

El estómago se me encogió de miedo. Todo el coraje que había demostrado para llegar hasta ahí pareció esfumarse ante la inquietante convocatoria. Pero le había jurado a Julian que sabía cuidarme sola y debía hacerlo.

—No te preocupes —me tranquilizó Rhea cogiéndome la mano—. No te pegará a menos que desobedezcas. Así que tú —se encogió de hombros— haz lo que te ordene y todo irá bien. —Sonrió, pero con menos entusiasmo que antes—. No seas el pájaro de fuego esta noche, Malina.

Le devolví la sonrisa, pues era más que consciente de que no podía ser de otra forma.

* * *

—Ponte ahí y deja que te vea bien.

La voz de Ciprian se deslizó por mi cuerpo como una serpiente reptante y me puso la piel de los brazos de gallina. Dejé la bandeja de carne asada y verduras sobre la mesa baja que había frente a su sillón y me mantuve al otro lado, procurando que el pequeño mueble quedara entre nosotros.

Me complació sobremanera ver que llevaba el hombro vendado y un segundo vendaje alrededor de la cintura. Iba descamisado debido a las numerosas gasas que le cubrían el torso y solo llevaba una falda negra que le llegaba hasta las rodillas. Tenía el ojo izquierdo hinchado y amoratado y un corte que le bajaba del mentón al cuello. Julian apenas le había rozado ahí con la espada; Ciprian se había librado de un golpe letal.

Mientras yo contemplaba todo el daño que le había causado mi compañero, él me examinaba el rostro y el cuerpo con atención, pues sabía que podía inspeccionar mi figura desnuda con todo detalle a través de la túnica transparente que me obligaba a llevar. Era indecente, exactamente lo que esperaba de un hombre como él.

Mantuve la barbilla en alto y lo miré a los ojos para no dejarle ver lo incómoda que me sentía con mi nuevo atuendo.

—Sí —dijo por fin—, ya entiendo por qué Julianus está tan molesto. Pero, dime, bruja.

Hizo una pausa mientras Rhea le servía el vino, luego la esclava se quedó de pie junto a la pared trasera de aquel salón más bien pequeño. Su casa no tenía ni de lejos el esplendor palaciego de la de Julian —el suelo no era de mármol, ni había esculturas ni un hermoso atrio lleno de plantas con una fuente—. El edificio estaba a los pies del monte Palatino, pero aun así estaba en la base, lo que lo distinguía como patricio. Sin embargo, era obvio que su familia no tenía el nivel aristócrata de Julian. Ni se le acercaba.

Todo eso hizo que me preguntara por qué contaba con el favor del emperador, que parecía deleitarse solo con la presencia de las familias más poderosas y antiguas de Roma. Puede que Ciprian proviniera de una antigua casta de nobles, pero saltaba a la vista que no era de las más pudientes.

—Dime. —Ciprian sonrió y me miró como el monstruo diabólico que era—. ¿Cómo conseguiste que los celtas derrotaran a Bastius hasta en tres ocasiones antes de que Julianus apareciera y tomara cartas en el asunto?

—No sé a qué os referís. ¿Cómo iba a ayudar una simple mujer a los guerreros en una batalla?

Mantuve la expresión completamente impasible, sin mostrar ninguna emoción.

Él chasqueó la lengua y le dio un sorbo al vino.

—Una simple mujer, no. Pero una bruja, sí.

—¿Creéis que hechicé a los romanos que luchaban contra los hombres de mi clan celta?

—Se dice que usaste algún tipo de brujería con ellos, la cual llevó a los hombres a abandonar su legión y la propia batalla. Pero, por extraño que parezca, ninguno de los presentes recuerda nada.

—¿Y cómo iba a tener yo un poder así para incitar a los guerreros a que abandonaran el terreno?

—Solo una bruja podría hacerlo. Una que haya sido bendecida por la diosa Minerva. A la que se le hayan concedido poderes malignos para usarlos contra los hombres.

—Yo no soy romana y tampoco celta. Soy dacia y no veneramos a vuestros dioses. —Era mentira, pues yo había rezado en el altar de Proserpina para pedir por las almas de mis hermanas, de Enid y de mi familia—. ¿Por qué iba a concederme Minerva un don así? No soy romana.

—Es una diosa rencorosa —dijo con tono bajo e indignado—. Se cree mejor que su padre, Júpiter, y que sus tíos, Neptuno y Plutón, quienes establecen el orden legítimo.

—¿El orden legítimo de qué, amo? —pregunté, fingiendo ser esclava curiosa y sumisa.

Él sonrió, cambió de posición y se llevó una mano a la entrepierna para acariciársela.

—De tu posición. Minerva otorga sus poderes a quien ella considera que puede usarlos contra la humanidad. Como hizo con Medusa.

Me entró un escalofrío por la espalda. Conocía la historia de Medusa. Bunica nos la había contado a mis hermanas y a mí en un sinfín de ocasiones. Nunca entendí por qué le fascinaba tanto una

leyenda romana hasta que empecé a sentir el poder arraigándose en mi mente y en mi alma. Hasta aquella primera vez que hice uso de mi don y me anclé a mi madre cuando lloraba la muerte de su padre, la primera vez que me uní a ella para calmar su dolor. Fue puro instinto. No entendía mi don, pero lo sentía vivo en las entrañas de mi carne y de mis huesos.

Cuando Bunica me volvió a contar la terrible historia de los dones de Medusa y de Minerva después de aquello, comprendí la intensa mirada de los ojos marrones de mi madre y el motivo por el que la abuela nos recordaba la historia una y otra vez. Minerva nos había bendecido con aquellos talentos. Pero ya solo quedaba yo para usarlos.

—Así que, contéstame, Malina. —La voz áspera de Ciprian me trajo de vuelta al presente—. ¿Eres una bruja?

—Por supuesto que no, amo —respondí convencida. Pero yo sí que era una mujer rebosante de un misticismo poderoso y planeaba usarlo contra él para vengarme.

Bebió más vino, sin probar bocado, y me miró con los ojos entornados.

—¿Qué dice Julian de mí?

—¿Cómo decís, amo?

—No te hagas la ingenua. Sé que habla de mí. —Sonrió como si se jactara de ello—. Y a los hombres les gusta hablar después de un buen polvo. ¿Qué te ha dicho?

Apreté la mandíbula con fuerza para tratar de no responder, pero la insinuación de que yo no era más que un cuerpo que mi compañero utilizaba avivó mi ira. Éramos mucho más de lo que podría llegar a imaginar aquel espectro de hombre comparado con Julian.

—Julian dice que sois arrogante. Que intentáis subir de rango para

acercaros al emperador y que nunca lo remplazaréis porque la sangre de la familia Dakkia corre por sus venas. —Hice una pausa cuando Rhea jadeó—. Y que vuestro linaje no es igual que el suyo, por lo que nunca seréis lo bastante digno para ocupar los puestos más elevados de la aristocracia romana.

Furioso, me clavó la mirada y el rostro se le llenó de motas rojas entre la bebida y la rabia.

—Menuda lengua afilada tienes —soltó—. Creo que voy a darle un mejor uso.

Se bebió el resto del vino de un trago y dejó la copa en la mesa con un golpe. Luego empezó a desabrocharse el cinturón y a soltarse la vuelta delantera de la falda.

—Rhea —gritó, aunque estaba detrás de mí—. Ven y chúpame la polla. Vamos a enseñarle a la nueva cómo me gusta. Después, le daremos una oportunidad de que lo haga.

La ira me atravesó el cuerpo. Pedazo de escoria inmunda. Iba a ponerme en mi sitio, pero no sin antes denigrar a Rhea delante de mí.

La muchacha se apresuró a arrodillarse delante de él en el sillón. Durante una fracción de segundo, me pregunté cuántas veces la habría obligado a hacerlo y a continuación invoqué mi brujería, como la había llamado Ciprian.

Con un chasquido violento, me aferré a su esencia. Como la noche anterior, sentí su espíritu frío, retorcido y pútrido bajo mi anclaje, pero me agarré a él con fuerza de todos modos y enrosqué mi hilo mágico a su alrededor. Esta noche no quería que se durmiera. Quería que sintiera dolor. Un sufrimiento insoportable.

Sujetaba la cabeza de Rhea con la mano mientras ella se afanaba para abrir la solapa de la falda. La empujó hasta su erección.

—Eso es. Vamos a enseñarle cómo se hace.

Levantó la vista y me miró sonriendo.

Nunca antes había hecho algo así, pero por instinto evoqué la sensación más turbulenta, nauseabunda y desagradable que pude congregar y la lancé como un dardo envenenado a través del vínculo.

Él sonreía, alardeando del poder que ejercía sobre una muchacha indefensa como Rhea, y un segundo después, su rostro se tornó de un blanco fantasmagórico y se irguió de golpe, apartando a Rhea. El hombre se vomitó encima un torrente rojo por todo el cuerpo: el vino que llevaba bebiendo toda la noche, al parecer, porque había bastante.

—¡Por la polla de Plutón! —exclamó atragantándose, luego se tambaleó hacia delante y cayó de rodillas junto al sillón, mientras jadeaba y devolvía en el suelo.

Rhea gritó, se puso de pie de un salto y se alejó a toda prisa. Sin embargo, yo me quedé inmóvil, contemplando al dueño de la casa vaciar todo el estómago hasta que la bilis le goteó de manera repugnante por la barbilla. Otros esclavos entraron corriendo en la habitación.

—¡Amo! ¡Dejad que os ayude! —El grandullón que nos había convocado para servir la cena se agachó, lo ayudó a levantarse y lo cargó mientras Ciprian maldecía entre arcadas y gemidos agónicos.

Cuando su esclavo personal se lo llevó del salón y deduje que lo acompañó al dormitorio, todavía lo oíamos gritar y gruñir angustiado.

—¿Qué ha pasado? —chilló la cocinera, una mujer gruesa, desde la otra puerta—. ¿Qué ha comido que le ha sentado mal? —Se retorcía las manos con expresión temerosa.

—No ha comido nada —respondí con calma—. Solo bebió vino. ¿Podría ser alguna medicina?

La cocinera frunció el ceño y asintió.

—Quizá. El médico me dio algo para que se lo pusiera en el té de corteza de sauce para el dolor. —Se apresuró a volver a la cocina, murmurando—: Necesitará un somnífero.

Me volví a mirar a Rhea, que tenía la boca abierta y los ojos como platos por la conmoción.

—¿Crees que lo han envenenado? —susurró.

—No —respondí.

Rhea pestañeó.

—Supongo que será mejor que limpiemos esto.

Ambas contemplamos el asqueroso estropicio que había causado.

—Mucho mejor que chuparle la polla —dije seca.

Rhea soltó una carcajada y luego se tapó la boca.

—Sí —susurró—. Prefiero mil veces limpiar esto que atenderlo.

—Vamos. Empecemos y luego podremos irnos a la cama.

Ella se quedó mirando el pasillo, con el miedo reflejado en los ojos.

—¿Crees que volverá después de…?

Otro intenso quejido resonó en toda la casa.

—No. Para él la noche ya ha terminado. Y la cocinera le está preparando un brebaje para antes de dormir. —Tensé el vínculo, que se había aflojado al no estar en mi presencia. Nunca había podido mantener la conexión con nadie por mucho tiempo tras desaparecer de mi campo de visión—. Limpiemos esto y vayámonos a la cama.

Fue una tarea repugnante, pero no dejé de sonreír. Cuando fregamos el suelo con agua jabonosa por segunda vez, me fallaron los brazos y estuve a punto de golpearme la cabeza contra el suelo de piedra.

—¿Estás bien? —preguntó Rhea.

—Solo es cansancio.

Tenía el cuerpo débil por la energía que había gastado con Ciprian. Jamás me había encontrado tan fatigada por usar mi magia desde que estuve con los celtas, cuando me empleé a fondo con los soldados romanos del batallón del legado Bastius.

La cocinera le dio a Ciprian la poción mientras nosotras limpiábamos, pero yo seguía aferrada al vínculo, preocupada por si se recuperaba y volvía a por mí y a por Rhea. Me había dejado agotada.

—Ven —dijo la esclava, ayudándome a levantarme—. Es hora de irse a descansar.

No repliqué cuando ella echó los trapos en el cubo y nos los llevamos a nuestros aposentos. Los lavamos en su cuarto, el que teníamos que compartir porque no había más disponibles.

Exhausta, me tumbé en la pequeña cama junto a ella, me tapé con las mantas hasta la barbilla, y me puse de lado mirando hacia la entrada sin puertas, pues los cuartos de los esclavos no las tenían. Al parecer, Ciprian consideraba que los esclavos no necesitaban privacidad, así que se negaba a ponerlas. Otro motivo de indignación.

Rhea se tumbó de espaldas a mí, pero la calidez de su cuerpo me calentaba. Era un pequeño consuelo en este lugar desolado.

—¿Alguna vez te busca durante el día? —pregunté, pues temía que regresara por la mañana.

—No —respondió somnolienta, como si careciera de importancia —. Ahora está ocupado toda la jornada con sus nuevos soldados y oficiales. Está preparando su primera campaña para cuando el emperador le diga dónde tiene que ir.

Exhalé un pequeño suspiro de alivio y, al final, liberé el vínculo que me aferraba al alma negra de Ciprian. Me invadió un manantial de alivio cuando me solté de él. Me sumí al instante en un sueño

profundo.

Aquella noche, tuve un sueño vívido. Una pesadilla.

Volaba por el cielo nocturno, con los brazos abiertos en cruz y un vestido blanco y vaporoso que me ondeaba en los tobillos. Un rugido aterrador me sobresaltó y me dejó girando en el aire. Era Ciprian con su forma de dragón, sus escamas negras resplandecían bajo la luz de la luna. Le brillaban los ojos y abría y cerraba las fauces a medida que se acercaba a mí. Yo flotaba esperándolo.

Cuando abrió la boca para devorarme, le rodeé el hocico con los brazos, y mi vínculo —un cordón tangible de oro— me brotó del pecho y se le enroscó por las piernas y las alas hasta encadenarlo con fuerza. Miré uno de sus relucientes ojos rojos y susurré:

—Fuego.

Entonces, nos precipitamos hacia abajo, las estrellas caían con nosotros como un torrente de almas ardiendo. Antes de estrellarnos contra el suelo, yo estallé en llamas y oí a Julian gritar mi nombre.



JULIAN

La casa de Gaius en Bolsena se elevaba sobre un pequeño acantilado con vistas a un extenso lago que resplandecía bajo la luz de la luna. La propiedad llevaba más de un siglo en su familia.

Me encontraba en la terraza con todos nuestros aliados, pero yo apenas escuchaba. Estaba absorto en la contemplación de una estatua de mármol de los primeros dragones romanos arropados bajo el ala de su madre adoptiva, una antigua dragona. Estaba colocada en el recodo de una pared y una fuente caía en cascada a su alrededor sobre la pila recubierta de azulejos turquesa.

La historia no dice qué les ocurrió a los dragones antiguos, los que solo eran bestias que no poseían el don de la transformación. Cayeron en el olvido sin más cuando los dragones capaces de adoptar la forma híbrida empezaron a poblar y a dominar el mundo. Me pregunté si los primeros romanos los habrían exterminado para evitar así la competencia por el dominio de la tierra. No me sorprendería.

—En efecto, es un riesgo que todos hemos de asumir. Si no pensaras que existe la posibilidad de que todo esto acabe con vuestras muertes, ¿por qué ibas a estar aquí? —le espetó Gaius a Appius, un respetable senador mayor del linaje Sapphirus, además de su primo.

—Soy muy consciente de que existe el riesgo de morir —contestó Appius con voz grave y profunda, supuse que la misma que usaba en el Senado—. Solo quiero que nos planteemos si el riesgo merece la pena. ¿Moriremos todos para nada? ¿O hemos propuesto un plan que tenga posibilidades de éxito?

Una ronda de protestas resonó entre la docena de hombres reunidos en la terraza. Trajan se apoyó en una columna pintada de oro con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Los congregados eran una mezcla de senadores y soldados. Hombres que habíamos acogido en nuestro grupo después de mucho tiempo y un escrutinio minucioso, y cuyo menosprecio silencioso pero obvio por el emperador y su régimen habíamos presenciado Gaius, Trajan y yo mismo. La selección había sido cuidadosa. Parte de su antipatía por el césar provenía de sus leyes, que obstaculizaban su propio ascenso al poder y la posibilidad de ampliar su fortuna. Algunos se unían a nosotros por el miedo al mundo violento que el emperador estaba creando y que aún podía empeorar. Aunque había unos pocos que también anhelaban una

Roma justa, equitativa y próspera sin la brutalidad que Igniculus encarnaba.

Di un paso adelante y levanté la mano, consciente de las distintas motivaciones que albergaba el corazón de aquellos hombres. Casi de inmediato, se hizo el silencio. Bajé la mano e hice una pausa antes de hablar.

—Los dioses nos concedieron el don de transformarnos en una criatura que puede reinar en el cielo y en la tierra. ¿Y qué hemos hecho con esa dádiva? —Miré a cada uno de los poderosísimos hombres que tenía ante mí.

»Hemos quemado, saqueado y conquistado. Hemos esclavizado y asesinado y nos hemos colmado con la desdicha de otros, de aquellos incapaces de defenderse contra la fuerza de los dragones. —El silencio se espesó con la rotundidad de mis palabras.

»Con el poderío que nos confiere nuestro don, nos hemos convertido en más monstruos que hombres. Nos hemos henchido de avaricia y de sangre. Y el momento de cambiar en lo que nos hemos convertido es ¡ahora! —grité y la última palabra hizo eco en la noche.

»Tal vez penséis que mi tío no puede ahondar más en la depravación o que no puede hundir a Roma en un abismo tan oscuro como el del mismísimo Tártaro, pero os equivocáis —casi susurraba, con la voz contenida por la emoción—. Igniculus no es un hombre bueno. Y tampoco le han concedido el don. Está condenado. Es una criatura retorcida y deforme que arrastra a nuestra gente a las profundidades del infierno que él mismo ha creado. —Sentí que mi propio dragón despertaba y brillaba en mi mirada.

»¿Acaso no habéis oído todos, y algunos de vosotros lo habéis visto con vuestros propios ojos, la humillación más reciente del césar, cuando tomó a la flamante esposa de Otho delante de todos

los nobles? ¿Acaso no habéis sido testigos en los últimos años, aquellos que estuvisteis presentes, de cómo ha violado a las esposas e hijas de otros romanos?

Fui levantando los dedos a medida que las nombraba: Clarisa Media Nocte Isthmus, Leta Chrycosolla Evander, Fedra Amethystus Opius, Sylva Sapphirus Thetis.

Miré a Gaius al pronunciar el último. Era la hija de su primo, convertida en la sombra de la mujer espléndida que era.

—Y no olvidéis que Leta prefirió quitarse la vida a vivir con la violación que sufrió. Ahora estas mujeres, romanas todas ellas, tienen que esconderse con la vergüenza y el miedo de que las escoja de nuevo para divertirse o para sus juegos manipuladores con los que nos controla. —Sonreí mordaz y miré a los hombres de uno en uno, asegurándome de que me estaban escuchando. Lo hacían.

»Creedme, señores, con esta táctica no solo pone en su lugar a los que lo han ofendido, sino que se asegura de que todos y cada uno de vosotros sepáis que puede destruiros mancillando a quienes amáis si no le dais exactamente lo que desea.

Hice una pausa y sostuve la dura mirada de Horatius. Era el único Griseo del Senado, un tribuno elegido por el pueblo por su renombre en los fosos de gladiadores. Había oído hablar de estas atrocidades, aunque no las había presenciado, pero había vivido otras.

—Y así es como trata a los nobles. No olvidemos la brutalidad con la que trata a plebeyos y esclavos. —El corazón me dio un vuelco al pensar en Malina, pero mantuve la concentración.

»Voy a contaros una breve anécdota. El otro día, cuando me reuní con Trajan y Gaius en el foro, me fijé en un hombre en forma híbrida que estaba estacado en un muro. Muerto. —Miré a mi amigo, que frunció el ceño, porque no le había hablado de mi descubrimiento—. Puse a mi hombre Koska a investigar. Puede que sepáis que me

asiste en las campañas de guerra, pero también es una fuente de información y sabe dónde encontrarla.

Dejé que se me calmara la voz y descendiera hasta adquirir un tono tranquilo. Gaius dio un paso al frente, tenía el rostro marcado por la preocupación.

—El hombre era un dragón de la casa Amethystus, fue asesinado en forma híbrida por cometer un crimen: al parecer se había enamorado de la hija del carnicero. La muchacha era una plebeya, no una noble. Decidió desafiar la ley del césar que dicta que los patricios no pueden contraer matrimonio con quienes no sean de su clase y se casó con ella en secreto. Es más, dejó embarazada a su joven esposa. El hecho llegó a oídos de su legado, el general Sabinus. —Me acerqué a ellos, con las manos cruzadas en la espalda.

»Sus delitos de casarse con la mujer de clase baja a la que amaba y de dejarla embarazada podrían haberle sido perdonados si hubiera prometido matar al niño al nacer o enviarlo a los fosos de gladiadores al otro lado del imperio y divorciarse de su esposa sin más. Pero este hombre hizo algo peor.

—Planeó un golpe de Estado —dijo Appius, con la voz rota de emoción.

Asentí.

—Así es. Confió en sus hermanos, los soldados de su círculo más cercano de su regimiento bajo el liderazgo del general Sabinus. No obstante, uno de ellos se arrepintió y se lo contó a Sabinus, que corrió a avisar al césar y este dio la orden de clavarlo en una estaca. Todos sus soldados hermanos también fueron asesinados y arrojados al río Tíber, sin ritos ni oraciones a los dioses para ninguno de ellos.

»Su nombre era Vincentus. Honrémoslo ahora con una oración en

nuestro pensamiento para que su alma encuentre el camino al inframundo.

Se produjo un silencio sepulcral entre nosotros que solo interrumpía el suave goteo de la fuente. Por lo que a mí respecta, recé una plegaria a los dioses por Vincentus y su esposa. Fue Horatius quien se pronunció primero.

—¿Qué le pasó a la mujer embarazada?

Me giré para mirarlo.

—Se quitó la vida con el gladius de su marido.

Alguno maldijo y otro siseó con pena.

—Escuchadme, señores. Esto solo es un ejemplo. Ni siquiera he mencionado el incremento de impuestos a nobles y comerciantes por igual. Si creéis que sus orgías y ritos carniceros son lo máximo que es capaz de hacer, os equivocáis. Si creéis que las leyes que ha promulgado junto con sus marionetas, los cónsules, han llevado a Roma a un estado lamentable, os garantizo que no es más que el preludio de lo que está por llegar. Historias como la de Vincentus serán la tónica habitual cuando mi tío lleve a cabo todos sus planes. Pero yo, por mi parte, preferiría proceder como Vincentus que ver que el puño de un tirano nos sigue aplastando y estrangulando.

Durante un minuto entero, todos guardaron silencio, reflexionando mis palabras. Yo tenía clarísimo que mi tío no había hecho más que empezar. El libertinaje, la violencia y la degradación eran lo que más le satisfacía. No se detendría hasta que estuviera saciado de todo eso. Y Roma sería el infierno en la tierra.

Appius fue el primero en hablar.

—Así que seremos los redentores de Roma. —Se giró para mirar a sus compañeros senadores y su voz profunda resonó en la terraza—. Correremos el riesgo y sacrificaremos nuestra vida si es necesario.

—Eso, eso —dijo Horatius. Aunque era senador, era de complexión

alta y fuerte, y me alegraba de tenerlo de nuestra parte.

Otros se le unieron, asintiendo y mostrando su acuerdo con el «eso, eso».

Gaius me sonrió con orgullo y, por un momento, me asaltó el recuerdo de mi padre cuando me miraba así. Un hilo sensiblero se tensó en mis tripas al darme cuenta de que no me quedaba familia. Excepto Malina.

Malina. Se me rompió el corazón y me dolió al pensar en ella.

«Dioses, protegedla».

Gaius levantó la mano para pedir silencio.

—Entonces, estamos de acuerdo. Cuando el legado Drussus regrese de su campaña, atacaremos de inmediato.

Eso me trajo de vuelta al presente.

—Pero Drussus podría tardar semanas en volver.

—Nuestro conocimiento nos dice que el final está cerca —añadió Gaius—. Dos semanas a lo sumo. Puede que tres.

—¿Cómo que… tres semanas? —Mi voz se había vuelto más grave con el dragón.

Trajan avanzó desde la columna donde estaba apoyado.

—Julian, sabes que Drussus es el general más fuerte del emperador después de ti y posiblemente de Sabinus. Con su sangre de linaje Ignis, seguro que se cree con derecho al trono si asesinamos a Igniculus mientras él está fuera. No podemos dejarlo con vida y los asesinatos han de perpetrarse a la vez para que nadie huya a esconderse y regrese con un ejército.

Todo eso lo sabía. No era ningún necio. Pero mi dragón y mi corazón y mi alma se rebelaban ante la idea de que Malina estuviera en peligro tres semanas más.

—Entonces, Ciprian debe morir de forma prematura y accidental —añadí—. De inmediato.

Era uno de los muchos en nuestra lista de objetivos que debían morir la misma noche. Pero no podía esperar a que volviera Drussus para eliminarlo.

—El emperador sabrá que has sido tú, Julian —dijo Trajan.

—Entonces, debemos idear un plan para que no parezca que yo soy el responsable.

—No lo entiendo —dijo Horatius—. ¿Por qué tiene que morir Ciprian ahora?

Todos los allí congregados habían oído, o quizá habían presenciado, cuando el emperador entregó a Malina en posesión a Ciprian en el Coliseo. Pero ninguno de ellos excepto Trajan entendía lo importante que era la chica para mí. Y yo no iba ni a enterrar ni a esconder mi amor por ella como si fuera algo de lo que avergonzarme.

—Porque Ciprian tiene a la compañera de mi dragón en su casa. A *mi* compañera.

Se quedaron de piedra, sorprendidos, porque era insólito que un dragón eligiera a un humano como pareja. Quizá era la sangre de mi padre que me corría por las venas. Su dragón también escogió a una humana como compañera por designio de los dioses. O tal vez era simplemente que los dioses querían enmendar los errores y me ofrecían a una magnífica y poderosa hembra como compañera para hacer frente a los demonios de este mundo. No lo sabía. Y me daba igual. Solo sabía que era correcto y verdadero.

—¿Estás seguro? —preguntó Gaius con la inquietud reflejada en la frente.

—Estoy seguro de que los dioses han elegido a Malina para que sea mi compañera. Lo juro sobre la piedra de Júpiter.

Una brisa fresca sopló en la terraza desde el agua. Debería haberme apaciguado, haberme aliviado un poco en esta noche

calurosa y tensa. Pero nada podría calmarme a mí ni a mi mente hasta que tuviera a Malina sana y salva de nuevo entre mis brazos.

—Es demasiado arriesgado —dijo Appius—. El césar podría alarmarse.

—Tiene razón —me dijo Gaius—. ¿Por qué arriesgarnos ahora que estamos tan cerca del éxito?

Contuve mi temperamento mientras mi dragón rugía en mi estómago y dije:

—Entenderé que ninguno de vosotros queráis participar en esto, pero de ninguna manera la dejaré en casa de Ciprian tres semanas más. Mi dragón no lo tolerará. Si habéis tenido compañera, comprenderéis lo que digo.

Gaius se estremeció, pues había tenido un largo matrimonio con la mujer que designaron los dioses y él lo entendió. Todos comprendían que, cuando el dragón asumía el control, no había forma de detenerlo.

—Mi casa está en su misma calle —dijo Horatius—. Mi esclava suele ir al mercado con una de las suyas todas las semanas. Quizá podamos envenenarlo.

—Es demasiado evidente —dije—. Tiene que ser otra cosa.

—Yo puedo ayudar —dijo Agrippa, un distinguido senador de la familia Media Nocte. Era un dragón solemne que lucía una barba recortada y casi siempre tenía el ceño fruncido—. No le tengo ningún cariño a mi primo Ciprian. Mi hijo es su nuevo prefecto y podría llevarlo donde le digamos para que sufra un accidente inoportuno.

Para mi gran alivio, la conversación se centró en la variedad de percances que podría sufrir Ciprian en la ciudad: un carro cargado de cereal que lo aplastara al romperse una rueda, un vendedor enfadado que adoptara la forma híbrida cuando pasara por allí y le

clavara las uñas en la garganta de manera fortuita, o una pelea callejera que se descontrolara y quedara atrapado en el caos y recibiera una puñalada en el corazón. El último era mi favorito.

Mientras que los senadores discutían cuál era la mejor opción, me llevé a Trajan a un lado.

—Necesitaré una de tus casas más lejanas para esconder a Malina cuando Ciprian haya muerto.

Él asintió.

—Cuenta con ella.

—Gracias, hermano. Cuando Ciprian muera, la llevaré allí volando y luego volveré a Roma.

—No podéis estar desaparecidos los dos a la vez cuando Igniculus se entere de que Ciprian está muerto. El primer sospechoso serás tú.

—Lo sé. Por eso, cuando ocurra, tendremos que mantener su muerte en secreto al menos durante un día.

—Conozco a plebeyos en la ciudad que me son leales; a uno en particular —añadió Trajan pensativo—. Podemos hacer que el accidente ocurra cerca de su tienda y esconder allí el cuerpo hasta el día siguiente. —Me miró—. No tendrás tiempo para quedarte con ella. Tendrás que volver de inmediato.

Sonreí por primera vez desde que se la habían llevado de mi casa.

—No te preocupes —le di un pequeño apretón en el hombro—. Si puedo sacarla sana y salva de Roma, volveré feliz para matar a mi tío.

La noche siguió con un poco de vino, comida y más debate. Al final, decidimos que la pelea callejera fuera la que acabara con Ciprian. Horatius dijo que sus dos hijos lo harían con gusto y los de Agrippa se asegurarían de llevarlo al lugar acordado a la hora propuesta. Los hijos de Horatius se vestirían de plebeyos, se mezclarían entre la multitud y se encargarían de él.

Conocíamos el camino que Ciprian tomaba cada día hasta los campos de entrenamiento, así que elegiríamos el punto más apartado de la ruta. Si el hijo de Agrippa lograba llevarlo donde necesitábamos, el plan funcionaría. Y lo llevaríamos a cabo en tres días.

—Gracias —les dije a todos antes de empezar a despedirnos y a prepararnos para volver a Roma.

—Volveré a la ciudad mañana —me dijo Trajan en la terraza antes de marcharme—. Mi abuelo quiere que lo ayude a concretar los detalles.

—Claro. Te veré en Roma entonces.

Me despedí de mis compañeros aliados antes de transformarme en la terraza exterior para volver a casa volando. Resolvimos salir en horarios escalonados para regresar por separado a la ciudad al amparo de la noche.

No era raro que un dragón saliera volando de su casa durante las horas de oscuridad, desafiando las leyes de Igniculus de que nadie, salvo los militares, podían mutar dentro de la ciudad. A veces, un dragón tan solo necesitaba salir del humano para elevarse en el cielo nocturno. Uno aislado pasaría desapercibido. Pero una docena volviendo a la vez, sin duda, llamaría la atención. Tal y como estaban las cosas, acordamos de antemano que aterrizaríamos fuera de la ciudad y nos trasladaríamos a casa a pie o a caballo.

La actividad no me tranquilizó, como solía hacer. A menudo, volar era un bálsamo relajante para mis sentidos y mi espíritu afligido, pero esa noche no. Cuando aterricé en el campo, encontré a Volkan atado al árbol donde lo había dejado oculto y regresé a casa más inquieto que nunca.

Mi mente no dejaba de repetir los horrores que podrían estar ocurriendo en casa de Ciprian, pero le prometí a Malina que confiaría

en ella, en que sabría cuidar de sí misma. Aunque era consciente de que él era un monstruo y de que tampoco era idiota. Me preocupaba que se enamorara de ella.

Cuando llegué trotando al patio del establo, Ivo estaba allí y se hizo cargo de la montura.

—Gracias, Ivo.

Atravesé la casa en silencio y me dirigí a mi dormitorio. Sin quitarme la suciedad de la piel, me dejé caer en la cama y gemí con profundo dolor. Su aroma. Estaba por todas partes desde la noche anterior.

El recuerdo me torturó hasta llevarme a un sueño agitado. Su piel sedosa, su suave boca, su olor adictivo y su dulce afecto me ahogaban en un éxtasis agonizante y grité su nombre una y otra vez, pero ella no contestó.



MALINA

«Mina…».

Me desperté sobresaltada, la túnica empapada en sudor caló hasta las sábanas. En ese espacio etéreo entre el sueño y la vigilia, juro que oí a mi bunica susurrar.

Con el corazón acelerado, contemplé la habitación, casi esperaba verla de pie en la entrada. Pero no había nada, solo la leve sensación de temor, de un presentimiento.

Aparté las sábanas, corrí a la pila y me eché agua en la cara.

—¿Estás bien? —preguntó Rhea, parpadeando con aire

somnoliento.

El único consuelo de que la estancia no tuviera puertas era que, como tampoco había ventanas, la luz de la mañana se filtraba por la entrada e iluminaba la estancia lo suficiente para ver con claridad.

—Rhea, ¿crees que hoy podríamos visitar un templo? Sé que tenemos tareas, pero ¿Ciprian nos permite salir?

Se sentó y se colocó el fino cabello rubio detrás de la oreja.

—Es día de mercado, así que la cocinera nos mandará a comprar fruta y verdura. Seguro que puedo convencer a Doro para que nos deje ir. —Se encogió de hombros—. Le gusto.

No sabía quién era Doro, pero confiaba en mi compañera. Dentro de la desesperación, tenía que fiarme de alguien.

—¿Qué templo quieres visitar? —preguntó.

Me tembló el cuerpo entero por la necesidad y la certeza.

—El de Minerva.

Enarcó las cejas, se levantó de la cama y estiró las sábanas con cuidado.

—Es una diosa poderosa. ¿Qué favor necesitas de ella?

Me mordí el labio y respondí:

—No puedo decírtelo.

No confiaba tanto en ella, pero la muchacha no pareció tomárselo mal cuando se giró y me miró con gesto dulce.

—¿Es un favor serio? —frunció el ceño al ver que yo temblaba.

—Muy serio —admití.

Se acercó a mí, no sin antes echar un vistazo a la entrada, me cogió por los hombros y susurró:

—Entonces, necesitaremos piel de dragón.

Parpadeé y pregunté:

—¿Qué?

Me abrazó fuerte e intentó tranquilizarme acariciándome la

espalda.

—Intuyo que quieres algo más que un mero favor de la diosa. Quieres un milagro. Así que necesitas piel de dragón.

Como vio que seguía sin comprenderlo, me lo explicó. La abracé y le di un beso en la mejilla, y ella se rio.

—¡Date prisa! Si nos vamos temprano, podemos dejar la compra hecha y estar en el templo a mediodía.

Luego me instó a que me pusiera una túnica limpia para salir. Menos mal que Ciprian toleraba que las esclavas se pusieran algo más decente para andar por la calle, aunque solo fuera para evitar que otros quisieran tocar o hacerse con sus posesiones. Sin embargo, me alegré del pequeño indulto.

Doro no era uno de los esclavos que me abordaron en la calle con el barbudo aquel día que iba con Stefanos e Ivo. Apenas había visto a este o a los otros que maldije desde que llegué. Quizás aún me tenían miedo por ser una bruja.

Doro era grande y ancho como un buey, pero miraba a Rhea con debilidad y ternura. Observé que ella le rozó disimuladamente el dorso de la mano con los dedos cuando pasó junto a él con la cesta. Me había dicho que al chico le gustaba, pero me dio la sensación de que a ella también le gustaba él. Como era obvio, tenían que mantener el secreto a salvo de su amo.

—Es hora de irse, Doro.

—Sí, Rhea.

—No les quites el ojo de encima —dijo la cocinera.

—Descuida. —El siervo nos siguió hasta la calle.

Cuando me volví hacia el foro, Rhea enlazó su brazo con el mío y giró en sentido opuesto.

—No, por aquí.

—¿Dónde vamos?

—Al Aventino. Ahí es donde consigo las mejores gangas. —Se dio la vuelta y miró con cariño a Doro, que iba detrás de nosotras—. Además, ahí es donde vive la plebe. El pueblo libre. Me gusta pasear por esas calles y fingir que soy una más.

—Es una bonita fantasía.

Ella suspiró.

—Algún día quiero vivir allí y ser una liberta de verdad.

—¿Y eso podría pasar?

Ella solo se encogió de hombros; al parecer, Rhea no estaba exenta de conspiraciones y sueños propios. No me la imaginaba planeando una fuga. El castigo si te pillaban era la tortura y la muerte, pero no estaba dispuesta a desanimarla ni a destruir sus esperanzas de conseguir un futuro mejor. Después de todo, sabía a ciencia cierta que Ciprian moriría en breve.

—Bueno —suspiré en respuesta—. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Ella me miró con ojos interrogantes y luego se rio.

—Vamos. Te enseñaré dónde encontrar los melocotones más jugosos de Roma.

—¿Melocotones? Eso es un verdadero manjar.

—Hay una anciana cuyo hijo tiene un huerto en el campo y le proporciona la mejor fruta que te puedas imaginar. Doro y yo siempre nos llevamos una pieza a escondidas y la compartimos a la vuelta.

Pasamos las siguientes dos horas entrando de tienda en tienda. Rhea regateaba con una dureza que no me esperaba. Parecía encontrarse muy cómoda entre las calles del Aventino, donde la vida era ajetreada, bulliciosa y ruidosa.

Las mujeres lavaban la ropa en la fuente pública y regañaban a los niños pequeños para que no se alejaran demasiado. Los hombres

arrastraban carretas con todo tipo de mercancías: trigo, alfombras, candiles de arcilla y ollas. Dos muchachitos pastoreaban cinco cabras por en medio de la calle. El traqueteo de los carros, el golpeteo de los cascos y los gritos de los vendedores ambientaban la ajetreada mañana.

Por fin, terminamos. Doro llevaba el saco de puerros, nabos, chirivías, repollos y endivias. Rhea y yo llevábamos un morral con fruta cada una.

—Por aquí —me dijo y nos desviamos por una calle angosta que salía de la principal en la que habíamos pasado casi toda la mañana.

Doro alcanzó a Rhea y la detuvo tirándole del brazo.

—¿Adónde vamos?

—A casa de Euphemia. Malina necesita algo importante —dijo suplicante—. Luego haremos una parada rápida en el Templo de Minerva. Está de camino a casa de todos modos.

Doro bajó la mirada, arrugó la frente y luego me miró con escepticismo.

—Doro. —Rhea le metió la mano en el bolsillo de la túnica sencilla para tomar la de él—. Por favor. Es por nuestra nueva amiga.

Aquella frase me llegó al alma. No dijo «la nueva esclava», sino «nuestra amiga». Nunca entendería cómo aquella muchacha podía brillar tanto y ser tan amable viviendo en la casa del diablo. Sin embargo, la admiraba por ello.

Doro acabó asintiendo y seguimos la marcha. Rhea dobló por un par de callejuelas estrechas hasta que estuvimos lo bastante lejos del revuelo del Aventino. Pasamos por un burdel con falos gigantes pintados en la puerta. Las risas de una mujer se colaban por una ventana abierta.

Rhea se detuvo frente a un comercio que había junto al burdel y le dijo a Doro:

—Por favor, espera aquí.

Él asintió y la muchacha me hizo subir un par de escalones para entrar en una tienda con la palabra FARMACOPEA escrita junto a la puerta enmarcada por unas palmeras decorativas pintadas en verde. No sabía la traducción de la palabra en dacio, pero al instante me di cuenta de que se trataba de una botica.

Filas de hierbas en frascos y manojos envueltos se secaban en la pared. Macetas en tiestos se alineaban en tres estantes en otro tabique y en el mostrador se quemaba un incienso especiado que perfumaba el aire. La llama del candil que parpadeaba en el tablero de la derecha desprendía también un aroma floral. Una mujer delgada de pelo cano con los ojos delineados con kohl salió de una habitación trasera atravesando una cortina de tiras de tela brillante y transparente.

—¡Rhea! ¡Qué alegría verte, querida! —Se puso detrás del mostrador frente a nosotras—. No te habrás quedado sin silfio, ¿verdad?

—¡Qué va! —Rhea se sonrojó y me miró de reojo—. Tengo mucho de eso por ahora.

Reconocí el nombre de esa planta medicinal. Las mujeres la usaban para evitar embarazos.

—Euphemia, esta es mi amiga, Malina. Necesita algo especial.

La dependienta entrecerró los ojos surcados de polvo negro y me miró fijamente por encima de la nariz estudiándome con atención. Levantó una ceja.

—Supongo que hablas de mi colección especial, ¿no es así?

—Sí, puedes confiar en ella. Te lo prometo.

—Tú respondes por ella, ¿cierto?

—Sí.

La mujer no dejó de mirarme en todo momento.

—¿Por qué necesitas una posesión tan valiosa de mi colección especial?

Al instante me vinculé con su esencia. Era cálida, brillante y acogedora, a pesar de su apariencia física oscura y frágil.

Me sacudí el miedo que había sentido al despertar aquella mañana y respondí:

—Porque necesito el amparo de Minerva. Ella puede ayudarme en mi causa.

—¿Y cuál es esa causa? ¿Seducir a un amante? ¿O matar a un enemigo?

—Ninguna de las dos. Es algo más importante. Sí, quiero protección para mi amado y para matar a un enemigo. Pero no es solo un enemigo…, se trata de todos los enemigos de los oprimidos.

Las tres allí presentes formábamos parte sin duda de los oprimidos de Roma. Sentía que llegaba el momento en que los poderosos caerían, lo presentía. Sin embargo, no podía contarles más a Euphemia y a Rhea, pues tenía mucho miedo de excederme en la confianza.

—Tengo que pedirle un favor a la diosa —supliqué—. Hoy.

Salió de detrás del mostrador para acercarse a mí. Era menuda y delgada, pero rezumaba fuerza.

—Dame tus manos, niña. —Extendió las suyas con las palmas hacia arriba.

Coloqué las mías sobre las de ella.

—Leo auras y sabré si mientes.

Quise sonreír ante su amenaza de emplear una habilidad mística sobre mí. Asentí.

—Pregúntame.

—¿Juras no decirle a nadie dónde obtuviste la piel de dragón si te lo preguntan?

—Lo juro. —Liberé las emociones de confianza y compasión a través del vínculo.

La mujer ahogó un grito y me soltó las manos, luego me miró con los ojos muy abiertos.

—Eres hermana del mundo de los espíritus.

No sabía a qué se refería exactamente, pero supe que había reconocido el don que me había otorgado una diosa.

Chasqueó los dedos.

—Ven.

Dio media vuelta y volvió a cruzar la cortina.

Rhea sonrió y la seguimos. Tras la tela, había un pasillo corto con dos habitaciones, una cocina y una salita. Entró veloz al cuarto del fondo. Cuando llegamos nosotras, estaba recolocando una estantería tras haber sacado algo de un espacio oculto que había de detrás.

—Toma, esto es lo que necesitas.

Me entregó un paño doblado, se fue enseguida a una mesa y abrió un cajón. No era un simple paño. Era un fragmento cuadrado de piel de un dragón gris.

—¿De quién es?

—De un gladiador. Se llamaba Livius. —Removió los objetos del cajón buscando algo—. Se mantuvo invicto durante más de cien enfrentamientos. Toda Roma lo amaba: patricios, plebeyos y esclavos por igual. Entonces, el emperador Igniculus le pidió que ejecutara a un Vicus, una sacerdotisa que había roto su voto de castidad. Debía acabar con ella y con su amante al final de los juegos del año pasado.—Cogió algo—. Aquí está.

Volvió a colocarse enfrente de mí con el rostro serio.

—Se negó a ejecutar a ninguno de los dos, así que Igniculus ordenó que sus pretorianos se transformaran en dragones y mataron a Livius. Se llevaron volando su cuerpo y lo arrojaron al Tíber como

si no fuera más que escoria. Basura de la que deshacerse. —Hizo un gesto de disgusto.

—Me acuerdo de aquello —dijo Rhea con tono bajo y triste—. Fue el día en que nadie aplaudió al terminar los juegos.

—Es verdad, así fue —dijo Euphemia—. Pero el emperador dejó bien clara su postura. Sus órdenes han de ser obedecidas siempre. —Me abrió la otra mano y me entregó una pequeña daga—. Livius fue arrastrado a la orilla. Con la bendición de Proserpina, le quité parte de la piel solo para los tratos más sagrados con los dioses. Luego, mis amigos y yo lo quemamos en una pira, con todos los ritos funerarios que se merecía.

—¿Para qué es el arma?

Euphemia puso los ojos en blanco con gesto desdeñoso.

—Ya veo que no sabes pedirles ayuda a los dioses como es debido. Has de grabar tu petición en la piel de dragón y luego has de sellarla con un sacrificio. La sangre de un animal. La mejor es la de cabra. Toma, tendrás que quemar esta vela después. —Alcanzó una candela gruesa de una estante y me la puso en la mano.

—Gracias —le dije—. No puedo agradecértelo lo suficiente. No tengo denarios ahora, pero puedo conseguirlos y traerlos otro día.

—No, no. No vendo la piel sagrada. Es para los que la necesitan y yo decido quién la merece más. Los dioses y yo.

—Y los dioses te han dicho que yo la merezco.

—Así es. Tienes su magia. —Me guiño un ojo—. Y ahora será mejor que os marchéis antes de que entre Doro y destroce el local con ese cuerpo gigante de coloso.

Rhea se rio y nos condujo de vuelta a través de la cortina hacia la habitación principal. En efecto, el esclavo espiaba desde los escalones de afuera con el ceño fruncido hasta que nos vio aparecer. Rhea se apresuró y le susurró algo al oído mientras que yo me

despedía de Euphemia.

No pude evitar darle un abrazo. Ella se puso rígida y me dio unas incómodas palmaditas en la espalda. Olía a té de corteza de sauce e incienso.

—Gracias otra vez. No solo por esto, sino por lo que hiciste con Livius.

Era obvio que Euphemia no era un dragón y, sin embargo, le había demostrado respeto al gladiador en la muerte cuando su propia gente no lo había hecho.

—Vale, tranquila, niña. —Se zafó de mi abrazo y sonrió—. Ahora ve y haz ese trato con Minerva. —Me guiñó un ojo—. Si alguna deidad puede hacer justicia, es nuestra diosa de la guerra.

Me guardé la daga, la piel de dragón y la vela en el morral junto con los melocotones y salí para reunirme con Rhea y Doro.

—Ahora vamos al templo. ¿Ves, Doro? No llegaremos tarde.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo el interpelado mirando al cielo—. Va a llover.

Tenía razón. Unas nubes grises se elevaban desde las colinas y se acercaban poco a poco a la ciudad. Seguí a Rhea a paso ligero de nuevo por los callejones estrechos y hacia la calzada principal del Aventino. Ya había más movimiento y una aglomeración de gente.

Un viento racheado empezó a soplar, el cielo se oscureció y los truenos retumbaban. El aire me azotaba el cabello y hacía ondear los toldos de tela de las tiendas. Los tenderos se apresuraban a resguardar sus mercancías en el interior.

—¡Deprisa, Gideon! —Una madre que sostenía a su bebé en un brazo se sujetaba el velo de la cabeza con la otra mientras que el vendaval trataba de arrancárselo. Un niño corría junto a ella agarrándose a su falda.

Llegamos al templo justo cuando empezaban a caer las primeras

gotas de lluvia.

—Malina —me llamó Rhea. Tomó de la mano a Doro y lo arrastró hacia una taberna cuyo aroma a carnes y verduras asadas impregnaba la calle—. Te esperaremos ahí dentro para resguardarnos de la lluvia. ¡No tardes mucho!

Asentí y corrí al templo, remetiéndome por detrás de las orejas los mechones de pelo húmedos que se me habían soltado de la trenza. En cuanto atravesé las columnas y entré en el templo abovedado, me encontré en ese profundo silencio que tanto me gustaba de los lugares sagrados.

Fuera cayó un rayo, pero yo me adentré en el atrio donde había otros dos fieles arrodillados rezando en voz baja, encendiendo velas y dejando ofrendas de pasteles de miel, frutas y animales muertos. Los rodeé hasta encontrar un rincón tranquilo a la izquierda de la escultura pintada de Minerva cerca del altar mayor.

La estatua de Proserpina era magnífica y sobrecogedora, pero la de Minerva era hermosísima.

La diosa estaba pintada con alas en su mayor parte blancas con las puntas teñidas de púrpura, el mismo tono que sus ojos. El cabello negro ondeaba al viento invisible, que parecía coincidir con la tormenta que en esos momentos azotaba la cúpula. Tenía la coraza pintada de oro, un tono más oscuro que la túnica dorada que le cubría hasta los pies acabados en garras. Sostenía una espada en ristre y la otra mano la tenía abierta, con la palma hacia arriba y las garras extendidas. Los cuernos que le sobresalían del cráneo también eran dorados.

Sin embargo, fue su expresión feroz, decidida y confiada lo que me fascinó. Deseé que así fuera su aspecto real. Una diosa femenina preparada para infligir daño a sus enemigos. Necesitaba a mi lado una defensora como Minerva.

Me arrodillé enseguida y saqué el retazo de piel de dragón y la daga de la bolsa. Los otros dos devotos estaban lejos y no me veían, aunque tampoco estaban pendientes de mí. Estaban absortos en sus propias peticiones y oraciones, susurrándole a la diosa con la cabeza gacha.

El viento aullaba y llovía a cántaros en el exterior. Aplané la piel de dragón sobre el suelo de piedra. El templo estaba tenuemente iluminado con la luz de las antorchas que rodeaban la cúpula, pero me permitía ver con claridad. Tallé las palabras en mi propio idioma y las lágrimas empezaron a brotar mientras incrustaba las palabras en dacio y se las susurraba a Minerva.

«Minerva, diosa divina, te ruego que protejas a mi amado y que destruyas a todos mis enemigos».

Leí lo que había escrito, levanté la mirada y añadí:

—Tú ya sabes quiénes son.

Porque no podía correr el riesgo de nombrarlos. A ninguno. Y luego seguí escribiendo.

«A cambio, y tras la muerte definitiva de mis opresores, te devolveré mi magia. La devuelvo por completo a tu cuidado para cuando vuelva a ser necesaria».

Miré las palabras, luego levanté la daga y corté la palma por donde me había cortado para el Rito de las Calaveras. Qué profética resultaba la superposición de la misma marca para un rito blasfemo que para uno justo. Clave más el filo hasta que la sangre goteó sobre la piel de dragón y la empapó con mi sacrificio.

—Por favor, atiende mi plegaria —le susurré a la diosa antes de estampar la palma abierta sobre las palabras una vez más.

Doblé el retazo cuadrado de piel varias veces hasta que quedó bien cerrado y me arranqué una tira de tela del dobladillo de la túnica. Luego lo miré. No podía atar mi plegaria y mi trato con la

diosa con un trozo de tela de Ciprian, mi principal enemigo. Debía atarlo con algo más preciado para mí o no me escucharía.

Contemplé la expresión feroz de Minerva mientras los truenos resonaban con fuerza en el templo. Los relámpagos del exterior le iluminaban el rostro, los ojos, que parecían estar clavados en mí. Solo era una estatua, aunque sentía su presencia flotando en la atmósfera y alrededor de la estancia.

Las lágrimas me corrían por las mejillas porque sabía lo que necesitaba. Con dedos temblorosos, llevé la mano al cuello y desabroché el cordón de cuero. Mi padre me había puesto un cierre en la suave cinta e hizo un agujero en la moneda para que pudiera llevar mi talismán. Nunca me preguntó de dónde lo había sacado ni por qué lo guardaba. Él solo sabía que me hacía sonreír.

Me coloqué el áureo en la palma de la mano, la moneda de oro acuñada con el rostro de Fortuna, el regalo de boda del padre de Julian a su madre, mi talismán, y lo besé.

—Minerva, protégenos —susurré mientras envolvía el cordón alrededor de la piel de dragón para unir la plegaria con mi posesión más preciada en el mundo—. Espíritus amorosos del inframundo, protegednos —añadí.

Luego cogí la vela gruesa y corta que me había dado Euphemia y la encendí con la llama del candil más grande que había en el altar que se encontraba a los pies con garras de Minerva. Dejé la piel de dragón, mi sacrificio y mi plegaria bajo la vela, deseando que la sacerdotisa no lo quitara de allí. Al menos hasta que Minerva me hubiera concedido el deseo.

Como si las hubiera convocado, seis sacerdotisas vestidas de blanco y con el rostro cubierto con un velo desfilaron despacio en una fila ordenada. Tararearon al unísono y luego empezaron a entonar una dulce melodía, un himno a la diosa. Incliné la cabeza y

escuché el encantador sonido mientras ellas se colocaban en círculo alrededor del altar, cantando y rogando justicia para proteger a los fieles, su mano firme para destruir a los malhechores y su sabiduría para discernir quién merecía su amor. Sus voces se elevaron hacia el techo abovedado mientras que los truenos retumbaban con más fuerza.

Me di cuenta de que les estorbaría cuando pasaran por mi lado, así que utilicé la tira de lino que había arrancado de la túnica y me envolví el corte, luego me mordí un extremo para apretar el nudo.

Tras hacer una reverencia, me puse de pie y eché una última mirada a mi atadito de piel de dragón, a mi moneda de oro y a la vela; luego di media vuelta y me alejé a toda prisa, secándome las lágrimas mientras avanzaba. Me dirigí a la salida por el pasillo flanqueado entre columnas y los pequeños oratorios con cortinas destinados a los sacrificios privados de animales grandes para la diosa.

Me quedé pensando que quizás solo les estaría permitido usarlos a los patricios cuando vi una sombra moverse en una de las cámaras. Chillé cuando noté que me agarraban por detrás y una mano enorme me tapó la boca. Pataleé y forcejeé, pero mi agresor era demasiado grande y fuerte, y me arrastró tras la cortina de la capilla más cercana. El corazón me latía con fuerza en el pecho hasta que reconocí el olor y el tacto del hombre que tenía a la espalda. Apartó la mano, me di la vuelta y mis lágrimas volvieron a brotar.

«Julian».



JULIAN

Malina saltó a mis brazos y me rodeó la cintura con las piernas, sin dejar de llorar mientras apretaba su mejilla contra la mía. Yo gemía cada vez que le besaba el rostro dulce, los labios suaves. La devoré con mordiscos insaciables y febriles, le deslicé la boca por la mandíbula hasta la garganta y presioné su cuerpo contra la pared de la cámara. Necesitaba sentirla.

Luego, le abrí mi corazón.

—Por Dis, Malina, te necesito tanto. —Le aparté el tirante de la fina túnica negra y seguí mordiéndola, gruñendo de rabia porque iba

vestida con *su* ropa, con *su* color, de él—. Ambos te necesitamos.

Mi dragón ardía a través de mis ojos y en mi sangre mientras apretaba mi frente contra la suya, y me hormigueaba la piel, deseosa de estirarse y de mutar y de llevármela lejos de allí. La ira, la lujuria y el amor luchaban por el dominio cuando empecé a besarla otra vez, le arañé la piel con los dientes y le bajé más el tirante hasta dejarle el pecho al descubierto. Con un gemido, descendí hasta él y le sorbí el pezón endurecido, lo mordisqué con los dientes afilados que se habían alargado en contra de mi voluntad. Necesitaba marcarla, impregnarla de mi olor.

En lugar de apartarme, mi pájaro de fuego me introdujo los dedos en el pelo y me acercó más a ella, gimiendo y frotando su coño contra mi abdomen. Su aroma hacía que me tambaleara y suspirara.

—Sí, sí —susurraba ella—. Cómeme, por favor, muérdeme, sí.

Mi dragón ronroneó ante sus gritos desesperados pidiendo más. Le levanté la túnica con las manos y acaricié con los dedos su sexo humedecido antes de deslizar uno dentro de ella.

—¡Oh, dioses! —gritó Malina mientras los relámpagos seguían cayendo y los truenos retumbaban en el techo.

—Te necesito. Joder, cómo te necesito —murmuraba yo una y otra vez como si fuera un mantra, como una súplica, como una plegaria.

—Shhh —chistó contra mi boca. Metió la mano entre nuestros cuerpos para subirme la túnica y cogerme la polla tiesa con la mano.

—Malina —le rogué, el cuerpo me temblaba por el deseo desesperado. Embestí contra su puño y le saqué el dedo para agarrarla del culo y bajarla.

—Shhh —volvió a suspirar con suavidad, con la boca entreabierta mientras me agarraba la punta de la verga y la llevaba a la entrada de su coño.

Con un gruñido salvaje, la embestí bien hondo, hasta el fondo, y

temblé ante la dulce estrechez de su cuerpo que se abría para mí.

—Sí, mi amor.

Jadeando, dejó caer la cabeza atrás contra la pared para mostrarme su cuello.

Me detuve. La tormenta furiosa de afuera emulaba a la que se libraba dentro de mí, simulaba la variedad de sentimientos que me desgarraban. La tenía. En este momento, era mía. No obstante, era un momento efímero y falaz, pues sabía que tendría que dejarla ir otra vez.

—Por los dioses del cielo y del infierno —dije con voz áspera sobre la sedosa piel de su garganta—, eres mía, solo mía, joder.

Salí de ella y volví a entrar, empotrándola contra la pared de piedra. No pareció importarle y gimió de placer con mi rudeza.

—Eres mía —gruñí otra vez y le lamí la piel.

Ella seguía agarrada a mi pelo, raspándome el cráneo con las uñas desgastadas cuando bajó la barbilla y me miró con esos ojos verdes, hermosos e inquietantes.

—Como tú eres mío —susurró ella—. Ahora, demuéstrame que lo soy.

Le apreté la carne, la puse contra la pared y la embestí bien adentro, una y otra vez, introduciéndome en su cuerpo dulce, en su coño resbaladizo. Ella cerró los tobillos en mi espalda y me tiró del pelo hasta que me dolió. Era como si ambos necesitáramos marcarnos, para recordarnos y asegurarnos de que eso era real. No importaba dónde estuviéramos cada uno cuando nos separáramos, nos pertenecíamos el uno al otro, y a nadie más.

Levanté una mano, la inmovilicé contra la pared con mi cuerpo, y hundí los dedos en su pelo, en su trenza, para agarrarle el cráneo con la mano.

—Te siento, mi amor —gruñí contra sus labios y las lágrimas le

resbalaron por las mejillas—. Siento todo de ti.

Bombeé más rápido, mi alma se entregó a la suya en un éxtasis de pasión como nunca antes había experimentado. Ni volvería a conocer. Mi pájaro de fuego era mi principio y mi final. No habría tesoro que pudiera superar ese sentido de pertenencia, ese vínculo que nos unía.

—Sí —susurró ella con un sollozo—, yo también lo siento así, Julian.

Gimió con tanta dulzura, con tanta exquisitez. Ella estaba a punto, el coño se le apretaba alrededor de mi polla. Suspiré cuando se inclinó hacia mí y me mordió la piel del cuello, luego jadeó contra mi carne, y llegó al clímax.

—Sí —susurré, follándola duro y profundo, chocando nuestras carnes. No podía parar mientras ella se sacudía y temblaba entre mis brazos, pues necesitaba enterrarle la polla más y más adentro.

El dragón bramó en mis entrañas. Su gruñido me retumbaba desde el vientre a medida que mi polla se hinchaba. Entonces, la penetré con fuerza y me corrí rugiendo de placer mientras derramaba mi semilla dentro de ella.

Ella despegó la boca de mi hombro, temblando y jadeando, su sexo aún palpitaba por el orgasmo que acababa de tener cuando inclinó la cabeza para acariciarme la nariz con la suya. Su voz era un gemido de dolor cuando susurró:

—Te quiero.

Besé las lágrimas que le humedecían las mejillas y el corazón me estalló ante su declaración. Entonces, la tormenta de afuera pareció menguar y alejarse.

—No llores, amor —le rogué, acariciándole la nariz con la mía y frotando mi polla aún en su interior mientras seguía latiendo—. Me rompes el corazón.

Ella sonrió y la imagen me sumió en una oleada de ternura.

—Son lágrimas de alegría —me prometió y me dio un beso dulce, afectuoso.

Acogí su dulzura, las suaves caricias de sus labios y de su lengua, la bestia de mi interior quedó saciada por el momento. Despacio, salí de su cuerpo con un siseo. Ella hizo un ruidito de pena. Sin soltarla de mis brazos, nos sentamos en un banco de piedra, con sus piernas en mi regazo y su cabeza apoyada en mi pecho.

Tenía la entrepierna pringosa y la limpié con un pliegue de la túnica. Su piel tierna y suave me hizo encogerme de miedo. La abracé bien fuerte contra mí y entonces me atreví a preguntarle:

—¿Te ha tocado?

—No —respondió de inmediato—. Como te dije, soy capaz de protegerme.

Sin embargo, lo dijo con la voz entrecortada.

—¿Por eso has venido a pedirle favores a la diosa Minerva? —pregunté con suavidad, tocándole la mano que tenía envuelta en tela, donde la había visto cortarse la palma.

Ella reclinó la cabeza para mirarme y yo disfruté de la escena.

Su mirada afectuosa y veneradora debió de ser un reflejo de la mía. Ella levantó las manos y me cogió la mandíbula.

—Mi querido Julian. —Sonrió de nuevo y en ese instante me convertí en su esclavo, aunque en realidad siempre lo había sido, desde el momento en que la vi bailar bajo la luz de la luna en los Cárpatos—. No sufras. Lo tengo controlado.

—No sabía que los dacios adorabais a los dioses romanos.

Me pellizcó la barbilla a modo de castigo, cosa que me hizo reír.

—Minerva me conoce, soy hija de Dacia. No importa si nací al margen de sus devotos predilectos. Un sabio me dijo que los dioses nos conocen, los adoremos o no.

—Mmm. —La besé con ternura en la frente y aspiré su olor hipnótico—. ¿Y qué le has pedido?

Ella se quedó callada, rozándome las mejillas y el puente de la nariz con las yemas de los dedos, como si estuviera memorizando las superficies que acariciaba.

—Lo que necesitamos. —Tragó saliva y empecé mi propia exploración, pasándole un dedo por la garganta—. Pero tuve que cerrar el trato con un bien preciado —admitió con la voz ronca—. Tuve que renunciar al áureo. —Había sufrimiento en sus ojos.

—¿Uniste tu plegaria a tu tesoro más valioso?

—No —se apresuró a responder. Me apretó el mentón con las manos y me acarició el pómulo con el pulgar—. Siempre llevo mi tesoro más valioso conmigo.

Fruncí el ceño y me explicó:

—Tu amor. —Apartó las manos de mi cara y se las llevó al pecho —. Lo tengo aquí, a buen recaudo.

Mi alma entera se derrumbó cuando la atraje para abrazarla con fuerza y acerqué mi boca a la suya. Nos besamos con dulzura y suavidad —bocas, mejillas, frentes—, derramando todo nuestro afecto en el otro hasta que dejé de oír la lluvia y la tormenta. El suave roce de labios y lenguas apaciguó mi agitación por un momento. Hasta que nos interrumpieron.

—Malina —susurró alguien cerca.

Rompimos el beso y la joven se levantó de un brinco de mi regazo. Una mujer rubia y delgada estaba de pie en el receso que conducía a este oratorio donde habíamos detenido el mundo durante unos momentos robados.

Hizo un gesto a Malina para que se acercara.

—Tenemos que irnos. —Miró hacia atrás, hacia la salida—. Doro está nervioso.

Al instante, la abracé y presioné mi frente en la base de su cuello para inhalar el aroma de su pelo.

—No —susurré.

—Ya voy, Rhea —prometió y echó con un gesto a la mujer. Luego se colocó entre mis piernas, se dio la vuelta y me abrazó contra su pecho.

—¿Cuándo se llevará a cabo?

No era necesario explicar a qué se refería. Habíamos hablado de matar a Ciprian el día que se la llevaron de mi casa.

—Dentro de dos o tres noches. ¿Puedes volver al templo mañana? Tendré una respuesta definitiva cuando todos los planes queden cerrados.

Me agarró por los hombros y me apartó. Nos quedamos cara a cara, yo sentado en el banco y ella, de pie.

—Encontraré la manera. ¿A la misma hora? Creo que es más fácil salir de la casa de Ciprian por la mañana.

El cuerpo entero se contrajo del asco.

—Prométeme que no te ha hecho daño. —Ya le había revisado los brazos y las piernas en busca de alguna señal de violencia, algún cardenal, y no había encontrado nada.

—Te lo prometo.

Me levanté y la abracé. Ella apretó su mejilla contra mi esternón.

—Solo unos días más —le susurré en la coronilla—. Luego nos marcharemos y te llevaré a algún lugar seguro.

El dragón ronroneó en mi interior ante aquel pensamiento.

Ella me abrazó más fuerte, pero preguntó:

—¿Y por qué tendría que irme si todo va bien?

No sabía que yo había planeado matar a Ciprian antes de lo previsto, antes que a mi tío y los demás.

—Habrá disturbios una vez que Ciprian haya muerto. Nadie

debería sospechar de mí, pero no quiero que el césar te utilice para hacerme daño si es así. —La apreté más contra mí—. Eso acabaría conmigo, pájaro de fuego.

Ella me besó en el pecho. Incluso a través de la túnica, sentí el calor de su boca y su afecto. Levantó la cabeza y me sostuvo el corazón en esa mirada.

—Ahora ya conozco la historia del pájaro de fuego.

—Ah, ¿sí? ¿Quién te la ha contado?

—Rhea. —Asintió mirando a la puerta—. Mi amiga. —Inclinó la cabeza en una mueca juguetona—. Pero no estoy segura de que ese nombre sea el adecuado para mí. Yo no soy un dragón dorado, Julian. Ni puedo volar por el aire ni prenderles fuego a los hombres.

—¿Crees que no?

Ella se rio.

—Sabes que no hago esas cosas.

—Nunca he conocido nada similar. —Le cogí la cara con las manos y le di un beso en la boca—. Desde el momento en que te vi, sobrevolando aquel escenario, has estado quemándome por dentro. Mi alma entera arde por ti, Malina. —Apreté mi frente contra la suya —. Y siempre lo hará.

—Malina —susurró otra vez la mujer desde la puerta—. Tenemos que irnos ya.

Mi compañera me dio un último beso en los labios y se soltó de mis brazos. Sentí que el cuerpo se me resentía, como si algo dentro de mí se muriera mientras la veía alejarse. No pude evitar salir detrás de ella.

Las seguí a distancia, a la otra esclava y a ella, mientras salían del templo y se adentraban en las calles encharcadas por la lluvia, hasta que se reunieron con un siervo muy alto que llevaba el collar de Ciprian, luego zigzaguearon entre el escaso gentío del Aventino. Si

alguien pensó que era raro que un patricio romano paseara por esas calles, nadie lo hizo notar. Nadie pareció reconocerme como el Conquistador Desalmado.

Quizá porque no me parecía mucho a él escabulléndome entre las calles, intentando echar una última mirada a la belleza de pelo negro que era la dueña de mi alma. Desesperado, cuando la perdí de vista tras una esquina, me percaté de que ya no sentía frío en mi interior.

Una fragua calentaba los rincones más profundos y oscuros de mi ser. En ese lugar donde mi dragón dormitaba, vigilaba y esperaba, se había encendido una llama cuando Malina me entregó su amor. Solo llevarla de vuelta a mi guarida donde pudiera tenerla a salvo apaciguaría a la bestia. Si resultaba herida antes de que yo pudiera liberarla, le prendería fuego al mundo y disfrutaría viéndolo arder.



MALINA

Cuando volvimos, la casa estaba en silencio. La cocinera, cuyo nombre no conocía ni me importaba, pues no tenía intención de quedarme mucho más allí, nos puso a fregar y a cortar verduras para la cena del amo.

Hubo cierto alboroto cuando Ciprian volvió a casa con los esclavos, el de la barba y los demás que me habían abordado aquel día en la calle. Se recluyeron en uno de los salones y entonces oí que Ciprian les gritaba órdenes sobre el baño y la cena que tomaría justo después, pero yo me mantuve retirada en la cocina. Lo más

lejos que podía.

Me cambié y lavé la única túnica que tenía, por temor a que averiguara de algún modo que había estado con Julian. En esa ocasión, le ordenaron a Rhea que le sirviera la cena. Sentí miedo por ella y a la vez alivio por mí. Aunque confiaba en que podría recurrir al vínculo e inducirle el sueño si era necesario, todavía me perseguía la pesadilla que había tenido la noche anterior. Un presentimiento llevaba asaltándome todo el día, sobre todo desde que me había separado de los brazos de Julian.

Esperaba en mi cuarto a que Rhea volviera cuando el esclavo barbudo se asomó por la entrada desprotegida.

—El amo ordena que vayas.

Me alarmé, pero no mostré ni pizca de miedo. Me levanté y lo seguí hasta el mismo comedor donde la noche anterior hice que Ciprian echara las tripas.

Me detuve en la entrada. No porque mis atacantes estuvieran allí firmes o porque Rhea estuviera ausente. Fue por la expresión innegablemente engreída de Ciprian y la hostigadora sensación de terror que se apoderaba de mi magia.

Sus ojos no eran del marrón habitual. Brillaban rojos como su dragón, lo que significaba que algo había despertado a su bestia y había tomado el poder. Algo que lo excitaba, por la expresión regocijada de su rostro. Sus cardenales se estaban curando y ya no llevaba vendajes, así que las suturas quedaban a la vista. Las heridas no parecían importunarle.

—Siéntate conmigo, Malina. —Pronunció mi nombre con un suspiro largo y repugnante.

—Prefiero quedarme de pie. ¿Qué necesitáis, amo?

—He dicho que te sientes —ordenó con un deje de agresividad, pero sin perder esa sonrisa inquietante.

Me acomodé en el cojín que había frente a él, que estaba reclinado en su diván, con la copa de vino en una mano y delante una fuente de carne asada y nabos que yo misma había cortado.

—Come. —Señaló la bandeja.

No quería negarme y provocar su ira, así que cogí un nabo frío y le di un bocado; noté el helor al tragármelo. Parecía complacido al ver que obedecía y me miraba por encima del borde del cáliz de vino.

Después de un momento de silencio, dijo:

—Bebe conmigo.

Entonces me di cuenta de que había una segunda copa. Se inclinó y la llenó él mismo con el decantador que había dejado Rhea.

La levanté y tomé un pequeño sorbo.

—¿Soléis obligar a vuestros esclavos a cenar con vos?

—Nunca —admitió con los ojos rojos encendidos.

—¿Y por qué me consideráis especial? —Una vez más, no pude contener la lengua.

—Porque lo eres, Malina. —Levantó el cáliz como para brindar conmigo—. ¿O no lo eres?

Se me aceleró un poco el pulso al notar que sabía algo. Oculté mi reacción tras la copa y tomé otro sorbo de vino sin responder. Se quedó un momento callado, lo que alargó la tensión. El barbudo y sus dos camaradas estaban firmes en la puerta mirándome fijamente, sombríos, como siempre.

El amo hizo girar el cáliz con desdén y dijo:

—Conozco tu secreto.

Me quedé inmóvil y apoyé la copa en mi regazo.

—Yo no tengo secretos, amo.

Entretanto, la imagen de Julian embistiéndome en el templo esa mañana se repetía en mi mente sin cesar.

—Tienes muchos, bruja.

Se sentó derecho, lo que me puso en alerta. Pero solo dejó la copa en la mesa despacio y me miró con detenimiento. En ese momento, no había maldad en sus ojos. No, solo estaba mirando, como si intentara descifrar un enigma.

—Al parecer, Julian también los tiene.

No pude mantener el rostro impasible. Cuando se me abrieron los ojos de par en par ante aquella acusación, él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Me quedé quieta, con las manos centradas en agarrar la copa y no entrar en pánico.

—¿Mi antiguo amo? —dije, preguntándome si había obligado a Doro o a Rhea a contarle algo de la visita al templo.

—Así es, Malina. Tu antiguo amo. —Se rio entre dientes de nuevo, con los caninos afilados, dejando que el dragón se asomara un poco más—. Parece que ha estado haciendo algunas actividades fuera de sus funciones.

Lo sabía. Dioses, lo sabía.

—Sergio vio algo muy raro anoche. —Le hizo un gesto al barbudo de atrás, que seguía con la mirada mezquina puesta en mí—. Bastante inusual, en verdad.

No hablaba del día en el que estábamos. ¿A qué se refería?

—Ah, ¿sí? —pregunté inocente.

—El honorable Julianus Dakkia volvió a la ciudad en forma de dragón bajo el manto de la noche. Y lo más extraño fue que mutó fuera de la urbe y llegó a su casa a caballo. Puede que yo no sea tan buen estratega como él, pero conozco las leyes. Y sé distinguir las maniobras encubiertas. —Se inclinó hacia delante, colocó los codos sobre las rodillas y dijo en tono más íntimo—: ¿Y sabes lo que resulta todavía más curioso? Que no estaba solo. Sergio, como el espía diligente que es, observó el cielo y vio a otros dos senadores

volviendo a la ciudad de igual manera.

Intenté quedarme lo más quieta posible, aunque el corazón me latía con fuerza en la garganta, mientras escuchaba a Ciprian contarme que sospechaba que Julian era una especie de conspirador. Lo que, por descontado, era cierto.

—Te crees muy astuta, ¿verdad? —susurró—. Por tu expresión, diría que no sabes nada en absoluto. Pero, viendo que tu ritmo cardiaco se ha triplicado y que las pupilas se te han dilatado, puedo sentir el miedo que te recorre el cuerpo. —Amplió la sonrisa—. Y es una delicia.

—Solo soy una esclava. —Apenas me tembló la voz—. ¿Qué puedo saber yo?

—Para Julian tú eres más que una sierva, ¿no es cierto? —Levantó una ceja a modo de pregunta socarrona—. Eres su posesión más preciada. Puedo olerlo en ti —gruñó— y sé que sabes más.

—Yo no sé nada…

Con una velocidad sobrenatural, se estiró sobre la mesa y me soltó un revés que me tiró al suelo. El metal de la copa resonó al caer contra el suelo de piedra y la cabeza me zumbó por el dolor del impacto. Ciprian se agachó y me cogió del pelo con el puño y sentí un escozor agudo y repentino en el cuero cabelludo. Me puso de rodillas con un fuerte tirón.

—¡Ah! —grité.

—Eso es —me susurró al oído mientras me agarraba la garganta con la otra mano—. Acostúmbrate al dolor.

Quise recurrir al vínculo, pero lo notaba resbaladizo y elusivo, no tangible como siempre. Algo iba mal.

Ciprian se arrodilló detrás de mí. Se rio en mi oído y me apretó contra su pecho con una sacudida.

—No volverás a usar tu brujería conmigo como hiciste anoche y en

mi propia celebración del Rito de las Calaveras, maldita zorra.

Cuando me desplomé en la fuerza de su agarre, sentí que las extremidades se me aflojaban, que perdían fuerza, que no podía controlarlas.

—Bien. El sedante no te matará. Solo te nublará la mente y los sentidos, pero no tanto como para que no puedas contestar a mis preguntas. —Apretó la mano que me rodeaba la garganta—. Y no lo suficiente como para que no notes lo que voy a hacerte esta noche. —Se rio y me lamió la mejilla con la lengua larga—. Vamos a divertirnos mucho hoy, bruja.

Me di cuenta demasiado tarde de que me había drogado. Insolente de mí, me senté y comí y bebí de su mesa como si fuera invencible. Pero no lo era. Lo que fuera que me había dado no solo me adormeció el cuerpo y la mente, sino que atrofió la conexión con mi magia. Lo intenté una y otra vez mientras me arrastraba del pelo por el suelo sin conseguir conectar con mi vínculo.

—Oh, me encanta. ¿A ti no, Sergio? Grita tan bonito.

—Sí, amo —contestó el interpelado.

Yo no era consciente de que gritara, mi mente divagaba, cuando me arrastró de manera brusca hasta el diván y me levantó. Me senté sin fuerzas, con los brazos inertes a los lados. Cogió su copa de vino y bebió, luego me guiñó un ojo.

—¿Quieres un sorbito? —preguntó jovial—. El mío no está drogado, así que es seguro.

Yo solo lo miraba, el corazón me latía tan rápido que temí que se me saliera del pecho. Nunca me había sentido tan indefensa.

—Ahora, si puedes gritar, puedes hablar. —La voz se le oscureció y los ojos rojos, verticales como los de una serpiente, se entrecerraron para mirarme—. Quiero saber con quién está conspirando Julian. Dime con quién se reúne. Y quién ha ido a la casa. —Gracias a los

dioses, Ciprian no estaba al tanto de todo. Solo sospechaba.

»Sergio ya ha hecho llegar mi mensaje al emperador esta misma noche. Le he informado de la conducta sospechosa de Julian y de los otros dos senadores, lo que solo puede significar que está conspirando contra su tío. Sin embargo, me gustaría darle a Igniculus algunos nombres más, y vas a decírmelos tú. —Se abalanzó sobre el diván, se sentó a horcajadas sobre mí y me volvió a agarrar la garganta. Esta vez no apretó, pero mi cabeza acabó en el respaldo y todo mi ser retrocedió ante su tacto repugnante.

—Vamos, Malina —susurró, tan cerca que sus labios rozaron los míos—. Dime lo que quiero saber para que podamos jugar de verdad.

Solo tenía una forma de defenderme en ese momento, así que abrí la boca y le mordí el labio. Rugió mientras retrocedía y me tiró al suelo. Rodé hasta la mitad del sofá y me quedé con la mejilla apoyada en el asiento acolchado. Jadeé por el terror que me recorrió las venas al ver que las extremidades no me respondían para enderezarme.

—Maldita bruja —siseó Ciprian detrás de mí, quizá limpiándose la sangre del labio, porque noté el desagradable sabor ácido—. Pensándolo mejor, me gusta más este ángulo. Quizá una buena follada le suelte la lengua.

—No —murmuré y forcejeé, apenas capaz de mover los brazos para alejarme.

—A mí también me ha gustado el sabor de tu sangre. —Sentí la hoja fría de una daga contra mi nuca—. Creo que voy a probarla otra vez.

Sin pensarlo dos veces, hablé a través del único vínculo que nunca se rompió, el nudo que había atado con firmeza y que nunca se había soltado: el que me unía a Julian.



JULIAN

Llevaba inquieto toda la tarde. Ver a Malina no había hecho más que aumentar el temor de que algo saliera mal. Quizá era solo que el silencio de la casa me perturbaba. Le encargué a Ruskus que preparara a los demás para recoger sus cosas. Pronto partirían a una casa remota propiedad de Trajan donde estarían a salvo y donde llevaría a Malina en cuanto todo hubiera acabado.

Caminaba de un lado a otro del atrio, incapaz de desprenderme del miedo que me pesaba en el estómago como una losa. Esperaba a mi amigo, pues me había dicho que vendría esa noche para

contarme los últimos detalles y horarios de todo.

Sonó un golpe en la puerta exterior.

—Gracias a los dioses.

Me apresuré a cruzar el vestíbulo y abrí esperando encontrar a mi camarada al otro lado. En su lugar, había seis pretorianos armados, todos ellos en forma híbrida.

—Legado Julianus —saludó formal el primero—, el emperador Igniculus ordena que nos acompañéis a palacio.

Había frialdad en su voz y un destello de dragón en su mirada. Estaba en guardia… contra mí.

Mi tío lo sabía. De algún modo, se había enterado.

—Me pondré algo más apropiado —les dije, pues llevaba la túnica suelta de dormir.

—No será necesario. —El hombre me cogió del antebrazo, algo que un pretoriano nunca me había hecho—. El emperador quiere veros de inmediato.

Me pudo el instinto. Sin dudarlo, adopté mi forma híbrida y le clavé las garras en la garganta al primer guardia. Abrió los ojos de par en par cuando la sangre empezó a brotarle del cuello. Los demás se me echaron encima, dando zarpazos y gruñendo.

Alguien se sumó al combate a mi espalda. El destello de unas escamas azules y un bufido familiar me alentaron. Trajan había saltado a la pelea. Debió de haber llegado justo detrás de ellos.

Los pretorianos tenían las espadas desenvainadas y cortaban el aire hacia mí.

—Vuestro tío os quiere vivo —bramó uno de los guardias con una pronunciación incomprensible.

—Seguro que sí —respondí de manera brusca, mientras batía las alas y cargaba al frente.

Me apuntó con el arma al estómago, pero desvié el golpe y le

doblé el brazo para clavarle su propio filo en el mentón y en el cráneo; la sangre me salpicó la cara mientras me daba la vuelta para luchar contra el siguiente.

Trajan había matado a otro y luego se giró de nuevo y decapitó a un segundo con el gladius, mientras que con la cola azul de púas golpeó a uno de los dos que quedaban y lo tiró al suelo. Los pretorianos no estaban tan acostumbrados a la batalla como nosotros, esa era nuestra ventaja. Se pasaban demasiadas horas de guardia sin hacer otra cosa, no estaban a nuestra altura.

El sexto retrocedió y salió volando para volver al palacio en plena noche. Antes de que el que rodaba por el suelo pudiera escapar, levanté un brazo y extendí la mano.

—¡Trajan!

El interpelado me lanzó el gladius. Lo atrapé y se lo clavé al pretoriano del suelo en el corazón, hasta que la punta se estrelló en el pavimento. Me erguí, liberé la espada, y jadeé con fuerza mirando a Trajan.

—O sea, que lo sabe —dijo este, agitando la cola ; su voz sonaba alarmada y tenía los ojos de color azul hielo—. ¿Cómo se ha enterado?

Negué con la cabeza.

—No importa.

—Voy a por el último. —Mi amigo alzó el vuelo para perseguir al pretoriano que había escapado.

Trajan era rápido. Lo alcanzaría antes de que llegara al palacio. Contemplé los cuerpos esparcidos mientras intentaba decidir qué hacer a continuación. Si el emperador lo sabía y sus hombres no regresaban, enviaría a otros o vendría él mismo a buscarme.

Me volví hacia la puerta, necesitaba mi gladius, y entonces apareció Ruskus de repente, resollando y con una daga en la mano.

Era un hombre valiente.

—Amo, ¿están todos muertos?

—Así es.

—¿Qué hacemos con ellos?

Una brusca sacudida me dejó inmóvil, como una cuerda que me constreñía el pecho. El cuerpo entero se me congeló ante la agitación de mi propia alma.

Al instante, la oí, la sentí, gritando en mi mente.

«Julian, ayúdame».

—Lleva a los demás a casa de Trajan —ordené.

—¿Esta noche?

—Ahora mismo.

El corazón se me encogió cuando mis alas emprendieron el vuelo.

La rabia y el terror me hundían las garras en lo más hondo y mi bestia híbrida adquirió dimensiones colosales. Cuando llegué a la terraza exterior de Ciprian, mi estatura era tan enorme que no cabía por el arco hecho para dragones en forma híbrida.

Atravesé de todos modos la apertura y derrumbé la piedra a mi paso con los cuernos y las alas. Un humano barbudo saltó junto a la puerta. Lo agarré por la cabeza, se la arranqué de la columna vertebral y la arrojé al otro extremo de la habitación salpicando sangre. Apenas me fijé en los otros hombres que gritaban de miedo y huían, porque tenía la mirada clavada en Ciprian, que estaba agachado sobre mi compañera. Estaba apoyada en un diván, con la túnica desgarrada en la espalda y un hilo de sangre le bajaba por la columna: Ciprian tenía un cuchillo en la mano.

Mi rugido hizo añicos los cristales e hizo temblar el techo de la casa que estaba dispuesto a destruir, así como a su dueño. Este se incorporó de un salto y empezó a hincharse y a estirarse hasta adquirir su forma híbrida. No iba a servirle de nada.

—Voy a arrancarte la garganta y a bañarme en tu sangre —gruñí amenazante mientras avanzaba por la habitación.

Se le desencajaron los ojos al ver mi forma. Mis cuernos arañaban el techo con cada zancada derrumbando la escayola en el suelo. Estaba en forma híbrida avanzada, pero aún no era dragón completo, sino más bien una bestia horrorosa en algún punto intermedio.

—Así que el traidor viene de visita —gritó. Se puso en guardia, flexionó los músculos y se quitó la túnica desgarrada.

Era él. Había sido él quien se lo había contado al emperador. Razón de más para aniquilarlo.

—Así es, Julianus. —Escupió mi nombre con aversión y se colocó detrás de la mesa como un cobarde—. Sé lo de tus tejemanejes nocturnos fuera de la ciudad. Y el emperador también lo sabe ya.

—Me da igual —Seguí avanzando directo a él. No iba a rebatirlo ni a entrar en su juego—. Voy a mataros a los dos.

—Ya veo que al final lo has averiguado.

Ignorando sus maniobras de distracción, hinqué las garras en la mesa y la lancé a un lado; la madera se estrelló contra la pared y se partió. Ciprian corrió hacia el comedor y levantó a Malina tirándole del pelo.

Arremetí contra él, pero se giró y presionó la punta de la espada contra la garganta de la muchacha. La túnica rasgada se le deslizó por un hombro.

Estaba lánguida, con los ojos dilatados y una expresión asustada y confundida. Estaba drogada. Podía oler la impureza del veneno en ella.

Ciprian se rio cuando lo miré fijamente. Arrojé una silla al otro lado de la habitación con un azote de la cola mientras valoraba la mejor manera de matarlo antes de que pudiera hacerle daño a

Malina.

—Ojalá hubiera estado presente cuando averiguaste la verdad.

Apenas escuchaba su parloteo, pues estaba centrado en mi compañera. Me angustiaba su expresión aturdida y su inestabilidad para mantenerse de pie. El dragón presionaba contra mi piel. Quería salir.

Centré la atención en el punto donde Malina le agarraba el antebrazo y por fin me miró a los ojos. Apretó los dedos. Lo entendí y entonces presté atención a las divagaciones de Ciprian.

—¿La verdad sobre qué?

Retrocedió y la retuvo con más fuerza.

—Supongo que algo así convertiría a cualquiera en traidor.

Me detuve, dejé los brazos a ambos lados y alargué las garras.

—¿De qué hablas?

—De fratricidio, claro está.

Me quedé paralizado, mirándolo sin pestañear, intentando discernir lo que estaba diciendo. Despacio, muy despacio, la comprensión me heló la sangre. Me costaba respirar.

Mientras asimilaba la confesión, Ciprian soltó una carcajada estridente, enajenada.

—¡No lo sabías! —Su pronunciación era apenas inteligible en forma híbrida, pero conseguí entenderlo bastante bien—. No sabías que Igniculus asesinó a tu padre. Bueno, en cualquier caso, lo organizó él. A tu madre también y a todos los de la casa. No podía tener un hermano enamorado de una esclava y a la vez crear el imperio que él quería. —Se encogió de hombros, el gesto parecía una contracción nerviosa en forma híbrida, pero seguía con el cuchillo afilado demasiado pegado al cuello de Malina—. No lo culpo. Yo habría hecho lo mismo.

La cabeza me daba vueltas y el estómago se me revolvió, pero me

mantuve firme. Mi tío fue el que me informó de que habían atrapado a los responsables y que los habían ejecutado. Nunca lo puse en duda. Nunca había sospechado de él, aunque tenía todo el sentido. Sin mi padre, otro Ignis de sangre igualmente noble, protestando a cada movimiento del emperador, él gobernaría Roma con un poder dictatorial sin control. Y lo había logrado. Incluso me había controlado a mí… hasta ese momento.

—¿Quién llevó a cabo el asesinato real… de mi familia? —pregunté, con un timbre de voz que retumbó de manera peligrosa.

Se rio de nuevo.

—Esa es la parte divertida. Adivina.

Lo sabía. Nunca había sido lógico lo rápido que había ascendido Ciprian en las filas teniendo en cuenta lo temprano que había renunciado su progenitor a la legión, el cual además era un centurión mediocre de rango estándar.

—Lo hizo tu padre. —Doblé el cuello hasta que me crujió. La voz se me tornó más grave, me hervía la sangre, me abrasaba las venas —. Tu padre mató al mío.

—Y se alegró de hacerlo. Era leal al nuevo emperador, no como tú. —Alejó el cuchillo un poco de la garganta de su prisionera al perderse en sus pensamientos, distraído—. ¿Por qué traicionas a tu propia sangre?

—¡Ahora, Malina!

Ella le agarró el antebrazo y le clavó los dientes en la piel. Ciprian gritó y se apartó en un acto reflejo. Antes de que pudiera agarrarla de nuevo, salté sobre él.

Malina se hizo a un lado cuando tiré a Ciprian al suelo, me senté a horcajadas para sujetarlo y le rodeé la garganta con las garras. Me incliné hacia él y siseé:

—Espero que te pudras en las profundidades del infierno.

Por primera vez desde que lo conocía, vi verdadero miedo reflejado en sus ojos diabólicos. Acto seguido, empezó a luchar, a gruñir, a rugir y… a crecer.

—¡Malina! —grité—. ¡Corre!

Se estaba transformando en dragón. Miré a la izquierda y la vi gatear hacia la terraza exterior. No podía correr.

Era demasiado tarde. Mi bestia no iba a dejarla desprotegida. La piel se me desgarraba, los huesos se me astillaban, el cuerpo y el cuello se me alargaban, el fuego me ardía muy adentro mientras me tambaleaba hacia la balconada y me convertía en la bestia…

Venganza.

El enemigo abre la mandíbula y chasquea. Anhelo su sangre en mi boca, su carne en mis dientes. Este demonio volverá al inframundo. No pertenece a esta tierra. Ni a nuestro cielo. No se merece respirar nuestro aire.

Le ha hecho daño a nuestro tesoro.

Se queda agazapada contra un árbol. Se hace pequeña e invisible. Pero yo puedo verla. Yo la protegeré. Ronroneo para hacerle saber que estoy aquí. Que está a salvo.

Despliego mi cuerpo frente a ella y rujo al enemigo, luego golpeo con mi cola los escombros de su guarida. Se desmorona bajo mi poder. Y él también lo hará.

Ruge. Salta sobre mí, con las fauces abiertas.

Idiota, esta criatura insignificante.

Bato las alas y le hundo las garras en la carne. La sangre está en su punto de madurez. Me deleito con el crujido de los huesos. Él sacude la cabeza y enrosca el cuello para morderme.

Demasiado tarde. Ya le he clavado los dientes en la garganta. Se

la arranco del cuerpo, justo cuando él escupe fuego. Las llamas le salen por la boca y por el agujero que le acabo de hacer en el gaznate. Las escamas me protegen. Lanzo su cabeza a un lado y rujo de ira hacia los cielos. Mi voz hace temblar los árboles y la tierra con mi poder y mi rabia.

Soy la encarnación de la muerte y el mundo conocerá mi ira.

El espíritu diabólico de mi enemigo ya no está. Pero mi rabia quiere más. Corto su cuerpo con las garras. Se retuerce en los estertores finales de la muerte, sacude y agita la cola. Luego se queda quieto.

Mi furia no se sacia. Invoco al fuego en mi vientre y lo derramo sobre el cadáver del demonio que quiso apoderarse de mi tesoro. El hedor de su cadáver quemado me llena de un placer dulce.

Aun así, no es suficiente. Inhalo hondo y lanzo un torrente de fuego hacia su guarida, el cual derrumba el techo e incinera todo lo que hay dentro. No quedará nada de él. Ni una piedra de su casa, ni una ceniza, ni un hueso. Lo devoro todo con mis llamas.

—¡Julian!

Mi compañera está de pie junto a un árbol, completamente desnuda, con el esbelto cuerpo iluminado por la luz de mis llamas. Está cansada. Está débil. Necesita que la proteja.

Un soplo de viento atrae mi atención hacia otros dragones cercanos. Debería matar al tío. No debería dejarlo vivir por lo que le me ha hecho a mí y a los míos.

—Julian. —Un débil susurro, una súplica suave.

Mi tesoro. Mi compañera.

Tengo que protegerla. Nos iremos de aquí.



MALINA

Sin saber cómo, reuní la fuerza necesaria para salir a rastras de la casa de Ciprian. Agazapada en un árbol del jardín contiguo, vi a Julian desgarrarlo. Su dragón rojo era una bestia monumental con cuernos negros y alas de puntas azabaches. Sus ojos dorados prometían la muerte a todo aquel que se le opusiera.

Sin embargo, yo no le temía. Era mi dragón, mi protector.

Ciprian me había rajado la túnica por la espalda y se estaba divirtiendo con el cuchillo y sus asquerosas mofas. Estaba a punto de caer en la desesperación por haber caído en la trampa de un ser

despreciable como él, pero entonces llegó Julian. Había escuchado mi llamada.

—Todo está bien —susurré, caminando desnuda sobre los escombros de la casa derrumbada de Ciprian hacia mi dragón, mi bestia hermosa—. Estoy bien —le dije, levantando la palma de la mano hacia él.

Se agachó en la terraza salpicada de sangre. El cuerpo decapitado de Ciprian ardía por el fuego de Julian. Ronroneó profundamente cuando bajó la cabeza y vio que me acercaba.

Desnuda y aún aturdida por el vino drogado, me acerqué a él tambaleándome y le abracé el enorme hocico apoyando la mejilla y el torso contra las escamas cálidas y suaves.

—Ahora estoy bien —murmuré.

Aunque me sentía apática y débil, había una nueva fuerza en mi interior y al instante supe qué era. Nuestro vínculo. El mío con Julian y su dragón. Éramos uno y juntos éramos poderosos.

Emitió un gruñido y noté que me había quedado casi dormida, apoyada en él.

—Estoy bien.

Me incorporé y miré uno de sus ojos color oro, los tenía entornados y parpadeaban lentos y complacidos al verme; me recordaron a un gatito calentándose al sol.

—Es hora de irnos, lo sé.

Se quedó muy quieto mientras yo trepaba por su garra. Me resbalé un poco al pisar las escamas ensangrentadas, hasta que por fin llegué arriba, casi a la base del cuello, lejos de las púas que se alineaban a lo largo de la columna vertebral. No tenía con qué sujetarme esta vez, así que me agarré al pelo áspero que le crecía por la columna del pescuezo.

—Estoy lista —murmuré bajito, pero de algún modo logró oírme.

Batió las alas con suavidad, arremolinando el fuego y el humo que engullían la casa de Ciprian en un torbellino de brasas anaranjadas que flotaban hacia el cielo. Julian se elevó poco a poco en el aire, con cuidado de no tirarme, y voló en círculos sobre el incendio que él mismo había provocado. Las llamas lamieron y treparon por las copas de los árboles hasta alcanzar la casa de al lado y los vecinos salieron a toda prisa a la calle adoquinada.

Miraban hacia arriba y señalaban. Parecía que el dragón se regodeaba así, sobrevolando en círculos el destrozo que había causado, asegurándose de que todos supieran que era obra suya. Yo miraba hacia abajo y veía las cabecitas de la gente por todo el monte Palatino; algunas personas corrían en dirección al incendio para ver qué había pasado y otras huían.

Entre quienes huían, reconocí dos siluetas: una delgada de pelo rubio agarrada de la mano de un hombre más grande; eran Rhea y Doro. Sonreí cuando los vi doblar una esquina hacia el Aventino.

Mientras Julian ampliaba el círculo para alejarse cada vez más de la luz del fuego, algo atrajo mi atención. Un tirón del vínculo me hizo fijarme en el débil contorno de una figura cristalina que se alzaba imponente como una montaña contemplando las llamas. Contuve la respiración cuando ella extendió sus alas de dragón casi invisibles, doradas por el resplandor del infierno. Entonces me miró, sus ojos eran dos luceros maravillados de color lavanda. Y sonrió.

Julian se elevó más alto en el cielo nocturno y tuve que girarme para mirar atrás. Pero la diosa Minerva se había ido. No quedaban más que llamas ardiendo por la ladera del monte Palatino de Roma y estrellas titilando en la claridad del cielo nocturno.

Todas las personas que deambulaban por las calles de Roma se detenían para mirar hacia el cielo, para vernos volar. Me pregunté si alcanzarían a ver a la mujer desnuda que montaba sobre el dragón

rojo. Me reí, porque podía escuchar a mi hermana Lela diciéndome: «Eres tan imprudente».

Sin embargo, no me sentía imprudente. Me sentía fuerte y poderosa… y libre.

Mi dragón rojo rugió en la noche, orgullosísimo de la destrucción y de la muerte que dejaba atrás, antes de alejarse de Roma y volar hacia el oeste, mientras la luz de la luna guiaba nuestro camino.



JULIAN

Llevaba horas durmiendo. Le curé el enorme corte que le había hecho Ciprian en la base de la columna vertebral. No era profundo, solo lo suficiente para infligirle daño y torturarla.

Suspiré satisfecho porque él había muerto a mis manos y abracé a Malina. Era casi de día, pero no quería despertarla. Aquí estábamos a salvo, lejos de Roma, en una de las villas de Trajan.

Todavía nos quedaba un largo camino por recorrer atravesando el mar hasta llegar al que sería nuestro nuevo hogar temporal. Tendría que enviarle un mensaje a mi amigo a través de su abuelo en

Bolsena para asegurarme de que estaba a salvo.

Por lo que conocía a mi compañero, daba por sentado que habría abatido al pretoriano que huyó de mi casa la noche anterior. No obstante, me quedaba la duda de si le habrían visto y habría tenido que esconderse. Sabía que encontraría la manera de trasladar a Ruskus y a los demás a un lugar seguro, a su propiedad secreta donde habíamos acordado que llevaría a Malina.

Quizás yo había echado a perder nuestro plan de matar a mi tío, pero por mi alma que encontraríamos otro modo de hacerlo.

Igniculus había asesinado a mi madre y a mi padre, y al resto de los habitantes de la casa para asegurarse de no dejar testigos. Kara sobrevivió porque en aquel momento estaba atendiendo el nacimiento del hijo de otro patricio. ¿Cómo era posible que nunca hubiera llegado a la conclusión de que él había matado a mi familia?

Una vez, al principio de su mandato, tuve mis sospechas, pero entonces mi tío me colmó con lo que ya sabía que era falsa compasión y con otro ascenso en su ejército. Él estaba en pleno auge y yo era tan estúpido que estaba orgulloso de mi parentesco con él. Sin embargo, eso duró poco. Implantó sus leyes y decretos, y yo lidié con mis sentimientos encontrados hasta que llegué a la conclusión de que el césar debía morir. No obstante, en ningún momento había imaginado que él había matado a su propio hermano.

Quizá era porque Igniculus nunca había mostrado hostilidad hacia su hermano, no más que una ligera decepción por las decisiones que había tomado en su vida. Parecía que mi tío solo atacaba cuando se le calentaba la sangre, pero conmigo fue astuto. Nunca me demostró el odio que sentía por él.

Porque sabía que perdería mi favor.

—Nunca lo tuviste —murmuré hacia la ventana abierta por donde

entraba la noche templada y la brisa fresca y salada.

—¿Quién no tuvo qué?

Me di la vuelta y la miré. Tenía los ojos adormilados y la sonrisa tierna.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—De maravilla. —Estiró el cuerpo desnudo y me rodeó la cintura con un brazo.

—¿Te hizo daño… además de aquí —deslicé las yemas de los dedos bajo el pómulo, que estaba hinchado y enrojecido— y del corte de aquí? —Bajé la mano por la columna hasta llegar al corte de la espalda.

—No. —Seguía sonriendo.

—¿Por qué estás tan contenta? He dejado que te lleven y que te hagan daño.

Se recostó sobre la almohada y se rio.

—¡Qué tonto! —Me pasó una mano por el pecho descubierto—. Estoy viva. Y estoy contigo. Somos libres. —Miró alrededor y frunció el ceño—. Por cierto, ¿dónde estamos?

—En una de las villas de Trajan. En Pisa. —Miré alrededor—. Es una de las pequeñas. Nadie vive aquí normalmente, así que pensé que estaríamos a salvo una noche.

Ella inspiró hondo.

—Huelo el mar.

—Sí. Es el mar Tirreno. A los dragones Sapphirus les encanta el agua.

Malina casi saltó de la cama y corrió a la ventana. Me miró por encima del hombro y sonrió.

—Ven a verlo, Julian. Es hermoso.

—Sí que lo es —admití cuando estuve a su lado.

Dioses, era divina. La luna la bañaba con su luz plateada, la brisa

del mar le fluía a través de la melena oscura y ondulada. Le rodeé la cintura con los brazos y le acaricié el pelo con la cara.

—Hueles tan bien.

Ella se rio y luego nos quedamos en silencio, mirando por el ventanal y contemplando el mar, mientras las olas brillaban como el cristal. Durante unos instantes, no dijimos nada, estábamos más que complacidos de estar en los brazos del otro.

Apoyó la cabeza en mi esternón y le besé la coronilla.

—¿Y ahora qué? —preguntó, cruzando los brazos sobre los míos en su cintura.

—Dentro de unas horas, al amanecer, nos haremos con algunas provisiones y nos marcharemos a Britania.

—¿A Britania?

—Sí. Trajan tiene allí una casa que nadie conoce.

—¿Y qué pasa con Stefanos, Ivo y el resto?

—Trajan los trasladará hasta allí, si puede. O les buscará refugio en algún sitio.

—Entonces, todos estaremos a salvo —dijo ella satisfecha.

—Así es.

—¿Y luego qué? ¿Y los demás? —Estaba igual de preocupada que yo.

—Esperaremos hasta que mi traición se haya aplacado y trazaremos un nuevo plan.

—¿Aplacarse? —dijo con tono burlón, pasándome las manos por el pecho—. Has quemado medio monte Palatino.

—Medio, no —respondí—. Un cuarto tal vez.

Su sonrisa volvió y arqueó una ceja.

—Estabas tan bello. —Me dio un beso en el pecho—. Y tan fiero. —Me besó otra vez antes de ponerse de rodillas.

—Malina —le advertí—. Aún estás convaleciente.

—Solo necesito una cosa para sentirme mejor.

Me agarró la base del pene, que ya estaba duro con el primer roce de sus labios en mi piel.

—No deberías —susurré, mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Yo decido lo que es mejor para mí y esto es lo que quiero. —Me envolvió con la boca dulce la punta de la polla y me flaquearon las rodillas.

—Dioses —murmuré, apoyando una mano en el marco de la ventana y la otra en su nuca por debajo del pelo.

Se la metió hasta el fondo y aflojó la mandíbula para que pudiera entrarle aún mejor hasta la garganta. Gemí mientras le follaba la boca despacio, deslizando el pulgar por la comisura de sus labios para sentir cómo me introducía en ella.

—Tócate —le ordené.

Me obedeció, entornando los ojos mientras mecía la cabeza, sin soltarme la base de la polla. Su otra mano se afanaba entre sus piernas, produciendo sonidos húmedos con la excitación.

—No aguanto. —Le saqué la polla de la boca con un gruñido—. Necesito estar dentro de ti.

Mientras la levantaba, ella se puso de espaldas y colocó las manos en el alféizar de la ventana, luego giró la cabeza y me sonrió.

—Despacio y lento.

—Como desees, pájaro de fuego.

La agarré de las caderas y me hundí en ella poco a poco. Ella exhaló un gemido, arqueó la espalda y levantó el trasero.

—Sí —gemí, mientras se la metía hasta el fondo y notaba cómo crecía dentro.

Pero necesitaba sentirla más. Me incliné sobre ella, apoyé la mano en el alféizar de la ventana junto a la suya, y deslicé la otra mano entre sus piernas, en la zona que ella había dejado humedecida.

—Me encanta lo mojada que te has puesto para mí —le susurré al oído mientras la embestía despacio y lento, como me había pedido, como me había ordenado.

—Siempre —respondió con un susurro entrecortado y se frotaba contra mí cada vez que la bombeaba—. Te necesito, Julian. —Sus susurros eran desesperados y temblorosos.

—Estoy aquí, mi amor. —Saqué la mano de su entrepierna y la cogí de la cintura con fuerza para que pegara la espalda contra mi pecho—. ¿Me sientes, pájaro de fuego?

—Sí. Quiero sentir todo de ti. —Se retorcía contra mí—. Siempre, Julian.

—Sí. —La follé más rápido, hasta notar que llegaba al clímax—. Siempre, mi amor.

—Dioses —gritó por la ventana hacia el mar mientras su sexo se contraía y latía alrededor de mi polla.

Gemí y le mordí en el hombro con suavidad, luego la embestí dos veces más antes de correrme dentro de ella. Siguió retorciéndose debajo de mí y me estrujó hasta que me sacó la última gota.

Cuando se quedó sin fuerzas entre mis brazos, salí de ella y la llevé a la cama, sin preocuparme por limpiar mi simiente. Quería que le cubriera todo el cuerpo. Ojalá pudiera quedarme en esta cama con ella para siempre, pero había mucho por hacer.

Ella se quedó quieta, respirando hondo entre mis brazos, hasta que se durmió. La dejé descansar hasta que se hizo la hora de irnos.

Entonces, con tanta suavidad que apenas la oí, dijo:

—La diosa Minerva ha estado allí esta noche.

Le acaricié con suavidad la espalda arriba y abajo con la palma de la mano.

—¿De verdad?

—Le pedí una cosa. Y, a cambio, renuncié a mi magia.

—Pero todavía la conservas. —Sentí su atracción sobre mí, más fuerte que un grito de despertar. Todavía la sentía.

—Sí.

—¿Y qué le pediste?

—Que derrotara a todos nuestros enemigos. —Se sentó en la cama y me miró seria.

Le sujeté la cara con ambas manos.

—Entonces, tenemos cosas que hacer antes de que se lleve tu magia.

—Sí. —Sonrió y me puso la mejilla en el pecho—. Todavía hay trabajo que hacer.

Enroscó su brazo alrededor de mi cintura con más fuerza.

—Te amo, Julian.

—Y yo a ti, pájaro de fuego. —Le di otro beso en el pelo—. Durmamos un poco antes de emprender nuestro viaje.



Cuatro meses después…

MALINA

Stefanos y su perrita, Amica, conducían a las ovejas de vuelta al redil. Le habíamos dicho mil veces que Amica no necesitaba ayuda, pero él se negaba a dejar que lo hiciera sola. Así que, aquí estaba yo, en la cima de la colina de nuestro nuevo hogar, sentada sobre la hierba verde, viendo a un muchachito desgarbado y a su perra pastorear al rebaño.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —Julian se acuclilló detrás de mí, con las piernas abiertas a ambos lados.

Apoyé las manos en sus pantalones de lana cuando me rodeó la cintura con los brazos y se inclinó para besarme en un lado del cuello. Llevaba un pergamino abierto en la mano izquierda.

—¿Noticias de Trajan?

—Sí. ¿A qué se debe esa sonrisa?

—A Stefanos.

—¿No es por mí?

Me hizo cosquillas con los dedos en las costillas.

Me reí y me retorcí hasta que paró y enterró la cara en mi pelo, como hacía siempre. Básicamente, me había pedido que lo llevara suelto todo el día, lo cual era ridículo, porque era una molestia y me estorbaba. No obstante, lo llevaba casi siempre así.

—Me encanta ver lo feliz y despreocupado que está aquí —dije al fin.

Julian lo observó conmigo y me pareció que sentía lo mismo. Cuando me di la vuelta para mirarlo, no sonreía. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Que es una pena, eso es todo. —Bajó el tono de voz, tenía el semblante pensativo—. Debería poder sentirse así en cualquier parte. No solo en Britania, una tierra extranjera tan lejos de su hogar.

Eso le pesaba a Julian. Había aceptado toda la responsabilidad del fracaso del golpe para derrocar al emperador y a sus seguidores. Aunque ninguno de sus aliados le culpaba —o eso nos dijo Trajan—, la verdad era que se había complicado el acceso al emperador. Ambos éramos conscientes. Lo de Ciprian había reducido nuestras opciones, pero tampoco había mejorado la situación actual.

—¿Qué hay de Roma? —pregunté discreta.

Suspiró.

—El cónsul Valerius acaba de aprobar una nueva ley en el Senado.

—¿Y?

—Ningún romano puede abandonar la ciudad sin el permiso directo del emperador.

Hice un gesto de incredulidad y me di media vuelta en sus brazos.

—¿Cómo va a implementar semejante norma?

—Ha aumentado la guardia pretoriana. Reclutamientos especiales de las legiones del legado Drussus.

—¿Y eso qué implica?

Él levantó la mirada ambarina y dorada de la colina y la centró en mí.

—Drussus es cruel como el que más. Ha dado órdenes de matar a cualquier romano que intente salir volando de la ciudad durante la noche. También ha asignado mortájaros para hacer guardia y vigilar el cielo.

—Pero ellos no habrán descubierto a ninguno de tus aliados, ¿verdad?

—Solo a Marcus y a Philius. —Eran los otros dos senadores que había avistado el esclavo de Ciprian y que se mencionaban en el informe al emperador. Los asesinaron tras negarse a dar los nombres del resto de conspiradores, antes de que los guardias pretorianos acudieran a casa de Julian cuando huimos.

—Gracias a los dioses, la rápida reacción de Trajan lo salvó esa noche.

—Es cierto.

Una vez que Trajan mató al último guardia pretoriano y nos vio salir volando, corrió al palacio del emperador. Sin embargo, esperó oculto hasta que hubiéramos tenido tiempo suficiente para huir sin que nadie nos persiguiera y hasta que los gritos de alarma empezaron a oírse desde la cima de la colina. Fue entonces cuando

Trajan entró en palacio, cubierto de sangre, todavía en forma híbrida, a sabiendas de que contradecía la ley.

Cuando el guardia pretoriano adoptó la forma híbrida y lo apresó, el alboroto atrajo al emperador a la entrada, y Trajan le contó que Julian era un traidor. Que sabía que se dirigía a la casa de Ciprian para recuperar a su esclava y que, cuando salió tras él para detenerlo, este le había atacado.

Eso explicaba por qué estaba en forma híbrida, amoratado y golpeado. Trajan había declarado indignado que Julian era un conspirador. En cierto modo, ser el primero en llevarle al emperador la noticia le otorgaba credibilidad. Igniculus no sospechaba que formaba parte de la alianza de su sobrino, según teníamos entendido. De lo contrario, Trajan no nos enviaría mensajes a través de nuestro contacto en Londinium.

Había empezado a hablar en contra de Julianus Dakkia en el foro, diciendo que era una traición atroz que un general matara a otro por una mera esclava. Curiosamente, dijo que podía distinguir quién estaba de acuerdo con él y quién no por su mirada cuando hablaba en contra de nosotros. De esta forma, había sumado más aliados a la causa.

Mi compañero levantó el pergamino.

—¿Sabes que lo han elegido tribuno del Senado?

—¿De verdad?

—Su discurso contra mí —se señaló con un gesto—, el traidor Julianus, lo ha llevado a ganarse la simpatía de los romanos que siguen a Igniculus. —Sonrió—. Y, por supuesto, su propio abuelo y nuestros aliados se alinearon con él, lo aplaudieron cuando mancilló mi nombre en el púlpito del foro.

Me reí imaginándome a Trajan haciendo el numerito allí.

—Debe de ser un actor soberbio.

—Al parecer, lo es.

—Podíamos haberlo llevado de gira con nuestra compañía. —Un recuerdo sensiblero de mí y de mis hermanas bailando me susurró en la mente.

—No —dijo Julian con tono serio—, porque entonces habría coqueteado contigo y con tus bellas hermanas sin parar y tendría que pelearme con él.

Me recosté sobre Julian y dejé que sintiera mi peso, físico y emocional, durante unos instantes. Eso era lo más fascinante del vínculo que había creado entre nosotros. Cuando los recuerdos me sobrepasaban, él aliviaba mi carga y me consolaba con su amor. Y con la promesa de enmendar los errores. De crear juntos una nueva Roma.

—Mira allí —dijo, abrazándome fuerte mientras señalaba el jardín que se extendía detrás de la casa de campo que compartíamos con los demás.

Ruskus caminaba detrás de Ágata siguiendo una hilera de calabazas en el jardín; él le llevaba la cesta y ella recolectaba los frutos maduros de los tallos. La mujer era viuda, la hija mayor de un herrero local, uno de los contactos de Trajan aquí en Britania. La habíamos contratado para que nos ayudara a instalarnos en nuestro nuevo hogar y su asistencia había resultado crucial.

—Lo sé —suspiré—. ¿Quién lo hubiera pensado? Un tracio y una sajona.

Me pellizcó la mejilla y me besó el mentón.

—Un dragón romano y una bailarina dacia.

Riendo, volví la cara para que me diera un beso. Él me complació, como siempre.

—¿Y Trajan le ha hecho llegar nuestro regalo de boda al emperador?

Julian sonrió contra mi boca.

—Dijo que lo haría cuando viera que fuera el momento de que no lo descubrieran.

—Claro. No queremos la cabeza de Trajan en el Muro de los Traidores.

—Me gustaría estar allí para ver la cara del bastardo cuando la abra.

—Basta de hablar de Roma —dije, me di la vuelta y lo empujé para que se tumbara. Me acomodé sobre su pecho, observándolo con su ropa no romana. Llevaba las mismas camisas y pantalones que los sajones locales. Me gustaba verlo sin toga—. Ahora mismo, tu nueva esposa requiere toda tu atención.

—Mi esposa siempre obtiene lo que quiere.

Me acercó para darme un beso profundo. Nos quedamos así hasta que el sol empezó a ponerse. Y hasta que Stefanos gritó colina arriba que era hora de cenar.

De vuelta en Roma…

—Señor, hemos encontrado esta caja en la puerta de palacio.

Igniculus levantó la vista de la cena que estaba tomando en solitario.

—¿Quién la entrega?

—No lo sabemos. Nadie lo sabe. Va dirigida a vos.

El emperador le hizo un gesto al pretoriano para que se la acercara. Era una caja de madera adornada y tallada con detalles en oro y la diosa Minerva en la parte superior. Le quitó el cierre, la abrió y encontró una única moneda de oro al fondo. Un áureo.

Igniculus frunció el ceño. No estaba acuñada con su imagen, aunque era brillante y nueva.

La levantó y le dio la vuelta. Reconoció el símbolo de su familia del dragón dakkiano levantando el vuelo y escupiendo fuego. Por la otra cara, tenía el perfil de una mujer. No lo entendía. ¿Quién había acuñado el oro con su sello personal y la cara de una extraña?

Algunas generaciones más antiguas tenían la costumbre de hacerlo en las bodas, pero él no había autorizado ningún enlace de la aristocracia y menos de su…

Emitió un sonido angustiado.

—¿Emperador? —Su pretoriano dio un paso al frente, pero reculó al ver el semblante de Igniculus cuando este pareció comprender quién le enviaba el regalo en la caja de Minerva.

El rugido furioso del emperador se escuchó desde el monte Palatino hasta el foro, donde estaba reunido Trajan con un grupo de senadores. Este miró hacia arriba al percibir el sonido y sonrió.

Pero en una casa más arriba en el monte Palatino, donde vivía el cónsul Valerius, una esclava que estaba en el huerto de las hierbas se sobresaltó ante el sonido ensordecedor. Se quedó inmóvil y miró al cielo, esperando ver si la bestia que había gritado así se elevaba sobre ella.

—¿Qué ha sido eso? —dijo la chica nueva a su espalda.

—No lo sé.

—Ojalá los dragones se maten pronto entre ellos —susurró la nueva.

—Esperemos que así sea —dijo Lela, contemplando el cielo de mediodía y deseando que así fuera.

Agradecimientos

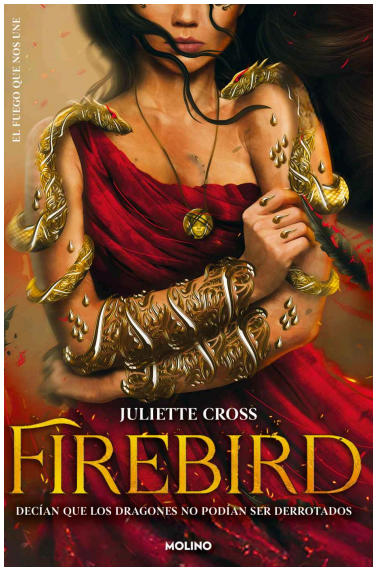


En primer lugar, quiero dar las gracias a Monique Patterson y a mi agente, Rachel Brooks, por creer y apoyarme de manera incondicional en este proyecto que tenía guardado en el cajón de mis «algún día lo escribiré» durante casi una década. Vuestra visión de Malina y sus hermanas es idéntica a la mía y no podría estar más feliz de que compartan su aventura con Tor Bramble. Muchas gracias también a mi editora, Erika Tsang, por exceder mis elevadas expectativas y ayudarme a lograr la mejor versión posible de *El fuego que nos une*.

A Alexandra Roncea, gracias por tus comentarios minuciosos sobre los términos rumanos que aparecen en el texto y por asegurar su autenticidad. A mi sobrina, Jessen Judice, la mejor orientadora y generadora de ideas del mundo, no podré agradecértelo lo suficiente.

Por último, pero más importante aún, gracias a mi marido, Kevin, y a mi familia, por su apoyo incansable en los momentos de mayor tensión y en las celebraciones más emocionantes. No podría hacerlo sin vosotros.

Llega el libro que se convertirá en tu nuevo Imperio Romano.



Un mundo donde los dragones reinan en Roma.
Un amor que puede acabar con todo.

Desde el momento en que Julianus Dakkia, sobrino del emperador, vio a Malina Bihari por primera vez, quedó prendido de ella. Años después, la bella bailarina dacia reaparece en un campo de batalla a punto de perder su vida, y él instintivamente se transforma en dragón para salvarla. La acción podría costarle su cargo de general, y su vida, pero tiene una cosa muy clara: Malina es suya.

Impresionada por el general en el campo de batalla, Malina no puede creer que este sea el mismo hombre que hace años le dio un

talismán secreto y que ahora la protege. Pero no puede negar que su alma siempre ha anhelado la de Julianus.

En un mundo en que los dragones conquistan, saquean y queman todo a su paso, el amor de Malina y Julianus prenderá una llama que solo podrá acabar con la muerte o el desamor. O ambas.

Deja que el fuego del dragón te queme.

***Firebird* es perfecto para fans de:**
*Jennifer L. Armentrout o Rebecca Yarros
**La casa del dragón* o *Los anillos de poder*
*Un mundo fantástico diferente, con elementos de la Roma Clásica
*Un romance slow burn con mucho spice

Juliette Cross es una autora de romance fantástico, paranormal y contemporáneo. Se deja llevar por su estado de ánimo tanto para leer como para escribir, como evidencia su variada lista de libros. Le gustan las noches tranquilas con su marido, cocktails old-fashions y las reuniones familiares. Tiene un podcast sobre libros de romance con su sobrina, a través del cual conecta con sus lectoras y encuentra sus obsesiones literarias.



Título original: *Firebird*

Primera edición: mayo de 2025

Publicado por acuerdo con BookEnds Literary Agency, a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

The Fire That Binds Trilogy Book 1 (Firebird) © 2025 by Juliette Cross
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Pilar López Riquelme y Scheherezade Surià López,
por la traducción
Imágenes de los arranques de los capítulos: Shutterstock

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Tor Publishing Group
Imagen de portada: © Calos Quevedo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro

Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5100-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Firebird
Nota de la autora
Las casas de los dragones
El mito de la medusa
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Juliette Cross

Créditos